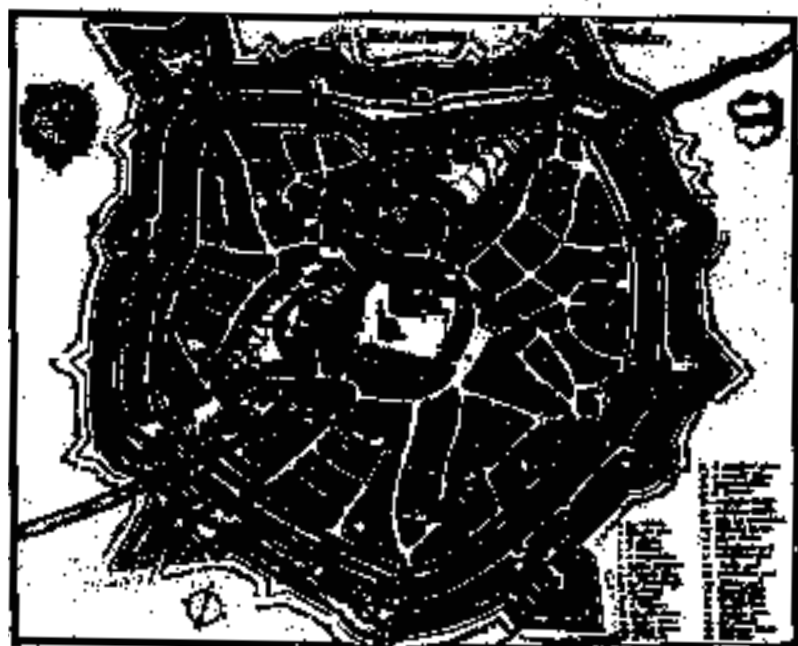


SEGUNDA PARTE
Un Dios, una fe, un bautismo



Eloi
(1538)

A día 4 de abril de 1538

Habiendo sido interrogado en la cárcel de Vilvoorde y condenado a muerte por vía judicial, Jan de Batenburg se obstinó en su herejía, no siendo posible hacerle confesar en ningún momento la santa fe, sino que quiso morir en su perversidad.

Por las horribles matanzas y homicidios de los que no ha dado ninguna prueba de arrepentimiento, es más, habiendo mostrado incluso satisfacción y diabólica jactancia por ello, lo condenamos a muerte por decapitación, para ser luego su cuerpo quemado y sus cenizas aventadas.

Presentes los testigos que abajo suscriben:

Nicholas Buyssere, dominico

Sebastien Van Runne, dominico

Lieven de Backere

Chrestien de Ridder

Por Rijkard Nidaes, provisor.

CAPÍTULO 1
Vilvoorde, Brabante, 5 de abril de 1538

A ti, Jan. A tu degollamiento inmisericorde. A la multitud berreante que vomita toda clase de humores, entre quienes avanza lentamente el carro que te conduce cargado de cadenas hacia el patíbulo. Al vómito que sube a la garganta y a la fiebre que arde en las entrañas. A la Ramera de Babilonia mientras ahoga al loco David que ha engendrado en su sangre y en la de sus hermanos. Al horror incesante que se ha tragado nuestra carne. Al olvido, que ha erigido esta torre de muerte allende el cielo. Al final, un final digno de piedad, cruel final, un final cualquiera y definitivo. Lo he olvidado.

A ti, Jan, hermano, malvado sanguinario, rostro tumefacto que arrostra el odio y los golpes que lueven de todos lados. A ti, demonio emporcado por todas partes, con las ropas hechas jirones empapadas de sangre, un coágulo informe en vez de oído. A ti, cerdo que ha de ser desollado el día de fiesta, me escondo y te veo inclinar la cabeza sobre el tajo, gritando una vez más el insulto: ¡LIBERTAD!

He golpeado, depredado, matado.

La multitud descuartizaría con sus propias manos, el verdugo lo sabe y hace voltear el hacha en una especie de danza, prueba el filo, da tiempo a la sed de sangre a que suba a recubrirlo todo en medio de un fragor que no se diría terrenal.

He destruido, saqueado, violado.

Todos aquí son unos carniceros, igual que en todas partes. Todos echan pestes de algún hijo o hermano degollados por el diablo de Batenburg y por sus Armados de la Espada. No es así y, sin embargo, es la pura verdad. Lo he olvidado.

El hacha en alto, silencio repentino, cae. Dos, tres veces.

Un borbotón de vómito ensucia el calzado y la capa con los que me arrastro inclinado, se alza de nuevo el griterío, el trofeo es levantado chorreante, se han limpiado los pecados, las acciones nefandas pueden continuar.

Me matarán como a un perro. ¿De qué ha servido, de qué, de qué ha servido? Frío, dentro de la boca, frío, frío de abandono. Tengo que irme, estoy ya muerto. Tos, el brazo izquierdo me quema hasta hacerme enloquecer en la muñeca, hasta el codo, estoy ya muerto. Qué debo hacer.

El gentío se relaja, una fina lluvia, acurrucado entre banastas apiladas hasta muy arriba contra una pared. El culo sobre unos talones inestables.

Me colgarán de un palo, estoy acabado, todos los que he sido exigen mi muerte. O bien será asesinado a patadas y con arma blanca en una oscura calle de mierda, lejos, Dios mío, me abandonan las fuerzas. En Inglaterra, lejos de este charco de sangre, en Inglaterra tal vez, cruzando el mar, o bien acabar en el mar el destino de este pingajo humano. Mis nombres, las vidas, Jan, bastardo, vuelve aquí, asesino. Devuélvelas, o llévate también lo poco que ha quedado.

—¡Comienza a cargarlas!

Hacia la puesta del sol, soy un montón de jirones mojados, paralizado dentro de una banasta de gruesos listones con un poco de paja encima.

—Voy a arreglar los caballos para la noche, luego vuelvo.

No puedo moverme, no puedo pensar, el fuego que ha extirpado la marca quema, quema. ¿Es así el final?

—Pero ¿qué coño es esto?, vaya con el pordiosero este, pero si das miedo, sal de aquí.

No respondo. No me muevo. Abro los ojos.

—¡Oooh! Madre de Dios, pero si parece muerto... Hay que joderse, tendré que enterrar a este pobre tipejo... Maldita sea.

Un muchachote alto con cara de imberbe, unos poderosos brazos, vuelto un poco de lado para no mirarme. Parado.

—Me estoy muriendo. No me dejes morir aquí.

Se sobresalta:

—Madre de... Pero ¿qué coño dices? ¿Qué? Tú no estás muerto, pero me das miedo igual, amigo, miedo.

—No me dejes morir aquí.

—Estás loco, yo no puedo cargarte. El amo me joderá vivo a zurriagazos, no tengo más que quince años, joder, y dime tú cómo me las arreglo yo para...

Me mira fijamente.

—¡Aaron! ¿Qué coño haces, es que te has dormido? Vamos, empieza de una puta vez, por favor, ¿o tengo que decírtelo en latín igual que los curas, bardaje?, sí, esa es tal vez la lengua que a ti te gusta. ¡Aaaaron!

En el terror de mis ojos se refleja el suyo, duda unos instantes, balbucea unas palabras inconexas, sí, sí, amo... Un momentito nada más, amo... me cubre con más paja seca, sí, un segundito y la carga está al completo, Aaron me carga, todo en su sitio, ata la banasta bien fuerte junto con las demás.

—¡Muévete, vamos! Que tengo que comer aún, cagar y descansar, cabezón, y cuando amanezca llevaremos ya un buen rato en pie, para irnos a Amberes, a aguantar a esos cabezas de huevo y a los descargadores del puerto. ¡Venga, muévete, Aaron!

CAPÍTULO 2
Amberes, 20 de abril de 1538

—Aquí en Amberes se está bien, a uno lo dejan vivir, aquí mandan las guildas y se hace dinero, no como esos petimetres repeinados de los hidalgos y de los oficiales del Imperio, los mercaderes flamencos, que sí conocen el precio de las cosas, serían capaces de calcularte en florines hasta lo que vale Catay, o incluso el mundo entero, esos sí que saben de cuentas, menudas cabezas que tienen, no se parecen en nada a esos inútiles de los españoles, que no saben más que inventar nuevos tributos y dejar preñado a cualquier higo que se ponga a tiro de su pájaro.

Nos hemos encontrado por casualidad, al borde de una calle, fuera de la posada.

Se llama Philipp.

En un estado más miserable aún que yo: se jugó la pierna, dice, al ser reclutado para la guerra por los españoles, a quienes odia más que al mismísimo diablo. Philipp es un soliloquio interrumpido por violentas descargas de tos y gargajos tintos en sangre. Recorremos el muelle, empujados por el continuo circular de marineros y descargadores, una encrucijada de idiomas y acentos distintos. Nos cruzamos con un grupo de españoles, los yelmos relucientes y ovalados que les han valido el sobrenombre de «huevos de hierro». Philipp lanza un juramento y escupe.

—La otra noche una puta acuchilló a uno de ellos y se la han jurado. Los hijos de su madre harán correr la voz durante unos días y luego volverán para dejarse infectar por nuestras pobres hijas. ¡Y bien que les está! ¡Que la roña se los coma vivos a todos!

Naves cargadas de toda clase de bienes de Dios, alfombras enrolladas, sacos de especias, cereales.

Un chiquillo corre a nuestro encuentro, el paticojo lo agarra por el cogote y le murmura algo. Aquel asiente, se libera del agarrón y corre en dirección opuesta.

—Eres afortunado, el inglés está en la cervecería.

Un pequeño mostrador al aire libre, lleno de marineros, capitanes de navío en acalorados tratos, algún armador local, reconocible por la negra hopalanda, sin ninguna garambaina y de corte elegante. El paticojo me dice que me espere, se acerca a un tipo grueso que nos da la espalda y me señala a mí, hace señas para que vaya hacia ellos.

—El señor Price, contra maestre del Saint George.

Una leve inclinación recíproca.

–Philipp dice que quieres un pasaje para Inglaterra.

–Puedo pagar trabajando a bordo.

–Son dos días de navegación hasta Plymouth.

–¿No era Londres?

–El Saint George va a Plymouth.

No hay ni tiempo ni razón para pensárselo:

–De acuerdo.

–Tendrás que encargarte de la despensa. Preséntate a la hora del embarque mañana a las cinco.

El camastro maltrecho de una posada que me ha indicado Philipp, en espera de que pasen las horas.

Plazas, calles, puentes, palacios, mercados. Gentes, dialectos y confesiones distintos. El recorrido de los recuerdos es accidentado y peligroso: siempre dispuesto a traicionarte. Las mansiones de los banqueros de Augsburgo las calles luminosas de Estrasburgo, las murallas inexpugnables de Münster... todo vuelve a la mente confuso, disperso. No era siquiera yo, eran otros, con nombres distintos y otro fuego en las venas. El fuego que ha ardido hasta el fondo.

Una vela apagada.

Una excesiva devastación a mis espaldas, en esta tierra que quisiera que el mar sepultara de una vez para siempre.

Inglaterra. Gran tipo ese Enrique VIII. Disuelve las órdenes monásticas y confisca todos los bienes de los conventos. Se pasa de la mañana a la noche comiendo y jodiendo y, mientras tanto, se proclama cabeza de la Iglesia de Inglaterra...

Un país sin papistas ni luteranos. Pues sí, y luego tal vez el Nuevo Mundo. Al final no importa dónde, pero lejos de aquí, de otra derrota, del reino perdido de Batenburg.

Del horror.

La imagen de la cabeza de Jan Batenburg rodando me asalta de noche y me impide conciliar el sueño, y tal vez ni siquiera la distancia pueda alejarme del fantasma.

He visto cosas que quizá solo yo puedo contar aún. Pero no quiero. Quiero ahuyentarlas de mí para siempre y desaparecer en un perdido agujero, volverme invisible, morir en santa paz, si es que me es concedido alguna vez un instante de paz.

Tengo mil años de guerra en la alforja, un puñal, una camisa y el dinero que servirá para zarpar. Es todo cuanto hará falta.

Poco antes del amanecer. Es hora de ir. Abajo en la calle no hay ni un alma, un perro me lanza una ojeada de sospecha mientras saca algo de entre unos restos. Recorro las desiertas calles orientándome gracias a las vergas que descuellan por encima de los tejados de las casas. En el barrio portuario me cruzo con un par de borrachos atiborrados de cerveza. Sus eructos resuenan desde lejos. El Saint George debe de ser la quinta de las naves.

Un alboroto repentino desde un callejón de la derecha. Veo con el rabillo del ojo a cinco tipos rodeando a un sexto, tratando de matarlo a golpes. Ello no me incumbe, aprieto el paso, los gritos del pobre hombre llegan ahogados por conatos de vómito y por los puñetazos en el estómago. Reconozco los yelmos en forma de huevo. Una ronda de españoles. Supero el callejón y entreveo los mástiles del Saint George. Por la pasarela de una de las naves amarradas descienden a todo correr una media docena de hombres, con arpones y fisgas en mano, vienen a mi encuentro. Calma. Pasan de largo y toman por el callejón, gritos en español, ruido de caídas. Mierda. Corro hacia mi nave, es allí, ya casi estoy, una zancadilla por detrás, me caigo y me doy de bruces contra el empedrado.

—Jodido cabrón, ¿pensabas salirte con la tuya, eh?

Un acento inconfundible. Otros huevos de hierro, aparecidos de quién sabe dónde.

—Pero qué coño...

Una patada en las costillas me deja sin aliento.

Me ovillo como un gato, más patadas, la cabeza, proteger la cabeza con las manos.

En el callejón libran una auténtica batalla.

Miro por entre los dedos y veo a los españoles sacar las pistolas. Tal vez alguno de los disparos sea para mí. No, se dirigen hacia el callejón. Disparos. Pasos a la carrera que se alejan.

El que la ha emprendido a puntapiés conmigo me pone la espada en la garganta.

—Levántate, miserable.

Debe de ser el único que sabe alguna palabra de flamenco.

Me pongo en pie y tomo aliento:

—Yo no tengo nada que ver... —carraspeo—. He de subir a bordo de la nave inglesa.

Ríe:

—No, debes dar gracias a Dios de que no acabes reventado como un perro, pues mi capitán ha dado órdenes de que solo os zurremos la badana.

La bota me golpea en la entrepierna. Me agacho y estoy a punto de perder el sentido. Todo da vueltas a mi alrededor, las vergas, las

casas, los bigotes ridículos de ese bastardo. Luego unos brazos nervudos me alzan en peso y me arrastran.

El recorrido es confuso, malgastan golpes e insultos. Los sentidos están amortiguados, los miembros no responden ya.

Siento que la calle se desliza bajo mis pies, son dos lo que me arrastran.

Gritos desde las ventanas, objetos que caen, nos movemos más deprisa.

El de mi derecha es empujado, caemos. La cara dentro de un charco. Dejádme aquí. Los gritos van en aumento, hay gente al fondo de la calle, un carro atravesado para bloquear el paso: horcas. Los españoles se intercambian gritos incomprensibles. Levanto la cabeza: estamos acorralados contra un palacio, la calle se encuentra bloqueada por una barricada de la que llueven insultos. Alguien desde las ventanas lanza tiestos y perolas sobre los españoles. Uno de ellos está en el suelo desfallecido. El otro que me arrastraba está de pie de espaldas, pica en ristre. Trato de levantarme, pero las piernas no me sostienen, todo da vueltas. Está oscuro. Santo Dios...

La cabeza se hunde en una superficie blanda, debo de estar atado, no, muevo una mano, las piernas no responden, un pie, es como si las articulaciones pesaran quintales.

Soltadme. Las palabras se me quedan en la cabeza, de la boca sale saliva y algo sólido: un diente roto.

Abro un ojo y algo corre por mi pómulos. Un apósito me limpia la cara.

—Creía que no lo habías conseguido. Pero tu colección de cicatrices dice bien a las claras que eres un buen encajador.

Una voz plácida, con acento de aquí, una sombra desenfocada contra un ventanal.

Escupo coágulos de sangre y saliva.

—Mierda...

La sombra se acerca:

—Ya.

—¿Cómo he llegado?

Mi voz suena cavernosa y estúpida.

—En brazos. Te han traído esta mañana. Parece que todo enemigo de los españoles sea amigo de la gente de Amberes. No por otra razón estás vivo. Y estás también aquí.

—¿Aquí dónde?

Tengo un ataque de náusea, pero consigo contenerlo.

—Donde ni españoles ni esbirros vienen jamás.

Consigo sentarme sobre mis posaderas.

—¿Y por qué?

La cabeza cae sobre el pecho, vuelvo a levantarla con esfuerzo.

—Porque aquí vive la gente de dinero. O mejor, digamos que quien vive aquí el dinero también lo fabrica. Y son los que marcan la diferencia, créeme.

Me alarga una garrafa de agua y empuja un barreño contra mis pies. Me la echo por la cabeza, trago, escupo, la lengua está hinchada y con cortes en varios puntos.

Consigo verlo. Es delgado, de unos cuarenta años, sienes plateadas y mirada despierta.

Me alarga un trapo con el que me seco la cara.

—¿Es esta tu casa?

—Mía y de quien se encuentre en problemas. —Señala hacia fuera de la ventana—. Estaba en lo alto de un tejado y lo vi todo. Por una vez a los imperiales les han dado por culo.

Me aprieta la mano:

—Soy Lodewijck Pruystinck, y me dedico a poner tejados, pero los hermanos me llaman Eloi. ¿Y tú?

—He ido a parar por casualidad en medio de esa trifulca y puedes llamarme como te plazca.

—Quien no tiene nombre debe de haber tenido por lo menos cien... —Una sonrisa extraña—. Y una historia que bien merece ser oída.

—¿Quién te dice que tenga ganas de contársela a nadie?

Ríe y asiente:

—Si todo cuanto posees son los harapos que llevas, bien podrías aceptar mi dinero a cambio de una buena historia.

—Tú lo que quieres es tirar tu dinero.

—Oh, no, muy al contrario. Quisiera invertirlo.

No lo sigo ya. ¿Con quién diablos estoy hablando?

—Debes de ser de la raza de los ricos tontos.

—Por ahora soy el que te ha curado las heridas y el que te mantiene fuera de la mierda.

Nos quedamos en silencio, mientras apelo a todos los músculos del cuerpo.

Está cayendo la tarde sobre los tejados, he permanecido desvanecido todo el día.

—Tenía que subir a la nave.

—Sí, Philipp me lo dijo.

Me había olvidado del paticojo.

—Y desaparecer para siempre. Estas tierras no son un lugar seguro. Los ricos sobre todo tienen una memoria excelente para quienes les han jodido a las hijas y las joyas. Y en el nombre de Dios, además...

Permanezco inmóvil, fulminado, demasiado cansado para hacer acopio de mis ideas y saber qué decir o qué hacer.

Sus ojos permanecen fijos en mí.

—Hoy Eloi Pruystinck le ha salvado el culo a un Armado de la Espada. ¡Los caminos del Señor son verdaderamente infinitos!

Mudo. Trato de leer una amenaza en su tono de voz, pero no es más que ironía. Señala el antebrazo, donde hasta esta mañana el vendaje escondía la marca.

La carne quemada está sucia, la señal casi imposible de distinguir.

—El ojo y la espada. Conocí a uno que se cortó el brazo para escapar del patíbulo. Dicen que Batenburg se comía el corazón de sus víctimas. ¿Es eso cierto?

Sigo callado, escrutando ese rostro para comprender adónde quiere llegar.

—La fantasía de la gente no conoce límites —levanta el paño que recubre el cesto de mimbre—. Aquí hay algo de comer. Trata de recuperar fuerzas, o no conseguirás ya levantarte de esta cama.

Hace ademán de irse.

—Vi rodar su cabeza. Gritó libertad antes de que lo mataran.

Mi voz tiembla, estoy debilísimo.

Se da la vuelta lentamente en la entrada, una mirada decidida.

—El Apocalipsis no ha llegado. ¿De qué sirvió asesinar a toda esa gente?

Me aflojo como un saco vacío, demasiado cansado incluso para respirar. Sus pasos se alejan tras la puerta.

CAPÍTULO 3
Amberes, 23 de abril de 1538

Es una casa grande. Dos pisos enormes, con habitaciones que dan a largos pasillos. Niños medio desnudos se persiguen arriba y abajo por las escaleras, algunas mujeres preparan la comida en amplios calderos en una cocina que rebosa de todos los bienes de Dios. Alguno me saluda con un gesto de cabeza y una sonrisa, sin interrumpir su trabajo. Todos parecen relajados, plácidos, como si compartiesen la misma felicidad. En la que se diría la sala más grande se extiende una larga mesa, puesta con vajilla de plata: en la chimenea arde un trahogüero de haya.

Experimento la misma sensación que producen ciertos sueños un momento antes de verse interrumpidos por un brusco despertar: la conciencia de estar recorriendo un sueño y las ganas de saber qué hay detrás de la próxima puerta, de ir hasta el final.

De pronto me llega su voz desde una de las estancias:

—¡Ah, por fin te has decidido a levantarte!

Eloi está cortando un gruesa tajada de carne de ternera sobre una mesa de mármol.

—Llegas justo a tiempo para comer con nosotros. Ven, ven, échame una mano.

Me pasa un trinchante.

—Sostenlo firme, así.

Corta unas tajadas finas y las coloca en un plato en cuyo borde campea un escudo de plata.

Con el rabillo del ojo escruta mi expresión confusa.

—Apuesto a que estás preguntándote adónde has ido a parar.

La boca está demasiado pastosa para articular ninguna frase, respondo con un gruñido.

—La casa ha sido puesta a nuestra disposición por el gentil micer Van Hove, un comerciante en pescado y buen amigo mío. Tal vez lo conozcas a su regreso. Todo cuanto ves era suyo.

—¿Era?

Sonríe:

—Ahora es de todos y de nadie.

—¿Quieres decir que todo es de todos?

—Así es.

Dos niñas atraviesan la habitación canturreando una cantinela cuyas palabras no pesco.

—Bette y Sarah son las hijas de Margarite. Nunca me acuerdo de quién es una y quién la otra.

Levanta el plato y grita:

—¡A la mesa!

Una treintena de personas afluyen en torno a la gran mesa ya puesta. Me hacen sentarme al lado de Eloi.

Una muchacha alta y rubia me sirve una jarra de cerveza.

—Te presento a Kathleen. Está con nosotros desde hace un año.

La muchacha sonríe: es guapísima.

Antes de que dé comienzo la comida, Eloi se pone en pie y reclama la atención del grupo.

—Hermanos y hermanas, escuchad. Ha llegado entre nosotros un hombre sin nombre. Un hombre que ha luchado largo tiempo y ha visto derramar mucha sangre. Estaba perdido y cansado, y ha recibido cuidados y amparo como es nuestra costumbre. Si decide quedarse con nosotros, deberá aceptar el nombre que queramos ponerle.

Al fondo de la gran mesa, un joven rubicundo, con unos tupidos bigotes rubios, exclama:

—¡Llamémoslo Lot, el que no vuelve la mirada atrás!

Un eco de asentimiento recorre la sala, Eloi me mira satisfecho:

—Está bien. Te llamaremos Lot.

Comienzo a comer con esfuerzo: me duelen la lengua y los dientes, pero la carne es tierna, de primera calidad.

—Ya sé lo que estás preguntándote.

Se pone más cerveza.

—¿Qué?

—Te preguntas qué hacemos permitiéndonos todo esto.

—Me imagino que os lo proporciona todo micer Van Hove...

—No exactamente. No es él el único en haber aportado fondos a las arcas para hacer un patrimonio común.

—¿Quieres decir que existen otros ricos que regalan todo a los pobres?

Ríe:

—Nosotros no somos pobres, Lot. Somos libres.

Con un gesto abarca enteramente la gran mesa:

—Aquí hay artesanos, carpinteros, gente que pone tejados, albañiles. Pero también tenderos y comerciantes. Lo que los reúne no es otra cosa que el Espíritu de Dios. Es lo que agrupa a todos los hombres y mujeres, por lo demás.

Lo escucho y no consigo comprender si está verdaderamente loco o no.

—Los bienes, Lot, el dinero, las joyas, las mercancías, sirven al cuerpo a fin de que disfrute de ellas el espíritu. Mira a esta gente: es feliz.

No tienen que matarse de esfuerzo para vivir, no tienen que robar a quien posee más ni tampoco trabajar para él. Y por su parte, quien tiene más no tiene nada que temer, puesto que ha elegido vivir con ellos. ¿Te has preguntado alguna vez cuántas familias dejarían de pasar hambre con lo que los Fugger tienen en sus arcas? Yo creo que medio mundo podría comer durante un año entero sin tener que mover un dedo. ¿Te has preguntado cuánto tiempo emplea un mercader de Amberes en amasar su fortuna? La respuesta es simple: toda su vida. Toda la vida acumulando, llenando cajas fuertes, joyeros, fabricando la prisión para sí mismo y para sus propios hijos varones, y la dote para las hembras. ¿Por qué?

Vacío la copa: su sueño ha sido también el mío.

—¿Y quieres convencer a los mercaderes del puerto de que es mejor para su espíritu dárselo todo a vosotros?...

—En absoluto. Lo único que quiero es convencerlos de que es más hermosa una vida libre de la esclavitud del dinero y de las mercancías.

—Olvídate de ello. Te lo dice alguien que ha luchado contra los ricos durante toda su vida.

Frunce los ojos y levanta el vaso:

—Nosotros no queremos luchar contra ellos, son demasiado fuertes. —Gotea la cerveza—. Lo que queremos es seducirlos.

Los dos sillones de cuero del gabinete son cómodos, me arrellano despacio, tratando de evitar los pinchazos en el costado. Una pluma de oca larguísima sobresale de un tintero negro sobre la mesa. Eloi me ofrece un poco de licor en una copita de cristal tallado.

—Amberes es oficialmente fiel a la Iglesia de Roma. El devotísimo Emperador tiene a sus oficiales guardianes de la verdadera fe, es decir, de su poder. Pero muchos aquí, a escondidas, prestan su apoyo a las ideas de Lutero. Las clases mercantiles sobre todo no pueden más con la ocupación española, ni con los sacerdotes que acusan de herejía a quienquiera que abra la boca contra el Catolicísimo o sus serviles obispos. Los mercaderes producen, los mercaderes hacen el dinero, los mercaderes construyen los palacios y las calles. Los imperiales ponen tributos, persiguen y procesan. Las cuentas no salen. Lutero predica la abolición de la jerarquía eclesiástica y la independencia de Roma, sus príncipes alemanes se han rebelado y han atacado a Carlos y al Papa mediante un acto formal de protesta. Conclusión: antes o después, Flandes y los Países Bajos saltarán por los aires como un polvorín. Con la salvedad de que aquí, más que príncipes, lo que hay son grandes mercaderes. El único motivo por el cual todavía no han llegado al enfrentamiento es que hasta hace pocos meses estabais vosotros todavía de por medio.

—¿Qué pretendes decir?

—Los anabaptistas lo querían todo. Querían el Reino: la igualdad, la sencillez, la fraternidad. Ni el Emperador ni los mercaderes luteranos estaban dispuestos a concedérselo. Su mundo se basa en la competencia de los estados y de las compañías comerciales por el mando y la obediencia. Como dijo Lutero, a quien tuve el poco gusto de conocer hace ya más de diez años: puedes poner en común tus bienes con los demás solo si los tienes, pero ni soñar con hacerlo con los de Pilatos o de Herodes. Batenburg resultaba incómodo tanto para los católicos como para los luteranos. Ahora que los anabaptistas han sido derrotados, los dos contendientes que han quedado se enfrentarán encarnizadamente.

Trato de comprender adónde quiere llegar:

—¿Por qué me cuentas estas cosas?

Se queda pensando, como si no se esperase la pregunta:

—Para que te hagas una idea de cuál es la situación aquí.

—¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Has hecho la guerra. Y la has perdido. Tienes todo el aspecto de alguien que ha atravesado el infierno y ha salido vivo de él.

Se levanta y se acerca a la ventana tras haberse servido una segunda copita.

—No sé si eres la persona adecuada. La que yo ando buscando desde hace tiempo, quiero decir. Quisiera oír tu historia antes de opinar.

Eloi juguetea con la copita vacía.

Dejo la mía sobre la mesa:

—Eres una persona a la que resulta difícil quitarle la sonrisa del rostro.

—Es una cualidad, ¿no crees?

—¿Cómo se las arregla alguien que pone tejados para estar tan informado y hablar tan pulidamente?

Se encoge de hombros:

—Basta con frecuentar a las personas adecuadas.

—Que es como decir a los mercaderes del puerto.

—Al mismo tiempo que las mercancías circulan las noticias. Y respecto a lo que dices de hablar bien, las amistades a las que debo el dominio de la lengua no me han dado la oportunidad de aprender latín, lo que me disgusta bastante.

—*Omnia sunt communia*. Esto sí que lo conoces.

Tiene un momento de vacilación, que disimula con su acostumbrada media sonrisa de quien está por encima de cualquier engaño o de un antiguo secreto.

—Era la divisa de los rebeldes del veinticinco. En ese año yo fui a Wittenberg para conocer a Lutero y presentarle mis ideas, Alemania

estaba sumida en el caos. Yo era demasiado joven y estaba lleno de grandes esperanzas por un monje que lo que hacía era engordar en el comedor de los príncipes. –Una mueca. Luego, no muy convencido de preguntármelo–: ¿Estabas tú con los campesinos?

Me levanto, ya demasiado cansado para continuar, necesito echarme en la cama, me duelen las costillas. Lo miro y me pregunto por qué he tenido que encontrarme con este hombre, sin ser lo bastante lúcido como para encontrar una respuesta.

–¿Por qué debería contarte mi historia? Y olvídate del ofrecimiento que me hiciste. No tengo ningún lugar adonde ir, no sabría qué hacer con tu dinero. Lo único que quiero es morir en santa paz.

Insiste:

–Y yo tengo curiosidad. Cuéntame por lo menos un poquito del comienzo: cuándo empezó todo, dónde.

El pozo es profundo; una sorda zambullida en el agua negra.

Las palabras:

–Lo he olvidado. El comienzo es siempre un final; es la enésima Jerusalén poblada aún de fantasmas y de profetas alucinados.

Por un instante su mirada se llena de horror, pero no debe de ser nada en comparación con el mío, delante de esos espectros.

–Dios santo, ¿estabas en Münster?...

Me arrastro cansado hacia la puerta, la voz es ronca y pastosa:

–En esta vida no he aprendido sino una cosa: que el infierno y el paraíso no existen. Los llevamos dentro de nosotros adondequiera que vayamos.

Dejo sus preguntas a mis espaldas, tambaleándome por el pasillo para llegar a la habitación.

CAPÍTULO 4
Amberes, 30 de abril de 1538

Algo arde aún dentro. La muchacha lava la ropa en el patio, un cuerpo joven y blanco que se deja entrever bajo el ceñido vestido.

No es la primavera, ya no, abril me obliga solamente a rascarme las cicatrices: el mapa de las batallas perdidas.

Es Kathleen. No es mujer de nadie, así como todos los hijos parecen no tener una sola madre o un solo padre, sino muchos padres. No existe reverencia o temor por los adultos, que se dejan tomar el pelo y sonríen ante las bromas infantiles. Mujeres con tiempo para jugar, barrigas preñadas, hombres que no levantan la mano, niños sobre las rodillas. Eloi ha creado el Edén y lo sabe.

Trece años atrás se enfrentó con Philipp Melanchthon en presencia de Lutero. El Gordo y el Flaco lo tomaron por loco y escribieron a las autoridades papistas de Amberes a fin de que los prendieran. Pocos meses después fray Puerco Cebado incitaría a nuestro asesinato, los demonios encarnados que habían osado desafiar a sus señores. Eloi y yo teníamos los mismos adversarios y no nos hemos conocido hasta ahora. Ahora que todo ha terminado.

Kathleen estruja la colada: todavía esa quemazón, en el fondo del estómago. He olvidado. La guerra lo ha borrado todo, la gloria de Dios, la multitud, la matanza: he olvidado. Y sin embargo está todo allí y no puede ser borrado, nebuloso y presente, al acecho detrás de cualquier recoveco de la mente.

Levanta el rostro y me ve: una sonrisa.

Es un lugar en el que uno podría detenerse, lejos de los problemas, del ala negra del Esbirro que me persigue desde siempre.

Eres hermosa. Estás viva. Eres una vida hundida en el fango que no quiere saber nada de darla por acabada y que me obsequia todavía con una jornada más de sol como esta y la quemazón en las entrañas.

—Gerrit Boekbinder.

Me sobresalto y me vuelvo de repente, el brazo contraído para descargar el golpe.

Un hombre bajo y corpulento, barba entrecana y mirada firme.

Me habla serio:

—El viejo Gert del Pozo. La vida no deja de depararle a uno sorpresas. Hubiera imaginado cualquier cosa menos encontrarme contigo. Y aquí, además...

Escruto ese rostro anónimo:

–Me has tomado por otro, compadre.

Ahora sonrío:

–No lo creo. Pero eso no tiene mucha importancia: aquí el pasado no cuenta, pues también yo llegué sin blanca como tú y solo de oír pronunciar mi nombre me puse como un gato salvaje. Estuviste con Van Geleen, ¿verdad? Me dijeron que te habían visto en la toma del Ayuntamiento de Amsterdam...

Trato de saber quién es el que tengo delante, pero sus rasgos no me dicen nada.

–¿Quién eres?

–Balthasar Merck. No me extraña que no te acuerdes de mí, pero también yo estaba en Münster.

Debe de habérselo dicho Eloi.

–También yo creí en ello de verdad. Tenía una tienda en Amsterdam: lo abandoné todo para unirme a los hermanos baptistas. Yo te admiraba, Gert, y cuando tú te fuiste fue un duro golpe, no solo para mí. Rothmann, Beuckelssen y Knipperdolling eran unos locos, nos llevaron al borde de la pura locura.

Nombres que duelen, pero Merck parece sincero y dispuesto a comprender.

Lo miro a los ojos:

–¿Cómo saliste de allí?

–Con el más joven de los Krechting. A su hermano lo colgaron en la celda junto con los demás, pero él logró llevarme fuera en el último momento, cuando los episcopales entraban ya en la ciudad

–Una sombra oscura ensombrece su mirada–. En Münster dejé a mi mujer, pues estaba demasiado débil para seguirme, no lo consiguió.

–¿Y has terminado aquí?

–Durante meses pedí limosna por los caminos, incluso me apresaron en una ocasión, los soldados, sí, al regresar de Holanda. Me torturaron –muestra los dedos tumefactos–, para hacerme confesar que había sido baptista. Pero yo no abrí el pico. Sí, dolía, por supuesto, gritaba como un poseso mientras me arrancaban las uñas, pero no dije esta boca es mía. Pensaba en mi Ania, enterrada en alguna fosa. Calladito. Me soltaron cuando creyeron que estaba loco de atar. Eloi me tomó consigo, me salvó la vida...

Vuelvo a echar una mirada más allá de la balaustrada: Kathleen recoge la ropa en un barreño y se la lleva.

–¿Es hermosa, verdad?

Quisiera responderle que ahora es sin duda más importante que nuestros recuerdos.

Me toca levemente:

—Aquí no hay maridos ni mujeres.

Una mueca:

—Soy viejo.

Ríe, el sonido de una carcajada, como si lo escuchase por primera vez, tras abandonar mi existencia durante años:

—Solo estás cansado, hermano. Estás muerto: Gerrit Boekbinder está muerto y enterrado bajo las murallas de Münster. Aquí eres Lot, el que no vuelve la mirada atrás. No lo olvides.

La mano en un hombro. Observo a los niños abajo en el patio, como si fueran criaturas de fábula. Los verdugos niños de Münster están lejos, pequeños monstruos de Beuckelssen, los inquisidores infantiles que llevaban la muerte en los dedos.

—¿Quién es esta gente, Balthasar?

—Espíritus libres. Han conquistado la pureza, decretando la mentira del pecado y la libertad de sus deseos, la propia felicidad.

Dice estas cosas con naturalidad, como si estuviera explicando el orden del cosmos. Esta quemazón en el estómago se ha trocado en pesar, para mí, para este castigado cuerpo mío, y también esa sencilla alegría.

La mano aprieta el hombro:

—El Espíritu Santo está en ellos, como en cada uno de nosotros. Viven en el día de Dios, sin necesidad de empuñar la espada.

Los ojos se apagan, como si se negaran a ver:

—¿Crees que es así? ¿Perdimos el Reino para volver a encontrarlo aquí?

Asiente:

—Un día Eloi me dijo que el Reino de Dios no es algo que debemos esperar: no tiene ni ayer ni mañana, y ni siquiera llega a tres mil años. Es la experiencia de un corazón: existe en todas partes y en ningún lugar en concreto... Está en la sonrisa de Kathleen, en el calor de su cuerpo, en la alegría de un niño.

Siento que quisiera dar rienda suelta al odio, al miedo, a la desesperación, a la derrota. Pero es difícil, doloroso. Tengo que apoyarme en la balaustrada.

—Para mí es tarde.

—No lo es ya para nadie. Estando aquí aprenderás también esto, hermano.

—Eloi quiere que le cuente mi historia. ¿Por qué?

—Él cree en los pobres de espíritu, en los últimos. Cree que Cristo puede resurgir en cada uno de nosotros, sobre todo en aquellos que han conocido el fango de la derrota.

—Yo tan solo veo un mar de horror detrás de mí.

Suspira, como si comprendiera de verdad:

—Los muertos deben enterrar a los muertos para que los vivos puedan renacer a una nueva vida.

La lección del Salvador.

—¿Te ha dicho él también esto?

—No. Lo comprendí yo al cruzar el umbral en el que ahora te encuentras.

No sé cómo ha sucedido, pero lo cierto es que de la forma más natural del mundo, sin que nadie me dijera nada, de repente me he visto aguzando los palos para el vallado del huerto. He comenzado a responder a los saludos de todos, y un joven cardador me ha aconsejado incluso sobre la mejor manera de ajustar el armazón.

Amontono palos puntiagudos en un rincón del jardín de detrás de la casa, la pequeña hacha es precisa y ligera, me permite trabajar sentado y sin excesivo esfuerzo. Por un momento vuelvo a ver a un joven que corta leña en la era del pastor Vogel, hace mil años de eso, pero es un recuerdo que ahuyento enseguida.

La niña rubia se acerca con una sonrisa sin dientes:

—¿Eres tú Lot?

Le cuesta aún articular las palabras.

Me detengo, para no correr el riesgo de hacerle algún daño con las astillas:

—Sí. ¿Y tú quién eres?

—Magda.

Me alarga una piedra coloreada.

—La he pintado para ti.

Jugueteo con ella un poco.

—Gracias, Magda, eres muy amable.

—¿Tú tienes alguna niña?

—No.

—¿Y por qué no?

Ningún niño me ha hecho jamás preguntas.

—No lo sé.

Ella aparece de repente, con un saquito de semillas bajo el brazo.

—Magda, ven, tenemos que sembrar el huerto.

De nuevo esa vieja quemazón. Las palabras salen solas:

—¿Es tu hija?

—Sí.

Kathleen sonríe, volviendo radiante la jornada, toma de la mano a la pequeña y dirige una mirada a los palos.

—Gracias por lo que estás haciendo. Sin el vallado, el huerto no sobreviviría un solo día.

—Gracias a vosotros por haberme acogido.

—¿Te quedarás con nosotros?

—No lo sé, no tengo ningún sitio adonde ir.

La niña toma el saco de las manos de su madre y corre hacia el huerto hablando sola.

El azul de Kathleen no da tregua a mi estómago.

—Quédate.

CAPÍTULO 5
Amberes, 4 de mayo de 1538

Eloi está negociando con dos tipos vestidos de negro, su expresión seria y expeditiva es la propia de los comerciantes.

Espero sentado aparte: parece encontrarse a sus anchas con esa gente. Me pregunto si saben cómo piensa realmente.

Se despiden con grandes cumplidos mutuos y falsas sonrisas, la de Eloi sigue siendo insuperable. Los dos cuervos salen sin dignarse dirigirme una mirada.

—Son los propietarios de una imprenta. He convenido una suma para poder usarla. Les he prometido que no tendrán problemas con la censura, hemos de ser prudentes.

Me habla como si estuviera ya claro que soy uno de ellos.

—Me imagino que el dinero te lo proporcionan siempre tus «conocidos»...

—En todas partes hay gente receptiva a lo que decimos. Hay que contactar con ella, encontrar más dinero para imprimir y difundir nuestro mensaje. La libertad de espíritu no tiene precio, pero este mundo quiere imponerle uno a todas las cosas. Hemos de tener los pies bien en el suelo; aquí lo compartimos todo, vivimos tranquilos y con sencillez, trabajamos lo necesario para sobrevivir y engatusamos a los ricos para que nos financien. Pero fuera impera la guerra de los estados, de los mercaderes, de la Iglesia.

Me encojo de hombros, desconsolado:

—¿Es esto lo que buscas? ¿Una persona que sepa moverse en ese mundo de tiburones? ¿A alguien que haya salido vivo?

La acostumbrada sonrisa desarmante, pero con la sinceridad que no ha reservado a los mercaderes:

—Hace falta alguien despierto, capaz de fingir y susurrar las palabras adecuadas a los oídos adecuados.

Nos miramos.

—La historia es larga y complicada, y la memoria flaquea a veces. Eloi está serio:

—No tengo prisa y de las penalidades se sale reforzado.

Es como si nos hubiéramos entendido desde siempre, como si me estuviera esperando, como si...

—Sé que has conocido a Balthasar. ¿Ha sido él quien te ha hecho cambiar de idea?

—No. Ha sido una niña.

El escritorio está en penumbra, dividido en su mitad por una columna de luz que se filtra a través de los postigos entornados. Eloi ofrece un poco de licor y una atención silenciosa.

—¿Qué sabes de la guerra de los campesinos?

Sacude la cabeza:

—No mucho. Cuando fui a Alemania en el veinticinco me encontré a un hermano con el que estaba en contacto epistolar desde hacía algún tiempo: se llamaba Johannes Denck, un espíritu libre y dispuesto a desafiar la arrogancia de los papistas tanto como la de Lutero. Pero como te he dicho, entonces era joven y poco prudente.

El nombre hieló la sangre, hace aflorar recuerdos, un rostro, una familia.

—Conocía bien a Denck. Luché con él al lado de hombres que creyeron de verdad poder poner fin a la injusticia y a la impiedad sobre la tierra. Éramos millares, éramos un ejército. La esperanza quedó destrozada en la llanura de Frankenhausen, el quince de mayo de mil quinientos veinticinco. Entonces abandoné a un hombre a su destino, a las armas de los lansquenets. Me llevé conmigo su alforja llena de cartas, de nombres y de esperanzas. Aparte de la sospecha de haber sido traicionados, vendidos a las tropas de los príncipes como un rebaño en el mercado. —Aún resulta difícil pronunciar ese nombre—. Ese hombre era Thomas Müntzer.

No lo veo, pero percibo el estupor que lo asalta, tal vez la incredulidad de quien piensa tener delante a un espectro.

Su voz es casi un bisbiseo:

—¿De veras luchaste con Thomas Müntzer?...

—También yo era joven entonces, pero lo bastante espabilado como para comprender que Lutero había traicionado la causa que nos había vendido. Comprendimos que íbamos a tener que proseguir a partir del punto en que ese monje había rendido las armas. La historia habría podido terminar así, en esa llanura cubierta de cadáveres. Y en cambio sobreviví.

—¿Denck murió allí?

—No. Su cometido consistía en reunir refuerzos para el choque, pero nunca llegó a tiempo.

Recordar cuesta un esfuerzo tremendo:

—En Frankenhausen morí por primera vez. No sería la última.

Me tomo a sorbos el licor para disolver la memoria:

—Durante dos años, dos infinitos años, permanecí oculto con un pastor luterano que simpatizaba en secreto con nuestra causa, mientras que fuera los soldados peinaban región por región en busca de los supervivientes, de los veteranos de la guerra. Estaba acabado, tenía

un nombre nuevo, los amigos estaban muertos, el mundo poblado de fantasmas y de gente dispuesta a traicionarte por una palabra de más. Un buen día, cuando ya el tiempo del trabajo y de la soledad parecía haberme subyugado, nos descubrieron, no sé cómo, pero subieron hasta donde estábamos nosotros. Tuve que reanudar mi huida.

Tomo aliento:

—Pensándolo bien ahora de nuevo, esa repentina fuga fue mi suerte, pues me salvó de una muerte más lenta y atroz.

Tal vez no comprende, no me sigue hasta el fondo, pero no se atreve a interrumpirme, pues está realmente fascinado por lo que pueda decir en la siguiente frase.

—Adopté el nombre de un hombre que se había cruzado por casualidad en mi camino. Vagabundeeé largo tiempo en busca de no sé qué, de un lugar donde desaparecer. A finales del verano del veintisiete llegué a Augsburgo y me encontré de nuevo con Denck.

—El Sínodo de los Mártires...

Habla lentamente y en voz baja: sabe respetar una historia.

—Por supuesto. La reunión de los supervivientes. Estúpidos e inútiles supervivientes.

CAPÍTULO 6
Augsburgo, Baviera, finales de julio de 1527

Lucas Niemanson. Mercader de brocados en Bamberg. Bolsa repleta, preciadas ropas de buen paño, una considerable carga de mercancías y efectos personales, en un carro más bien nuevo, tirado por dos jamelgos algo derrengados pero jóvenes aún. Descanso mis músculos doloridos, por miles de botes, sacudidas y maldiciones por los senderos inconexos de estas landas, en el decente camastro de una casa de huéspedes que está justo pasada la puerta oeste de la ciudad. Ante todo dormir algunas horas para aliviar los huesos; mañana ya pensaré en la carga, en el carro y en el cuadrúpedo más cansado. Echar un vistazo por las calles de esta poblada ciudad imperial, donde están afluyendo los agitadores de cada región para escapar a una nueva matanza. Como Hans Hut, el profeta librero, que debe de haber fundado una comunidad en cada casa de postas y prodigado visiones apocalípticas apenas se saltaba una comida. Por lo que se dice esta ciudad albergará pronto un sínodo de todos los representantes de las comunidades surgidas en los últimos años, en esa mordaza entre Lutero y el Papa que ahora nuevamente se estrecha.

Cauto. No te metas en la boca del lobo, no te expongas al ojo ubicuo del enemigo.

Observar, cautela, mantenerse si es preciso en el camino debido. En el fondo así he llegado hasta estas murallas. La tragedia, el hado, la suerte insondable han proporcionado materia prima y espíritu a esta situación que nunca hubiera imaginado que se produjese.

Había estado parado demasiado tiempo. El embotamiento del espíritu se transmite a los miembros. Comencé a vagar tan pronto como corrió la voz de que andaban buscando a Vogel. Se había terminado de nuevo. O mejor dicho, partir una vez más sin saber hacia dónde. Andan buscando a los que regresaron de la guerra. Aniquilarlos, empujarlos a confesar lo que ni siquiera se les ha pasado por la cabeza. Buscan a los que regresaron de la guerra. Andando, veintiséis años. El ejército de los desharrapados sublevados. Aniquilarlos. Entonces, andando, sin decir esta boca es mía. A ninguna alma viviente.

Indigente como tantos otros, con un manojo de cartas, recuerdos y sospechas insoportables.

El azar ha conducido mis agotados despojos por senderos y posadas, aldeas y mesones, mercados y graneros. El azar quiso unir la suer-

te amarga y desconsiderada del mercader Niemanson a la mía el día veintisiete de junio, al término de infinitos y solitarios vagabundeos.

Se estaba informando nervioso acerca de la seguridad de los caminos en dirección sur y sobre la mejor hora para partir. Sin duda, transportaba una valiosa mercancía. Bajo la capa, la fascinante hinchazón de una bolsa de cuero claro: una preciosidad a simple vista. Un criado obligado a guardar cama durante algunos días, contagiado por alguna pelandusca, que lo obliga a proseguir solo, mañana al amanecer.

Lo sigo a distancia, durante casi dos leguas, hasta que el camino, trazando un amplio recodo, se adentra en una zona boscosa, de colinas bajas, completamente aislada. Me pongo al lado del carro y hago señal de que se detenga, con gestos excitados.

—¡Señor, señor!

—¿Qué queréis? —pregunta frunciendo el entrecejo y tirando de las riendas.

—Vuestro servidor, señor...

—¿Qué le pasa, qué es lo que quiere?

—La verdad es que no parece tan enfermo. Esta misma mañana lo han pillado tratando de dejar la posada a la chita callando. Llevaba con él una gruesa bolsa llena de objetos preciosos que creo que pertenecen a vuestra carga. —Y mientras le digo todo esto muestro la alforja con la correspondencia de Magister Thomas.

—¡Ese hijo de puta! Claro que no es suyo, es un asqueroso. Esperad, voy a ver.

Baja, se acerca, aprieto el borde de la bolsa con la mano izquierda, se inclina para mirar. El bastón se abate rápido sobre la nuca.

Cae como un árbol seco.

Le bloqueo los brazos con las rodillas, tres vueltas de cuerda y un nudo muy prieto.

Libero la bolsa de la cintura y lo hago rodar hasta dentro de una hondonada. Hecho.

Corto el enredijo de cuerdas que asegura la carga y subo para echar un vistazo: paños, rollos de diversa forma y colorido. Pobre bastardo, ya puedes despedirte de tus negocios. Ni siquiera tus ropas van a servirte por ahora. Y mucho menos el nombre que leo grabado en uno de los costados del carro: «Lucas Niemanson, tejedor en Bamberg».

CAPÍTULO 7
Augsburgo, 3 de agosto de 1527

Johannes Denck está en Augsburgo. Por la calle me he enterado de alguna noticia sobre él y ahora sé con exactitud dónde buscarlo. Detrás de la gran reunión de los pastores de las comunidades, que se prepara para mediados de mes, está sobre todo la mano del joven veterano de la revuelta.

La casa que me han indicado está tocando a una calle de laneros. Me abre la puerta una mujer esbelta, con un niño en el regazo, seguida por el corretear inseguro de una niña, que enseguida se esconde entre las piernas de su madre. Soy un viejo amigo del marido, a quien no veo desde hace años. Me quedo en la puerta, la niña se me queda mirando fijamente con expresión de curiosidad.

Johannes Denck es un abrazo fuerte y unos ojos relucientes e incrédulos.

Me ofrece de beber de una bota que lleva colgada al cinto y una sonrisa sincera, sin palabras. Me toca los brazos, los hombros, como si quisiera asegurarse de que no se trata de un fantasma aparecido del abismo de sus peores pesadillas. Sí, soy yo precisamente. Pero olvídate de mi nombre si no quieres hacerles un favor a los esbirros. Ríe feliz.

—¿Cómo debo llamarte? ¿Redivivo? ¿El Renacido?

—Durante dos años fui Gustav Metzger. Actualmente soy Lucas Niemanson, comerciante en paños. Mañana, quién sabe...

Continúa mirándome fijamente, espantado. Es difícil para los dos dar con las palabras, elegir cómo empezar. Por lo que nos quedamos así, en silencio, durante un tiempo infinito, volviendo a pensar en todo. Esta tarde Mühlhausen es una isla lejana del mundo y de la vida, a la que tal vez un día lleguemos buscando el camino del Señor. Desde lugares lejanos y a la vuelta de destinos distintos.

—¿Solo tú?

La voz es grave y hecha de recuerdos.

—Sí.

Agacha la cabeza, para recuperar en la memoria algún rostro, alguna figura, algún grito de euforia y de esperanza que ahora resuena ya muy lejano.

—¿Cómo?

—Suerte, amigo mío, suerte y tal vez una pizca de bondad divina que quiso asistirme. ¿Y tú?

Los ojos abiertos de par en par al recuerdo, como si hiciera un esfuerzo, como si hablara de cuando era niño:

—Nos quedamos empantanados por la zona de Eisenach. Había conseguido reclutar a un centenar de hombres y recuperar una espingarda. Pero nos topamos con una columna de soldados, que nos obligó a refugiarnos en una aldea de cuyo nombre no me acuerdo. —Levanta la mirada hacia mí—. Lo siento, no lo logré. No fui de ninguna ayuda.

Parece más amargado que yo. Pienso en cuántas veces en estos dos años debe de haberse reprochado la impotencia de aquel día.

—No hubieras servido más que de carne de cañón. Éramos ocho mil y no sé de ninguno que se haya salvado.

—Aquí estás tú.

Sonríó forzosamente y busco la ironía de la desventura:

—Alguien tenía que contarlo.

—Lo has conseguido. Esto es lo que cuenta.

—Lo perdimos todo.

Unos ojos risueños, de una cordura que no recordaba:

—¿Acaso conoces algo por lo que valga la pena perderlo todo?

Una mueca divertida es todo cuanto consigo ofrecerle. Pero sé que no le falta razón y ya quisiera yo poseer la misma ligereza para aventar el pasado.

Se pone serio, no le ha faltado tiempo para reflexionar.

—Cuando supe que habían ajusticiado a Magister Thomas y a Pfeiffer, también yo pensé que la cosa se había terminado. Dicen que en la represalia posterior a Frankenhauseen cayeron más de cien mil personas. Escapé, me embosqué y traté de salvar el pellejo. Durante meses no dormí en la misma cama dos noches seguidas. Pero no estaba solo, no, tenía la esperanza de volver a contactar con los hermanos en las otras ciudades, todos los amigos y los colegas de la universidad. Esto me mantuvo con vida, me dio fuerzas para no quedarme sentado en el suelo esperando el golpe definitivo. De haberme detenido, ahora no estaría aquí para recibirte.

Salimos fuera, al patio trasero de la casa, donde hay escarbando algunos pollos que han perdido parte de sus plumas y dos pieles de ciervo se secan al sol como viejas velas estropeadas.

Me toca contar a mí:

—Yo me senté. Y me morí. Me quedé en el suelo dos años enteros, cortando leña y escuchando las paparruchas del único loco que me dio cobijo: Wolfgang Vogel.

—¡Vogel! Dios santo, me enteré de que lo habían ajusticiado hace algunos meses.

—Por poco no he tenido el mismo fin.

Bisbisea entre dientes, preocupado:

—¿Cómo dieron con él?

—Interceptaron a uno de los compañeros de Hut mientras se dirigía al sur en busca de alguno que se hubiera salvado. Me imagino que lo torturaron y lo obligaron a dar todos los nombres. Vogel debía de ser uno de ellos y tuvo que poner pies en polvorosa. Y yo con él. Perros rastros de los cojones. Nos siguieron durante dos días enteros, hasta que nosotros decidimos que era mejor separarnos. Yo conseguí salvarme, pero él no. Y aquí me tienes.

Me mira de soslayo:

—Debes de tener buena estrella, amigo mío.

—Hum. Son tiempos en los que sería mejor tener una buena espada.

Refresca; los ruidos de la ciudad llegan hasta nosotros amortiguados. Nos sentamos sobre el tronco de la leña. La intimidad entre supervivientes funde los pensamientos y las palabras salen plácidas y casi distantes, como el vocerío de la calle. Estamos vivos y este milagro es el que ahora nos basta, eso es lo que querríamos decirnos, sin añadir nada más.

El licor le enronquece la voz:

—En unos días tiene que llegar también Hut. Se le ha metido en la mollera que el Apocalipsis está ya próximo, y anda dando vueltas por ahí como un santo bautizando a la gente. Es una casualidad que no le hayan echado el guante aún. Vaga por los campos y se para a hablar con los campesinos, para preguntarles cómo interpretan ellos los pasajes de la Biblia que les lee.

Me río a carcajadas.

—Mira que cosecha un gran éxito.

—¡Hut! ¡Un librero fracasado que acaba convertido en profeta!

Por un momento nos desternillamos de risa, pensando en el timorato Hans al que tan bien conocimos.

—Me ha llegado el rumor de que Störch y Metzler están tratando de reunir un ejército agrupando a los supervivientes de la guerra. Son dos locos. No cuentan con la menor esperanza. En cambio, aquí van llegando hermanos desde el año pasado. De Suiza y de las ciudades vecinas. Existe un buen ambiente, por lo menos podemos reunirnos libremente. Es gente lista, tienes que conocerlos, provienen de la universidad. Este sínodo que estamos organizando será un nuevo comienzo. Todo volverá a empezar a partir de aquí, son muchos todavía los que quieren profesar libremente su fe. Pero tendremos que ser prudentes.

Tal vez se espera un entusiasmo, pero esta vez te desilusionaré, hermano. Me quedo en silencio y lo dejo continuar.

—Está Jacob Gross, de Zurich, lo hemos elegido ministro del culto, y Sigmund Salminger y Jacob Dachser como asistentes suyos: son augsburgueses, y conocen perfectamente a la gente de aquí. También están los seguidores de Zwinglio, Leupold y Langenmantel. Con su ayuda hemos creado un fondo para los pobres...

Habla de acontecimientos lejanos, está contando la saga de un pueblo desaparecido. Quizá intuye, se interrumpe, un suspiro.

—No todo está perdido.

Apenas si asiento:

—Efectivamente, estamos vivos.

—Ya sabes qué quiero decir. Hemos convocado aquí a todos los hermanos.

De nuevo la misma sonrisa forzada:

—¿Quieres comenzar de nuevo, Johann?

—No quiero nuevos curas que me digan qué debo creer y leer, ya sean papistas o luteranos. Somos bastantes para infiltrarnos en la universidad y desplazar a los amigos de Lutero y de los príncipes, porque es en las universidades, en las ciudades, donde se forman las mentes y se difunden las ideas.

Lo miro fijamente a los ojos, ¿se lo cree de veras?

—¿Y piensas que os dejarán hacerlo, que se quedarán de brazos cruzados mientras vosotros os organizáis? Yo los he visto. Los he visto cargar y asesinar a gente inerme, simples chiquillos...

—Lo sé, pero en Augsburgo es distinto, en las ciudades podemos actuar más libremente, estoy convencido de que si Müntzer estuviera ahora aquí estaría de acuerdo conmigo.

El nombre repercute en mis entrañas y me hace espetar:

—Pero no está. Y esto, te guste o no, significa algo.

—Hermano, a pesar de su grandeza, él no lo era todo.

—Pero los millares que lo seguían sí. Hace años dejé Wittenberg porque estaba harto de disputas teológicas y de doctores que me explicaban lo que leía, mientras que fuera de allí Alemania ardía. Después de todo lo que pasó, sigo pensando así. No serán estos teólogos tuyos quienes detengan la represión.

Caminamos callados a lo largo del borde del patio, tal vez ni siquiera él cree en el fondo en su propia confianza. Se detiene y me pasa la bota.

—Deja al menos que lo intenten.

CAPÍTULO 8
Augsburgo, 20 de agosto de 1527

La casa del patricio Hans Langenmantel es grande, el salón tiene capacidad para todos. Una cuarentena de personas, muchas ya bautizadas por Hut, que llegó a la ciudad precisamente ayer. En el momento de abrazarme repitiéndome las palabras del Magister, «ha llegado la hora», no he sabido si echarme a reír en sus propias barbas o largarme. Al final he optado por ver y callar, nuestro librero no se ha dado cuenta de que los tiempos han decidido seguir en la misma iniquidad renovada. Pero ¿habría podido hacerlo? Puso pies en polvorosa al primer disparo de cañón.

Denck me abre paso presentándose a los hermanos con el nombre de Thomas Puel. Evitamos el parloteo general, en espera de que llegue Hut.

—Habrá lucha.

—¿Qué quieres decir?

—Hut estuvo en Nicolsburg y tuvo sus diferencias con Hubmaier, un hermano de allí que no quiere saber nada de sus locuras. Parece que Hans propuso no seguir pagando los tributos y negarse a prestar servicio en la milicia. Las autoridades acabaron por encerrarlo en el castillo y él consiguió evadirse por una ventana gracias a la ayuda de un amigo. Supongo que estará hecho una furia, ahora que puede dársele también de mártir. Querrá hacer las mismas propuestas también aquí.

Rostros desconocidos, caras serias. Convenzo a Johann para que nos sentemos aparte.

—Dachser y los demás son tipos con los pies en el suelo, tendré que tratar de limitar los daños que pueda causar Hut. Si entramos enseguida en conflicto con las autoridades, no nos dará tiempo de reforzarnos. Pero vete tú a explicárselo...

Evocado por las palabras de Denck, aparece en el centro de la sala, pose de profeta que en vez de moverme a la risa lo único que consigue es darme pena.

Vuelve a vestirse sin decir una palabra. La luz se filtra por la ventana y deja entrar la noche.

Echado sobre un costado, contemplo los campanarios que se recortan contra el cielo, atestado de golondrinas. Un zorzal salta sobre el alféizar y me observa inseguro. Siento el peso del cuerpo, de los músculos inertes, como suspendidos en el vacío.

—¿Me deseas aún?

No tengo ganas de mover la cabeza, de volver la mirada, de hablar. El zorzal silba y salta hacia abajo.

La mano alcanza la bolsa bajo la cama. Le tiro las monedas sobre la colcha.

—Con esto podemos seguir haciéndolo.

La voz murmura algo.

—Soy rico. Y estoy cansado.

Me doy cuenta de que ha salido en el más absoluto silencio. Sigo sin moverme. Pienso en esos locos que discuten sobre cuál será el Día del Juicio. Pienso que me he salido demasiado deprisa, ofendiendo a todo el mundo. Pienso que Denck lo habrá comprendido seguramente. Y que el aire de la calle me ha sentado bien al instante mientras caminaba sin objeto por la ciudad. Que ella ha seguido al extranjero adecuado y que era joven y miserable, como Dana, ha ofrecido calor y una sonrisa que podía parecer casi sincera. He decidido no pensar.

Los amigos están muertos y para los que quedan he descubierto que estoy sordo. Dios no tiene nada que ver en esto; nos abandonó un día de primavera, desapareciendo del mundo con todas sus promesas y dejándonos en prenda la vida. La libertad de gastarla entre aquellos blancos muslos.

El zorzal vuelve al alféizar lanzando reclamos a las torres. El sueño asoma bajo los ojos.

No consigo darte un rostro, eres como una sombra, un espectro que se desliza al margen de los acontecimientos y aguarda en la oscuridad. Eres el mendigo que pide limosna en el callejón y el grueso mercader que se aloja en la habitación de al lado. Eres esa joven ramera y el esbirro que me busca ansiosamente pisándome los talones. Todos y nadie, tu raza vino al mundo con Adán: mala suerte y a Dios en contra. El ejército que nos esperaba detrás de aquellas colinas.

Qoèlet, el Eclesiastés. El profeta de la desventura. Tres cartas llenas de palabras de oro para el Magister, de noticias y consejos importantes. En Frankenhausem no encontramos al ejército en desbandada que nos prometiste, sino a un ejército fuerte y aguerrido. Escribías que los borraríamos del mapa.

Querías que descendiéramos a aquella llanura, a dejarnos matar todos.

Denck tiene una buena familia, tranquila, pero no deben de pasarlo excesivamente bien: sus ropas están raídas y remendadas en más de

un sitio, la casa está desnuda. Su mujer Clara ha cocinado para mí, la hija mayor se ocupaba del hermano, mientras que la madre servía la cena.

–No tendrías que haberte ido así.

No existe ningún resentimiento, llena los vasos de aguardiente y me pasa uno.

–Es probable. Pero no tengo ya estómago para ciertas discusiones.

Sacude la cabeza mientras trata de reanimar el fuego revolviendo las brasas con el atizador:

–El hecho de que Hut sea poco lúcido no significa que...

–No es Hut el problema.

Se encoge de hombros:

–No puedo obligarte a creer por la fuerza en este sínodo. Lo único que te pido es que tengas un poco más de confianza en nosotros.

–En estos años me he vuelto desconfiado, Johann.

Pronuncio el nombre en voz baja, una costumbre ya:

–Magister Thomas no nos condujo a Frankenhause para que nos aniquilaran; las informaciones que tenía eran erróneas. –Miro a Denck a los ojos, para hacerle comprender la importancia de las palabras–. Alguien, alguien de quien Magister se fiaba, le mandó una carta llena de noticias falsas.

–¿Thomas Müntzer traicionado? No es posible...

Introduzco la mano debajo de la camisa y saco las hojas amarillentas.

–Lee, si no me crees.

Los ojos azules recorren rápidos las líneas, mientras una expresión entre incrédula y disgustada se pinta en su semblante:

–Dios omnipotente...

–Está fechada el primero de mayo de mil quinientos veinticinco. Fue escrita dos semanas antes de la carnicería. Felipe de Hesse estaba ya dejando aislado el sur y se dirigía a marchas forzadas hacia Frankenhause. –Dejo que las palabras surtan su efecto–. Y aquí tienes otras dos cartas, escritas del mismo puño y letra, que se remontan a dos años antes: llenas de bonitas palabras, nadie podía sospechar que no fueran sinceras. Había quien cortejaba al Magister desde hacía tiempo para ganarse su confianza.

Le paso las otras dos misivas. La mueca de la boca no deja lugar a dudas sobre lo que está abrasándolo por dentro. Recorre deprisa las palabras salvadas de milagro de la destrucción, hasta que el rostro se vuelve de piedra, los ojos diminutos.

–Has conservado estas cartas durante mucho tiempo.

Nos miramos a los ojos, los reflejos del fuego danzan el sabbat sobre nuestros cuerpos:

—Estaba con él, Johann, estuve a su lado hasta el final. Fue el Magister quien me ordenó que me pusiera a salvo, queriendo que lo librara a su suerte. Y yo así lo hice, sin pensármelo dos veces.

Nos quedamos en silencio, de nuevo sumidos en los recuerdos, pero es como si percibiera el fluir de sus pensamientos.

Al fin le oigo murmurar:

—Qoèlet. El Eclesiastés.

Asiento:

—El hombre de la comunidad, un hombre cualquiera. Alguien en quien el Magister tenía puesta su confianza y que nos mandó al matadero. Yo no me fío ya de nadie, Johann, y mucho menos de escritoruelos y doctores. No tengo nada en contra de tus amigos, pero que cada palo aguante su vela.

—Si quieres quedarte al margen, respetaré tu decisión. Pero entonces debo pedirte que sigas siendo mi amigo.

Echa una mirada hacia la oscuridad de la otra estancia:

—Mi familia. Si me viera obligado a dejar la ciudad deprisa y corriendo, no podría llevármelos conmigo.

No hay necesidad de más palabras: tenemos todavía algo que ningún esbirro o derrota podrá quitarnos.

—Descuida. Velaré por ellos.

Johannes Denck es el único amigo que me ha quedado.

CAPÍTULO 9
Augsburgo, 25 de agosto de 1527

Tres golpes y una voz ronca tras la puerta.

—¡Soy yo, soy Denck, abre!

Salto fuera del catre y quito el cierre.

Está rojo de sudor y sin aliento por la carrera.

—Los esbirros. Han cogido a Dachser, irrumpiendo en su casa, mientras todos dormían.

—¡Mierda!

Comienzo a vestirme a toda prisa.

—El barrio está lleno de soldados de la guardia, entran en las casas, saben dónde vivimos.

—¿Y los tuyos?

—En casa de amigos, es un lugar seguro, tienes que venir también tú, aquí es demasiado peligroso, andan buscando a gente venida de fuera de la ciudad...

Recojo mis cosas y aseguro la daga debajo de la capa.

—Esa no servirá de nada.

—O quizá sí, vamos, andando.

Bajamos las escaleras y salimos al callejón, me guía en las primeras luces del alba por calles estrechas, donde comienzan a abrir las tiendas. Lo sigo sin conseguir orientarme, nos introducimos en un barrio miserable, tropezamos con un perro pulgoso, al que espanto de una patada, siempre detrás de Denck, con el corazón en un puño. Se para delante de una puerta pequeñísima: dos golpes y una palabra susurrada. Nos abren. Entramos, dentro está oscuro, no veo nada, me empuja hacia una trampilla.

—Cuidado con las escaleras.

Bajamos y nos encontramos en una bodega, una luz ilumina tenuemente unos semblantes demudados, reconozco los rostros de algunos hermanos vistos en casa de Langenmantel. También están la mujer y los hijos de Denck.

—Aquí estáis en lugar seguro. Hay que avisar a los demás, volveré lo antes posible.

Abraza a la mujer, un fardo sollozante en brazos, una caricia a la niña.

—Voy contigo.

—No. Me hiciste una promesa, ¿recuerdas?

Me arrastra hacia la escalera:

—Si no volviera, llévatelos lejos de aquí, a ellos no les harán nada, pero no quiero que corran ningún riesgo. Prométeme que cuidarás de ellos.

Es difícil librarlo a su suerte así, es algo que no hubiera querido hacer nunca más.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Me da un fuerte apretón de manos, con una media sonrisa. Desato la daga del cinto:

—Toma esto.

—No, mejor no dar ningún pretexto para que me maten como a un perro.

Trepa ya escalera arriba.

Me vuelvo, su mujer está allí, ni una lágrima, el hijo al cuello. Pienso de nuevo en Ottilie, la misma fuerza en la mirada. Así las recordaba, a las mujeres de los campesinos.

—Tu marido es un gran hombre. Saldrá de esta.

Vuelven tres. Uno de ellos es Denck. Sabía que el viejo zorro no se dejaría echar la zarpa. Ha conseguido recuperar a otros dos hermanos.

Han sido horas interminables, encerrados aquí abajo, con la débil luz filtrada por una tronera.

Ella lo abraza, ahogando un sollozo de alivio. Denck tiene en la mirada la determinación de quien sabe que no puede perder un segundo.

—Mujer, escúchame. No se meterán con vosotros, tú y los niños estaréis seguros en esta casa y tan pronto como se hayan calmado las cosas podréis salir. Sin duda, sería muy peligroso haceros intentar la fuga ahora que cada puerta de la ciudad se halla vigilada por la guardia. Te quedarás con la mujer de Dachser. Ya encontraré la manera de escribirte.

—¿Adónde irás?

—A Basilea. Es el último lugar que queda donde uno no corre peligro de jugarse la cabeza. Te reunirás conmigo junto con los niños cuando lo peor haya pasado, es cuestión de un par de meses. —Se dirige a mí—: Amigo mío, no me abandones ahora, mantén la palabra dada: no conocen tu nombre ni tu rostro.

Asiento casi sin darme cuenta.

—Gracias. Te estaré eternamente agradecido.

Reacciono asombrado por sus prisas:

—¿Cómo piensas arreglártelas para salir de la ciudad?

Señala a uno de sus dos compañeros:

—El huerto de la casa de Karl está tocando a las murallas. Con una escalera y al amparo de la oscuridad podremos conseguirlo. Habrá

que correr toda la noche campo traviesa. Ya encontraré la forma de haceros saber si he llegado sano y salvo a Basilea.

Besa a su hija y al pequeño Nathan. Abraza a la mujer, a la que bisbisea algo: una fuerza increíble le impide de nuevo llorar.

Lo acompaño hacia la escalera.

Un último saludo:

–Que Dios te proteja.

–Que ilumine tu camino en esta noche oscura.

Su sombra trepa rápida, incitada por los hermanos.

CAPÍTULO 10
Amberes, 4 de mayo de 1538

—No volví a verlo nunca más. Me llegó el rumor, mucho tiempo después, de que había muerto de peste en Basilea, a finales de aquel año.

A punto de hacérseme un nudo en la garganta, pero también la tristeza se ha moderado.

—¿Y su familia?

—Fueron acogidos en casa del hermano Jacob Dachser. A Hut lo apresaron el quince de septiembre, aún lo recuerdo. Confesó su amistad con Müntzer solo después de haber sufrido un largo tormento. Murió de un modo estúpido, igual de estúpidamente que había vivido. Intentó la huida incendiando la celda en la que estaba encerrado, para que acudiera la guardia a abrirla. Nadie lo socorrió: se asfixió por el humo que él mismo había provocado. Leupold, el más moderado de los hermanos, resultó finalmente ser el más duro: ni confesó ni se retractó en ningún momento. Tuvieron que soltarlo, lo expulsaron de la ciudad junto con su facción: yo conseguí unirme a ellos. Dejé Augsburgo en diciembre del veintisiete para no volver jamás.

Eloi es una forma oscura en la silla tras la gran mesa de trabajo de abeto:

—¿Adónde fuiste, entonces?

—En Augsburgo me enteré de que un viejo compañero de estudios vivía en Estrasburgo. Se llamaba Martin Borrhaus, más conocido como Cillerero. Hacía cinco años que no lo veía y que él no tenía noticias mías. Cuando le escribí para pedirle ayuda, me demostró que era un verdadero amigo.

El vaso está lleno de nuevo, me ayudará a recordar o me embriagaré, no tiene mucha importancia.

—¿Así que te fuiste a Estrasburgo?

—Sí, al paraíso de los anabaptistas.

CAPÍTULO 11
Estrasburgo, Alsacia, 3 de diciembre de 1527

El taconeo del ujier me precede rápido entre las paredes. Una tras otra se suceden grandes habitaciones, donde se cruzan miradas de personajes retratados en telas y tapices, objetos de sobremesa de toda factura y material atestan la madera reluciente y el mármol de muebles valiosos.

Soy invitado a acomodarme en un diván en medio de dos ventanales. Las cortinas apenas disimulan los majestuosos esqueletos de los tilos del parque. El ujier avanza, con sus negras botas, llama a la puerta y se asoma dentro. La voz de un chiquillo canturrea extraños sonidos que también yo recuerdo haber aprendido de memoria, en los años de estudio de las lenguas clásicas.

—Señor, ha llegado la visita que esperabais.

La respuesta es una silla que chirría al ser arrastrada por el suelo y una voz amable y apresurada que interrumpe la del estudiante:

—Bien, muy bien. Ahora me ausentaré un momento. Tú mientras tanto repasa los ejemplos de *eurisco* y *gignosco*, ¿de acuerdo?

Se detiene, justo detrás de la puerta, una entrada de actor consumado:

—En un lugar y en un tiempo mejores, ¿no es así?

—Eso espero, amigo mío.

Martin Borrhaus, apodado Cillerero, es uno de los que nunca hubiera esperado volver a encontrar. Me habían llegado noticias de su nombramiento como preceptor de los hijos de un noble, y estaba convencido de que nuestros caminos se habían alejado demasiado.

Él, por el contrario, sostiene que siempre esperó que volveríamos a vernos y, desde que está en Estrasburgo, que nuestro encuentro tendría lugar aquí. Dice que los estudiantes que abarrotaban las aulas de Wittenberg alimentando simpatías por Karlstadt más que por Lutero y Melancthon, han pasado por esta ciudad de Alsacia. El propio Karlstadt lo ha hecho.

Habla de Estrasburgo en un tono entusiasta, mientras rodeamos la obra de la catedral, camino de mi futuro alojamiento. La describe como una ciudad donde nadie es perseguido por sus convicciones, donde la herejía es motivo hasta de interés y de discusión, en tiendas y en salones, siempre y cuando sea sostenida con argumentaciones brillantes y esté avalada por una conducta moral intachable.

Un carro cargado de bloques de piedra arenisca avanza fatigosamente por el empedrado de la plaza. La iglesia de Nuestra Señora cuenta con el campanario más alto e imponente que haya tenido ocasión de ver en mi vida. Está en el lado izquierdo de la fachada y dentro de algunos años su gemelo de la derecha redoblará la grandiosidad de este extraordinario edificio.

—Los impresores —me explica Cillerero— no tienen ningún problema en publicar textos de actualidad candente. A este privilegio suyo en relación a sus colegas de otras regiones lo llaman «la bendición de Gutenberg», porque fue precisamente aquí donde el padre de la imprenta abrió su primer establecimiento.

—Me gustaría visitarlo, a ser posible.

—Por supuesto, pero primero hemos de ocuparnos de cosas más importantes. Esta noche, en efecto, conocerás a tu mujer.

—¿Mi mujer? —pregunto divertido—. ¡Estoy casado y nadie me había avisado!

—Ursula Jost, la muchacha que hace perder la cabeza a medio Estrasburgo. Tú, Lienhard Jost, eres su esposo.

—De acuerdo, amigo, pero vayamos por partes. Me agrada saber que es una hermosa señora, pero, antes de nada, ¿quién es ese Lienhard Jost?

—¿No me escribiste que querías estar tranquilo, cambiar de nombre, volverte prácticamente inencontrable? Confía en Martin Borrhaus, pues ahora soy experto en este tipo de cosas. Estrasburgo está lleno de gente que quiere borrar todo rastro de sí misma. Lienhard Jost, entre otras cosas, no ha existido jamás, y esto lo vuelve todo mucho más sencillo. Ursula tampoco está casada, por más que desde que llegó aquí ha declarado estarlo.

—¿Y por qué, si me está permitido preguntarlo?

—Por muchas razones —responde Cillerero con el mismo aire que adoptaba, en Wittenberg, para explicarme la teología de san Agustín—. En la ciudad una mujer que viaja sola llama la atención de más de una arpía, y ella prefiere no exponerse demasiado: tampoco sé si Ursula es su verdadero nombre. Y luego el noble que la tiene hospedada en su casa mostró desde un principio un interés excesivo por ella...

—...Y hablarle de su esposo Lienhard, que iba a llegar más pronto o más tarde, lo enfrió como es debido, imagino. —Me río. Encontrar a este viejo amigo me pone realmente de buen humor—. Bien. ¿Hay algo más que deba saber?

El sol se filtra por entre las oscuras nubes. Un rayo de luz se dibuja sobre el fondo gris y enciende el rostro de Cillerero:

—He procurado contar las menos cosas posibles sobre ti. Fuiste mi

colega en la universidad de Wittenberg. Tenías algunos asuntos que resolver y hasta ahora no has podido reunirte con tu mujer, que vino para hablar con Capiton.

Cillerero me informa sobre las dos figuras más importantes de la ciudad, Bucero y Capiton, personajes decididamente tolerantes, amantes de las disputas teológicas y más próximos a Zwinglio que a Lutero. Dice que no tardaré en conocerlos, tal vez esta misma noche, con ocasión de una cena ofrecida por mi futuro anfitrión.

CAPÍTULO 12
Estrasburgo, 3 de diciembre de 1527

Es en el jardín de la gran casa de micer Weiss. Desde detrás de una columna, sin que me vean, sigo su perfil afilado, la mata de pelo que lleva suelto, los finos dedos en el borde de la taza de la fuente.

Un gato va a restregarse contra su falda. Las caricias parecen los gestos repetidos de un rito y las palabras murmuradas las de una fórmula mágica: hay un no sé qué de extraño en sus movimientos, una casualidad improbable y fascinante.

Salgo a la luz que cae de lo alto, pero a sus espaldas, sin que pueda verme. Mientras me deslizo a su lado percibo el acre olor a mujer, esa mezcla embriagadora a lavanda y humores, esa encrucijada entre la tierra y el cielo, el infierno y el paraíso, que en un segundo nos pierde y nos hace renacer. Lleno mi olfato y observo de cerca.

Una voz tenue:

—¿Es la menstruación lo que te embriaga, hombre?

Se vuelve lentamente, ojos negros relucientes.

Atónito:

—Tu olor...

—Es el olor de las cosas bajas: el mantillo recién removido, los humores del cuerpo, la sangre, la melancolía.

Sumerjo una mano en el agua gélida de la taza. Los ojos de ella atraen la mirada; la boca es una extraña curva en su rostro ovalado.

—¿La melancolía?

Mira al gato:

—Sí. ¿Has visto alguna vez la obra del maestro Durero?

—He visto la *Imitatio Christi*, el ciclo sobre el Apocalipsis...

—Sin embargo, el ángel melancólico no. De lo contrario sabrías que es una mujer.

—¿Cómo?

—Tiene los rasgos femeninos. La melancolía es mujer.

Estoy confuso, debajo de las ropas se extiende la picazón.

Escruto el perfil afilado:

—¿No serías tú?

Se ríe, los estremecimientos recorren mi espinazo:

—Tal vez sí. Pero también la mujer que hay en ti. Conocí al maestro Durero, posé en una ocasión para él. Es un hombre sombrío. Espantado.

—¿De qué?

—Del final, como todos. Y tú, ¿tienes miedo?

Es una pregunta sincera, curiosa. Pienso en Frankenhause.

—Sí. Pero todavía estoy vivo.

Tiene los ojos risueños, como si hubiera esperado esta respuesta durante años.

—¿Has visto correr la sangre?

—Demasiado.

Asiente seria:

—Los hombres se sienten impresionados ante la sangre, por eso hacen la guerra, pues tratan de conjurar el terror. Las mujeres no, tienen que ver correr la suya propia a cada cambio de luna.

Nos quedamos callados, como si su frase hubiera sancionado el silencio con una sapiencia sagrada.

Luego:

—Eres Ursula Jost.

—Y tú debes de ser Lienhard Jost.

—Tu marido.

El mismo silencio, para sancionar la alianza de los fugitivos. Busca los detalles de mi rostro. Su mano se desliza bajo la falda, luego sobre mi muñeca, donde hay marcada ya una vieja cicatriz: el dedo la recorre tiñéndola con el rojo de la sangre.

Me siento palidecer, una oleada de sudor frío se expande bajo mi camisa junto con el deseo repentino de tocarla.

—Sí, mi marido.

CAPÍTULO 13
Amberes, 5 de mayo de 1538

—La ciudad estaba tranquila, Michael Weiss, mi anfitrión, es generoso, y mi mujer estupenda. Y aunque solo fuera por cambiar tenía un nuevo nombre. Le debía a Martin mucho más de lo que yo hubiera podido corresponderle. El círculo de doctores que frecuentaba el bueno de Cillerero se enorgullecía de contar con personajes verdaderamente anómalos para aquellos tiempos de represión. Tenían ganas de discutir.

»Wolfgang Fabricius, llamado Capiton, era el que más curiosidad despertaba en mí. Aunque se declaraba ferviente seguidor de Lutero, miraba con ojos de respeto a aquellos que entonces comenzaban a ser llamados anabaptistas y parecía querer integrarlos en la cristiandad reformada. Me preguntó muchas cosas, con una curiosidad que me pareció sincera. Había leído los escritos de Denck, quedándose admirado. No le hice saber que había conocido a aquel canalla, pero me divertí poniendo a prueba su tolerancia con alguna salida valiente.

»Asimismo conocí a Otto Brunfels, el botánico, experto en las propiedades curativas de las plantas, el cual estaba compilando un herbario universal y se interesaba por el mundo natural. No conseguí sacarle una excesiva información sobre su fe, pero intuí que debía de haber simpatizado con los campesinos de la época de la revuelta. Era un ser bondadoso, contrario a la violencia, lleno de sentimientos de culpa por el modo en que había terminado la insurrección. Un día, cuando nuestras mutuas confidencias debieron de parecerle lo suficientemente sólidas, me dio incluso a leer algunos apuntes para una obra que estaba escribiendo y en la que sostenía que eran tiempos en los que los verdaderos cristianos, como en la época de Nerón, habrían hecho mejor ocultando sus ritos en las catacumbas del espíritu, disimulando su fe y fingiendo estar de acuerdo, en espera de la venida del Señor. Esta religión privada suya provocaba en mí de vez en cuando alguna que otra sonrisa, pero era interesante discutir con él.

»El más avinagrado era Martin Bucero. Me lo encontré en una sola ocasión, en casa de Capiton: un hombre sombrío y serio, atormentado por la desolación de los tiempos. Reacio a la vida.

»Estrasburgo era una ciudad mundana, culta, y al mismo tiempo pacífica y dividida por el odio que maduraba fuera de sus murallas.

Eloi me sirve agua, para que pueda continuar. No abre la boca, saborea cada palabra en silencio, los ojos centellean en la sombra como los de un gato.

—Ursula era una mujer extraña, embrujada. Cabello color azabache, nariz afilada, rostro duro y sensual a la vez. No conseguimos fingir por mucho tiempo: la pasión se adueñó de nosotros, nos embriagó desde un buen principio. Tampoco ella tenía una historia, no sabía de dónde venía, su acento no me decía nada, y no quise tampoco saberlo, era así, sencillamente. Se acercaba a escondidas, sinuosa y callada como un felino, apretaba sus pechos contra mi espalda y entonces percibía su deseo. Lo que nos atormentaba a ambos era aquella incertidumbre, aquel no saber. De haber estado en otra parte, habría sido distinto, todo.

—¿La amaste? —Su voz es ronca.

—Creo que sí. Como se ama cuando no se tiene nada a las espaldas y solo un eterno presente sin promesas. Dios no tenía ya nada que ver con nuestras vidas: habían sido marcadas a fondo, tal vez también ella llevaba consigo el recuerdo de alguna catástrofe, de alguna desventura inmensas. Tal vez también ella había muerto alguna vez. A menudo, de noche, después de un encuentro amoroso, me parecía leerle ese mal en los ojos. Sí, nos amamos de verdad. Era la única persona a la que confiaba todas las impresiones sobre el círculo de personajes en el que me movía por el día. Ella no decía nada, escuchaba con atención, luego de repente apostillaba con una frase lapidaria mi juicio inseguro, una frase que instantes después me veía compartiendo plenamente, como si me hubiera leído el pensamiento, como si razonara más deprisa que yo. Y estoy convencido de que así era. No tenía el valor rabioso de Otilie, aunque a veces en su enojo volvía a ver la preocupación de aquella gran mujer, la mujer de mi maestro. Era distinta, pero no menos extraordinaria, una de esas criaturas que te hacen dar gracias al Creador por haberte concedido pisar la tierra a su lado.

Contemplo fijamente el crepúsculo que entra en el escritorio y me represento de nuevo ese cuerpo sinuoso:

—Lo supimos desde el primer momento. Que un día nos despertaríamos en otra parte, lejos, sin una razón para ello, siguiendo el curso divergente de nuestras vidas. Ursula fue una estación, una quinta estación del espíritu, medio otoño, medio primavera.

CAPÍTULO 14
Amberes, 6 de mayo de 1538

El nuevo cincel va de maravilla. Balthasar no ha perdido el tiempo: esta mañana me ha dicho que estaba sobre el banco de trabajo. Su punta levanta virutas igual que una cuchara en la manteca mientras la mirada incrédula de Eloi acompaña cada golpe de martillo, cada esquirla que vuela al suelo, cada detalle de la catedral de Estrasburgo que sale en relieve del trozo de madera.

–Verdaderamente notable –comenta frunciendo los labios–. ¿Dónde has aprendido a usar tan bien las manos?

–Me esforcé en practicar más con la espada que con esto –respondo yo levantando el acerado utensilio–. Estuve en Estrasburgo. Trabajaba en una imprenta de la ciudad como cajista. Había un tipo que hacía las ilustraciones para los libros. Durante las pausas dejaba apoyadas las planchas y el buril, y cogía la gubia: hizo el retrato de todos nosotros y nos regaló decenas de copias a cada uno. Siempre repetía que algo hermoso no debe ser nunca único. Él fue quien me enseñó a tallar la madera.

Observa el dibujo un momento, luego señala la fecha en una esquinita:

–Hace mucho tiempo que interrumpiste tu pasatiempo.

Me encojo de hombros:

–Sabes, estaba siempre yendo de un lado a otro. Me ejercitaba esculpiendo estatuillas que a continuación regalaba a los niños. En Münster reanudé de nuevo la labor. Pero luego, bueno –una sonrisa sirve para disimular la excusa–, extravié las herramientas en alguna parte.

Eloi sale y reaparece con la acostumbrada botella de licor. Ahora sé perfectamente qué significa. Me alarga el vaso lleno:

–No sabía que hubieras encontrado un oficio en Estrasburgo.

–Gracias a Cillerero. Las imprentas siempre me han atraído. Los libros poseen una fascinación especial.

El cincel levanta alguna esquirla. Es hora de pasar al puntero para los detalles más pequeños. Eloi se interrumpe para seguir las fases de elaboración, luego prosigue:

–Explicame una cosa. En Estrasburgo encontraste una cierta tranquilidad, un amigo afectuoso, una mujer llena de vida, un oficio. ¿Por qué no te quedaste allí?

Lo miro a los ojos, mientras hablo lentamente:

—¿Has oído hablar de Melchior Hofmann?

Esta vez se muestra incrédulo:

—¡No me dirás que lo conociste también a él!

Asiento con la cabeza, en silencio, sonriendo por su reacción:

—Puede decirse que él fue únicamente la causa final de mi partida. En aquel tiempo habían sucedido ya muchas cosas.

Me doy cuenta de que comienzo a encontrarle gusto a contar. Me complazco en crear expectativas, interés. También Eloi debe de haber notado el cambio. De vez en cuando me da cuerda; otras veces, como en este caso, permanece en silencio y espera a que sea yo quien prosiga.

—A Ursula, con el paso de los meses, comenzó a hacérsele cada vez más insoportable el clima reinante en la ciudad. Me repetía que en Estrasburgo vivía un montón de gente con ideas innovadoras y brillantes, pero que lo único que la diferenciaba del resto de las ciudades alemanas era la posibilidad de expresar esas ideas en un ropaje culto y refinado. Su grito de guerra se convirtió en «En Estrasburgo la herejía es vivir».

Levanto los ojos de la finísima talla del rosetón de la catedral. Eloi escucha con la barbilla apoyada en el dorso de la mano. El placer del pasatiempo reencontrado desata las palabras más aún si cabe que el licor:

—Iba de aquí para allá por las plazas dando el espectáculo, sobre todo bailando danzas consideradas lascivas o groseras, tocando el laúd y cantando las coplas de la gente de la calle. Me arrastró a ello también a mí.

Eloi ríe a gusto. Apoya el vaso sobre la mesa.

—Te oí cantar algo mientras levantabas la empalizada del huerto. Si vuestra finalidad era poner más nerviosa a la gente, Ursula bien que hizo en reclutarte.

—¡No, nada de cantar, por Dios! Comencé trabajando de albañil. La primera que se nos ocurrió fue entrar de noche en una iglesia y levantar una pared de ladrillo enfrente de la escalinata del púlpito. Escribimos en ella una frase de Cillerero: «Nadie puede hablarme de Dios mejor que mi corazón».

El licor entretanto comienza a hacer su efecto. El cincel se me escapa más de una vez del punto, hasta que desprende limpiamente un pedazo de campanario. Habrá que pegarlo.

—Lo más bonito de todo, en cualquier caso, fue sin duda la broma que le gastamos a madame Corazón de Oro, Carlota Hasel. Has de saber que Carlota Hasel era una de las muchas damas de la ciudad en tener en su casa mesa puesta para los pobres y los vagabundos. Les hacía rezar y comer, beber y cantar salmos.

–Las conozco, por desgracia.

–Ursula no podía ni oír mencionarla. La odiaba. De ese modo especial en que solo una mujer puede odiar a otra. Por otra parte, madame Corazón de Oro poseía la enojosa característica de considerar a los pobres miserables como unos santos. Su lema era: «Dadles pan, y ensalzarán a Dios». Ursula no era de la misma opinión. Decía que quien no tiene nada, una vez lleno el buche, tiene cosas muy distintas en la cabeza que rezar, como son beber, joder, divertirse, vivir. Digamos que, si nos atenemos a los hechos, su teoría se reveló mucho más acertada.

–¿Qué hechos?

–La colosal orgía que montamos en el salón de casa de los Hasel.

–¡No sé qué habría dado por participar en la demostración del teorema! –exclama Eloí divertido–. No obstante, no veo qué puede tener que ver esta historia con Melchior Hofmann.

Solo un instante de concentración para el golpe definitivo. Soplo la viruta y levanto el trozo de madera a la altura de los ojos. Perfecta.

–Te costará creerlo, amigo mío, pero también Melchior el Visionario, al fin y al cabo, es uno de los espectáculos de la consolidada compañía teatral Lienhard y Ursula Jost.

CAPÍTULO 15
Amberes, 6 de mayo de 1538

—No son tiempos ya de predicadores de apocalipsis. Al último le cortaron el pescuezo en Vilvoorde ante mis propios ojos hará cosa de un mes. Pero en estos diez años he conocido realmente a muchos, en cada esquina, en cada mancebía, en las iglesias más apartadas. Mi peregrinar está salpicado de estos encuentros hasta el punto de que podría escribir un tratado sobre ellos. Algunos no eran más que simples charlatanes y actores, otros creían en su sincero terror, pero únicamente unos pocos tenían madera de profetas, su misma genialidad, su inspiración, la facultad de hacer representarse en el espíritu de los hombres el gran fresco de Juan. Era gente capaz de encontrar las palabras adecuadas, de comprender la situación, la gravedad del momento, y de dirigirlas hacia la espera de la venida inminente, mejor dicho, ya presente. Locos, sí, pero también hábiles. No sé si era Dios o Satanás quien les sugería sus palabras y visiones, eso carece de importancia. No la tenía para mí entonces, y mucho menos ahora. Frankenhause me había enseñado a no esperar ningún ejército de ángeles: ningún Dios se rebajaría a ayudar a los miserables. Tenían que ayudarse ellos solos. Y los profetas del Reino eran de nuevo quienes podían levantarlos y darles una esperanza por la que combatir, la idea de que las cosas no serían así para siempre.

—¿Quieres decir que te pusiste a luchar de nuevo?

Eloi parece asombrado. Bebo un poco de agua para aclararme la garganta.

—No sabía qué iba a hacer. Ursula y yo comenzamos a odiar a aquellos teólogos que no hacían nada más que hablar, se las daban de grandes pensadores de la cristiandad, discutían de la misa y de la eucaristía en los salones de los ricos estrasburgueses. Su tolerancia era un lujo de gente acomodada que no iba a pasar nunca de darles un plato de sopa a los pobres. Esos sebosos tenderos podían permitirse mantener aquel conciliábulo de doctores heréticos porque eran ricos. Era la riqueza la que garantizaba la fama de Estrasburgo. Era aquella fama la que hacía afluir allí a literatos y estudiantes.

Sonríó maliciosamente:

—Se espantaron, ya lo creo que se espantaron, cuando les hicimos saber que los pobres, los humildes a quienes querían ayudar con esa espléndida limosna que únicamente servía para tranquilizar sus conciencias de mercaderes, a lo que de veras aspiraban era a robarles la

bolsa y quizá también a cortar sus blancos y hermosos pescuezos. No hubo que esperar mucho para que Capiton y Bucero respondieran a nuestras provocaciones, introduciendo sutiles distinciones entre baptistas «pacíficos» y baptistas «sediciosos». Nosotros entrábamos claramente en la segunda categoría.

Eloi sonríe forzosamente, pensando probablemente en su Amberes, pero no me interrumpe.

—No se trataba de volver a empezar una guerra perdida. Eso habría sido estúpido. Pues Ursula me había regenerado, como si su vientre me hubiese dado a luz por segunda vez. Queríamos tensar la cuerda, exasperar la filantropía hipócrita de aquella gente hasta que se revelara tal como era: una caterva de ricos apegados al oro, disfrazados de cristianos piadosos. Fue uno de los períodos más desmeledados de mi vida.

Me interrumpo para tomar aliento, esperando tal vez una pregunta para reanudar el hilo del relato. Eloi me la brinda.

—¿Cuánto duró la cosa?

Un esfuerzo de memoria:

—Cerca de un año. Luego, en la primavera del veintinueve, llegó a Estrasburgo el hombre que había de hacer que iniciara mi viaje. Ahora está pudriéndose en la cárcel de la ciudad: cometió el fatídico error de volver a poner los pies en ella después de lo que habíamos hecho.

—Melchior Hofmann.

—¿Y quién si no? Uno de los profetas más extravagantes que haya conocido nunca, bastante único en su género y solo superado en su locura y oratoria por el gran Matthys.

—Soy todo oídos.

Bebo un poco más y recompongo ese rostro lejanísimo:

—Hofmann fue en otro tiempo peletero. Un buen día fue «iluminado en el camino de Damasco» y se puso a predicar. Había cortejado a Lutero hasta que logró que este le diera una recomendación escrita para las comunidades del norte. Esa firma le abrió las puertas de los países bálticos y de Escandinavia, permitiéndole adquirir notoriedad así como también algunos discípulos. Viajó muchísimo por el norte. Luego, un buen día se convenció de que el reino de los santos y de Cristo estaba próximo y se puso a predicar el arrepentimiento y la renuncia a todos los bienes terrenos. No hizo falta mucho para que Lutero lo desaprobara. Me dijo que había sido expulsado de Dinamarca con la promesa de que si volvía a poner los pies en esas tierras su cabeza acabaría hincada en un palo. Era de veras un loco genial. Había conocido al bueno de Karlstadt, ya anciano, y compartía su completo rechazo de la violencia. Llegó a Estrasburgo

convencido de ser el profeta Elías, en busca del martirio que le confirmase la proximidad del advenimiento del Señor. Quedó inmediatamente cautivado por los anabaptistas locales y consiguió ganarse la enemistad de todos los reformadores luteranos, Bucero en primer lugar, luego Capiton y todos los demás.

»Ursula y yo comprendimos de inmediato que era el tipo que andábamos buscando para hacer saltar por los aires la ciudad. Vino a nosotros de forma espontánea, sin necesidad de concertar nada: durante una cena improvisamos unas revelaciones turbadoras, ella se excitó hasta el punto de llegar al éxtasis ante sus ojos, y mientras tanto yo le decía que los ricos y los poderosos serían borrados de la faz de la tierra por la ira del Señor. En las semanas siguientes le dictamos paso a paso nuestras visiones, de las que no se perdió ni palabra. Cuando todo estuvo listo, yo me las apañé para mandar a la imprenta lo que había escrito: dos tratados con las profecías de Ursula y mías. Se puso a predicar a la muchedumbre en la plaza mayor. No faltó quien le escupió a la cara ni quien trató de propinarle algún golpe; otros intentaron también asaltar una casa de empeños para repartir todos los bienes entre los pobres. Cuando sus escritos fueron difundidos por los libreros, Bucero trató de mandarlo a prisión. Hubo días de gran revuelo. Aquel fue un año de fuego, sentía que la sangre me hervía en las venas, que la cuerda estaba a punto de romperse.

»Y así fue, a comienzos del treinta, si mal no recuerdo: Hofmann se hizo bautizar de nuevo y predicó por última vez, proclamando la inminencia del Reino de Cristo, denunciando el apego a los bienes terrenos y pidiendo que los anabaptistas pudieran utilizar una iglesia de la ciudad. Fue la gota que colmó el vaso. Bucero presionó mucho al Consejo para que fuera expulsado de la ciudad. Por Pascua le llegó la orden de que tenía que abandonar Estrasburgo. Si no obedecía, tendría que atenerse a las consecuencias.

»También para mí aquel clima se había vuelto irrespirable. Cillerero no podía protegernos ya de la ira de Bucero y de Capiton: conmigo fue sincero, consciente de que me perdería de nuevo, esta vez quizá para siempre. Era el destino el que me había elegido, el viejo Martin no podía hacer nada. Lo abracé de nuevo y me despedí de él, tal como había hecho años antes en Wittenberg para ponerme a buscar un maestro y un nuevo destino. Viejo amigo, quién sabe dónde se habrá metido: de nuevo en Estrasburgo o en cualquier nueva universidad discutiendo de teología.

Me encojo de hombros y ahuyento la tristeza. Eloi, muy atento, quiere oír el final.

—Había decidido irme con Hofmann. A Emden, a la Frisia oriental. La Alemania del sur era una partida perdida, una tierra desolada

que abandonaba de buena gana a los lobos y a Lutero. De los Países Bajos habían sido expulsados muchos por su profesión de fe: gente nueva, mucho menos apegada a la cogulla de Lutero de lo que podían estarlo los de Estrasburgo. Había un fermento, era el lugar en el que podían suceder cosas. Yo tenía el caballo adecuado: mi Elías suabo que profetizaba el inminente advenimiento de Cristo y predicaba contra los ricos. Era un salvoconducto un tanto difícil de gobernar, pero lo suficiente entusiasta como para conseguir obtener éxito.

—¿Y Ursula?

Un instante de silencio le permite arrepentirse de la pregunta, pero es ya tarde. Sonríe de nuevo al recuerdo de aquella mujer.

—La estación pasó. Para dar paso a un nuevo año.

CAPÍTULO 16
Estrasburgo, 16 de abril de 1530

Le estallo dentro, sin conseguir contener el grito que se mezcla con el suyo. El placer sacude mi cuerpo hasta doblarme como una rama seca en el fuego. Desciende sobre mí, empapada, la onda negra de los cabellos me envuelve, el olor de los humores en la boca, en las manos, sus senos contra mi pecho. Se tiende a mi lado, blanca y magnífica: escucho apaciguarse su respiración. Me coge la mano, en un gesto que he aprendido a secundar, y la apoya entre sus muslos, para coger de un solo apretón delicado el sexo que aún se contrae. Ursula es algo que no volveré a probar nunca más: es Melancolía, una marca en el alma y en la carne.

Mantengo la mirada fija en las vigas del techo. No tengo necesidad de decirle nada, también ahora lo sabe todo, más claro y más nítido que yo.

—Has decidido partir con él.

—A Emden, en el norte. Hofmann dice que allí se reúnen los prófugos de Holanda. Se preparan grandes cosas.

Se vuelve sobre un costado, hacia mí, ofreciéndome los ojos brillantes:

—¿Cosas por las que vale la pena morir?

—Cosas por las que vale la pena vivir.

Su índice recorre mi perfil sinuoso, la barba pelirroja, descende pecho abajo, para detenerse en una cicatriz, luego en la tripa.

—Tú vivirás.

La miro.

—Tú no eres como Hofmann: no esperas nada. Tus ojos reflejan una derrota, desesperada, pero no es la resignación lo que te aflige. Es la muerte. Ya una vez elegiste la vida.

Asiento en silencio, esperando que me siga asombrando.

Sonríe:

—Cada ser sigue su destino en el ciclo del mundo: y el tuyo es vivir.

—Esto te lo debo también a ti.

—Pero sabes que yo no iré.

Es tristeza o emoción, faltan las palabras.

Suspira serena:

—Melancolía. Así me llamaba mi marido. Era médico, un hombre muy culto, que amaba también la vida, pero no como tú; él amaba

sus secretos, quería captar el misterio de la naturaleza, de las piedras, de las estrellas. Lo quemaron por esto. Una mujer fiel tal vez habría seguido su suerte. Yo, en cambio, escapé: elegí sobrevivir. –Me acariciaba el rostro–. También tú. Seguirás tu estrella.

CAPÍTULO 17
Amberes, 10 de mayo de 1538

El huerto está listo. Todos se congratulan conmigo. Nadie hace preguntas; quién soy realmente, qué he hecho antes de venir a parar aquí... Soy uno de ellos: un hermano entre los demás.

Magda, la hija de Kathleen, continúa haciéndome regalos; Balthasar me pregunta qué tal estoy por lo menos dos veces al día, como a un enfermo convaleciente.

—Todavía estoy vivo —le digo para hacerle reír.

Es un buen hombre, el viejo anabaptista: parece que su tarea consiste en buscar compradores para los artículos manufacturados que aquí se fabrican, y bien que lo consigue.

Le he preguntado a Kathleen por el padre de su hija. Me ha dicho que se embarcó hará cosa de un par años, y que luego no supo nada más de él. Debió de naufragar, perdido en alguna isla salvaje, o bien debe de estar vivo y vegetando en algún palacio de oro y diamantes, en los reinos de las Indias. La misma suerte que yo andaba buscando antes de encontrarme con estos hombres y estas mujeres.

Eloi me apremia amablemente, pues quiere que siga con la historia; es evidente que quiere oír hablar de Münster. La Ciudad de la Locura posee la fascinación de las cosas fantásticas, es el estremecimiento que su simple nombre sigue provocando, y que en otro tiempo fue una verdadera convulsión. Por más que le ha preguntado ya a Balthasar, yo viví esa aventura hasta sus últimas consecuencias: Gert del Pozo fue un héroe, el lugarteniente del gran Matthys, el mejor en las acciones de represalia, en las incursiones en el campamento del obispo, en la difusión de hojas volantes y el mensaje de los baptistas: Balthasar debe de haberle dicho también esto.

Sí, Gerrit Boekbinder templó el hierro con sus propias manos.

Luego, un buen día, sin decir esta boca es mía, se largó, harto, disgustado, consciente de pronto del abismo de horror que se había abierto bajo la Nueva Jerusalén.

Gert vuelve a pensar en los jueces-niños, con el dedo índice alzado. Vuelve a pensar en los muertos de hambre que se arrastran como blancos fantasmas por la nieve. Vuelve a sentir los calambres del ayuno y el alivio de ese último salto, más allá de las murallas, hacia la iniquidad del mundo, pero lejos del delirio omnipotente y sanguinario.

Y sin embargo fuera no encontró a Eloi Pruystinck esperándolo con los brazos abiertos, sino solo sangre y nuevas visiones de gloria

y de muerte. Gert cayó de nuevo, reclutado para la Última Batalla, con la marca de los elegidos grabada a fuego en un brazo. Gert vio ondear aún la misma bandera hecha jirones sobre los hombros de Batenburg el Terrible y no fue capaz de detenerse. Gert se enamoró de esa sangre y continuó, continuó.

Continuó.

Eloi tiene la expresión atenta que ya le conozco; pone un poco de bebida para ambos, que facilita el relato.

Retomo el hilo de los recuerdos:

—Partimos hacia el norte, Hofmann y yo, a lo largo del curso del Rin, en una gabarra de mercaderes. Pasamos por Worms, Maguncia, Colonia, hasta llegar a Arnhem. Había conseguido imponer silencio a mi compañero de viaje hasta que nos encontramos en Frisia, pues no quería correr el riesgo de ser detenido por el camino. Le costó, pero mantuvo su palabra. Una vez que dejamos el curso del Rin, proseguimos a pie y a lomo de mulo, siempre en dirección al norte. Nos desplazamos de un pueblo a otro, a lo largo de la frontera de los Países Bajos, hacia la campiña de Frisia oriental. Hofmann había estado ya en aquellas tierras durante sus largas predicaciones itinerantes y tampoco esta vez dejó de instruir a los campesinos de aquellas lanas sobre qué obligada elección exigía a todo cristiano el final de los tiempos: seguir a Cristo en su ejemplo de vida. Volvía a bautizarlos a todos, como un nuevo Juan Bautista.

»Mientras tanto me ilustraba sobre cómo estaba la situación en Emden, nuestra próxima meta. En esta ciudad se encontraban muchos prófugos, sacramenteros holandeses en su mayor parte, así los llamaba, aquellos que no aceptaban ya los sacramentos de la Iglesia de Roma y que no creían en la transustanciación. Esto, me explicaba, los llevaba más allá de las posiciones de Lutero, abriéndoles a la lúcida promesa del milenio. Los describía como si fueran unos perros vagabundos a la espera de un profeta que les trajera el mensaje de esperanza y la luz de la fe renovada. Definía ese viaje como «nuestra travesía del desierto», que había de templarnos poniendo a prueba nuestra fe y perfeccionando la justificación del Señor por medio de la obediencia absoluta a Cristo. Yo le seguía la corriente, sin tratar de sustraerme a la fascinación que sus palabras conseguían ejercer en la gente humilde: estaba realmente asombrado de aquella fuerza. No le había dicho que combatí al lado de Thomas Müntzer, pues su condena de la violencia me lo impedía. Acostumbraba a reservarme una frase lapidaria cada vez que lo provocaba con alguna alusión a la posibilidad de que Cristo llamara a sí a su ejército de elegidos para exterminar a los impíos: «Quien por la espada mata por la espada morirá».

»Llegamos a Emden en junio. Era una pequeña ciudad fría, una escala para las naves mercantiles entre Hamburgo y las ciudades holandesas. La comunidad de extranjeros era numerosa, tal como había predicho Hofmann. El príncipe reinante, el conde Enno Segundo, permitía que en sus tierras las ideas de los reformadores de la Iglesia siguieran su curso, sin ponerles trabas de ningún tipo. Mi Elías comenzó a predicar por las calles desde el primer día atrayendo sobre sí la atención de todos. Estaba claro que los demás predicadores no iban a poder competir con él, pues se los merendaría en un periquete. Al cabo de unas pocas semanas había vuelto a bautizar por lo menos a trescientas personas y estuvo en condiciones de fundar una comunidad que daba acogida a los descontentos de la más diversa procedencia y condición. Eran sobre todo desterrados de la Iglesia papista y descontentos de la luterana, la cual, aun sin sacerdotes ni obispos, se enorgullece ya de una jerarquía de teólogos y doctores no muy distinta de aquella que habían querido abolir.

»No tardamos en ganarnos fama de anabaptistas, lo que produjo en las autoridades de la ciudad un espanto de muerte.

»Los acontecimientos se sucedían a mi alrededor, sentía temblar la tierra bajo mis pies y una extraña sensación en el ambiente. No, no había sido contagiado por mi compañero de viaje, sino que era la inminencia de los acontecimientos, la llamada de la vida de la que me había hablado Ursula. Fue por dicha razón por lo que decidí librar a Hofmann a su suerte de predicador y seguir mi camino. Un camino que había de llevarme a otras partes de nuevo, en medio de la tempestad. Imposible decir si era yo quien guiaba mi existencia hacia el límite que había que superar o bien si era en cambio aquella tormenta la que me arrastraba con ella.

»Las autoridades de Emden expulsaron a Hofmann por instigador indeseable. Me dijo que regresaría al sur para escribir de nuevo, que su tarea allí había terminado. Confío la guía de la nueva comunidad a un tal Jan Volkertsz, apodado Trijpmaker, porque de oficio era fabricante de zuecos de madera. Por más que este holandés de Hoorn no fuera un gran orador, conocía la Biblia y tenía el talante de quien lo había inspirado y era no menos emprendedor. Me despedí del viejo Melchior Hofmann en la puerta de la ciudad, mientras lo escoltaban fuera del territorio de Emden. Sonreía, ingenuo y confiado como siempre, confesándome en voz baja que estaba convencido de que el Día del Juicio llegaría al cabo de tres años. También yo le dispensé la última sonrisa. Y así lo recuerdo, un saludo de lejos, mientras trota más allá de mi vista sobre un jamelgo flaco.

Aún no tengo claro qué es lo que persigue Eloi. Se queda mudo detrás de la mesa, embelesado por el relato, hasta con la boca abierta, en la penumbra que me impide distinguir claramente su rostro.

Yo prosigo, decidido ahora a llegar hasta el final y dispuesto a asombrarlo a cada página de esta crónica no escrita.

—No volvería a ver a Melchior Hofmann hasta dos años después, cuando vino a Holanda a recoger el fruto de lo que había sembrado. Pero estaba hablándote de Emden. Nos habíamos quedado Trijpmaker y yo para regir los destinos de la comunidad anabaptista y se acercaba ya la Navidad cuando recibimos la orden de abandonar la ciudad. Eso no me disgustó: sentía que tenía que partir de nuevo, que no podía seguir parado en aquel puerto del norte. Lo decidimos de noche, con la determinación y el espíritu de quien sabe afrontar una gran empresa: los Países Bajos, con los desterrados que lentamente estaban consiguiendo cruzar la frontera y regresar a sus ciudades de origen, se ofrecían a nuestros pies como un territorio inexplorado, dispuesto a mostrarse receptivo al mensaje y al desafío que lanzábamos contra las autoridades establecidas. Nada nos habría detenido. Para Trijpmaker era una misión, como lo había sido para Hofmann. Para mí era otra huida hacia delante, una manera de seguir avanzando, hacia una nueva tierra, hacia nuevas gentes.

»Nos dirigiríamos a Amsterdam. A lo largo del camino Trijpmaker me enseñaría alguna frase en holandés, para que estuviera en condiciones de entender, pero sería él quien predicara y bautizara. Comenzó al punto: antes de partir de Emden bautizó a un sastre, a un tal Sicke Freerks, que volvería a su ciudad natal, Leeuwarden, en Frisia occidental, con la finalidad de fundar allí una comunidad de hermanos, y donde lo que en cambio encontró fue la muerte en marzo del año siguiente a manos del verdugo.

»Mientras bajábamos hacia el suroeste, atravesando Groninga, Assen, Meppel, hasta Holanda, Trijpmaker iba exponiéndome la situación de su tierra. Los Países Bajos eran el corazón comercial y manufacturero del Imperio, el lugar de donde el Emperador sacaba la mayor parte de sus ingresos. Las ciudades portuarias disfrutaban de una cierta autonomía que, sin embargo, tenían que defender con uñas y dientes de las miras centralistas del Emperador. Carlos Quinto continuaba anexionándose nuevos territorios, dejando a sus tropas recorrer el país, con grave daño para el tráfico comercial y los cultivos. Por otra parte, el Habsburgo parecía preferir la soleada España a su tierra nativa y había puesto a sus oficiales en muchos sillones importantes y un gobierno imperial en Bruselas, para luego irse a vivir al sur.

»El estado de la Iglesia en esta parte de Europa era lo más trágico que cupiera imaginar; reinaba la religión de las grandes comilonas a costa de los campesinos, la degeneración lucrativa de las órdenes monásticas y de los obispados. No existía ningún guía espiritual en los Países Bajos y muchos fieles habían comenzado a abandonar la Iglesia, para reunirse en hermandades laicas que hacían vida en común y cultivaban el estudio de la Escritura. Estas podrían aceptar nuestro mensaje antes que nadie.

»Las ideas de Lutero se habían difundido entre el pueblo llano y también entre los mercaderes que se enriquecían a su costa. Los sucesos de Alemania seguían quedando lejos, la obediencia a la que habían sido reducidos los campesinos alemanes no tenía la menor relación con los trabajadores holandeses de las manufacturas, los tejedores, los carpinteros de los puertos, los artesanos de aquellas ciudades en constante expansión. La religión reformada de Lutero comportaba nuevos dogmas, nuevas autoridades religiosas, que alienaban la fe de los creyentes de manera apenas más suave de lo que lo hacían los papistas. La igualdad en la fe, la vida comunitaria, requerían una savia distinta. Nosotros estábamos allí para traerla.

»Me quedé impresionado por el paisaje de aquellas feraces tierras. Viniendo de Alemania, de sus selvas negras, resultaba asombroso ver cómo los habitantes de los Países Bajos habían doblegado la naturaleza a su voluntad, arrebatando al mar cada metro de terreno cultivable para plantar trigo, girasoles, coles. Molinos de viento a lo largo del camino en número impresionante, gente trabajadora, incansable, capaz de desafiar las adversidades naturales y de vencerlas. La ciudad de Amsterdam, aquel enredo de canales, el puerto, cada rincón bullía de una febril actividad.

»Eran los primeros días del año nuevo, el mil quinientos treinta y uno, y a pesar del intenso frío las calles y los canales estaban atestados de un ir y venir incesante. Una ciudad perturbadora, en la que habría podido perderme. Pero Trijpmaker conocía a algunos hermanos que residían allí desde hacía ya tiempo; comenzaríamos por ellos.

»Establecimos contacto con un impresor para que produjera algunos extractos de los escritos de Hofmann que Trijpmaker había traducido al holandés y también unas hojas volantes para entregar en mano. Pero me ocupé yo de eso, mientras que Trijpmaker trataba de reunir a todos sus conocidos en la ciudad. Encontramos una buena aceptación entre los artesanos y los trabajadores manuales: gente descontenta de cómo estaban yendo las cosas. Se notaba en el ambiente la inminencia de algo que podía manifestarse de un momento a otro.

»En menos de un año conseguimos organizar una sólida comunidad, las autoridades no parecían preocupadas en exceso por esos

anabaptistas enfervorizados que desdeñaban el lucro y anunciaban el fin del mundo.

»En mi corazón sentía que las cosas no podían discurrir sin problemas durante mucho tiempo. Trijpmaker seguía predicando la benignidad, el dar testimonio, el martirio pasivo, según las consignas de Hofmann. Yo sabía que eso no podía durar: ¿y si las autoridades decidían considerarnos peligrosos para el buen orden ciudadano? ¿Qué sucedería si los hombres y las mujeres que había convertido a imitación de Cristo se encontraban frente a las armas? ¿De veras creía que se dejarían crucificar sin oponer resistencia? Él estaba seguro de ello. Y además, el momento se acercaba, pues Hofmann había previsto el Juicio para mil quinientos treinta y tres. En contra de tales argumentos no había mucho que replicar, me encogía de hombros y lo dejaba con aquella confianza ilimitada que tenía.

»Continuamos creciendo en número, la moral estaba alta, la devoción de los rebautizados era inmensa. De las aldeas de alrededor de Amsterdam nos llegaban las misivas llenas de errores gramaticales de los nuevos adeptos, campesinos, carpinteros, tejedores. Tenía la impresión de encontrarme dentro de un gran caldero cubierto por una tapadera que más pronto o más tarde iba a saltar. Era embriagador.

»Finalmente, la predicación contra la riqueza en una de las ciudades más lucrativas de Europa surtió su efecto. En otoño de aquel año el Tribunal de La Haya ordenó a las autoridades de Amsterdam reprimir a los anabaptistas y entregar a Trijpmaker.

Eloi me sirve agua.

—Estás cansado, ¿quieres irte a dormir?

La pregunta lleva implícita la súplica de continuar, es como un niño fascinado por la narración, por más que estoy hablándole probablemente de hechos que ya conoce.

—Es mejor que te cuente lo que le hicieron a Trijpmaker y cómo decidí volver a echar mano de la espada. Al comienzo no fue más que para oponer resistencia ante quien pedía mi cabeza. —Abro los brazos y río sarcásticamente—. Luego encontré a mi verdadero Juan Bautista, el que había de convencerme de nuevo para combatir contra el yugo mortífero de los curas, de los nobles, de los mercaderes. Y vive Dios que lo hice: cogí aquella espada y me puse a ello. No me arrepiento. Así como tampoco de la elección que hice entonces ante aquellas cabezas cercenadas, clavadas en la punta de un palo. La primera era la del hombre que me había llevado a Holanda, un loco probablemente poseído, un tonto que buscaba el martirio y lo encontró. Pero era lo que le hicieron.

Casi oigo estremecerse a Eloi.

—Sí, Trijpmaker eligió su final, el de Cristo. Habría podido huir de haber querido. Hubrechts, uno de los burgomaestres de la ciudad, estaba de nuestra parte y había tratado hasta aquel momento de impedir su apresamiento. Fue él quien mandó a una sirvienta a nuestra casa para avisarnos de que habían llegado los esbirros con el propósito de apresar al jefe de la comunidad. Me puse al punto a recoger nuestras cosas, e igual que yo otros muchos. Pero él no, no Jan Volkertsz, el fabricante de zuecos de Hoorn que se había convertido en misionero. Se sentó y esperó a los soldados de la guardia: no tenía nada que temer, la verdad de Cristo estaba de su parte. Junto con él apresaron a otros siete y se los llevaron a La Haya. Les dieron tormento durante días. Dicen que a Trijpmaker le quemaron los testículos y le metieron clavos bajo las uñas. Lo único que no le tocaron fue la lengua, porque podía dar los nombres de todos los demás. Y lo hizo. El mío también. Nunca lo he juzgado por eso, pues el tormento doblega a los espíritus más fuertes, y creo que su fe ya se vio vejada de forma aplastante por el hierro candente sin necesidad del rencor de los demás. Ninguno de nosotros lo culpó por ello, conseguimos ponernos a salvo, teníamos muchas casas seguras dispuestas a darnos cobijo.

—¿Ajusticiaron a los ocho?

Asiento:

—Al borde de la muerte desmintieron todo cuanto les habían arrancado bajo tormento: un pobre consuelo que no sé hasta qué punto pudo permitirles morir en paz. Sus cabezas fueron devueltas a Amsterdam y colgadas en la plaza pública. Un mensaje claro: quien vuelva a intentarlo tendrá el mismo final.

»Era el mes de noviembre o diciembre del treinta y uno, momento en que Lienhard Jost había de pasar a mejor vida. Aquel nombre atraía a los esbirros como el estiércol a las moscas. La familia que me tenía escondido en su casa me concedió el suyo, haciéndome pasar por un sobrino emigrado a Alemania y vuelto al cabo de muchos años. Se llamaban Boekbinder y el primo existía de verdad, solo que había muerto en Sajonia, ahogado en un río como consecuencia del naufragio de la balsa en que viajaba. Su nombre era Gerrit. Y así fui el fantasma de Gerrit Boekbinder, Gert para la familia.

»Fue a comienzos del año treinta y dos cuando llegó una carta de Hofmann. Estaba en Estrasburgo, había tenido los redaños de volver allí. Evidentemente al recibir la noticia del trato dispensado a Trijpmaker y a los demás, el viejo Melchior se había cagado de miedo. La carta anunciaba el comienzo del Stillstand, la suspensión de todos los bautismos, en Alemania y en los Países Bajos, por lo menos durante

dos años. A partir de aquel momento íbamos a tener que movernos en la sombra a la espera de que las aguas volvieran a su cauce: nada ya de altercados a plena luz del día, nada de proclamas, y menos aún de declaraciones de guerra contra el mundo. Para Hofmann hubiéramos tenido que ser un rebaño de predicadores bonachones, diligentes y no demasiado ruidosos, dispuestos a dejarse degollar todos en fila en nombre del Altísimo. Esto más o menos estaba escribiendo en aquellos meses en Estrasburgo.

»Por lo que a mí respecta no estaba claro aún qué iba a hacer, pero no pensaba quedarme mano sobre mano, oculto como un perro con el que la emprenden a patadas, aunque la gente que me daba cobijo era amable y generosa. Un día, en la leñera encontré una vieja espada herrumbrosa, una reliquia de la guerra de Güeldres en la que algún Boekbinder debía de haber tomado parte. Sentí un estremecimiento extraño al empuñar de nuevo un arma y comprendí que había llegado el momento de intentar algo grandioso, que era preciso poner punto final al proselitismo pacífico, porque siempre el acero y nada más que el acero sería lo que encontraríamos en el bando contrario, el de las alabardas del cuerpo de alabarderos y del hacha del verdugo. Pero sabía que no llegaría muy lejos solo. Era un nuevo comienzo a ciegas, me sentía estremecer, más lúcido y resuelto de lo que me había sentido nunca: no me espantaba saber que la aventura se transformaría en guerra, puesto que sería la única que valdría la pena desencadenar: la guerra para liberarse de la opresión. Hofmann podía continuar fabricando mártires, yo buscaría combatientes. E iba a crear dificultades.

»Y ahora, amigo mío, creo que voy a dejarte por mi cama, pues debe de ser muy tarde. Continuaremos mañana, si no te importa.

—Un momento todavía. Balthasar te llama Gert «del Pozo». ¿Por qué?

A Eloi no se le pasa nada por alto, cada palabra contiene para él una ramificación posible del relato.

Sonrío:

—Mañana te hablaré también de esto, de cómo pueden nacer por pura casualidad los apodos y de cómo luego es imposible quitárselos de encima.

CAPÍTULO 18
Amsterdam, 6 de febrero de 1532

Por suerte la cadena aguanta, agarrado al cubo, oscilando como un ahorcado, instinto, más que nada instinto, lo he cogido por los pelos, de haberme acertado de lleno a estas horas estaría empapado allá abajo, qué golpe, no siento ya nada, todo suena lejano, los gritos, las sillas que vuelan, mantenerlo agarrado con fuerza, pues si me desmayo me ahogo, al menos aquí ya no corro peligro, mierda, son demasiados, y yo metiéndome en medio como un imbécil, por alguien además a quien ni siquiera conozco, los brazos, tienen que sostenerme, los brazos o vuelo para abajo, si salgo de nuevo me la juego, y si me quedo antes o después los músculos cederán, qué jodida situación, todo da vueltas, me duelen los hombros, menudo animal que está hecho, a ese me lo cargaba yo solo, oh, no, ese me mata si vuelvo arriba, pero, mierda, a ese otro pobre estarán moliéndolo, ¿cuántos son?, tres, cuatro, como si hubiera dado tiempo de contarlos, cuando ya los teníamos encima, todo ha comenzado de repente, ese que se ha puesto a ladrar, ¿qué hacían sus madres, sino dejarse montar por no sé qué cerdos? Una mesa que vuela sobre mi cabeza, ha faltado bien poco para que me quedara tieso en el sitio, y en esto que echan mano a los cuchillos, cuando no parecían armados, pues, joder, no se entra armado a una taberna, a tomarse una cerveza, no, a armar pendencia, a hablar de negocios, pero ese tipo ha salido con la historia de sus madres, los brazos, Dios mío, los brazos, agárrate fuerte, sí, agárrate fuerte, pero no lo conseguiré mucho más rato, no puedo ahogarme así, qué asco de muerte sería, después de todas las que he pasado, de todos los lugares de los que he salido vivo, o tal vez sí, así es como va a acabar, te salvas de los ejércitos, de los esbirros, y luego la palmas como un ratón ahogado por culpa de uno que no ha sabido estarse con la boca callada, y yo me he metido en medio, en algo que ni me iba ni me venía, y me he metido en medio, joder, cuatro contra uno, porque hacían tintinear esas bolsas repletas de dinero, unos armadores bien panzudos como están, de esos que se montan a su casta mujer una vez al año y a unas puerkas sifilíticas todos los santos días de su vida, unos gozadores, todo oraciones y negocios de oro, y dale con los anabaptistas pagados por el Papa, los anabaptistas no son más que unos seres apestosos a los que habría que cortar el pescuezo para arrojar sus tripas a los perros, unos grandes y hermosos lebreles que deben de tener en sus casas de campo, los muy

cabrones cargados de dinero, los anabaptistas confabulados con el Emperador, que se meten en tu casa para convertir a tu mujer a golpes de vergajo, que habría que borrar del mapa, los brazos, Dios mío, están a punto de ceder, pero ¿por qué he ido a meterme yo en medio?, ha sido ese otro loco el que ha empezado todo, no hubiera tenido que levantarse y escupirles la cerveza a la cara, y luego decir lo que ha dicho de sus madres, también yo sabía que eran unas grandes ramera pero era de esperar que se lo tomaran a mal, a esta hora le habrán cortado ya el cuello, y bueno, si aún no hubiera hecho nada más que escupir, cosas de borrachos como tantos otros, pero en cambio no, es lo que ha dicho, por eso es por lo que me he metido yo, por esas grandiosas palabras, las que yo habría querido espetarles, los brazos, mierda, los brazos, tengo que subir, ánimo, arriba, vamos, no puedo acabar en el fondo de este asqueroso pozo, no puedo palmarla así, como un imbécil, probablemente ese otro sigue con vida, y tal vez diga alguna otra barbaridad antes de que lo echen a la calle a empujones, bonitas palabras, hermano, porque sí, eres un hermano, pues de lo contrario tan pronto como te hubieras levantado habrías tenido que tragarte todo lo que has dicho, no hubiera ido yo a meterme en medio por ningún anabaptista violento, he conocido ya a demasiados, amigo mío, pero tú tienes redaños, vamos, por Dios, tengo que volver a salir, así, poquito a poco, arriba, ya casi estoy, tengo que salir, oh, mierda, aquí estoy, estoy en el brocal, un empujoncito más, ya estoy.

Se han convertido en cinco. Me habían parecido cuatro, juro que me había parecido contar cuatro. Ahora resulta que son cinco, todos alrededor de él, está fuera de combate, el tabernero sobre el empedrado del patio, sosteniéndose la cabeza, la jarra que he lanzado está hecha pedazos pero no ha dejado de causar su daño. Y el amigo desconocido allí está tieso como un palo desafiándolos con la mirada como si fuera él el más fuerte, vamos, dilo, ¿cómo era?, ¿qué dijiste antes de que se me viniera el mundo encima, antes de que ese gigante me arrojara aquí abajo?

Me subo de pie, y comienzo a recoger la cadena, sin darme cuenta siquiera de que grito:

—Oye, ¿qué es lo que dijiste... sobre Cristo bendito y estos mercaderes comemierda?

Se vuelve estupefacto, casi tanto como todos los demás. La escena se detiene, como impresa en una página, y yo estoy a punto de perder el equilibrio, debo de parecer un maldito asqueroso.

—¡Bien, estoy totalmente de acuerdo contigo! Y ahora sigue el consejo de un hermano: agacha la cabeza.

El gigante que creía haberme ahogado se pone de color morado, avanza hacia mí, ven, ven ahora que he sacado toda la cadena y tengo

el cubo en la mano, ven, si tan valiente eres, ven a que te arranque esa cabezota de tocino que tienes sobre los hombros.

Es un ruido sordo, un topetazo seco, uno nada más, que deja mellado el metal y hace volar por los aires una lluvia de dientes. Se desploma como un saco vacío, sin un gemido, escupiendo fuera pedazos de lengua.

Comienzo a hacer girar la cadena, cada vez más fuerte; yo os enseñaré, distinguidos caballeros, lo sarnoso que puede ser un anabaptista. El cubo golpea cabezas, hombros, gira cada vez más lejos de mí, la cadena me siega las manos, pero los veo caer, encogerse por el suelo, correr hacia la puerta sin alcanzarla, la Justicia del Cubo es implacable, gira y gira, cada vez más fuerte, no lo sostengo ya, ahora es él el que me arrastra a mí, es la mano de Dios, podría jurarlo, señores, el Dios al que habéis puesto rabioso. Y al suelo, otro más, ¿dónde pensabas esconderte, eh, rico idiota borracho?

Un tirón, el cubo encallado, enganchado en las ramas de un arbolillo que a punto ha estado también de ser derribado.

Una ojeada al campo de batalla: ¡uf!, todos por los suelos. Alguno gruñe, se relame las heridas desfallecido, mirándose los testículos.

El hermano ha sido prudente y se ha arrojado al suelo a la primera vuelta y se levanta ahora atónito, con un extraño brillo en los ojos: como ángel exterminador no se puede decir que lo haya hecho nada mal.

Salto del brocal y me acerco tambaleante a él. Alto y flaco, barbilla oscura en punta. Me estrecha la mano demasiado fuerte, la cadena me la ha llagado.

—Dios nos ha asistido, hermano.

—Dios y el cubo. Nunca había hecho una cosa así antes.

Sonríe:

—Me llamo Matthys, Jan Matthys, y soy panadero en Haarlem.

Respondo yo:

—Gerrit Boekbinder.

Casi emocionado:

—¿De dónde vienes?

Me vuelvo hacia atrás y me encojo de hombros:

—Vengo del pozo.

CAPÍTULO 19
Amberes, 14 de mayo de 1538

—Y pasé a ser Gert «del Pozo». Matthys se divertía empleando ese estrambótico nombre, pero le gustaba también pensar que nuestro teatral encuentro no había sido fruto del azar. Por lo demás, para él nada lo era nunca, todo tenía un sentido dentro de la visión de Dios, un significado que iba más allá de las simples apariencias y que les hablaba a los hombres, a nosotros, los elegidos. Porque esto creía él que eran los baptistas: unos elegidos del Señor, los escogidos. Se trataba de una empresa que debía ser llevada a cabo, grandiosa, definitiva. Mi Juan de Haarlem conocía a Hofmann, había sido bautizado por él personalmente, y había leído sus profecías. Se acercaba el Día, el día de la liberación y de la venganza. Pero pronto comprendí que aquel panadero había realizado una elección distinta a la del viejo Melchior: lo que él quería era librar aquella batalla, sí, no esperaba más que la señal de su Dios para declarar la guerra a los impíos y a los siervos de la iniquidad. Y para ello tenía un plan: reunir a todos los baptistas y hacerles desertar del mundo, ese mundo de esclavitud y prostitución al que los poderosos querían condenarlos para siempre. Sí, pero ¿cómo reconocer a los escogidos? Matthys no se cansaba nunca de repetir que Cristo había elegido a unos pobres pescadores como seguidores y apóstoles, expulsando a los mercaderes del templo. Porque se trataba justamente de esto: del lucro, del maldito lucro de los comerciantes holandeses. Gente de aquel jaez elegiría qué fe profesar en función de sus propios intereses y esto la hacía un enemigo temible. Cuanto más ligada estaba la fe a ritos y dogmas indiscutibles, más apegados se sentían a ella: en el fondo el único motivo por el que no simpatizaban con la Iglesia de Roma era porque su mayor paladín, el emperador Carlos, los vejaba con impuestos y quería apoderarse de los Países Bajos como un tirano, impidiendo sus negocios. Poco importaba que muchos ricos mercaderes fueran personas de buena fe: la buena fe (decía a menudo el panadero de Haarlem) no basta, pues es necesaria la verdad. Pues si bastara la buena fe, de nada serviría la redención: «La buena fe no elimina los errores, muchos judíos de buena fe gritaron: “Crucifícalo”. La buena fe es una idea del Anticristo».

»Pero lo más sorprendente era el modo en que Matthys había desenmascarado la hipocresía de los curas y de los doctores que se habían servido de la Biblia desde los púlpitos y las cátedras: aquella

miserable teología de la “rectitud moral” y de la consabida “honestidad”, que era con frecuencia y gustosamente conferida tan solo por una cuestión de grado, de autoridad. “En cambio, el Evangelio ensalza a los deshonestos, se dirige a las prostitutas, a los rufianes, no a las prostitutas arrepentidas, sino a las ramera tal como son, a la gente de mal vivir, a la hez de la sociedad.” También el elogio de la honestidad y de la moral eran para él la religión contada por el Anticristo.

»Y tal era la razón por la que él estaba con la gente común y corriente, los artesanos, los pobres miserables y la chusma callejera, entre quienes se encontrarían los elegidos, aquellos que sufrían más que todos los demás y que no tenían nada más que perder que su condición de desheredados de la fortuna. Allí podía sobrevivir la chispa de la fe en Cristo y en su inminente venida, porque las condiciones de aquella gente estaban más próximas a su opción de vida. ¿Acaso no había elegido Cristo a los desheredados de la fortuna, las prostitutas y los rufianes? Pues bien, entre ellos reclutaríamos nosotros a los capitanes para la batalla.

—¿Cómo era? Me refiero a qué tipo de individuo era ese Jan Matthys.

Eloi deja caer la pregunta tan lentamente como cae la tarde, al término de esta jornada dedicada al huerto y a la sonrisa de Kathleen.

—Era el loco más arriscado que haya conocido jamás. Pero esto antes de que nos fuéramos hacia Münster. Era lo bastante decidido y fuerte como para merendarse a Hofmann y su rechazo de la violencia. Si el viejo Melchior era Elías, entonces él sería Enoc, el segundo testigo de los pasajes del Apocalipsis. Tuve una demostración de aquella fuerza cuando un tal Poldermann, un zelandés de Middelburg, dijo que él era Enoc: Matthys se subió de pie sobre una mesa y fulminó a todos los hermanos allí reunidos con una sarta de maldiciones. Cualquiera que no lo reconociese como el verdadero Enoc ardería en las llamas del infierno para toda la eternidad. Tras lo cual permaneció callado durante dos días enteros. Sus palabras habían sido tan convincentes que algunos de nosotros se encerraron en una habitación sin agua ni comida, implorando la misericordia de Dios. Fue una prueba de fuerza, de oratoria y de determinación: la superó. Tal vez ni él mismo lo tuviera claro, pero yo sabía que Jan Matthys era ya el más serio competidor de Hofmann, y con una ventaja además: la facultad de hablar al furor de los humildes. Yo sentía que si aprendía a conducir aquel furor, se convertiría en el verdadero Caudillo de Dios, capaz de poner patas arriba el mundo y transformar a los últimos en los primeros, de producir una fuerte

sacudida y acaso también definitiva en las pingües Provincias del Norte.

»Había llegado a Amsterdam con una mujer, llamada Divara, una criatura espléndida, que mantenía celosamente al amparo de las miradas de todos. Decían que en su país había contraído matrimonio con una mujer mayor que él y que la había abandonado para fugarse con esta jovencísima muchacha, hija de un cervecero de Haarlem. También Enoc tenía por tanto un punto flaco, igual que la mayor parte de los humanos, a medio camino entre el pájaro y el corazón. Aquella mujer siempre me produjo espanto, aun antes de ser reina, profetisa, gran ramera del rey de los anabaptistas. Tenía algo de aterrador en su mirada: la inocencia.

—¿La inocencia?

—Sí. La que te puede llevar a ser y hacer cualquier cosa, a cometer el crimen más inhumano y gratuito como si fuera la acción más insulsa del mundo. Era una hembra que no debía de haber llorado jamás en la vida, a la que nada habría podido trastornar, una muchacha ignorante e incluso inconsciente de su carne blanca, y más temible aún por eso mismo en el momento en que tomara conciencia de ello.

»Pero solo más tarde aprendería a temer de verdad a aquella mujer. En aquellos primeros meses del treinta y dos teníamos otras muchas cosas en las que pensar. Ante todo el hecho de que la predicación clandestina de Matthys, ese extraño reclutamiento nuestro, había entrado en colisión con el Stillstand proclamado por Hofmann. En aquellos días había llegado hasta nosotros el rumor de que el Elías germano pronto vendría a Holanda a visitar nuestra comunidad y Matthys sabía que debía imponerse al maestro, si lo que queríamos era que los hermanos despertaran y se unieran a nosotros. Fue un enfrentamiento a vida o muerte: Hofmann poseía la autoridad del pasado como predicador. Pero Jan de Haarlem poseía el fuego.

CAPÍTULO 20
Amsterdam, 7 de julio de 1532

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Y mil veces no! —La voz se alza sobre el alboroto general—. ¡No es hora aún de reanudar los bautismos! ¡Hacerlo en este momento significaría desafiar al Tribunal de Holanda y condenarnos al patíbulo! ¿Es esto lo que queréis? ¿Y quién anunciará el Advenimiento del Señor cuando tengáis todos el mismo fin que el pobre Trijpmaker y sus compañeros?

El buen Elías suabo no se esperaba que le replicasen, sino más bien ser recibido como un padre. Y en cambio... Allí está, rojo como la grana y propenso a contradecirse a causa de la exasperación.

Enoc no se inmuta, la barba en pronunciado ángulo apuntada hacia el adversario, un profeta contra otro: el libro del Apocalipsis no habla de esto. Lo mira a los ojos, esbozando una sonrisa.

—Sé que no puede ser el martirio el que espante al hermano Melchior, lo sé porque nadie más que él ha tenido que padecer las penas del destierro y la dificultad de dar testimonio. —Una pausa estudiada, magistral—. Lo que teme es que en unas pocas horas, sin darle tiempo a escapar o a mandar una carta, la autoridad de La Haya dé con nosotros y caiga encima de nosotros, apresándonos a todos. —La atención es toda para él ahora—. Pero ¿cuántos somos? ¿Os lo habéis preguntado alguna vez? ¿Y qué estamos dispuestos a intentar con miras al Último Día? Yo os digo, hermanos, que con la ayuda del Señor podemos ser más rápidos que el brazo armado de los inicuos, puede serlo nuestro mensaje, el anuncio del Juicio.

Hofmann, irritado, lucha contra la amargura que lo invade.

Matthys insiste:

—Es cierto: pueden perseguirnos, introducir espías entre nosotros, descubrir nuestros nombres, nuestras casas seguras. Pues bien, ¿por qué íbamos a detenernos por esto? En la Biblia se dice que Cristo reconocerá a sus santos. En su epístola Pedro incita a los fieles a apresurar la venida del día de Dios. —Cita de memoria los pasajes de los que hemos hablado entre nosotros ya muchas veces—: «Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia, según su promesa». Y también Juan afirma que «quien conoce a Dios nos escucha a nosotros; quien no es de Dios no nos escucha». Pero ¿cómo pueden escucharnos los justos si nosotros no les hablamos? ¿Cómo podrán distinguir el espíritu verdadero del falso, si no descendemos a campo abierto a luchar? ¿Cómo, si

no tenemos el valor de bautizarlos, de predicar, de llegar a ellos con el mensaje de la esperanza, desafiando los edictos y las leyes de los hombres? ¡Hemos de ser más sagaces que ellos! ¿O acaso creemos que por el mero hecho de escribir tratados teológicos y hermosas epístolas podremos llevar a cabo nuestra tarea? –El tono sube, férreo, las palabras: martillazos en un yunque–. ¿Cuánto, hermanos, cuánto no nos han puesto los santos apóstoles en guardia contra los anticristos, contra los falsos profetas y los embaucadores que en el postrer momento poblarán la tierra, para apartar a los elegidos de su cometido? Nuestro cometido. El Evangelio dice: «Convenced a aquellos que están vacilantes, a otros salvadlos sacándolos del fuego». ¡El fuego de las hogueras que en todos los Países Bajos están siendo preparadas para nosotros, hermanos, para cerrarnos la boca e impedir que se prepare el terreno para el Advenimiento de Cristo y de la Nueva Jerusalén! ¿Y hemos de humillar nosotros la cerviz y esperar al verdugo?

Su voz danza, es una música que prorrumpe, un trueno que se inicia de lejos, repercute en el estómago y de repente se aplaca. Los hermanos están divididos, el carisma de Elías contra el fuego de Enoc, los ánimos se caldean.

Hofmann se pone en pie, sacudiendo la cabeza:

–El día del Señor está ya próximo. De lo cual dan testimonio un gran número de señales, siendo la primera de ellas que el poder de la iniquidad nos persiga con tamaña crueldad en Alemania y aquí en Holanda. Por eso es por lo que nuestra tarea debe ser esperar y dar testimonio. Esperar a Cristo, sí, hermanos, y ese poder que será el único capaz de doblegar a las naciones y acabar con el mal para siempre. Hermano Jan –se vuelve solo hacia Matthys ahora–, la espera no puede ser sino breve. Las tinieblas están ya disipándose y la verdadera luz empieza a resplandecer. Juan nos dice: «¡No améis al mundo ni las cosas del mundo!». Y así también Pablo. Debemos guardarnos de la soberbia en este crítico momento, ser humildes y esperar, hermano, esperar y sufrir manteniendo firme la paz en nuestro interior. –Una mirada hacia nosotros–. Será pronto. De esto no cabe la menor duda.

Matthys: ojos de mirada penetrante, diríase que no respira:

–Pero ¡ha llegado la hora! ¡Y es esta! ¡Ahora Cristo está llamándonos a que nos movamos! ¡No mañana, no el año que viene, ahora! ¡Hemos hablado tanto del regreso del Señor que ni siquiera nos damos cuenta de que él está ya aquí, está sucediendo, hermanos, y si no nos ponemos en marcha el Reino se nos escapará sin darnos cuenta, demasiado ocupados como estamos en nuestros tratados de teología! –Corre hacia la ventana y, cuando la abre de par en par

sobre los arrabales de Amsterdam, un estremecimiento me recorre el espinazo—. ¿A qué esperamos para abandonar Babilonia, ese burdel de mercaderes, y para marchar allí fuera? ¡Llamemos a reunión al pueblo de los elegidos y libremos la batalla armados de la Palabra del Señor!

Hofmann dice angustiado, trastornado:

—¡Estas ideas acabarán por desencadenar una guerra civil! ¡Y no hemos sido llamados para esto!

Los ojos vidriosos de Matthys están fijos, con una mirada asesina, en él, la respuesta es rápida, el silbido de una serpiente:

—Eso lo dices tú.

Las dos facciones estallan, están ya claras y divididas, llueven insultos, y también algún que otro escupitajo bien dirigido. Trato de poner calma entre los nuestros, sin reparar en que la mirada compasiva de Hofmann se ha posado sobre mí, sobre quien no pensaba precisamente encontrar en el bando contrario. Tal vez busca ayuda, pide que haga yo razonar a Matthys, en nombre de nuestra vida en comunidad en Estrasburgo.

—Hermano, por lo menos tú, háblales a estos locos. No saben lo que dicen.

No tengo más que unas pocas palabras de despedida:

—Deja hablar a la locura y a la desesperación: esto es todo cuanto tenemos en nuestra alforja.

Lo dejo completamente abatido. Se queda allí, con cara sombría en la brecha que se lo ha tragado. Sabe que el fuego de Enoc incendiará la llanura.

CAPÍTULO 21
Leiden, 20 de septiembre de 1533

—Sí, la calle que andan buscando es la primera a la derecha. No tiene pérdida.

El chiquillo que nos ha acompañado se detiene en espera de alguna moneda y señala una callejuela al fondo de la manzana. Parece casi paralizado. Un susurro con la vista gacha:

—Mi madre trabaja aquí y no quiere verme por estos lugares.

Abre la mano para recibir las monedas. Jan Matthys ni se inmuta:

—Tu recompensa será grande en el cielo —sentencia con solemnidad.

—Pero mientras tanto —añado yo sacando un florín de mi bolsa—, un mísero anticipo terrenal no te vendrá nada mal.

El rubiales se larga obsequiándonos con el relampagueo de una sonrisa desdentada, mientras Jan Matthys trata de mirarme con contrariedad, sin conseguir contener una carcajada:

—¿No crees que conviene acostumbrarlos desde niños a la inminencia del Reino?

Probablemente es la madre de nuestro pequeño guía la que nos da la bienvenida en el callejón. Rubia como él, los ojos claros perfilados de negro, apoya los pechos en el alféizar medio roto de una ventana del segundo piso. No les da tiempo a las cabezas de volverse para observarla, cuando oímos detrás de nosotros el chasquido agudo de una docena de besos al aire. Igual que en la galería de retratos de una noble familia, los bustos generosos de las prostitutas de Leiden nos flanquean a derecha e izquierda, asomados a distinta altura en las paredes de enrejado de las casas.

Aunque distraídos por semejante acogida, no tardamos mucho en identificar el portón verde que andamos buscando. Es el último edificio del callejón, que hace esquina con un puentecillo sin balaustrada que se arquea salvando uno de los muchos canales sobre el Rin.

Matthys, alto y chupado, está radiante. En las escaleras que nos conducen al primer piso, me da una palmada en la espalda y asiente con la cabeza:

—¡Entre putas y alcahuetes, Gert!

—Y entre los borrachos de una taberna —añado yo con una sonrisa en alusión al reclutamiento de Gert del Pozo.

Quien hace los honores de la casa esta vez es una muchacha completamente vestida, pero no precisamente como una dama que se dirige al mercado.

—Buscáis a Jan Beuckelseen, Jan de Leiden, ¿no es cierto? En este momento no puede...

—¡Hazlos entrar! —la interrumpe un grito desde el fondo del pasillo—. ¿No ves que son profetas? ¡Venid, adelante, adelante!

La voz es baja y rotunda, de esas que parten del abdomen y retumban en la garganta. Decididamente no está lo que se dice muy a tono con la escena con que nos encontramos delante una vez abierta de par en par la puerta de la que la hemos oído salir.

Nuestro hombre está tendido sobre un pequeño sofá, con una mano asida a una manta y la otra en los testículos. Está desnudo de cintura para arriba, ungido todo el pecho de aceite. Una mujer, medio desnuda también, sostiene en la mano una navaja de afeitar y lo está depilando.

—Os ruego que me disculpéis, queridos amigos —dice con esa voz que parece casi una tomadura de pelo—. No quería haceros esperar demasiado. Nuestra antesala siempre se ve frecuentada por gente poco recomendable.

Nos presentamos. Matthys lo mira unos instantes, luego vuelve los ojos alrededor:

—¿Es este tu trabajo?

—Todo es trabajo mío, pero no me hace sudar mucho la frente, la verdad —es la respuesta inmediata, casi la salida de un actor al escenario—. Niego con la más absoluta firmeza el pecado de Adán y en consecuencia no acepto ninguna de las maldiciones que de él puedan derivarse. Trabajaba de sastre, pero lo dejé bien pronto. Ahora encarno en las plazas a los grandes protagonistas de la Biblia.

—¡Ah, claro, eres actor!

—Actor no es el término exacto, amigo mío: yo no represento, yo personifico.

Coge una esponja de un barreño y se limpia con jabón. Se pone en pie de un salto, frotándose sin el menor recato la entrepierna. El rostro es una máscara de dolorosa resignación, los ojos clavados en los míos:

—«Soy peregrino en la tierra. Sé fuerte, y muéstrate hombre. Observa la ley del Señor tu Dios, siguiendo sus caminos y cumpliendo sus estatutos, mandamientos y preceptos.»

La muchacha se pone a aplaudir con entusiasmo, con el pecho apretado entre sus brazos.

—¡Bravo, Jan! —Mirándome—. ¿No es estupendo?

El rey David hace una profunda inclinación. Del pasillo llegan ruidos: caídas, alaridos, gritos ahogados. Nuestro Jan parece en un principio no hacer caso, ocupado como está en su aseo personal. Luego algo le hace salir disparado, quizá una petición de ayuda más aguda que las demás o únicamente más convincente. Coge una navaja barbera y sale.

El trueno de su voz llena la casa. Matthys y yo nos miramos, inseguros de si intervenir o no. Pasan unos instantes y Jan de Leiden vuelve a aparecer por la puerta. Respira hondo, se arregla los fondillos de las mangas y hunde la navaja barbera en un barreño esmaltado. El agua se tiñe de rojo.

—¿Qué decís de esto? —pregunta dándose la vuelta—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un alcahuete amable, que respete al prójimo y tenga buenos modales? Los rufianes son gente cruel, brutal. En cambio a mí me gustaría convertirme en el primer rufián santo de la historia. Sí, amigos, soy un rufián que sueña con sentarse a la diestra de Dios. Y sin embargo de vez en cuando el sueño se interrumpe y el rufián se despierta...

—No se trata ni de sueño ni de vigilia. —La voz del otro Jan no es la de un actor, es la de Enoc—. Rufianes, meretrices, ladrones y asesinos: ¡estos son los santos de los últimos días!

Jan de Leiden se lleva una mano a los labios y luego a las pelotas:

—¡Uh! No me hables del fin del mundo, amigo. He conocido a un montón de profetas aquí dentro y todos son unos malasombras.

—Bien que te creo —respondo yo acto seguido—, esperar de brazos cruzados el Apocalipsis no es sino una pesadilla. La Revelación solo llega de abajo. De nosotros.

Se vuelve con una sonrisa sarcástica. Es difícil saber si es irónica o de iluminado.

—Comprendo. —Las comisuras de la boca siguen alzándose e hinchando los duros pómulos—. ¡Se trata ni más ni menos que de hacer el Apocalipsis!

El énfasis con que consigue pronunciar la palabra hacer me deja verdaderamente impresionado. Con la vieja pasión por el griego y por la etimología me esfuerzo por encontrarle un nuevo nombre a la empresa final. Apocalipsis, como apoteosis, incluye el prefijo de lo que está en las alturas. Ipocalipsis sería un nombre mucho más adecuado: solo hay que cambiar una vocal.

Observo a Jan Beuckelssen que está con la mano apoyada entre los muslos, una mujer semidesnuda tumbada en el sofá, una navaja de afeitar ensangrentada en remojo: mis razonamientos no pasarán del umbral del cerebro. Las palabras del panadero de Haarlem serán mucho más convincentes.

Jan Matthys se atusa su negra barba en punta. El santo rufián parece gustarle, aunque no tiene las ideas lo bastante claras. Por lo demás, los baptistas de Amsterdam que nos sugirieron ir a verlo no nos dijeron nada de su lucidez o de su fe, sino más bien de su odio visceral por papistas y luteranos, de su encanto de actor y de sus modales un tanto toscos.

Matthys se aprieta los labios con los dedos y decide ir al grano:

—Te ruego que nos escuches, hermano Jan, la idea es la siguiente: doce apóstoles recorrerán estas tierras a lo largo y a lo ancho. Bautizarán a las personas adultas, invitarán a allanar el camino del Señor, predicarán en su nombre. Y sobre todo husmearán el ambiente de cada ciudad para valorar en cuál de ellas será posible reunir al pueblo elegido. —Se vuelve hacia mí con un gesto de la cabeza—. Estamos buscando hombres capaces de hacer todo esto.

El otro Jan hace una indicación a su atractiva compañera para que abandone la habitación. Las miradas están todas pendientes de él mientras se deja caer sobre las posaderas en el sofá al tiempo que se pone los calzones.

—¿Y por qué todos en una misma ciudad, amigo Jan? ¿No sería más conveniente abarcar un territorio lo mayor posible? La fuerza de una idea se mide también por su capacidad de implicar en ella a las gentes que están lejos.

Matthys ha respondido ya muchas veces a esta objeción. Entorna los ojos y habla lentamente:

—Escucha, solo cuando gobernemos una ciudad y hayamos abolido el uso del dinero, la propiedad privada de los bienes y las diferencias de riqueza, solo entonces la luz de nuestra fe será tan potente como para iluminar a todas las gentes. ¡Será el ejemplo! En cambio, si desde el comienzo nos preocupamos únicamente de difundir lo más posible nuestras ideas, acabaremos por atenuar el efecto impactante que de ellas esperamos y se nos morirán entre los dedos como flores sin raíces.

Jan de Leiden se pone a aplaudir al tiempo que sacude la cabeza:

—¡Que Dios os bendiga, amigos míos! Hacía tiempo que este actor callejero esperaba una locura semejante para poder dar por fin vida a sus personajes favoritos: David, Salomón y Sansón. Dios mío, vuestro Apocalipsis es el espectáculo con el que siempre he soñado. Acepto el papel, si es esto lo que buscáis: ¡a partir de hoy contáis con un apóstol más!

CAPÍTULO 22
Amberes, 20 de mayo de 1538

—¿Un putañero? ¿El rey de Münster un rufián?

Por un instante, Eloi olvida la condescendencia a la que me tiene acostumbrado. Por primera vez no es capaz de creermme.

Lo tranquilizo:

—Si la leyenda lo ha pintado como a un rey terrible y sanguinario, has de saber que ello no corresponde más que a la verdad, pero ni antes ni después de nuestra entrada en Münster, Jan Beuckelssen de Leiden fue nunca nada distinto de lo que había sido siempre: un actor, un saltimbanqui, un rufián. Y naturalmente, un profeta. Esto hace más grotesco aún si cabe el epílogo de nuestra historia, pues el actor se olvidó de que estaba representando y confundió el argumento de la obra con la vida real. La farsa se convirtió en tragedia.

Eloi está incómodo, sonríe para vencer el asombro.

—La epopeya anabaptista y las leyendas de los enemigos han hecho de nosotros unos monstruos de astucia y perversión. Bien, en realidad los caballeros del Apocalipsis eran los siguientes: un panadero profeta, un poeta alcahuete y un marginado sin nombre, eterno fugitivo. El cuarto fue un verdadero poseso, Pieter de Houtzager, uno que había tratado de hacerse fraile pero que había sido rechazado por la violencia de sus palabras: abordaba a la gente por la calle, las visiones que evocaba estaban llenas de sangre y exterminio, única justicia del Señor.

»Luego la familia Boekbinder proporcionó a la cuadrilla de Matthys otro pariente, el joven Bartholomeus, que oficialmente resultaba ser mi primo y que se unió a nosotros en el otoño del treinta y tres, junto con los dos hermanos Kuypers: Wilhelm y Dietrich.

»Convencimos también a un hombre apacible y piadoso como era Obbe Philips y en Amsterdam Houtzager bautizó a otro adepto, Jacob Van Campen. Y así los discípulos del gran Matthys alcanzaron la considerable cifra de ocho. Reynier Van der Hulst y los tres hermanos Brundt, unos muchachos que olían aún a leche materna, pero con unas manos como palas, se enrolaron en el grupo de la región de Delft, en los últimos días de noviembre del treinta y tres. Casi sin darnos cuenta nos habíamos convertido en doce.

»Fue una señal más que suficiente para nuestro profeta. En sus ojos podía leerse que estaba planeando algo. Por lo demás, en torno a nosotros el mundo parecía verdaderamente a punto de estallar,

nuestras palabras no dejaban de tener nunca el efecto apetecido. No éramos más que una pandilla de marginados, actores, locos, gente que había dejado su trabajo, su casa, su familia para entregarse a la predicción en nombre de Cristo. Una elección de vida llevada a cabo por las más diversas razones, por sentido de la justicia ante lo insoportable de la vida a la que uno estaba condenado, pero que llevaba a la misma conclusión, a un acto de voluntad que implicase a cuanta más gente mejor, que demostrase a los hombres que el mundo no podía durar así hasta el infinito y que muy pronto sería puesto patas arriba por el mismo Dios en persona. O por alguien en representación de Él, que era como decir, nosotros. He aquí por qué éramos los que podíamos de verdad hacer saltar todo por los aires.

—¿Obedecíais las órdenes de Matthys?

—Seguíamos sus intuiciones. Estábamos en perfecta sintonía y nuestro profeta, además, era todo menos un estúpido: sabía valorar a los hombres. Tenía en gran consideración mi opinión, me consultaba a menudo, mientras que prefería utilizar a Jan de Leiden como ariete: la actitud teatral de Jan se volvía útil. Y también su apostura no venía nada mal: aunque era jovencísimo, aparentaba ser ya un hombre maduro, atlético, rubio, con una sonrisa alucinada, que rompía los corazones de las jóvenes. Matthys había empezado a mandarle de un lado para otro allende las fronteras, por los territorios imperiales, para tantear el terreno, mientras que Houtzager seguía actuando en los arrabales de Amsterdam.

»A finales del treinta y tres Matthys nos dividió en parejas, precisamente como los apóstoles, y nos confió la tarea de anunciar al mundo en su nombre que el Día del Juicio Final era inminente, que el Señor causaría estragos entre los impíos y que solo unos pocos se salvarían. Seríamos sus abanderados, los mensajeros del único verdadero profeta. Tuvo palabras duras, aunque no ingratas, para el viejo Hofmann, encarcelado en Estrasburgo. Este había previsto el Juicio para el treinta y tres: el año estaba concluyendo y nada había acontecido aún. La autoridad de Hofmann estaba, de hecho, desprestigiada.

»No hizo ninguna mención a las armas. No sabría decir si habló alguna vez de ellas. No dijo nada respecto a la implicación de los apóstoles en la lucha del Señor y no sé si ya por aquel entonces meditaba acerca de esta solución. Por lo que veía estábamos todos desarmados. Todos excepto yo; había recortado la vieja espada que encontré en el establo de los Boekbinder y me quedó una daga corta, un arma más ágil y familiar, que podía llevar escondida bajo la capa y que me permitía viajar más tranquilo.

»Formé pareja con Jan de Leiden, por expreso deseo del mismo Matthys: mi determinación y su dominio de las tablas, una combina-

ción perfecta. Eso no me desagradó en absoluto, pues Beuckelssen era un tipo con el que no me iba a aburrir nunca, imprevisible y con el punto justo de locura. Estaba seguro de que haríamos grandes cosas.

»Fue entonces cuando por primera vez oí hablar de Münster, la ciudad en la que los baptistas hacían oír su voz. Jan de Leiden había pasado por allí unas pocas semanas antes y había sacado una excelente impresión. El predicador local, Bernhard Rothmann, había estrechado amistad con algunos misioneros baptistas seguidores de Hofmann y cosechaba un gran éxito entre la ciudadanía, manteniendo a raya a papistas y luteranos al mismo tiempo. Münster fue incluida en el itinerario que íbamos a realizar.

—¿Fuisteis Beuckelssen y tú los primeros en llegar?

—No, a decir verdad, no. Una semana antes que nosotros habían llegado Bartholomeus Boekbinder y Wilhelm Kuyper. Ya se habían marchado, no sin antes haber rebautizado a más de mil personas. El entusiasmo en la ciudad estaba en su punto álgido, cosa que pudimos comprobar de forma impresionante a nuestra llegada.

**El ojo de Carafa
(1532-1534)**

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Estrasburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 20 de junio de 1532.

Al muy honorable y señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Señor mío munificentísimo:

La noticia de la creación de la tan anhelada alianza entre Francisco I y la Liga de Smalkalda me llena de esperanza. Los príncipes protestantes y el católico rey de Francia unen sus fuerzas para poner coto al poder del Emperador. No cabe duda de que la guerra pronto se reanudará, sobre todo si los rumores que han llegado hasta mí por conductos muy reservados a propósito de unas negociaciones secretas entre Francisco y el turco Solimán se ven confirmados en los próximos meses. Pero seguramente V.S. está mejor informada que este humilde servidor, que escruta de soslayo, desde este ángulo del mundo en el que vuestra generosidad ha permitido que desarrolle su modesta tarea.

Y sin embargo, tal como justamente observa mi señor, los tiempos nos exigen una vigilancia constante y diligente, a fin de no verse arrasados, añadiría yo, por un incendio que incuba bajo las cenizas y se prepara para estallar con fuerza inaudita. Me refiero nuevamente a la peste anabaptista, que tantas víctimas sigue cobrándose en los Países Bajos y en las ciudades limítrofes. De Holanda llegan mercaderes contando que existen ya nutridas comunidades de anabaptistas en Emden, Groninga, Leeuwarden y hasta en el mismísimo Amsterdam. El movimiento ve engrosar sus filas cada día que pasa y se extiende como una mancha de tinta por todo el mapa de Europa. Y ello precisamente cuando el Cristianísimo rey de Francia está a punto de tener éxito en su intento de reunir en una salvadora, aunque extraña, alianza a todas las fuerzas contrarias a Carlos y a su ilimitado poder.

Como Vuestra Señoría sabe perfectamente, la provincia imperial de los Países Bajos no es un principado, sino una confederación de ciudades, ligadas entre sí por un intenso tráfico comercial. Estas se consideran libres e independientes, hasta el punto de ser capaces de enfrentarse al emperador Carlos con coraje y tesón. Carlos V es allí el representante de la catolicidad y no es difícil leer en la aversión de dichas poblaciones por la Iglesia de Roma el odio antiguo que alimentan por las miras del Emperador.

En los actuales momentos este último se halla empeñado en organizar la resistencia contra el Turco y poner freno a las maniobras

diplomáticas del rey de Francia. No puede, por consiguiente, prestar mucha atención a los Países Bajos.

A esto se añade el penoso estado en que se halla la Iglesia en aquellas tierras: Simonía y Lucro reinan indiscutidas en conventos y obispados, provocando el descontento y la ira de la población y empujándola a abandonar la Iglesia y a buscar otra en las promesas de estos predicadores ambulantes.

Y así, la herejía, aprovechándose del descontento general, consigue encontrar nuevos canales de difusión.

La opinión del siervo de Vuestra Señoría es que el peligro representado por los anabaptistas es más serio de lo que a primera vista pudiera parecer: si consiguieran ganarse las simpatías del campo y de las ciudades mercantiles de Holanda, sus ideas heréticas no habría ya quien las contuviera y se propagarían por medio de las naves holandesas por quién sabe cuáles y cuántos puertos, hasta amenazar la estabilidad conquistada por Lutero y por los suyos en la Europa del norte.

Y puesto que V.S. lisonjea a este su siervo con la petición de su parecer, permítaseme decir con toda franqueza que es mil veces preferible el advenimiento de la fe luterana que la difusión del anabaptismo. Los luteranos son gente con la que es posible establecer alianzas favorables a la Santa Sede, tal como demuestra la alianza entre el rey de Francia y los príncipes alemanes. Por el contrario, los anabaptistas son unos herejes indomables, refractarios a todo compromiso, desdeñosos de toda regla, sacramento y autoridad.

Pero no me atrevo a añadir más, dejando al buen sentido de mi señor toda valoración, impaciente por volver a servir a V.S. con estos humildes ojos y el poco de perspicacia que Dios ha querido concederme.

Sinceramente me encomiendo a la bondad de V.S.

De Estrasburgo, el día 20 de junio de 1532,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada desde la ciudad de Estrasburgo, dirigida a Gianpietro Carafa en Roma, fechada el 15 de noviembre de 1533.

Al muy honorable y señor mío Giovanni Pietro Carafa.

Señor mío ilustrísimo:

Escribo a V.S., tras un largo silencio, con la esperanza de que la atención y la preocupación demostradas con este fiel servidor vuestro encuentren aún razón de ser y confirmación ante Vos.

Los hechos de los que tengo que poner al corriente a V.S. son a mi juicio precisamente de utilidad, y probablemente también necesarios, para poder leer entre líneas en los sucesos de las tierras septentrionales, que, como no he dejado de referir, van complicándose cada vez más con el paso de los días.

El teatro de los hechos del que con tanta urgencia me dispongo a dar noticia es el principado episcopal con sede en la ciudad de Münster, en la frontera entre el territorio del Imperio y el holandés, confiado en la actualidad a la sabia guía de Su Eminencia el obispo Franz von Waldeck.

Este parece ser hombre resuelto y muy leal a la Santa Sede, pero asimismo prudente y atento a no perder el poder que tanto el Papa como el Emperador han puesto en sus manos. Su elevación a príncipe obispo maduró en un clima encendido de diatribas y conflictos con esa parte de la población que profesa la fe luterana, mercaderes en su mayoría, exponentes de las guildas que controlan el Consejo ciudadano y a las que él supo hacer frente con determinación.

Todo esto no merecería un solo instante de la atención de V.S. si no fuera porque los recientes sucesos acaecidos en esa ciudad son hoy tema de discusión general, hasta el punto de que incluso el landgrave de Hesse Felipe se ha visto obligado a enviar unos mediadores de paz con objeto de poner freno a los disturbios allí reinantes.

Debo confesar que ya desde hace algún tiempo un nombre que no me resultaba del todo extraño había llegado a estos oídos, remontando en sentido inverso el curso del Rin, trayendo hasta aquí el eco de osados sermones. Ayer, sin ir más lejos, recogí el testimonio de un comerciante en pieles llegado de Münster y residente allí.

Este hombre de negocios me ha hablado de un nuevo Isaías, incensado por el pueblo bajo, con gran cantidad de seguidores en callejones y posadas, consciente del ascendiente que ejerce sobre sus conciudadanos y capaz de instigarlos contra el obispo Von Waldeck.

Solo entonces, cuando pude contar con una descripción física de un testigo directo, asocié su nombre al rostro del hombre cuya fama había llegado hasta mí.

Se llama Bernhard Rothmann, y me acordé de haberle echado el ojo precisamente aquí en Estrasburgo, hará de ello unos dos años, cuando sus simpatías luteranas lo habían llevado a visitar a los más importantes teólogos protestantes. No lo consideré en aquel entonces persona peligrosa, por lo menos no más que a sus restantes compañeros desterrados por la Santa Iglesia Romana, pero en la actualidad oigo hablar de nuevo de él y bien alto.

Se trata de un predicador münsterita, de unos cuarenta años, hijo de un artesano, pero que, según dicen, dio desde la misma niñez señales de gran inteligencia y capacidad, razón por la cual se lo encaminó a la vida eclesiástica, siendo posteriormente mandado a estudiar a Colonia por los canónigos valedores suyos. Durante aquel viaje pasó por aquí, pero también por Wittenberg, donde conoció a Martín Lutero y a Philipp Melanchthon.

Por lo que parece, al volver a su ciudad natal se convirtió en predicador oficial, iniciando un durísimo ataque contra la Iglesia. Las guildas de los mercaderes no tardaron en prestarle su apoyo, viendo en él a un excelente ariete que lanzar contra los portones del obispado. Rothmann se ganó en poco tiempo el favor del pueblo bajo y prendió en él la ambición.

Parece unir a la arrogancia también la excentricidad blasfema de quien pretende administrar el culto como mejor cree: mi mercader me describió el extraño modo en que este administra la santa comunión, empapando panecillos en el vino y sirviéndoselos a los fieles. Por otra parte, desde hace algún tiempo se ha puesto a negar el bautismo a los niños.

Este detalle despertó una viva sospecha en mí, y me incitó a preguntar más cosas. Y efectivamente, interrogando al mercader y convenciénolo para que me proporcionara cualquier información que pudiera ser de utilidad, conseguí enterarme de que ese falso Isaías sentía simpatía por el anabaptismo.

He descubierto que a comienzos de año llegaron a Münster algunos predicadores anabaptistas, procedentes de Holanda, cuyos nombres anoté puntualmente, al menos aquellos que la buena memoria del mercader había logrado retener. Los dichos anabaptistas excitaron al predicador hasta el punto de convertirlo a su falsa doctrina y de reforzar su acrimonia respecto al obispo.

Parece también que Lutero no pierde de vista desde hace algunos meses a este personaje, evidentemente impresionado por el ruido que consigue provocar, y se dice que en varias misivas remi-

tidas al Consejo de la ciudad de Münster intentó poner en guardia a los protestantes sobre un hombre de semejante jaez. Pero como es sabido el monje Martín siente un maldito temor de todo aquel que pueda competir con él en popularidad y oratoria, amenazando su primacía. Pero lo que posteriormente reavivó mi atención por esa ciudad fue el tener noticia del hecho de que el landgrave Felipe se sintiera en el deber de enviar a Münster a dos predicadores con el fin de que hicieran volver al tal Rothmann a los cauces de la doctrina luterana. Cuando le pregunté a mi providencial mercader por qué se había molestado tanto el landgrave Felipe por un simple predicador, que por si fuera poco ni siquiera reside dentro de los límites de su principado, él me respondió proporcionándome un informe de lo más detallado de los últimos acontecimientos acaecidos en Münster.

Pues bien, tal como V.S. tendrá ocasión de leer, tales acontecimientos confirman las peores sospechas que este humilde observador ha expresado en las misivas precedentes, un muy pobre consuelo en medio de la desventura.

En el momento en que el tal Rothmann abrazó la doctrina que niega el bautismo de los niños, muchos del partido de los amigos de Lutero lo abandonaron, volviéndose en contra de aquel al que antes incensaban. Pero por muchos que sean los que lo han abandonado, otros tantos deben de haberlo seguido, si lo que me han contado, como creo, responde a la verdad.

La ciudad se ha dividido, pues, en tres confesiones, tres partidos igualmente distantes entre sí: los católicos romanos fieles al prelado; los luteranos, en su mayoría mercaderes, que controlan el Consejo de la ciudad; y los anabaptistas, artesanos y trabajadores manuales seguidores de Rothmann y de sus predicadores venidos de Holanda. Tampoco el hecho de que estos últimos fueran unos extranjeros ha podido separar al vulgo de su predicador, mejor dicho, ¡a estos se los introdujo en la ciudad por la noche y el pueblo ha echado en favor suyo a los predicadores locales!

¿Quién es este hombre, señor mío? ¿Qué increíble poder ejerce sobre la plebe? El recuerdo vuela por sí solo hacia ese Thomas Müntzer que años atrás también V.S. tuvo ocasión de conocer a través de estos humildes ojos.

Pero es mejor poner punto final a la crónica, que se diría fruto de la fantasía, si no estuviera convencido de la sensatez de quien me la ha proporcionado.

Ahora bien, ante una situación semejante, se pensó en celebrar un debate público entre las tres confesiones sobre la cuestión del bautismo, para que las cosas no degenerasen en guerra abierta.

Fue en agosto de este año cuando las mejores mentes libraron una batalla en la arena doctrinal. Pues bien, mi señor, Bernhard Rothmann y sus holandeses obtuvieron una victoria aplastante, arrastrando a la ciudadanía de su lado.

V.S. ha recordado varias veces a este su siervo que los luteranos, herejes ajenos a la gracia de Dios, se revelaron unos útiles aliados, por más que fueran unos indeseables, contra unas amenazas peores para la Santa Sede. Münster ha dado de nuevo prueba de esto, estableciendo una alianza entre luteranos y católicos contra el seductor Rothmann.

Los burgomaestres de la ciudad le exigieron silencio y en poco tiempo ordenaron también su destierro. Pero este, haciéndose fuerte con el apoyo del pueblo bajo, despreció las ordenanzas mientras continuaba instigando y difundiendo sus peligrosas doctrinas.

La ciudad pareció a punto de estallar, de tanto como hervía la sangre en las venas de unos y de otros.

Y he aquí explicado por qué el landgrave Felipe mandó precipitadamente a sus mediadores para la paz. Hombres doctos y diplomáticos los dos luteranos, Theodor Fabricius y Johannes Lening, que trataron de desviar la atención de todos de la cuestión del bautismo.

Pero al decir de quien me lo contó, no consiguieron más que una tregua armada, en la que una simple chispa bastaría para prender fuego a toda la ciudad. A mi mercader no le cabía la menor duda al respecto. En el caso de que se llegara a una demostración de fuerza, Rothmann y los anabaptistas saldrían vencedores en menos que canta un gallo.

A ello se añaden dos acontecimientos de importancia no secundaria. El jefe de las gildas, un tal Knipperdolling, protege con la cara bien alta al predicador, contando en esto con el respaldo de los artesanos de la ciudad. Y según parece, y no en los últimos tiempos precisamente, el extenderse de la fama de Rothmann está haciendo afluir a Münster a muchos desterrados holandeses, sacramenteros y anabaptistas, acortando cada hora que pasa la mecha del polvorín.

Y paso ahora a exponer a V.S. mis temores acerca de la gravedad de la situación. En todas partes los anabaptistas han dado prueba de tenacidad y de un perverso poder de seducción, hasta tal punto puede Satanás sobre los mortales. Aquellos difunden su peste a lo largo y a lo ancho de los Países Bajos y dentro de las fronteras del Imperio. Si bien son ahora pocos y bastante dispersos entre las regiones del norte, han demostrado no obstante la fascinación que ejercen sus doctrinas, en especial entre el vulgo ignorante y ya sedicioso por naturaleza.

Pues bien, ¿qué sucedería si se uniesen? ¿Qué pasaría si comenzaran a lograr un éxito cada vez más amplio con su arrastrarse por callejones, tiendas, lejos de la criba de la autoridad doctrinal? ¿Qué si nadie, ni un obispo, ni un príncipe como es Felipe, ni Lutero, parecen estar en condiciones de frenarlos en su soterrado avance, sino que más bien los temen como a la misma peste que se trata de mantener alejada de las propias fronteras, ignorantes de que avanza invisible y puede traspasarlas fácilmente?

Cualquier respuesta la tenemos ante nuestros mismos ojos. El primer caso funesto está produciéndose ya y es el de Münster, donde un solo hombre tiene en jaque a una ciudad entera.

El landgrave Felipe y Martín Lutero, pese a olerse el grave peligro que representan estos anabaptistas, no saben en absoluto cómo detenerlos, y creen verdaderamente que pueden contener su ímpetu perverso y mantenerlos aislados. Mucho me temo, mi señor, que sea una mera ilusión y que se den cuenta de su error solo cuando se los encuentren ante la misma puerta de casa.

Ahora bien, lo que yo pienso es que, tal como V.S. ha querido tan magnánimamente enseñarme, las amenazas serán descubiertas a tiempo y neutralizadas, antes de que puedan hacerse realidad. Por dicho motivo no he dejado nunca de referir a V.S. todo cuanto pudiera ser aunque fuese mínimamente útil y valorar los riesgos que tienen su origen en esta parte del mundo.

En el caso en cuestión los hechos están produciéndose ya, pero acaso no sea demasiado tarde: es preciso cortar de raíz esta enfermedad, y cortarla en su misma fuente, antes de que pueda extenderse por toda Europa y contaminar el Imperio, tal como está ya sucediendo, sin detenerse ni tan siquiera ante los Alpes, bajando a Italia y quién sabe hasta dónde. Antes de que ello suceda, es preciso actuar.

Espero, pues, con impaciencia vuestras directrices, si es que aún queréis gratificar a un siervo de Dios concediéndole servir a su causa en esta difícil hora.

Beso las manos de V.S. en espera de una palabra.

De Estrasburgo, el día 15 de noviembre del año 1533,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Estrasburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 10 de enero de 1534.

Al muy honorable y reverendísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa.

Ilustrísimo señor:

En el día de hoy ha llegado la misiva de V.S. que esperaba cuanto antes. Es inútil, en efecto, negar que el tiempo es un factor esencial en esta grave situación y el nihil obstat de V.S. no es para mí motivo de menor preocupación y solicitud, puesto que lo que sea menester intentar precisará de toda la protección providencial del Altísimo para llegar a buen puerto.

Permitidme, pues, que exponga a Vuestra Señoría lo que creo que es necesario emprender en breve contra la peste anabaptista.

En primer lugar, mi señor, el estado de los hechos es el siguiente: el anabaptismo se extiende solapadamente; no tiene un único cabe-cilla, al que sea posible cortar el cuello para no pensar más en ello; no tiene un ejército al que derrotar en una batalla; no tiene fronteras propiamente dichas, se propaga ahora aquí, ahora allá, tal como hace la peste negra cuando, saltando de una región a otra, siega las vidas de sus víctimas sin la menor distinción ni de lengua ni de estado, aprovechando el vehículo de los humores corporales, del aliento, del simple borde de un vestido; de los anabaptistas sabemos que prefieren la clase de los trabajadores manuales, pero puede decirse que estos se encuentran por doquier y que por lo tanto no hay frontera que pueda estar segura; ninguna milicia ni ejército, en efecto, consi-gue impedir el avance de este ejército invisible.

Así pues, ¿cómo conseguir detener el peligro que amenaza a toda la cristiandad?

Cuántas veces, señor mío munificentísimo, me he planteado esta pregunta en las últimas semanas... Tanto me he estrujado el cerebro que he llegado poco menos que al convencimiento de que en la presente coyuntura el siervo de V.S. no podría serle de ninguna ayuda a su señor.

Quiera Dios que me equivoque y que lo que me dispongo a proponer encuentre buena acogida en Vos.

Pues bien, creo que la solución nos es sugerida por los mismos apestados; los mismos anabaptistas nos indican el mejor modo de atacarlos con eficacia.

Si, en efecto, mi señor vuelve con la memoria a los asuntos que tuvo que desbrozar hace diez años, en la época de la guerra del Campesinado, valiéndose de este modesto siervo, recordará que para cercar al fanático Thomas Müntzer resultó útil entrar en familiaridad con él, fingir estar de su lado, para que pudiera obstaculizar más fácilmente a Lutero, en primer lugar, tal como era propio de su naturaleza, y hundirse en el infierno, posteriormente, cuando ya se corría el riesgo de que pusiera el mundo patas arriba además de prestar una ayuda involuntaria al Emperador en su lucha contra los príncipes germanos.

Por más que esté convencido de que el recuerdo de aquellos momentos será muy vívido en V.S., permitid a este siervo recordar que Thomas Müntzer era un hombre pérfido, guiado por Satanás, pero también inteligente y taimado, dotado de ascendiente sobre el vulgo y de facultades oratorias.

¿Qué son nuestros anabaptistas sino otros tantos Müntzer, solo que a pequeño tamaño?

También entre ellos parece haber personalidades más fuertes, guías espirituales, como es el caso del tal Bernhard Rothmann, pero también de otros, cuyos nombres tal vez no digan nada a V.S., pero que corren a lo largo y a lo ancho de estas tierras: los de Melchior Hofmann y Jan Matthys principalmente.

Así pues, mi consejo es que ante todo es menester neutralizar su aparente ubicuidad. Es decir, es menester reunir a todos sus cabecillas, a todos los Müntzer, a los acuñadores, a los apestados, en un único lugar, todas las manzanas podridas en un solo cesto.

Pero en esto hay que observar que la suerte está a nuestro favor, pues, tal como V.S. pudo enterarse por mi anterior misiva, convergen en la ciudad de Münster no solo la atención de todos los anabaptistas, sino también una multitud de personas, familias enteras, que con armas y enseres se trasladan allí desde Holanda y el Imperio. Münster se ha convertido en la Tierra Prometida de los herejes más impenitentes.

Pues bien, creo que alguien podría unirse a dicha corriente y entrar en la ciudad. Dicha persona debería ganarse a continuación la confianza de los cabecillas de la secta, fingir amistad para conseguir influir en su actuación sin hacerse notar en exceso, favorecer la afluencia del mayor número de anabaptistas posible.

Una vez reunidas las manzanas podridas, la perspectiva de poder barrer a los elementos más peligrosos de un solo plumazo bastará de por sí para ganarse el apoyo del landgrave Felipe y del obispo Von Waldeck, protestantes y católicos, contra los más peligrosos instigadores.

Ahora bien, dado que la puesta en práctica de un plan semejante no puede implicar más que a una sola persona, o sea, a aquel que se dirija hasta allí, considero natural que el que proponga la acción sea en este caso también el que la ejecute. He aquí por qué he partido camino de Münster, con el propósito de retirar una considerable suma en la filial de los Fugger de Colonia y llevarla en dote a los ignorantes esposos anabaptistas.

Puesto que me dispongo a actuar en la clandestinidad sería importante poder contar con una recomendación de Vuestra Señoría ante el obispo Von Waldeck, y que este fuera informado de mi presencia en Münster y del hecho de que me pondré en contacto con él cuanto antes a fin de planificar lo que sea conveniente hacer.

Una vez que llegue a destino, me apresuraré a dar noticias más detalladas sobre cuanto allí acontece. Por ahora no me queda sino encomendarme a la voluntad de Dios y a su protección, en la seguridad de que V.S. querrá mencionar a este humilde servidor en sus preces.

Beso las manos de Vuestra Señoría.

De Estrasburgo, el día 10 de enero del año 1534,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

**El Verbo se hizo carne
(1534)**

En los alrededores de Münster, Westfalia, 13 de enero de 1534

Me pongo en pie de un salto por el retumbo lejano, los cañones en los oídos, unos ojos desorbitados, de nuevo hombres que huyen por la llanura.

No. Solo es el trueno que nos persigue por el camino desde hace días. Otros tiempos, otra mirada. La paja, apestosa y cálida: tibieza animal de vacas y hombres que me retrotrae a esto. Y un súbito frío me saca del sueño, a escasa distancia del aliento del buey. Un ojo redondo y enorme me observa: el cotidiano rumiar se ha reanudado ya.

En la ventana, una luz extrañísima, de un color de hierro, en un cielo bajo, cargado de nubes e intenso frío que aguardan a los impávidos, de camino hacia la ciudad.

He aquí el segundo, y de nuevo un estremecimiento de la memoria: las inquietas bestias saben más sobre lo que fuera nos espera. Rechazo las imágenes del pasado.

El tercer trueno es un relampagueo que quiebra el horizonte. Se acerca quedamente, con los gorriones que trinan como locos de hambre y de frustración por no poder volar. Nos aplastará, un negro absoluto cubre el cielo entero.

Y quién sabe si el fin no es precisamente así: el torbellino o el diluvio, en vez del terremoto de espingardas. No creo que consiga salir vivo de nuevo, una segunda vez.

En cualquier caso, no son cosas que preguntarse al amanecer, con el estómago vacío desde hace dos días y todas estas leguas en las piernas.

He aquí el cuarto, mucho más cerca. Lo tenemos casi encima de nosotros. Un estallido que sacude la tierra, y el imprevisto chaparrón, que rebota en las hojas y cae tejado abajo.

Lo observo en la calle, convertida ya en un barrizal, que se pierde tras la colina baja: solo dos locos viajarían con este tiempesito.

Dos como nosotros.

Lo oigo refunfuñar en la sombra del establo, lanzar juramentos en voz baja.

El horizonte está totalmente tapado: la ciudad podría no existir ya.

—Oh, Jan... ¿no has pensado nunca que el Día del Juicio podría ser así? Ven a ver, el paisaje está irreconocible. Parece increíble que tierra y cielo puedan volver a ser los de antes...

Crujido de heno aplastado, el equilibrio aún incierto: mira de reojo afuera, entornando los ojos.

—Pero qué bobadas dices... Pero si no es más que el invierno.

—¡Ahí está! ¡Allí abajo!

Un perfil grisáceo, difuminado por el diluvio, apenas se deja entrever.

—¿Estás seguro?

—Lo es.

—¿Cómo puedes saberlo? Hemos perdido el camino.

—Te digo que lo es. Yo he estado ya.

Casi echamos a correr.

Aparecemos en la ladera de la colina y está allí, a solo un par de leguas, pero las nubes la perdonan. En la ciudad no llueve: el cielo muestra unos claros sobre los campanarios, y una columna de luz descende ciñendo las murallas.

Así, solo así he imaginado siempre la ciudad celestial...

—Te digo yo que este día lo recordaremos, hermano, lo recordaremos como el principio.

Tiene los ojos iluminados, el agua chorrea por su barba y por los bordes de la capucha:

—Es cierto. Recordaremos el día en que los apóstoles del gran Matthys consiguieron traer la esperanza. Esto no es más que el comienzo.

Noto que está a punto de estallar, celoso apóstol ansioso, rufián, dominado por el éxtasis de encontrarse aquí.

Hace un ademán caballeresco para cederme el paso, pero está sinceramente excitado:

—Bienvenido a la Nueva Jerusalén, hermano Gert.

Los ojos me rien:

—Bienvenido seas tú, Jan de Leiden, y procura no quedarte atrás.

Nos lanzamos colina abajo, resbalando por la mojada hierba, volviendo a levantarnos y riendo como borrachos.

CAPÍTULO 24
Münster, 13 de enero de 1534

El nombre latino, Monasterium, hace pensar en un lugar de paz y retiro del mundo.

Münster, por el contrario, pide ser marcada a fuego.

Nueve puertas para entrar. En cada una de ellas tres cañones: paredes gruesas, pasos estrechos.

Cuatro torreones bajos y macizos sobresalen hacia los cuatro puntos cardinales para ceñir a modo de avanzadilla la ciudad.

Unas murallas que pueden ser recorridas por tres hombres uno al lado del otro la ciñen enteramente.

El agua del foso es el curso desviado del río Aa que divide en dos la ciudad.

El foso es doble, agua negra delante del primer cerco de muralla y agua negra detrás, salvada por unos puentecillos que dan acceso al segundo cerco, este más bajo, caracterizado por unas torres chatas.

Inexpugnable.

—Hermanos y hermanas, los caminantes que esperábamos han llegado. Enoc y Elías atraviesan el mundo y llegan a Münster con el fin de anunciar que la hora es inminente, que los ricos tienen los días contados, y el poder del obispo será abolido para siempre. Hoy sabemos con certeza que lo que nos espera es la libertad y la justicia. Justicia para nosotros, hermanos y hermanas, justicia para quien es tenido en la servidumbre, obligado a trabajar por un salario de hambre, para quien tiene fe y ve la casa del Señor mancillada de imágenes, y los niños lavados con el agua bendita, como si fueran perros bajo una fuente.

»Ayer mismo le pregunté a un párvulo de cinco años quién era Jesús. ¿Sabéis qué me respondió? Una estatua. Eso fue lo que dijo: una estatua. ¡Para su mente infantil Cristo no es más que el ídolo ante el cual sus padres lo obligan a decir las oraciones antes de irse a la cama! ¡Para los papistas esta es la fe! ¡Primero aprender a venerar y obedecer, luego a comprender y creer! ¡Qué clase de fe puede ser esta, y qué inútil suplicio para los niños! Pero ellos quieren bautizarlos, sí, hermanos, porque temen que sin el bautismo el Espíritu Santo no descienda sobre ellos. De este modo el acto de fe se convierte en algo secundario: las conciencias son lavadas con agua bendita antes de que se pueda cometer ningún pecado. Y así su bautismo sirve para

encubrir sus actos nefandos más innombrables: el lucrarse con el trabajo del prójimo, el acumular posesiones, la propiedad de las tierras que vosotros cultiváis, de los telares que vosotros hacéis funcionar. Los viejos creyentes no quieren permitirle a nadie que elija la vida que desea llevar, quieren que vosotros trabajéis para ellos y estéis contentos con la fe que os inculcan los doctores. ¡La suya es una fe de condena, es la fe divulgada por el Anticristo! ¡Pero nosotros lo que queremos, hermanos, es la Redención! ¡Nosotros queremos libertad y justicia para todos! ¡Nosotros queremos leer libremente la palabra del Señor, así como también elegir libremente quién debe hablarnos desde el púlpito y quién representarnos en el Consejo! ¿Quién decidía, en efecto, sobre el destino de la ciudad antes de que lo echáramos a patadas? El obispo. ¿Y quién decide ahora? ¡Los ricos, los notables burgueses, ilustres admiradores de Lutero únicamente porque su doctrina les permite oponer resistencia al obispo! Y vosotros, hermanos y hermanas, vosotros que dais vida a esta ciudad, no podéis tomar parte en sus decisiones. Vosotros tenéis que obedecer nada más, tal como grita el mismo Lutero desde su madriguera principesca. Los viejos creyentes vienen a decirnos que los buenos cristianos no pueden ocuparse del mundo, que deben cultivar su fe en privado, seguir sufriendo en silencio los atropellos, porque todos somos pecadores condenados a expiar.

»Pero he aquí a los mensajeros de la esperanza, he aquí que vienen a anunciarnos el final del viejo cielo y de la vieja tierra, a fin de que nosotros aspiremos a otros. Estos dos hombres han recogido nuestro grito de indignación y han venido a dar testimonio, como Enoc y Elías, a decirnos que no estamos solos, que ha llegado la hora. Los poderosos de la tierra serán destronados, caerán sus sitiales, por la mano del Señor. Cristo no viene a traer la paz, sino la espada. Las puertas están abiertas ahora para aquellos que sean capaces de atreverse. ¡Si creen que nos aplastarán de un sablazo, con la espada pararemos ese golpe para devolverles ciento por uno!

Bernhard Rothmann. Tengo delante de mí el valor, la rabia, los cojones, la fuerza inmensa de una fe que no encontraba desde hacía mucho tiempo. Magister, si estuvieras aquí ahora, si la cosa hubiera acabado de distinto modo, tal vez tendrías la sensación de que no todo se perdió, de que algo, arrastrándose y resurgiendo de las cenizas, ha sobrevivido y sirve de abono a una nueva tierra. ¿Cien, doscientos? No me acuerdo ya de cómo se cuentan las multitudes, tal como tú me habías enseñado; lo he olvidado. He olvidado la fuerza, Magister, y tú no puedes enseñarme nada. Soy otro, quizá un hijo de puta, desilusionado y rabioso, y sin embargo por primera vez, después

de tantos años, estoy en el lugar adecuado. Había que llegar a esto, a nada más, a esta verdad: no hay fe sin conflicto. Así ha sido siempre y, aunque se me da una higa mi fe, hoy vuelve a arder algo que había perdido en la llanura de mayo. Y es la certidumbre que me habías dado: nunca liberaremos nuestros espíritus sin antes liberar nuestros cuerpos. Y si no lo logramos, no sabremos qué hacer de estos cuerpos: son tiempos en los que la miseria y la horca no son cosas tan distintas. Y entonces vale de nuevo la pena sacudirse el yugo y aceptar cuanto el destino nos tenga reservado al final. Lucharemos una vez más. De nuevo. O moriremos en el intento.

Ahora es el turno de Jan de Leiden, ya listo, decidido, una platea toda para él. La mirada se desliza en el vacío sobre las cabezas, no cometas un error, Jan, es tu oportunidad: pose de actor, como de costumbre excesiva, ridícula, vomita palabras absurdas que van cobrando sentido poco a poco en la mente, y hallan una secuencia especial, dan en el blanco. Deben de ser los movimientos, los gestos, los ojos, que pone en blanco e instantes después, hechizadores, debe de ser la belleza, la juventud, no sé qué. Solo sé que funciona.

—Jan anda por estos caminos, sin ninguna meta, igual que un naufrago a la deriva, y busca una señal, un indicio, que le permita comprender si encontrará lo que anda buscando. —El tono sube rápidamente—: ¡Pobre estúpido, hijo de perra de Leiden! La señal no está en torno a ti, no está en las paredes, ni en los adobes, ni en el encalado, ni en los adoquines, no, no encontrarás lo que andas buscando. La señal es la búsqueda misma, la señal no eres sino tú que andas por el fango de los caminos. Sois vosotros. Nosotros que andamos buscando: nosotros que somos el presente, el aquí y el ahora. Los viejos están parados, son cosa del pasado. Viejos creyentes ya muertos. El ladrillo de la catedral nada dice. En cambio, vuestras miradas dicen que Dios está aquí, que Dios está aquí ahora, su espíritu está entre nosotros, en esta juventud, en estos brazos, estos músculos, piernas, pechos, ojos. Algo inmenso se proyecta en el umbral de la vida, sucia, maldita, insulsa vida de mierda que creías que no era más que una ventosidad silenciosa en los designios divinos. ¡Y en cambio no! Dios hará de ti un soldado. Escúchalo: Él te llama a una empresa. Escúchalo, escúchalo en tu interior. Sí, yo lo oigo llamarte por tu propio nombre, para la batalla final. ¡Jan, escucha, maldito gusarapo! —Los ojos se fruncen de improviso, dos rendijas azules, vuelan a ras de las cabezas, planean, luego se alzan nuevamente, en medio de un silbido—: Sí, tú, bufoncharlatanputañero, porque de esto es de lo que estamos hablando, ¡qué te creías! ¿Acaso pensabas luchar por un

pedazo de papel manchado de tus libertades cívicas? ¡Al infierno con ellas! Dios está hablándote de algo muy distinto: no de Münster, no, no de estas casas, ni de estas piedras, ni de estas calles, ni tampoco de todo esto tal como es ahora. Sino que está hablando de aquello en lo que se ha de convertir. ¡De vosotros y de mí en la Ciudad, hermanos! Dios no pide luchar por un tratado, ni por una paz justa: sino combatir por la Nueva Jerusalén. ¡Un cielo y una tierra nuevos! ¡Un mundo, nuestro nuevo mundo a este lado del océano! –Pánico y de nuevo estupor en las miradas–. Esta es la promesa que pregonan los charlatanes, los irresolutos, los ineptos, la chusma sorda a la llamada. Que se rajen ahora y se dirijan al cementerio de la vieja fe. Nosotros edificaremos la pirámide de fuego, fundaremos la Nueva Jerusalén. ¿Por nuestra propia cuenta?, te estarás preguntando. ¡No, Jan, hijo de perra! Te crees tú ahora que estas sucias y callosas manos que nunca han sabido construir nada más que castillos de mierda van a ser capaces de amasar jamás la argamasa celestial. ¡Pues te equivocas, mentecato bufón! La promesa es clara: Yo os mandaré a un profeta, que os guiará en la batalla y reunirá vuestras fuerzas para escupírselas a la cara a mis enemigos. ¡Escuchad! Allanad el camino al profeta, que ha enviado en el día de hoy a dos de sus emisarios, Jan de Leiden y Gert del Pozo, para hacer prender la chispa. Cuando llegue el profeta, no estaremos ya solos y Münster será un gran fuego, una gigantesca pirámide de fuego que se alza contra el cielo, abre un boquete entre las nubes y levanta una escalera hacia el reino. Ya sé que su simple nombre hiela la sangre de los poderosos, de los ricos y de los impíos, que corren a esconderse bajo sus colchas de brocado, tan pronto como lo oyen resonar entre las filas de los miserables, publican edictos, dan recompensas, estúpidos gigantes de pies de barro, ignorantes de que Él está en todas partes, que sus apóstoles han llegado a las ciudades, a los pueblos, llevando el anuncio del fin de los tiempos. ¡Y este hombre es Jan Matthys, hermanos! ¡Él es el verdadero Enoc, aquel que llegará al final de los tiempos para inaugurar la ciudad celestial! ¡Después de nosotros, Matthys el Grande!

Mudos, incómodos, callados. La ansiedad se ha extendido entre las filas mientras Jan hablaba, un malestar perturbador, que impulsa a la gente a mirarse unos a otros a la cara como buscando reconocerse y convencerse de que siguen siendo los mismos. Burgueses, obreros, artesanos, madres, caras toscas, manos fuertes. Jóvenes todos ellos, porque la miseria no da tiempo a envejecer. ¿Realmente he venido a decir que existe todavía en alguna parte la esperanza de la liberación y del Reino? La belleza madura de Rothmann, su predicador, y los veinticinco años de Beuckelssen les susurran al oído que es posible.

Un hombre corpulento, panza ahíta de cerveza y poderosos hombros, abraza a Jan de Leiden besándolo en la barba. La delgadez de Rothmann y su persuasiva voz aliadas con la mole del oso representante de las gildas artesanales de Münster: Berndt Knipperdolling, curtidor y sastre. Se sube a la mesa que nos sostiene con un preocupante crujir:

—Demos la bienvenida a los apóstoles del Gran Matthys de parte de toda la comunidad de los hermanos de Münster. Todos los aquí presentes contaréis esta jornada a vuestros nietos, porque este es el principio de todo. Dios ha puesto su mirada sobre nuestra ciudad de Münster y ha decidido que es aquí donde todo dará comienzo. Nosotros hemos iniciado la lucha y nosotros la llevaremos a cabo. Y estad seguros de que no va a ser fácil: tendremos que resistir al obispo, arrebatar el poder de las manos de los notables, y ello con grandes sudores y tal vez no sin derramamiento de nuestra propia sangre en esta empresa. Pero el momento ha llegado y no va a ser posible postergarlo por mucho tiempo. Por esto os digo que quien no se vea con fuerzas, que nos abandone ahora y que se vaya al infierno. Amén.

Un solo clamor de puños alzados, de aplausos y de enseres de trabajo que entrechocan.

—Tu nombre viaja en las alas del viento: Bernhard Rothmann, el predicador de los oprimidos.

Ríe, persuasivo, sincero, con una manera de mover las manos y el cuerpo que se gana nuestra simpatía. No sabría decir si es una actitud estudiada o natural, pero he sido ya informado de los rumores que circulan a propósito del irresistible ascendiente de Rothmann sobre las señoras de Münster. La gente dice que más de un marido quisiera verlo colgado de una horca, y no precisamente por cuestiones de fe. Parece que las mujeres encuentran irresistibles sus sermones y se entretienen largo rato, tras las funciones, discutiendo en privado con el predicador. Por lo demás, no es presencia física lo que le falta, pues no aparenta en absoluto sus cuarenta años.

—El nombre de Matthys se ha abierto igualmente camino, tal vez incluso más. Lo esperamos con verdadera ansiedad.

—No tardará en llegar. Para todos nosotros es importante que os conozcáis.

Asiente, mientras me ofrece de beber:

—Es mucho lo que hay que hacer. Como has podido ver, somos un grupo sólido, pero todavía pocos. Vamos a tener que llevarnos el gato al agua poco a poco, día tras día.

—Hum. ¿Os habéis contado?

Me ofrece una vieja silla carcomida, único mueble del aposento en el que se aloja, aparte del camastro de mimbre.

—Es difícil calcular las fuerzas reales con que podemos contar. La situación es incierta. El obispo Von Waldeck puso pies en polvorosa tan pronto como las cosas en la ciudad comenzaron a inclinarse del lado protestante y ahora está a pocas leguas de aquí confabulando con sus feudatarios. Los católicos están escondidos y cagados de miedo en espera de que el muy cerdo regrese, posiblemente armado, y nos borre del mapa a nosotros los baptistas y a todos los luteranos.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque sabe que si lo hiciera despertaría el espíritu municipal de Münster y contribuiría a coligar a todos contra él. La ciudad no quiere volver a ser una posesión personal suya. —Una sonrisa—. Algo bueno hemos hecho por ellos, no pueden dejar de reconocerlo. Von Waldeck es listo, amigo mío, muy listo. No hay que cometer el error de infravalorarlo o pensar que está fuera de juego. Sigue siendo nuestro mayor enemigo.

Comienzo a comprender:

—¿Y dentro de la ciudad?

Se enciende:

—Los luteranos y los católicos hacen piña para obstaculizar nuestro éxito entre el pueblo, los obreros y los artesanos de Knipperdolling. Casi todos los grandes mercaderes que votan para el Consejo son luteranos, y han elegido a dos burgomaestres de los suyos: Judefeldt y Tilbeck. Judefeldt es alguien de quien uno no puede fiarse y está tan acojonado que teme al obispo como si fuera el mismísimo diablo. Tilbeck parece dispensarnos un trato de favor, haría cualquier cosa con tal de no dejar entrar en la ciudad a los episcopales, pero tampoco de él puede fiarse uno demasiado. El pueblo llano se inclina de nuestro lado, cosa que los espanta, pues tienen miedo de verse apartados del poder. Y bien que hacen en tenerlo. Pero a su vez no se fían de los católicos, porque temen que estos entreguen la ciudad al obispo. —Se encoge de hombros—. Como puedes ver, la situación es todo menos clara. Hemos de actuar en dos frentes: el obispo allí fuera, con sus espías en la ciudad y los luteranos en el interior, adversarios suyos pero no ciertamente amigos nuestros. Hasta ahora hemos conseguido vencerlos cada vez que han tratado de expulsarnos. La población nos ha defendido, ella es nuestra fuerza.

—El pueblo, sí. Tus palabras de hoy me han recordado a un hombre al que conocí hace años, cuando tenía más o menos la edad de Jan. Luché por esas palabras. Y te confieso que no creía que fuera a hacerlo de nuevo.

—¿Quiere ser un cumplido?

–Creo que sí. Pero quiero que sepas que entonces lo perdí todo.
Una mirada comprensiva:

–Comprendo. ¿Tienes miedo? ¿Teme el apóstol del Gran Matthys ser derrotado por segunda vez?

–No, no es eso. Lo único que quería decir es que debes andarte con cuidado, ser prudente.

Se pasa una mano por entre los cabellos y alisa las arrugas de la ropa. Una pobre tela llevada con increíble elegancia:

–Lo sé. Pero ahora cuento con unos excelentes aliados a mi lado.

–Siempre consigue lisonjarte–. Jan de Leiden ha hablado con fuego en las venas.

Me carcajeo:

–Jan es un loco, un redomado majadero, un gran actor y un putañero de éxito. Pero sabe salirse con la suya, por supuesto. Es importante tenerlo con nosotros, lo he visto actuar: cuando quiere es una verdadera máquina de guerra.

Esta vez nos reímos juntos.

CAPÍTULO 25
Münster, 13 de enero de 1534, noche

—¡Santo Dios, amigos, si la fe de los habitantes de Münster prospera tanto como las tetas de sus mujeres, entonces nunca he estado en ningún lugar tan próximo al paraíso!

Jan de Leiden hunde su excitado rostro en el grandioso pecho de su primera admiradora münsterita. Sus palabras son la mecha para la carcajada de Knipperdolling.

—Y eso que todavía no has visto el cacho pito del jefe de las gildas de la ciudad —le replica aquel con escasa modestia tras algunos intentos de articular una frase inteligible.

—¿Pito, amigo Berndt? —pregunta Jan con una punta de sarcasmo—. ¡Entonces es que los indígenas de las Américas se nos han adelantado en el Reino de los Cielos!

—¿Qué quieres decir? —pregunta Knipperdolling lleno de curiosidad mientras desata el corsé de su dama.

—Ah, déjalo estar, amigo. No quisiera herir tu orgullo.

Un almohadón le da a Jan en plena cara. Las dos mujeres ríen a carcajadas, divertidas, y recompensan a sus caballeros con un crescendo de atenciones.

La muchacha que se encarga de mí se despreocupa de la cháchara, no pierde el tiempo. Dos o tres besos en los labios, luego desciende con la cabeza para ocuparse de todo lo demás. Apenas oído su nombre, lo he olvidado.

Entretanto, Knipperdolling se revuelca entre las mantas. Trata de darse la vuelta para sentarse sin separarse de su amiga, pero la barriega le crea algún que otro problema.

—Eh, Jan, tú que eres del oficio, ¿conoces alguna posición cómoda para los que como nosotros somos algo bajos de tórax?

—Pues no sabría decirte, amigo Berndt. Pero si quieres puedo hablarte de cuando trabajaba con la puta más gorda de Europa. ¡No puedes imaginarte la de clientes que tenía la muy cerda!

—¡Vamos! Pero ¿cómo era de gorda?

—Mira, una gordinflona asquerosa. Pero a los que son como tú les gustaba una barbaridad.

—¿En qué sentido?

Jan frunce los labios y aprieta entre las manos las tetas de la rubia. La voz sale más aguda de lo habitual:

—Sí, Matilda, tu chicha me hace gozar. Las delgadas no, porque yo soy un tripero.

—¡Vete a tomar por culo!

—¡Te lo juro! Todos picaban, aunque solo fuera para poder decir que se habían acostado con una a la que hacían falta cinco para levantar.

Un beso agresivo hace callar a Knipperdolling. Por mi parte, no tengo necesidad de un tapabocas semejante. Medio tumbado por el suelo, con la nuca apoyada en la pared y una muchacha que me la chupa lentamente, he perdido hace rato el don de la palabra.

Jan está ahora medio sofocado por su procaz compañera. Diríase que ha tenido éxito en su tarea de hacerlo callar.

Así, en medio del silencio general, Knipperdolling comienza a emitir un sordo, jadeante, definitivo mugido.

—¿Siempre llegas a la meta tan deprisa, amigo Berndt? —lo interroga Jan con su acostumbrada risa sarcástica—. Tengo el remedio apropiado para tu caso. Pon a hervir dos cebollas en agua y cuando esté fría te la enjuagas dentro. —Agita las manos en el aire—. Es infalible, te lo garantizo. Por otra parte, si pasas por Leiden, no olvides preguntar por Hélène. Trabajaba para mí: es la única ramera que conozco que consigue hacerte gozar sin que te corras nunca.

—¿Y cómo lo hace?

—No tengo la menor idea, pero de veras que lo consigue. Piensa que hacía que me la pagaran por horas y tenía que hacer incluso reservas. Y quiero contarte una cosa: en cierta ocasión vino uno que quería echar un polvete rápido, ¿me explico? Y en cambio ella creía que debía tenerlo allí por lo menos una horita. El tipo parece que arremetía como un condenado, pero como si nada. Al cabo de un rato va y se pone nervioso de golpe. Saca el cuchillo y le hace un chirlo en la cara, ¿me explico? Naturalmente que fue lo último que hizo en su vida. ¡Joder, mira que arruinarme un capital como ese!

Knipperdolling aparta el pelo de ella de su caraza sudada y mira en dirección a Jan:

—¡Mierda! —Es su único comentario.

Se me escapa una risita, pero no tengo fuerzas para exponerle la extraña costumbre de nuestro actor: cuando cuenta alguna patraña nunca consigue reprimirse ese «¿me explico?». Es un método infalible para restarle exageración a sus anécdotas.

Knipperdolling no quiere ahora perderse ninguna de las historias de su amigo rufián:

—¿Qué decías antes de los indígenas de las Indias?

—¿Cuándo?

—Hace un momento, ¿no? ¡No sé qué historia de que se nos han adelantado en el Reino de los Cielos!

—Ah, nada. Me lo contó un marinero cliente mío que estuvo por aquellos mundos. Allí son mucho más bajos que nosotros, pero tienen un pistolón así de grande. Y por si puede ser de tu interés, otro cliente, que estuvo en África, me dijo que allí se circuncidan porque a las mujeres les gusta mucho más.

—¡Esos apestosos de los judíos! Entonces, seguro que también ellos lo hacen por ese motivo, claro que pueblo elegido...

Ahora también Jan ha llegado al final. La alusión a Israel lo excita más aún. Levanta los brazos al cielo y no se contiene:

—¡Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa!

Pronuncia la última vocal como un largo lamento, mientras que lentamente se deja caer sobre la cama.

Si puedo preciarle de conocerlo, no volverá a abrir el pico.

Pasan unos pocos minutos y está de nuevo cabalgando. No lo conozco, después de todo, tan bien.

—Señores, señor, amigos todos, por favor. —Desnudo, los brazos abiertos, de rodillas sobre la cama—. En primer lugar algunas instrucciones, o preguntas, si os parece: tú, amigo Berndt, quizá tienes intención de matarme de sed, tacaño tendero de mierda, ¿es así acaso? Porque entonces recaerán sobre ti...

—Ah, sí, sí, coño, ya voy, voy enseguida, pero, pero es que me das miedo, pues chupas más que una esponja, como si no lo supiera yo...

La barriga de Knipperdolling se bambolea hacia el cuarto de al lado.

—¡Bravo, bravo! —aplaude ruidosamente—. Y tú, amiga, fiel y santa putita mía, tú sigue, sigue jugueteando con el divino hisopo que tengo entre las piernas, mientras el Santo Rufián os cuenta la historia de sus nobles orígenes. Así, estupendo, así.

Knipperdolling vuelve con tres botellas de aguardiente y una sonrisa bobalicona impresa en la cara que se apaga cuando cae en la cuenta de que su dama hunde ahora la cara completamente en el culo de Jan.

—¡Bien, estoy listo, mejor dicho, no, Gert! Gert, ¿hay alguien ahí? ¿Estás seguro de que tu querida damisela no te la ha disuelto del todo? ¡Hace una hora que la tiene en la boca, corre el riesgo de ahogarse!

—¡Vete a la mierda! —es mi respuesta.

—No, amigo, no, no es eso, por el propio bien incluso de la señora Besamelculo que tengo aquí debajo. Pero ahora basta, ¡un poco de atención, por favor!

Knipperdolling no está muy convencido, hace ademán de arrojar torpemente en medio de aquella confusión de carne y ocupar posiciones.

—Mi madre era una inmigrante alemana, soltera. Se dejó poseer en una zanja por el viejo Schulze Bockel, gran faldero de El Haya, y me trajo al mundo con el nombre de Johann, en holandés Jan. A los dieciséis años me embarqué en un navío mercante: Inglaterra... Flandes, Portugal... Lubeck... Luego el contraмаestre comenzó a demostrar una atención especial por mí. Una noche, durante una borrasca, le rompí la crisma con un remo y lo arrojé por la borda. Dos días después desembarqué en Leiden y me metí en la cama de su mujer. Consolé a la pobre viuda durante un par de años, viví en su casa y retiré una pequeña suma de sus ahorros. La señora me encontró trabajo de sastre: decía que yo estaba hecho para aquel oficio, pero no sé qué se lo hacía pensar, pues yo nunca he tenido las menores ganas de dar golpe. Menudo putón que estaba hecha: había perdido a un marido grueso y beodo a cambio de un maravilloso veinteañero... Pero mi verdadera vocación era otra muy distinta, yo no quería pasarme la vida agachando el lomo, estaba llamado a algo mejor, más elevado y espiritual, hacer de actor, escribir versos, tenía que dejar a aquella pelleja... vivir mi vida... sí. ¿Por dónde iba? Ah, sí, cuando dejé plantada a la viuda y abrí mi taberna... una mancebía de gran lujo, buenas ganancias y pocos fastidios. Alegraba la vida de los clientes declamando mis estrofas, antes de que las muchachas se ocupasen de ellos. En cierta ocasión representé también, en una iglesia, pasajes del Antiguo Testamento de memoria, hacían falta cojones. La Cámara de los Rectores me hizo miembro honorario. Habéis de saber que estos eran asiduos frequentadores de mi burdel y se les hacía descuentos especiales, precios de favor. ¡Estaba más cerca yo de Dios en medio de mis rameras que todos esos letrados que tenían la podredumbre delante de sus narices y que venían luego a dejarse mimar la picha por ellas!

»Un día llegaron a mi burdel dos caminantes que me enviaba Dios. Uno era Jan Matthys y el otro ese con el que Inge se está refocilando sobre la alfombra. Gert, ¿sigues vivo? Y van y me dicen: “Jan de Leiden, el Señor tiene necesidad de ti, abandónalo todo y síguenos”.

—Y tú lo hiciste...

—Por supuesto, porque sentía que era lo más acertado que se podía hacer, que era mi destino, coño. Dios me habló y me dijo: «¡Jan, bastardo chuloputas, te puse sobre la tierra por una razón, no para que te revuelques en el fango y el vicio durante toda tu vida! Levántate y sigue a estos hombres, pues hay un trabajo que cumplir». Y aquí nos tienes recibiendo a tu comité de bienvenida. ¡Y nuestra gratitud,

amigo Berndt, te seguirá hasta el cielo, donde recibirás lo que mereces!

Knipperdolling ríe a carcajada limpia con las manos en los cojones:

–Y una porra, malasombra, y una porra, pero escucha una cosa, al comienzo decías no sé qué de los indígenas, supongo que se trata de una tontería.

–Como un brazo de larga, Berndt, como un brazo.

Knipperdolling se pone sombrío. Jan le da un tiento a la botella y se deja caer cuan largo es sobre la cama. Comienza a parlotear:

–¿Quién soy? A ver si lo adivináis, ¿quién soy?

Silencio.

–Vamos, vamos, que es fácil.

Coge el borde de la sábana con dos dedos y comienza lentamente a taparse:

–¿Quién soy?

–Un borracho perdido.

Se pone en pie, muy serio, envuelto en la sábana:

–¡Maldito seas, Canán! ¡Esclavo de los esclavos será para sus hermanos! –Un grito a Knipperdolling–: ¿Quién soy?

El jefe de las guildas me mira espantado, visiblemente atemorizado.

Me dispongo a tranquilizarlo cuando Inge levanta la cabeza, se vuelve hacia Jan y dice:

–Noé.

CAPÍTULO 26
Münster, 28 de enero de 1534

Münster posee una fascinación especial, estrechos callejones, casas oscuras, la plaza del Mercado en cuyos aledaños se alza San Lamberto, la arquitectura y la disposición de los edificios, todo parece casual, caótico, cuando en cambio te das cuenta con el paso de los días de que existe un orden, oculto en ese dédalo de calles. He pasado el tiempo libre conociendo la ciudad con paseos sin objeto durante horas, perdiéndome en el laberinto, y volviendo a encontrar la orientación, cada vez en puntos distintos de la ciudad. Descubro pasajes semisecretos, charlo con los comerciantes, la gente es abierta con los extranjeros, acaso porque el anabaptismo ha llegado aquí traído por los profetas errantes holandeses. He conocido a uno de ellos, Heinrich Rol, que tiene asignada una parroquia dentro de la ciudad. Hemos hablado largo y tendido de Holanda, y me ha mencionado algunos nombres de hermanos de allí, pero yo no los he reconocido. Dicen que Münster tiene quince mil habitantes, pero en los días de mercado deben de ser sin duda más. Los burgueses de este lugar son tipos que viajan, manufacturas textiles, muchísimos obreros. El haber echado al obispo ha permitido abolir las tasas sobre los tejidos y entrar a competir con los productos de los conventos: los frailuchos se las ven negras, los comerciantes engordan. He aprendido a captar la fuerza que emana de los lugares, estas paredes trasudan excitación, descontento, vida: es una encrucijada importante, entre el norte de Alemania y el bajo Rin, pero hay una energía vital que proviene de aquí, de su interior, del conflicto que nace entre la suciedad y las ruedas de los carros.

Münster es uno de esos lugares en los que te da la sensación de que más pronto o más tarde algo inevitable va a suceder.

Voy volando por el barro de la calle, sumida ya en la oscuridad, sin preocuparme de las salpicaduras que ensucian mis calzas, voy volando rápido, de puntillas, hasta casa. Ha sido Knipperdolling quien nos ha mandado llamar a todos, a mí me han encontrado en la taberna, donde estaba entretenido con una disputa teológica entre dos herradores. Rápido, rápido, un gran problema. El muchacho que ha dado conmigo me ha dicho que fuera para casa del jefe de las guildas, y que prendiera en mi capa el imperdible, un trozo de cobre que representa el acróstico de nuestra divisa: DWWF, «El Verbo se hizo carne», ya que sin él no me dejarían entrar.

Tres golpes de aldaba y al cabo de un instante una voz conocida:

—¿Quién sois?

—Gert del Pozo.

—¿Cuál es la contraseña?

Aprieto el imperdible:

—El Verbo se hizo carne.

Cerrojos que se descorren: Rothmann me hace señas de que entre, una rápida ojeada a mis espaldas, antes de volver a cerrar la puerta.

—Por suerte te hemos encontrado: soplan muy malos vientos.

—¿Qué sucede?

—¿No te has enterado de nada?

Me encojo de hombros como para disculparme.

La preocupación se lee claramente en su semblante:

—El obispo, ese hijo de puta, ha hecho fijar un edicto: nos ha privado de todos los derechos civiles, a nosotros y a todo aquel que nos brinde su apoyo. Amenaza con represalias sobre la ciudadanía si esta sigue respaldándonos.

—Mierda.

—Von Waldeck está preparando algo, lo conozco, quiere dividirnos, espera poner a los luteranos de su parte para aislarnos. Ven, hemos convocado esta reunión para decidir cómo reaccionar. Necesitamos conocer el parecer de todos.

El comedor está ya abarrotado, una veintena de personas se apiña en torno a la mesa redonda, la algarabía recuerda el ruido del mercado percibido de lejos. Knipperdolling y Kibbenbrock están discutiendo en voz baja entre sí, la caras amoratadas de los dos representantes de los gremios del textil hablan por sí solas.

Al verme me hacen una señal de que tome asiento a su lado. Me reúno con ellos abriéndome paso con los codos, Beuckelssen está ya allí, un gesto serio de saludo:

—¿Te has enterado del edicto?

—Acaba de contármelo Rothmann, no sabía nada, he estado de charla todo el día.

Rothmann hace cesar el alboroto con grandes aspavientos, los hermanos se hacen callar unos a otros.

—Hermanos, este es un momento serio, inútil es ocultarlo, la ofensiva de Von Waldeck no persigue otra cosa que aislarnos en la ciudad, ponernos fuera de la ley para poder así perseguirnos, posiblemente con la connivencia de los luteranos. Esta noche vamos a tener que decidir cómo defendernos, ahora que el obispo ha descubierto sus cartas y presenta batalla, y el peligro se cierne sobre nosotros.

Llaman a la puerta, caras atónitas, alguien corre a ver quién es, la contraseña resuena hasta aquí, más de una, son varios.

Una docena de obreros, martillos y hachas en mano, encabezada por un pequeñajo flaco y cetrino, con un pistolón al cinto, mirada de hijo de puta y ademanes rápidos. Es Redeker, bandido de oficio, que se unió a los baptistas para aligerar las bolsas de los ricos y luego fue convertido a la causa común. El propio Rothmann lo bautizó hace unos pocos días, después de que tuviera la cortesía de aportar a los fondos baptistas el fruto de una rapiña de lo más lucrativa: quinientos florines de oro arrebatados al caballero episcopal Von Büren, una proeza memorable.

Rothmann les dirige a todos ellos una mirada fulminante:

—¿Qué significa esto?

—Que la gente no quiere quedarse cruzada de brazos mientras les estrechan la cuerda en el cuello.

—No es motivo suficiente para venir armados a casa de Knip-perdolling, hermano Redeker. No debemos dar a nuestros adversarios el menor pretexto para atacarnos.

—Sucederá, en cualquier caso, ¿o qué te crees? —El pequeñajo está negro de la rabia—. Derrotarles a tiempo, esto es lo que hay que hacer, y rápido. ¡Los luteranos están dispuestos a lamerle el culo a Von Waldeck y a vendernos a todos nosotros! Los han visto transportar armas a la otra orilla del canal, al monasterio de Überwasser: están preparándose para atacarnos.

—¡Redeker tiene razón, coño! ¡No podemos esperar a que entren por esa puerta para cortarnos el cuello! —Llega el eco de quienes lo han seguido, un coro de incitaciones—: ¡Sí! ¡Caigamos sobre ellos, y acabemos con esa gentuza de una vez por todas!

Rothmann frunce la mirada, como un lobo:

—¿Qué es lo que queréis hacer?

Redeker lo mira de arriba abajo, plantado allí en medio de la estancia:

—Lo que yo digo es que los echemos fuera. Cortémosles el cuello a los papistas y también a los luteranos. Antes me fiaría de una serpiente que de ese Judefeldt y de sus compadres del Consejo.

—¿Y Tilbeck? El otro burgomaestre no se muestra hostil a nosotros, ¿quieres cortarle el cuello también a él?

—Están todos de acuerdo, Rothmann, ¿o es que no lo ves? Uno se hace el bueno y el otro el duro, son unos vendidos, prefieren mil veces a Von Waldeck que a nosotros, solo esperan la oportunidad más propicia para apuñalarnos mientras dormimos, y el obispo se la está ofreciendo en bandeja de plata. Acabemos con este asunto y quien tenga que irse al infierno que se vaya enseguida.

Rothmann se cruza de brazos, da unos pasos meditabundo como un histrión:

—No, hermanos, no. Ese no puede ser el camino. —Deja que sus palabras concentren la atención de los bandos en disputa—. A lo largo de dos años hemos luchado, unidos, a veces solos, ganándonos el apoyo de la población de Münster, de los obreros, paso a paso, sembrando la semilla de nuestro mensaje, recogiendo adhesiones en la ciudad y ahora también de fuera de ella. —La mirada cae sobre mí, sobre Beuckelssen—. Los apóstoles de Matthys están aquí. Y junto con ellos está afluyendo más gente, guiada por la esperanza, hasta nuestra ciudad. Y ellos, estos hombres y estas mujeres llenos de fe en Dios y en nosotros, sí, hermanos, en nosotros, en nuestra capacidad de ganar esta batalla, no pueden ver puesto en peligro todo en una sola noche, por una simple oleada de pánico. No solo su fe nos da fuerza, sino también su contribución material, hasta patrimonial, hermanos, las donaciones que nos hacen.

Un murmullo recorre la sala, miradas interrogativas que buscan a los donantes.

La rabia contenida de Redeker lo interrumpe:

—También yo he aportado a la causa un montón de dinero. ¡Y digo ahora que con ese dinero compramos cañones!

—¡Sí, una espingarda y espadas!

—¡Y pistolas!

—No, no puede resolverse todo así, sin tener en cuenta ni nuestros esfuerzos, Redeker, ni nuestro trabajo. Si ahora iniciamos una matanza, ¿qué dirán en las ciudades vecinas?, ¿qué los hermanos que miran a Münster como a un faro de la cristiandad renovada? Pensarán que somos unos locos sanguinarios y se echarán atrás. Lo que tú has aportado a la causa, lo que otros aportan hoy, no es un botín de guerra. Y yo digo que puede ser utilizado de forma muy distinta y provechosa.

—¿Qué coño significa eso?

—Pues significa que hoy el obispo trata de poner a la población contra nosotros, amenazándola si nos brinda su apoyo. Pues bien, nosotros hemos de actuar de manera que permanezcan de nuestro lado. Hay que ser los capitanes de los humildes, no solo de nosotros mismos. ¿No comprendes que eso es lo que quiere Von Waldeck? Yo no le haré el juego; reaccionaremos, Redeker, pero más eficazmente. —Una pausa para crear expectación—. Propongo que la asamblea delibere sobre la utilización de los dineros recogidos en favor de un fondo para los pobres. Que todos los menesterosos puedan tener acceso, de acuerdo con las modalidades que decidamos, a una caja de mutuo socorro, y que quien más tenga contribuya como pueda.

Sentados, Knipperdolling y Kibbenbrock asienten convencidos. Redeker menea sus piernas, indeciso: eso no basta.

Rothmann insiste:

—Así los pobres comprenderán que su causa es nuestra causa. El fondo de asistencia mutua será más útil que ningún sermón, algo tangible en sus vidas. ¡Ya pueden los luteranos tramar cuanto quieran, pues nosotros seremos más fuertes, el obispo ya puede publicar mil edictos, pues tendremos al pueblo de nuestra parte!

Ha terminado, los dos se quedan mirándose durante un largo rato. De espaldas a Rothmann, un asentimiento de cabezas; detrás de Redeker, un rumor de incertidumbre.

El bandido tuerce el gesto:

—¿Y si deciden darnos por saco?

Me levanto volcando la silla, debajo de la capa desenvaino la daga y la pongo sobre la mesa, Rothmann y Knipperdolling se sobresaltan.

—Si es el acero lo que quieren probar, pues serán bien servidos, hermano, palabra de Gert del Pozo. Pero si el pueblo está con nosotros, las espadas se alzarán a millares. —Un silencio sepulcral en toda la sala—. Ahora saldremos para arrancar el edicto del obispo y los luteranos verán que no le tenemos miedo a Von Waldeck y mucho menos a ellos. Que se lo piensen dos veces antes de atacarnos.

El asombro de todos se desvanece rápidamente, así como también la tensión de Rothmann. Redeker me mira fijamente con descaro, al otro lado de la espada, y apenas si asiente.

—De acuerdo. Haremos como dices. Pero ninguno de nosotros tiene la menor intención de ser un mártir. Si tienen que joderme, quiero que sea teniendo yo la espada en la mano, llevándome por delante a un buen puñado de esos bastardos.

Entendimiento alcanzado, mérito de las palabras de Rothmann y de la acción eficaz del apóstol de Matthys. Se somete a votación la creación de una caja para los pobres: unanimidad. Kibbenbrock, papel y pluma, apunta todo en los libros de contabilidad, mientras Redeker organiza pelotones de cinco hombres para que arranquen el edicto de las paredes de la ciudad.

Rothmann y Knipperdolling me cogen en un aparte, mientras los hermanos salen en grupitos de tres o cuatro para no llamar la atención. La noche se traga las formas una tras otra.

Palmada en la espalda y un cumplido:

—Las palabras adecuadas. Era lo que querían oír.

—Y es lo que yo pienso. Redeker es arrojado, pero sabe lo que se hace. Hemos conseguido hacerle entrar en razón y ha comprendido.

Knipperdolling se encoge de hombros:

—Es un saltador de caminos, de trato difícil...

—Un bandido que roba a los ricos caballeros para dárselo a los más pobres. Buena falta nos harían tipos así. Matthys dice que es entre la escoria de la sociedad donde encontraremos soldados de Dios, entre los últimos, los fugitivos de la justicia, los saltimbanquis, la rufianería...

Hago un gesto en dirección a Beuckelssen, arrellanado en un asiento cerca de la chimenea, medio adormilado con las manos en los testículos.

El grueso tejedor se rasca la barba:

—Según tú, ¿se llegará a las armas?

—No lo sé; Von Waldeck no me parece el tipo de persona que ceda fácilmente.

—¿Y los luteranos?

—De ellos dependerá, creo.

Knipperdolling continúa rascándose la barbilla:

—Hum. Oye, falta menos de un mes para las elecciones que deberán renovar el Consejo y los burgomaestres. Kibbenbrock y yo podremos presentarnos como candidatos.

Rothmann sacude la cabeza:

—Nuestros defensores son demasiado pobres para poder votar: o cambias el ordenamiento o has perdido antes de empezar.

El parecer de los apóstoles de Matthys parece ser esencial, insisto:

—Os deseo de todo corazón que consigáis tomar la ciudad pacíficamente, pero por los vientos que soplan las cosas podrían ir de modo muy distinto.

Rothmann asiente serio:

—Por supuesto. Ya se verá. Mientras tanto, que el fondo para los pobres empiece a funcionar de forma inmediata. Elecciones o no, conseguiremos dejar en minoría a los luteranos y católicos. Por precaución trasladaremos el culto de las parroquias a las casas particulares para protegernos de los espías.

—Que el Señor nos asista.

—No tengo la menor duda de que así será, amigos míos, y ahora si me lo permitís me voy con los hermanos a hacer pedazos el edicto del obispo.

—Y a Jan, ¿lo dejas aquí?

Knipperdolling me recuerda a nuestro amigo, acurrucado al amor de la lumbre.

—Déjalo que duerma, no nos sería de gran ayuda...

Fuera, la noche es glacial, ninguna luz, unos escalofríos me recorren por debajo de la capa, mientras busco la calle por la plaza del Mercado. Me es de ayuda el recuerdo de los largos deambulares por estas calles. Apenas una sombra, la sensación de una presencia y tengo ya la daga desenvainada, esgrimida en la oscuridad delante de mí.

—Detén esa mano, hermano.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque el Verbo se hizo carne.

De la oscuridad surge un rostro, estaba en la reunión.

—Si te hubieras acercado un poco más, te la habría clavado sin pensármelo dos veces... ¿Quién eres?

—Uno que ha admirado tu modo de actuar. Me llamo Heinrich Gresbeck.

Una cicatriz oblicua quiebra su entrecejo, ojos azules, bien plantado, más o menos de mi edad.

—¿Eres de aquí?

—No, de un pueblo de aquí cerca, aunque la última vez que estuve por aquellos pagos fue hace diez años.

—¿Predicador?

—Mercenario.

—No creía que hubiera baptistas adiestrados para combatir.

—Solo tú y yo.

—¿Qué te hace suponerlo?

—Reconozco una buena espada. Matthys sabe elegir a sus hombres.

—¿Es lo único que querías decirme?

El rostro es macilento, la cicatriz hace que los rasgos parezcan mucho más sombríos y amenazantes de lo que en realidad son:

—Admiro a Rothmann, fue él quien me bautizó. Tenemos un gran predicador, tarde o temprano necesitará también un capitán.

—Te refieres a mí. ¿Y por qué no tú?

Sonríe burlonamente, dientes blancos:

—No bromees: yo soy el pequeño Gresbeck, tú el gran Gert del Pozo, el apóstol. Te seguirán, igual que te han escuchado esta noche.

—Estos no son mercenarios, hermano.

—Lo sé. No combatirán por el botín, combatirán por el Reino, y por eso son muy capaces de darles por culo a todos. Pero alguien tendrá que mandarlos.

—Yo ocupo el puesto de Matthys hasta que él...

—Matthys trabajaba de panadero, no bromeemos, el de Leiden era un rufián, Knipperdolling y Kibbenbrock son tejedores. Rothmann, hombre de Biblia.

Asiento, sin añadir nada. Una tranquilidad:

—Cuando llegue el momento, ya sabes dónde encontrarme.

—Estaremos todos. Y ahora vamos a limpiarnos el culo con ese edicto.

Se adentra ya en la noche de la calle, a la caza del fantasma de Von Waldeck.

Tile Bussenschute, llamado el Cíclope, fabricante de cajas de oficio, es un ser enorme, mitológico.

Bussenschute es una de esas criaturas que uno le oye nombrar a las madres impacientes:

—Mira que si no te duermes, llamo al de las cajas...

Todo en él adquiere carácter de enormidad, a excepción de su cerebro. No sé qué le habrá contado Kibbenbrock, que ha ido a buscarlo a su establecimiento, pero aunque se le hubiera explicado la cuestión con pelos y señales, estoy seguro de que Bussenschute no tendría la más remota idea de en qué se ha metido. Se agita incómodo dentro del único traje elegante que hemos conseguido hacerle entrar: proviene del guardarropa de Knipperdolling y con grandes dificultades logra contener la barriga, el culo y las innumerables sota-barbas de nuestro jefe de delegación. Generalmente no habla, gruñe; cuentan que lo echaron a perder tres años de cárcel por homicidio: trabajaba de mozo de cuerda y en la escalinata de un palacio le lanzó a un ayudante un peso tan enorme que este perdió el equilibrio, rodó escaleras abajo y acabó aplastado.

Inmediatamente detrás de Bussenschute, completamente tapado por su mole, avanza Redeker, que compartió durante un tiempo con nuestro fabricante de cajas una de las celdas de la cárcel episcopal. Sigue siendo ciertamente muy amigo de la bolsa ajena, pero tiene la pésima costumbre de jactarse públicamente de ello, lo cual, más pronto o más tarde, le traerá problemas.

Cierra el terceto Hans von der Wieck, leguleyo, que desde un primer momento se propuso tomar parte en la delegación. Está realmente convencido de poder negociar la paz con el obispo y los luteranos y no se ha echado atrás ni siquiera cuando hemos decidido transformar el encuentro en una carnavalada.

El obispo ha convocado esta Dieta para encontrar un compromiso entre las partes que le permita regresar a la ciudad y si dependiera del burgomaestre Judefeldt, a quien corresponde por propio derecho la participación en la delegación ciudadana, sin duda lo encontraría, en detrimento nuestro: Von Waldeck concede algunas libertades municipales para contentar a los ricos luteranos amigos de Judefeldt, recupera el control de su principado, liquida a los baptistas y al pueblo que lo zurzan. Divide et impera, vieja historia.

No queda más remedio que reventar la puesta en escena. Hemos obligado a Judefeldt y al Consejo a aceptar la presencia de los representantes del pueblo de Münster elegidos para la ocasión: un gigante monstruoso, un saltador de caminos, un picapleitos fracasado, y todos nosotros guardándoles las espaldas.

Subimos las escaleras uno detrás de otro, en ordenada fila, tratando de adoptar una actitud digna. Knipperdolling tiene lágrimas en los ojos y por sus labios apretados con esfuerzo deja escapar pequeños retazos de su tremenda carcajada. Él fue el primero en mencionar ese nombre, cuando buscábamos un jefe de delegación que estuviera a la altura de nuestras intenciones:

—¡Tile el Cíclope! ¡Sí, sí, él es el hombre que nos conviene!

La sala de la Dieta, en casa del caballero Dietrich von Merfeld, una de las lenguas más ilustres de todas las que le lamen el culo al obispo: vigas del techo taraceadas, tapices en las paredes de un burdo estilo, un fanfarrón de tres al cuarto. Los escaños en los que están los vasallos del obispo se abren como las alas de un pájaro. El huésped se sienta a la derecha del trono, hinchado por la gala en su magna pompa: todos los blasones bien visibles para impresionar a los pobres burgueses ignorantes.

Y en medio el trono, los reposamanos de madera en forma de cabeza de león, el escudo de armas episcopal al lado del de su linaje campeando en lo alto del respaldo.

Imponente, negro de pies a cabeza.

Polainas relucientes; calzas de fina lana y una camisola elegante; el broche del cinturón que sostiene la espada, damasquinado en la empuñadura de una espada toledana auténtica; la sortija obispal reluce en el dedo, oro y rubí, y en el pecho el medallón principesco del Imperio. Dentro, un cuerpo flaco y erguido.

La cara del enemigo.

Cabello de plata y barba gris, el rostro macilento, sin mejillas, la carcoma del poder corroyéndolo desde hace años.

Von Waldeck: cinco décadas bien llevadas y la mirada del águila que avista la presa desde lo alto.

Henos aquí.

Tile Bussenschute, subyugado por los oros y estucos, se deshace en una inclinación, con serio peligro para las costuras y los botones del traje de Knipperdolling.

Uno de los caballeros del obispo se agita, estira el cuello y se levanta con las manos en los brazos del asiento en un intento de saber quién se esconde detrás de la montaña de carne que avanza poco a poco hacia el centro de la sala. Hasta que el ciclópeo fabricante de cajas se inclina tan profundamente que hace aparecer, tras de sí, la sonrisa maliciosa e insolente de Redeker.

Es cuestión de segundos. Melchior von Büren, asaltado en la calle por Telgte no hace más de un mes y robado a cara descubierta, se encuentra frente al hombre que le rapiñó las tasas de sus tierras. Tal vez no lo reconoce enseguida: entorna los ojos para ver mejor. Heinrich Redeker no se refrena, sale disparado hacia delante como si quisiera saltar de un brinco por encima de la espalda que tiene enfrente, rojo como la grana, sacando pecho.

—¿Te escuece todavía el culo, amigo? —exclama con los dientes apretados.

El desvalijado desenvaina por toda respuesta la espada con gesto rapidísimo y la esgrime ante la cara del pálido Bussenschute.

—Bátete, bellaco, pagarás cada florín con una gota de sangre.

—¡Mientras tanto, toma un poco de esto! —le grita nuestro delegado escupiéndole en plena cara, por encima de los hombros del jefe de delegación.

El caballero episcopal trata de responderles con una estocada de su acero. El gesto pone no poco nervioso a Tile Bussenschute, que siente pasar la hoja a un dedo de su oreja. Su reacción es inmediata: con todas las fuerzas de que es capaz su brazo, estampa la mano abierta contra la cara del espadachín que cae juntamente con su asiento, derribando de paso a otros dos caballeros.

Judefeldt grita que se acabe aquel escándalo y trata de refrenar a Redeker.

Von Waldeck, el águila, ni se inmuta, no dice palabra; nos observa con la mejor mirada de desprecio de su repertorio. Redeker se despacha como acostumbra: insultos para sus padres, sus muertos y sus santos protectores. Arrasa con el árbol genealógico del adversario con la virulencia de su hablar soez.

Nuestro Von der Wieck pega unos alaridos en medio de la confusión, tratando de pasar por el serio abogado que nunca ha sido:

—¡En el lugar elegido para una Dieta rige la inmunidad para todos y la absoluta prohibición de las armas!

Sus compadres contienen a Von Büren, que quisiera llegar hasta Redeker, Judefeldt se deshace en vanos intentos por tranquilizar a todos, incómodo y amoratado como un niño impotente.

La escena se interrumpe cuando Von Waldeck se pone en pie. Nos quedamos de piedra. Su mirada reduce a cenizas la sala: ahora sabe que el burgomaestre cuenta menos que un pitoche, sus adversarios somos nosotros. Nos fulmina con la mirada en silencio, luego se da la vuelta con desdén y se aleja, cojitranco, renqueando hasta la salida, escoltado por Von Merfeld y por su guardia personal.

CAPÍTULO 28
Münster, 8 de febrero de 1534

Más de una fuera de la Orden se quedó
y del claustro en su locura se evadió;
presas muchas de carnal concupiscencia,
entregáronse a desenfrenada delincuencia.

Redeker se concentra dándole vueltas entre las manos a la moneda. Mira un instante a la pared y luego entorna los ojos, lanza y gana su quinta cerveza con aguardiente incluido.

—Es la última —nos asegura inmediatamente, mientras volvemos a nuestra mesa.

Hay un gentío en torno a los dos claros que se han formado entre las mesas de la taberna de Mercurio. Son los desafíos del Carnaval de esta noche: por una parte, se baila al son del laúd y gana un barril de cerveza quien abandona el último las danzas; por otra, los hombres se juegan una pinta de cerveza y aguardiente que será para quien lance una moneda lo más cerca posible de la pared, pero sin tocarla. Redeker es el campeón indiscutido.

Knipperdolling tiene un crédito con el tabernero y le fia. Cuatro jarras vacías están ya alineadas delante de su nariz esponjosa. Se pone de pie sobre la silla oscilando ligeramente, trata de atraer la atención de la sala y se pone a improvisar a partir de la música del laúd una canción sobre los hechos que están en boca de todo el mundo:

Fue un espíritu vicioso, un monstruo inmundo
el que las arrojó del dulce claustro al mundo.
Escapadas como locas de los sagrados muros
recibieron cobijo en medio de hombres impuros.

Dos mesas más allá alguien se suma inmediatamente a las rimas del jefe de las gildas y prosigue la descripción de las fugitivas de Übewasser. No le da tiempo de terminar, cuando ya otro ha aceptado la invitación y celebra la gesta de Rothmann bajo los muros del convento. La cosa funciona del siguiente modo: quien ha comenzado la canción, en este caso Knipperdolling, le paga la bebida a quien la concluye. Es una competición para ver quién deja a toda la taberna sin estrofas que añadir.

—El colmo ha sido cuando les ha recordado a las monjas su función procreadora. No sé cómo se las ha arreglado para permanecer serio —recuerda Kibbenbrock sacudiendo la cabeza, incrédulo.

—Eh, ¿tenía razón o no? —replica el otro—. ¿A qué viene tanta risa? Hasta la Biblia nos dice que hay que multiplicarse.

—¡Sí, eso, eso, a mí la que de veras me ha hecho reír ha sido la madre abadesa que, asomada a la ventana, trataba de llamar a las hermanas al amor por el único esposo!

—¡Esa pelleja de Von Merfeld! ¡Es una cerda y también una espía del obispo! Recuerdos a las guapas novicias.

Llega una ronda de cerveza, invitación de Redeker, con el fruto del botín conseguido en Wolbeck. El pequeñajo bandido baila encima de una mesa al ritmo de las alabanzas dichas en su honor. Está borracho. Se baja las calzas contoneando los costados y repite a grandes voces la invitación hecha a las monjas por los partidarios de Rothmann hace unas horas:

—¡Ánimo, hermanas, consolad a estos pobrecitos!

Un viejo con unos grandes bigotes me abraza a mí y a Knipperdolling por detrás:

—A la próxima ronda invito yo, muchachos —exclama contento—. Desde que tengo conciencia de tener la minga, voy por Carnaval con los amigos bajo las ventanas de los conventos para hacerles proposiciones a las monjas, pero, por Dios, nunca las había visto salir. ¡Mérito vuestro, lo admito, os habéis comportado como unos grandes!

Alzamos las jarras para brindar por el cumplido. El único que deja la suya sobre la mesa es Jan de Leiden. Extrañamente no ha dicho aún esta boca es mía. Se está quieto en su sitio, con aire de desinterés. Si puedo preciarle de conocerlo bien, supongo que está molesto porque no ha ido a armarla bajo la torre de Überwasser. Ha tratado de conseguir algo parecido con las putas del burdel, invitándolas a echar un polvo gratis con todos los que se hicieran bautizar por Rothmann, pero no ha sacado de todo ello más que insultos.

Levanta la vista y ve que lo estoy mirando fijamente. Se pone a rascarse un hombro con ademán de fastidio, como queriendo adoptar una actitud digna, pero no es así. Aprovecha un momento de silencio y se mete en la conversación:

—Eh, amigos, esta es fácil, escuchad: ¿quién soy, eh? ¿Quién soy?

Se rasca cada vez más fuerte empleando una cuchara sucia de sopa. Knipperdolling se queda rígido sobre la silla. Alguien mira hacia el otro lado para evitar la pregunta directa. Me siento en el deber de salvarlos:

—Eres Job rascándose la roña, Jan, está claro. —Luego, vuelto hacia los otros—: Pero ¿cómo es posible que no lo hayáis adivinado? Lo ha hecho muy bien, ¿no?

Un coro:

—¡Es verdad, es verdad, bravo, Jan!

El actor se burla:

—Sí, está bien, esta era fácil. Pero prestad atención ahora. —Se desliza de la silla debajo de la mesa con un movimiento felino, resoplando entre dientes con fuerza—: ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Knipperdolling se levanta sin hacer ruido, murmurando que tiene necesidad de orinar.

Desde debajo la voz insiste:

—¡No os vayáis, ignorantes! Os echaré una mano: «Había bajado ya a las bocas del Hades, la región cuyos cerrojos se echaron sobre mí para siempre; pero tú, Yahvé, mi Dios, salvaste mi vida del sepulcro».

—¿Quién recita de memoria el libro de Jonás en la taberna?

La voz incrédula y un tanto jocosa es la de Rothmann, que acaba de acercarse a nuestra mesa. No le da tiempo al profeta de volver a salir del vientre de la ballena cuando estalla una salva de aplausos de admiración para el conquistador de Überwasser. Si hace una semana hizo que las mujeres de Münster le entregaran todas sus joyas para que pasaran al fondo para los pobres, hoy ha convencido a un tropel de monjas para que abrazaran la fe renovada.

—En otros tiempos, para gustar a las mujeres hacía falta dinero —es el comentario del tejedor—, pero ahora es menester interesarse por las Escrituras. ¿Qué les das tú a nuestras señoras, Bernhard?

—Sobre vuestras señoras no pienso decir ni media palabra, pero sobre las novicias de Überwasser sí diré que ha bastado con decirles que si no salían Dios haría hundirse sobre sus cabezas la torre del campanario. —Un estallido de carcajadas—. Y en cualquier caso, amigos, dentro de esos muros, vocación hay poca; son esos obesos tenderos de sus padres los que convencen a las novicias para que renuncien al mundo con tal de no tener que soltar la dote.

Un vaso de licor invitación personal del tabernero «al más fascinante de todos los münsterienses» corre sobre la mesa. Rothmann se lo toma a lentos sorbos. Una mirada a Beuckelssen:

—¡Pero qué cara de abatimiento tiene nuestro querido Jan! ¿Qué te ha pasado esta noche, dónde has acabado?

El Santo Rufián se pone en pie de golpe:

—Buscaba inspiración, ¿me explico? Para el gran espectáculo de esta noche. ¡Yo rechazo con absoluta firmeza la idea del pecado original! Por lo que ahora me despojaré de mis ropas y, desnudo como el padre Adán, iré por las calles para invitar a los habitantes de la ciu-

dad a redescubrir al hombre incorrupto que todos llevamos dentro. –Comienza a quitarse la casaca, cada vez más excitado, se abalanza sobre el barrigón de Knipperdolling–. ¡Ánimo, amigo Berndt, tú y yo seremos los actores principales de esta gran comedia del Edén!

–¡Coño, Jan, pero si está nevando!

Knipperdolling lanza miradas atemorizadas a su alrededor, luego se deja convencer. Jan le está desatando ya el cinturón:

–¡Arrepentíos, ciudadanos de Münster, limpiaos del pecado!

El grito hace sobresaltarse a los parroquianos. No falta quien comienza a repetirlo en son de broma y, como a modo de desafío, visto el frío que hace en el exterior, una docena de personas comienzan a despojarse de sus ropas. En el intento de comprender qué está pasando, Redeker se distrae y lanza contra la pared su moneda, perdiendo la primera de por lo menos quince partidas.

Jan grita a voz en cuello. Jan está completamente desnudo. Jan sale del local. Knipperdolling sigue cada uno de sus pasos. Detrás de ellos, una docena por lo menos de adanes. Una multitud se concentra en la puerta de la Taberna de Mercurio. Hay que empujar para asistir a la escena.

Knipperdolling, a pesar de la grasa de que está revestido, no puede soportar el frío y corre como un río en crecida para entrar en calor. Jan lo alcanza. Se pone a la cabeza del extraño cortejo. La gente sale a la calle y hace la señal de la cruz no se sabe si por devoción o para alejar de sí una desgracia. Nos dispersamos entre los varios corrillos de personas arrojándonos al suelo presa de fingida agitación, pero se nos escapa la risa. Rothmann declama las visiones del libro de Ezequiel, Redeker echa espumarajos por la boca, yo ataco con la espada a unos demonios imaginarios.

Son muchos los que nos imitan divertidos, pensando en una escena de Carnaval. Otros se lo toman incluso demasiado en serio. No falta quien comienza a llorar y se postra de rodillas para pedir el bautismo. Hay quien quisiera recibir castigos corporales y quien arroja a las calles sus haberes. Un anciano, que ha sido uno de los primeros en desnudarse, cae al suelo incapaz de moverse. Kibbenbrock lo cubre con su pelliza y se lo lleva.

El sastre Scheider, cuya hija ya en una ocasión se sintió arrebatada por los ángeles, grita con la mirada hacia el cielo:

–Mirad, Dios está sentado en su trono entre las nubes. ¡Mirad el estandarte de la victoria que aplastará a los impíos!

Echa a correr a lo largo de las murallas, bate palmas, con los brazos hace ademán de volar, salta, pero al no tener alas se cae en el barro como un crucifijo.

CAPÍTULO 29
Münster, 9 de febrero de 1534, por la mañana

Me despiertan una serie de golpes en la puerta.

Instintivamente llevo la mano debajo del jergón, a la empuñadura de la daga.

—¡Gert! ¡Gert! ¡Levántate, Gert, vamos, muévete!

El sueño se retira dejándome un dolor en el entrecejo: pero quién coño...

—¡Estamos hundidos en la mierda, Gert, despiértate!

Salto de la cama tratando de mantener el equilibrio.

—¿Quién es?

—¡Soy Adrianson! ¡Muévete, todo el mundo está corriendo hacia la plaza!

Mientras me pongo las calzas y sostengo el viejo jubón pienso ya en lo peor:

—¿Qué ocurre?

—¡Abre, tenemos que ir al Ayuntamiento!

Pronuncia la última palabra mientras abro de par en par la puerta en sus mismas narices.

Debo de parecer un fantasma, pero el frío agudiza los sentidos en pocos instantes.

El herrero Adrianson no tiene el aire jovial con que acostumbra a animar nuestras discusiones vespertinas. Entre jadeos:

—Redeker. Ha traído a la plaza a un forastero recién llegado... Dice que en Anmarsch ha visto al obispo reuniendo un ejército, tres mil hombres. Se disponen a caer sobre nosotros, Gert.

Una opresión en el estómago:

—¿Lansquenets?

—Muévete, vamos, Redeker quiere interpelar a los burgomaestres.

—Pero ¿estás seguro? ¿Quién es ese forastero?

—No lo sé, pero si lo que dice es cierto no tardarán en asediarnos.

En el pasillo llamo a la puerta de enfrente:

—¡Jan! ¡Despiértate, Jan!

Abro la puerta que, a pesar de los consejos, mi compadre de Leiden no cierra nunca con llave: la cama está intacta.

—Siempre jodiendo en algún henil...

El herrero me lleva escaleras abajo. Casi me caigo en el último tramo. Adrianson me precede por la calle, ha estado nevando toda la noche, el barro salpica las polainas, alguno me manda a tomar por culo.

A todo correr hasta la plaza central: un blanco prado. En medio la mole oscura de la catedral parece más grande aún. La agitación circula entre los corrillos reunidos bajo las ventanas del Ayuntamiento.

–El obispo quiere entrar en la ciudad armado.

–¡Y una porra! ¡Pues tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

–¡Seguro que ha sido esa gran puta de la abadesa la que lo ha llamado!

–Con nuestros tributos. Ese bastardo paga un ejército para joder-nos vivos.

–No, no, esa gran cerda de la abadesa de Überwasser... Es por la historia de las novicias.

A pesar del intenso frío, por lo menos quinientas personas han acudido a la plaza movidas por la noticia.

–Tenemos que defendernos, necesitaremos armas.

–Sí, sí, oigamos qué dice el burgomaestre.

Descubro a Redeker en medio de una treintena de personas. Aires chulescos de quien quiere expresar su parecer contra el de todos los demás.

–Tres mil hombres armados.

–Sí, están a las puertas de la ciudad.

–Basta con subir a la ciudadela de la Judefeldertor para verlos.

Siento un golpe en la espalda, me vuelvo. Redeker contra todos, bolas de nieve en la mano. Alguien debe de haber tratado de hacerle callar. El alboroto cesa de improviso. Miradas hacia lo alto: el burgomaestre Tilbeck está en la ventana del Ayuntamiento.

Estalla un clamor de protestas.

–¡El ejército del obispo marcha sobre la ciudad!

–¡Algún cerdo nos la ha jugado!

–¡Nos han vendido a Von Waldeck!

–¡Hemos de defender las murallas!

–¡La abadesa, la abadesa, hay que encarcelar a la abadesa!

–¡Pero qué abadesa ni qué niño muerto, queremos los cañones!

Los corrillos se disuelven entre el gentío general. Parecen muchos más. Tilbeck, engallado, abre los brazos para abarcar la plaza entera.

–Gentes de Münster, no perdamos la calma. Esta historia de los treinta mil hombres no ha sido confirmada aún.

–¡Pero qué coño, si los han visto desde las murallas!

–Sí, sí, uno que viene de Anmarsch. Están viniendo hacia aquí.

El burgomaestre ni se inmuta. Sacude la cabeza y con gesto seráfico pide calma:

–Estad tranquilos: mandaremos a alguien para que lo compruebe. La multitud intercambia miradas de impaciencia.

—Ejército o no, el obispo Von Waldeck me ha dado personalmente plenas garantías de que no violará los privilegios municipales. Münster seguirá siendo una ciudad libre. Se ha comprometido a ello personalmente. No demos muestras de haber perdido la cabeza: ¡es el momento de ser responsables! Münster debe demostrar que está a la altura de su antigua tradición de convivencia civil. En un momento en el que todos los territorios limítrofes se ven sacudidos por guerras intestinas y desórdenes, Münster está llamada a ser el ejemplo de cómo...

Un bolazo le da en plena cara. El burgomaestre se agacha sobre el antepecho, cubierto por una sarta de insultos. Uno de los consejeros lo ayuda a levantarse. La sangre corre por el pómulo roto: la nieve debía de esconder algo más.

En todo Münster solo hay una persona con semejante puntería.

Tilbeck se bate en retirada perseguido por los gritos de los más encendidos.

—¡Vendido, vendido!

—¡Tilbeck, eres un cerdo: tú y todos tus amigos luteranos!

—¿Qué coño quieres? Si no fuera por vosotros, malditos anabaptistas, Von Waldeck no levantaría un dedo contra la ciudad.

—¡Bastardos, sabemos que estáis conchabados con el obispo!

Algunos se dan empujones. Vuelan los primeros mamporrazos. Redeker está todavía solo. Los otros son tres, todos bien plantados. No saben con quién se la están jugando. El más grueso de ellos suelta un puñetazo a la altura de la cara, Redeker se agacha, lo agarra por la oreja, se da media vuelta y le suelta un patadón en la entrepierna: el luterano se dobla en dos, con los huevos en la garganta. Un rodillazo más en la nariz y los dos compadres tienen ya bien sujeto a Redeker, que suelta coces como un mulo enloquecido. El gordo lo golpea en el estómago. No le doy tiempo a repetir: un mamporrazo a dos manos en la nuca. Cuando se da la vuelta los puñetazos llueven en serie contra su nariz. Cae al suelo sentado. Me vuelvo, Redeker se ha liberado del agarrón de los otros dos. Espalda contra espalda, nos defendemos del ataque.

—¿A quién se le ha ocurrido esa historia de los tres mil caballeros?

—Escupe al adversario y me da con el codo:

—¿Quién ha dicho que son caballeros?

Casi no puedo evitar reírme mientras nos arrojamus cada uno sobre el nuestro. Pero la trifulca se ha generalizado, nos arrolla. Por detrás de la catedral asoma un grupo de cincuenta hombres: los tejedores de San Gil, apasionados por los sermones de Rothmann. En cuestión de segundos los luteranos están en la esquina opuesta de la plaza.

Redeker, más hijo de puta que nunca, me mira con expresión sarcástica:

—¡Mejor que la caballería!

—De acuerdo, ¿y ahora qué hacemos?

Desde la plaza del Mercado, el sonar de las campanas de San Lamberto. Como una llamada.

—¡A San Lamberto, a San Lamberto!

A la carrera hasta la plaza del Mercado, invadimos los tenderetes ante la mirada atónita de los comerciantes.

—¡El obispo está a punto de entrar en la ciudad!

—¡Tres mil soldados!

—¡Los burgomaestres y los luteranos están conchabados con Von Waldeck!

En medio de los tenderetes los útiles de trabajo diario se convierten en armas. Martillos, hachuelas, hondas, azadas, cuchillos. En un abrir y cerrar de ojos los mismos tenderetes pasan a convertirse en barricadas que bloquean cualquier acceso a la plaza. Algunos han sacado el reclinatorio de San Lamberto para reforzar esas murallas improvisadas.

Redeker me agarra en medio de la confusión:

—Los de San Gil han traído diez ballestas, cinco arcabuces y dos barriles de pólvora. Me voy a la armería de Wesel a ver qué más puedo aprovechar.

—Yo voy a ver a Rothmann, hay que traerlo aquí.

Nos separamos sin pérdida de tiempo, rápidamente, corriendo como flechas en medio de la rabia del pueblo bajo.

En casa del párroco de San Lamberto se encuentran también Knipperdolling y Kibbenbrock. Están sentados a la mesa, con cara de pocos amigos, y al verme entrar se ponen rápidamente los tres en pie.

—¡Gert! Por suerte. ¿Qué diablos está pasando?

Miro de arriba abajo al predicador de los baptistas:

—Hace una hora llegó la noticia de que Von Waldeck ha armado un ejército para marchar sobre la ciudad. —Los dos representantes de las gildas palidecen—. No sé qué hay de verdad en todo esto, la noticia debe de haberse magnificado por el camino, pero por supuesto que no es una broma de Carnaval.

Knipperdolling:

—Están sacándolo todo, han tocado a rebato, he visto vaciar la iglesia...

—Tilbeck se ha desenmascarado delante de todo el mundo. Bien pudiera ser que los luteranos hayan llegado a algún acuerdo con Von Waldeck. La gente está hecha una furia, los trabajadores del textil se

encuentran ya en la plaza, han levantado barricadas, Rothmann, están armados.

Kibbenbrock suelta una zapateta:

—¡Mierda! ¿Es que se han vuelto todos locos?

Rothmann tamborilea nervioso con los dedos sobre la mesa, pues es él quien debe decidir lo que conviene hacer.

—Redeker se ha ido a buscar más armas, los luteranos podrían intentar echarnos para entregar la ciudad al obispo.

Knipperdolling bambolea irritado su barrigón:

—¡Ese matachín de los cojones! Solo a él podía ocurrírsele semejante cosa. Pero ¿es que no le has dicho que podría mandar al traste todo cuanto hemos hecho? Si llegamos al enfrentamiento armado...

—Ya estamos, amigo mío. Y si ahora no os vais detrás de esas barricadas os quedaréis aislados y la gente proseguirá por sí sola. Debéis estar allí.

Un largo momento de silencio.

El predicador me mira directamente a los ojos:

—¿Crees que el obispo ha decidido no retrasar más la cosa?

—Ese es un problema que ya nos plantearemos después. Ahora lo que conviene es que alguien tome las riendas de la situación.

Rothmann se vuelve hacia los otros dos:

—Ha sucedido antes de lo que me imaginaba. Vacilar ahora sería, en cualquier caso, fatal. Vamos.

Bajamos a la plaza, son por lo menos trescientos, hombres y mujeres que vociferan detrás de las barricadas, las herramientas de trabajo transformadas en lanzas, mazas, alabardas. Redeker empuja una tartana cubierta por un toldo hacia el centro de la plaza. Cuando lo levanta las hojas relucen al sol invernal: espadas, hachas, además de un par de arcabuces y una pistola. Se reparten las armas, todos quieren tener algo en la mano para defenderse.

Paso ligero, espada y pistola al cinto, el ex mercenario Heinrich Gresbeck viene a mi encuentro.

—Los luteranos tienen el depósito de armas en Überwasser. Están transportándolas a la plaza central.

Nos escruta como en espera de una orden de mi parte o de Rothmann.

El predicador coge bien fuerte un mostrador del mercado y lo arrastra hasta el centro, saltando encima de él.

—Hermanos, no es nuestra intención fomentar el conflicto fratricida entre los habitantes de esta ciudad. ¡Pero si hay alguien que no comprende que el verdadero enemigo es el obispo Von Waldeck, entonces nos tocará a nosotros defender la libertad de Münster de quien la amenaza! Y todo aquel que se una a este combate por la

libertad no solo gozará de la protección que el Altísimo reserva a sus elegidos, sino que asimismo podrá acceder al fondo de asistencia mutua que desde este momento es puesto a la disposición de la defensa común. –Una salva de aclamaciones–. El faraón de Egipto está allí fuera, y aspira a volver para convertirnos de nuevo en sus esclavos. Pero nosotros no se lo permitiremos. Y Dios estará con nosotros en esta empresa. Dice, en efecto, el Señor: «Caerán los aliados de Egipto y será abatido el orgullo de su fuerza: desde Migdol hasta Asuán morirán a espada. Palabra del Señor Dios. ¡Sabrán que yo soy el Señor cuando mande fuego sobre Egipto y todos sus defensores serán aplastados!».

Los corazones se exaltan en una excitación unánime: el pueblo de Münster encuentra a su predicador.

El imponente Knipperdolling y Kibbenbrock el Pelirrojo dan vueltas entre los corrillos de los tejedores: el gordo del gremio mejor organizado y más numeroso está ya allí.

Gresbeck me coge en un aparte:

–Parece que ha llegado la hora del ajuste de cuentas. –Una ojeada a sus espaldas–. Ya sabes lo que hay que hacer.

Asiento:

–Reúne a los treinta más capaces delante de la iglesia, gente que conozca bien la ciudad y con pocos escrúpulos.

Nos reunimos con Redeker, que ha terminado de vaciar la carreta.

–Forma tres grupos de cuatro hombres cada uno y mándalos de ronda por la zona de Übewasser: quiero un parte cada hora de los movimientos de los luteranos.

El pequeñajo se larga a escape.

A Gresbeck:

–Yo tengo que poder moverme, el mando de la plaza es tuyo. Que nadie tome ninguna iniciativa arriesgada y que no puedan cogerlos por sorpresa: manda proteger las barricadas, pon un vigía en el campanario de la iglesia. ¿Con cuántos arcabuceros contamos?

–Siete.

–Tres frente a la iglesia y cuatro delante de la entrada de la plaza central. Dispersarse aquí y allá serviría de poco.

Gresbeck:

–¿Y tú qué vas a hacer?

–He de hacerme una idea cabal de cuál es el campo de batalla y quién domina las posiciones.

Redeker, exaltadísimo, está reuniendo a los hombres, me ve, alza una pistola gigantesca y grita:

–¡Démosles por culo!

El reconocimiento desde las murallas ha sido tranquilizador: a simple vista no hay ningún rastro de los tres mil mercenarios anunciados.

La segunda ronda viene a informar de que los luteranos han apostado hombres armados con arcabuces en el campanario de la catedral y dominan desde allí la plaza del Ayuntamiento, cuya entrada está atrancada por dos carros puestos de través, exactamente enfrente de nuestra barricada. Detrás de los carros no más de diez luteranos, pero perfectamente armados y aprovisionados desde Überwasser: en caso de ataque no tendrán ninguna necesidad de ahorrar proyectiles. En cambio nosotros tenemos que arreglárnoslas con lo que tenemos, los disparos están contados.

La plaza del Mercado en la que estamos atrincherados es de fácil defensa, pero puede resultar también una trampa. Hay que rodearlos, cerrar el paso de los puentes sobre el Aa y aislar la plaza del Ayuntamiento del monasterio.

—¡Redeker! Diez hombres y dos arcabuces. Vamos a cerrar el paso del puente de Nuestra Señora, detrás de la plaza. Rápido.

Salimos por el puesto de defensa al sur de nuestra fortaleza. Recorremos rápidamente el primer trecho, nadie a la vista. Luego la calle se bifurca: hemos de tirar por la derecha, seguir la curva que lleva al primer puente sobre el canal. Ya estamos, el puente está allí delante. Un disparo de arcabuz da en el muro a un metro de Redeker que camina en cabeza. Se vuelve:

—¡Los luteranos!

Bajan por una estrecha callejuela que lleva a la plaza central, otros arcabuzazos.

—¡Vamos, vamos!

Mientras rehacemos el camino nos persiguen gritos y confusión:

—¡Los anabaptistas! ¡Ahí están! ¡Escapan!

A la altura de San Gil nos detenemos.

Le grito a Redeker:

—¿Cuántos has visto?

—Cinco, seis como máximo.

—Los esperaremos aquí, cuando asomen por la curva haremos fuego.

Listos para disparar: los dos arcabuces, mi pistola y la de Redeker.

Aparecen a una decena de pasos: cuento cinco, no se lo esperaban, se demoran, mientras nuestras armas hacen fuego a la vez.

Uno recibe un impacto en la cabeza y se queda tieso, otro cae hacia atrás, herido en un hombro.

Salimos al ataque y los otros retroceden en desorden, arrastrando al herido. Por la esquina aparecen otros, algunos toman por San Gil. Nuevos disparos y luego el impacto: paro un golpe con la daga y el

mango de la pistola rompe la cabeza del luterano. Se produce una confusión infernal. Más disparos.

—¡Vamos, Gert! ¡Disparan desde el campanario! ¡Vamos!

Alguien me agarra por detrás, corremos como unos locos con los proyectiles que silban alrededor. De esta no salimos.

Llegamos a nuestras barricadas y nos introducimos dentro. Enseguida hacemos recuento: estamos todos, más o menos enteros, si exceptuamos un corte de espada en la frente que requerirá una sutura, un hombro dislocado por el retroceso del arcabuz y una buena dosis de miedo para todos.

Redeker escupe al suelo:

—Hijos de puta. ¡Cojamos un cañón y hundamos San Gil sobre sus cabezas!

—Déjalo estar, la cosa ha acabado mal.

Knipperdolling y algunos de los suyos corren a nuestro encuentro:

—Eh, ¿hay heridos? ¿Alguien ha estado a punto de morir?

—No, por suerte no, pero hay una cabeza que necesita un cosido.

—No te preocupes, coser es lo nuestro.

El herido es puesto en manos de los tejedores.

En nuestra ausencia, en medio de la plaza, donde estaban los tenderetes de los vendedores, ha sido dispuesto un fuego para hacer la comida: algunas mujeres dan vueltas a una ternera en el espetón.

—Y esto, ¿de dónde ha salido?

Una mujer gorda y rubicunda que transporta cacharros de cocina me aparta abriéndose paso con los codos:

—Gentileza del muy munífico consejero Wördemann. Sus mozos de cuadra no han querido aceptar nuestro dinero, de modo que nos la hemos llevado... ¡por las buenas! —Ríe contenta a carcajadas.

Sacudo la cabeza:

—Solo nos faltaba ponernos a cocinar...

La gorda deposita la carga, se pone en jarras y dice con aire desafiante:

—¿Y cómo quieres quitar el hambre a tus soldados, capitán Gert? ¿Con plomo acaso? ¡Sin las mujeres de Münster estarías perdido, te lo digo yo!

Me vuelvo hacia Redeker:

—¿Capitán?

El bandido se encoge de hombros.

—Sí, capitán. —La voz de Rothmann nos llega de detrás, está en compañía de Gresbeck, tienen unos pergaminos en la mano. El predicador tiene todo el aspecto de quien no quiere perder tiempo en explicaciones—. Y Gresbeck es tu lugarteniente... —Advierte la agita-

ción inmediata de Redeker, que estira el cuello entre nosotros para hacerse notar, y acto seguido añade resignado: Y Redeker el segundo.

—Ha ido mal. Yo quería dar la vuelta a la plaza, pero nos han cogido por sorpresa antes de que pudiéramos cruzar el canal.

—Las rondas informan de que están atrincherados con las armas en Überwasser. El burgomaestre Judefeldt está con ellos, junto con la mayor parte de los miembros del Consejo; Tilbeck no. Son unos cuarenta, y no creo que intenten atacarnos, están a la defensiva. Cuentan con un cañón en el cementerio del convento; el edificio es inexpugnable.

Suelto un suspiro de alivio. ¿Y ahora?

Rothmann sacude la cabeza:

—Si el obispo ha reunido realmente un ejército, las cosas podrían ponerse muy feas.

Gresbeck desenrolla el pergamino delante de mí:

—Echa una ojeada a esto mientras tanto. Hemos encontrado estos viejos mapas de la ciudad. Pueden sernos de ayuda.

Aunque el dibujo no es preciso, están indicados incluso los pasos más estrechos y todos los meandros del Aa.

—Excelente, veremos si nos sugieren algo. Pero ahora hay una cosa que hacer, la idea me la ha dado Redeker. Sacaremos de las murallas un cañón, uno que no sea ni muy grande ni demasiado pesado, que pueda transportarse fácilmente hasta aquí.

Gresbeck se rasca la cicatriz:

—Hará falta un árgana.

—Consíguela. Siete arcabuces servirían de poco si tuviéramos que resistir a un ataque. Toma a los hombres que necesites, pero trata de traerlo lo más rápidamente posible. El tiempo pasa y cuando comienza a oscurecer será mejor estar bien protegidos.

Me quedo solo con Rothmann. En la cara del predicador una expresión de asombro que se transforma poco menos que en reprensión.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—No. Sea lo que sea lo que crea Gresbeck, no soy un soldado. Aislar a los que están en la plaza me parece lo más acertado, pero evidentemente han organizado grupos que recorren las calles de alrededor. Los muy bastardos se protegen el culo.

—Tú ya has luchado, ¿no es cierto?

—Un ex mercenario me enseñó a adiestrarme con la espada, hace muchos años. Combatí con los campesinos, pero no era más que un muchacho.

Asiente decidido:

—Haz todo lo que creas que deba hacerse. Estaremos contigo. Y que Dios nos asista.

En aquel preciso momento, de espaldas a Rothmann aparece al fondo de la plaza Jan de Leiden, nos ve también él, se acerca, con una expresión casi divertida.

—Ya era hora, ¿dónde te habías metido?

Mueve la mano arriba y abajo en un gesto alusivo:

—Ya sabes lo que pasa... Pero ¿qué ha sucedido, hemos tomado la ciudad?

—No, putaño de los cojones, estamos atrincherados aquí, allí fuera están los luteranos.

Sigue mi gesto y se enfervoriza:

—¿Dónde?

Le indico la barricada que está enfrente de los carros de la entrada de la plaza central.

—¿Allí, están allí detrás?

—Exacto, y cuidadito que están armados hasta los dientes.

Reconozco la mirada de mi santo rufián, es la de las grandes ocasiones.

—Cuidado, Jan...

Ya es tarde. Se está encaminando hacia nuestras defensas. No tengo tiempo de pensar en él, pues he de dar instrucciones a las rondas. Pero mientras estoy hablando con Redeker y Gresbeck, con el rabillo del ojo veo a Jan que se acerca a los defensores de la barricada, ¿qué coño se le habrá metido en la cabeza? Me tranquilizo cuando lo veo sentarse y sacar del bolsillo la Biblia. Bien, lee algo.

El mapa de Münster nos muestra los recorridos que podrían intentarse para rodear las posiciones de los luteranos. Redeker da una serie de consejos, cuáles son las zonas más expuestas, qué manzana de casas podría cubrir una eventual acción de aproximación. Pero cada conjetura se detiene ante la inexpugnabilidad de Überwasser: una cosa ha sido hacer salir a las novicias y otra muy distinta es arrebatarlo a cuarenta hombres armados.

De pronto llega hasta nosotros el alboroto del otro lado de la plaza. ¡Mierda! Justo el tiempo de echar un vistazo hacia nuestras defensas cuando veo a Jan de Leiden erguido de pie sobre la barricada con los brazos abiertos.

—¿Qué coño está haciendo?

—¡Corre, Gert, ese quiere que lo maten!

—¡Jaaan!

Me precipito por la plaza, casi me llevo por delante a la ternera en el espetón, tropiezo, vuelvo a levantarme:

—¡Jan, baja de ahí, loco!

Con la camisa abierta, muestra el pecho lampiño llamando a los tiros. Sus ojos echan chispas hacia los carros luteranos.

—Ahora, dentro de poco, derramaré mi furor sobre ti y sobre ti daré desahogo a mi ira. Serás juzgado según tus obras y te pediré cuentas por todos tus actos nefandos, luterano inmundo.

—¡Baja de ahí, Jan!

Ni que fuera invisible.

—Y no se apiadará mi ojo y no tendré compasión, pero te consideraré responsable de tu conducta y serán puestas de manifiesto tus vilezas: entonces sabrás quién soy yo, el Señor, aquel que castiga. Lo has comprendido, hijo de la gran puta luterana, tus proyectiles nada pueden hacerme. Rebotarán contra este pecho y se volverán contra ti, porque el Padre está en mí. ¡Él puede tragárselos y disparártelos por el culo cuando así lo quiera, directos a tu cara!

—¡Jan, por Dios!

Allí sigue erguido con la boca abierta de par en par emitiendo un sonido espantoso. Luego el rubio leidense loco levanta el rostro hacia el cielo:

—¡Padre, escucha a este tu hijo, atiende las súplicas de tu bastardo: barre del empedrado estas mierdas de perro! Ya has oído, luterano, cagón, te ahogará en un escupitajo de Dios y el Reino será para nosotros. ¡Lo celebraré con los santos sobre tu cadáver!

El arcabuz estalla dejando de piedra a Jan. Por un instante pienso que le han dado.

Se vuelve hacia nosotros, de la oreja derecha le corre un hilo de sangre, los ojos de poseso. Se deja caer y lo cojo en volandas antes de que se dé de bruces contra el suelo, sufre un vahído, no, se recupera:

—¡Gert, Geeert! ¡Mátalo, Gert, mátalo! ¡Casi me ha arrancado una oreja! ¡Dame la pistola que a ese me lo cargo yo... te lo ruego, dámela! Dispárale, Gert, dispárale o lo haré yo... ¡Está allí, míralo, está allí, Gert, la pistola, la pistola... me ha echado a perder!

Le dejo acurrucarse contra la pared y digo dos palabras a nuestros defensores: si vuelve a intentarlo, atadlo.

El sol descende por detrás del campanario de la catedral. Los perros roen los huesos de la ternera amontonados en el centro de la plaza. He establecido turnos de guardia en las barricadas: dos horas cada uno, para permitir a todos dormir un poco. Las mujeres han preparado yacijas improvisadas con lo que tenían a disposición y encendido los fuegos para la noche. El frío es intenso: alguno ha preferido dormir bajo cubierto. Sin embargo, los más decididos se han quedado, gente con la que se puede contar.

Nos calentamos al amor de la lumbre, arrebujados en las mantas. Un repentino alboroto en la barricada que cierra la plaza al sur nos hace ponernos en pie de un salto. Los centinelas escoltan hasta nosotros a un muchacho de unos veinte años, aire atemorizado y jadeante.

—Dice que es el servidor del consejero Palken.

—Al senador y a su hijo... Se los han llevado, iban armados, no he podido hacer nada, Wördemann... Estaba también el burgomaestre Judefeldt, los han cogido...

—Con calma, recupera el aliento. ¿Quiénes eran? ¿Y cuántos?

El muchacho está empapado de sudor, mando traer una manta. Los ojos saltan de un rostro a otro, le ofrezco una taza de caldo humeante.

—Yo sirvo en casa del consejero Palken. Hace media hora... entraron... una docena de hombres armados... Iban al mando de Judefeldt. Y han obligado al consejero y a su hijo a seguirlos.

—¿Qué querrán de Palken?

Knipperdolling, irritado:

—Es uno de los pocos que nos apoya en el Consejo. Wördemann, Judefeldt y todos los demás luteranos lo odian.

Rothmann no parece convencido. ¿De qué les sirve un rehén? En Überwasser son inexpugnables. El pánico en los ojos de Rothmann:

—¡Las llaves!

—¿Qué?

—Las llaves, Palken es quien guarda las llaves de las puertas del noroeste de las murallas.

—Sí, sí. —El criado levanta la nariz de la taza—. ¡Lo que precisamente querían eran las llaves!

—¡Gresbeck, el mapa!

Lo desenrolla a la luz del fuego con la ayuda de Knipperdolling. La Frauentor y la Judefeldtor: las puertas de detrás de Überwasser, el camino hacia Anmarsch:

—Quieren dejar entrar a los episcopales en la ciudad.

Mal asunto.

Es posible leerlo en los rostros de cada uno. Enjaulados en la estrecha plaza del Mercado, aislados de la otra orilla del Aa, donde los luteranos están llevando a cabo el perverso crimen que nos aniquilará. ¿Intentar una salida? ¿Salir de este embudo y desencadenar por sorpresa el asalto a Überwasser? La ciudad entera está sumida en un silencio irreal: a excepción de los contendientes, todos se hallan encerrados en sus casas. Mudos, en torno a tenues fuegos en espera del destino inminente y desconocido. ¿Quién está llegando a la ciudad?

¿Los tres mil combatientes asalariados del séquito de Von Waldeck?
¿Una avanzadilla en espera del día? Esta noche traerá las respuestas.

Knipperdolling está furioso:

—¡Vaya unos cabrones! ¡Patanes enriquecidos! Me acuerdo de todos esos bonitos discursos contra el obispo, los papistas y tanto llenarse la boca con las libertades municipales, con la nueva fe... ¡Quiero que digan a la cara que se venden al obispo por un puñado de escudos! ¡Al obispo lo hemos echado juntos! Quiero hablar con ellos, Gert, hasta ayer mismo todo hacía pensar cualquier cosa menos que dejaran que la ciudad fuese pasto de los mercenarios. ¡Que me diga a la cara ese cerdo de Judefeldt qué le ha prometido Von Waldeck! Proporcióname una escolta, Gert, quiero hablar con esos bribones.

Redeker sacude la cabeza:

—Tú estás loco. Sus palabras cuentan una mierda, lo único que miran es la bolsa; eres tú el necio que perdías el tiempo hablando con ellos.

Rothmann interviene:

—Tal vez pueda intentarse. Pero sin correr ningún riesgo inútil. Tal vez no son tan duros como parece. Tal vez no tienen más que maldito miedo...

Parten dos unidades. Una dirigiéndose a la Frauentor del sur, para luego volver a subir hasta las murallas, en total una decena de fantasmas. Redeker, por la parte opuesta, hacia la Judefeldertor.

Nada de iniciativas o ataques desesperados, todavía no. Vigilar las entradas caídas en sus manos, controlar los movimientos de entrada y salida. Tratar de leer el futuro en sus movimientos. Las dos unidades tienen como cometido inspeccionar y dejar centinelas a lo largo del recorrido y en la calle de Überwasser: ojos para escrutar el menor pestañeo y correos listos para dar noticias a cada hora.

Connmigo, para escoltar al jefe de las guildas del textil, una veintena, casi todos muchachos, dieciséis, diecisiete años, pero tienen agallas para dar y vender.

—¿Tienes miedo? —pregunto a esos bigotillos que crecen a duras penas.

La voz ronca del sueño sacudido de encima:

—No, capitán.

—¿Cuál es tu oficio?

—Mozo de tienda, capitán.

—Olvídate de lo de capitán. ¿Cómo te llamas?

—Karl.

—Karl, ¿eres rápido corriendo?

—Todo lo que me permitan las piernas.

—Bien. Si nos atacan y caigo herido, si ves que la cosa se pone fea, no pierdas el tiempo en recogerme, vete corriendo como el viento a dar la alarma. ¿Entendido?

—Sí.

Knipperdolling toma consigo a tres de los suyos y se pone en cabeza con un paño blanco en señal de tregua. Lo seguimos a algunas decenas de pasos.

El jefe de los tejedores está ya en las proximidades del monasterio, se pone a pedir que salga alguien a parlamentar. Nosotros nos quedamos un poco más adelante de San Nicolás, montamos las armas y las hondas preparadas para el lanzamiento. Desde Überwasser silencio. Knipperdolling sigue avanzando.

—¡Vamos, Judefeldt, sal! Burgomaestre de los cojones, ¿así es como defiendes tú la ciudad? ¡Raptas a un consejero y le abres las puertas a Von Waldeck! La ciudad quiere saber por qué habéis decidido dejar que nos maten a todos. ¡Sal y hablemos como hombres!

Alguien desde una ventana le responde:

—¿Qué coño has venido a hacer, sucio anabaptista? ¿Has traído a alguna de tus ramera?

Knipperdolling vacila, pierde la calma:

—¡Hijo de perra! ¡Ramera lo será tu madre!

Se adelanta de nuevo. Demasiado.

—¡Te estás liando con los papistas, Judefeldt, con el obispo! ¿Qué coño se te ha metido en la cabeza?

Vuelve atrás, idiota, vamos, no te acerques tanto.

El portal se abre de par en par, salen una decena de hombres, armados, se le echan encima.

—¡Al ataque!

Nos lanzamos, Knipperdolling se agita desgañitándose, lo sostienen entre cuatro. Retroceden mientras nosotros les disparamos con las hondas y las ballestas, ellos hacen fuego desde la torre. El portón vuelve a cerrarse y nosotros quedamos al descubierto, nos dispersamos, nos desparramamos por la plaza, respondemos al fuego, resuenan los gritos de Knipperdolling y los arcabuzazos. Nos han jodido. No hay nada que hacer, es preciso retirarse, recoger a los heridos.

Doy la orden:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Maldiciones y lamentos nos acompañan hacia la plaza del Mercado.

Nos han jodido y estamos hundidos en la mierda. Cruzamos nuestras barricadas y nos detenemos en la escalinata de San Lamberto, alboroto, voces, juramentos, todos se apiñan en torno a nosotros. Tendemos a los heridos, se los confiamos a las mujeres, la noticia

de la captura de Knipperdolling corre de inmediato con el rugido de rabia.

Rothmann está consternado, Gresbeck en cambio conserva la calma, ordena mantener los puestos, hay que refrenar el pánico.

Estoy furioso, siento que me hierve la sangre, me laten las sienes. Estamos hundidos en la mierda y no sé qué hacer.

Gresbeck me despabila:

–Ha vuelto Redeker.

Llega sin resuello también él, cara sombría:

–Han entrado. No más de una veintena, a galope tendido, caballeros de Von Waldeck.

–¿Estás seguro?

–He visto las corazas, los blasones de mierda. Apuesto a que está también ese cerdo de Von Büren.

Rothmann, la cabeza entre las manos:

–Se acabó.

Silencio alrededor.

Kibbenbrock trata de levantar los ánimos:

–Estad tranquilos. Mientras el grueso de las tropas del obispo no entre en la ciudad no pueden hacernos nada. Nosotros somos más y saben que no tenemos nada que perder. Pero hay que hacer algo.

El tejedor tiene razón, hay que pensar en alguna cosa. Pensar.

El tiempo pasa. Reforzamos la defensa en las barricadas. Nuestro único cañón es colocado en el centro de la plaza, para rechazar el asalto en caso de que alguna de las defensas sea desmantelada.

Los hombres no deben tener tiempo de que cunda el desaliento. Nuevas rondas y recogida de armas, recuperamos otros arcabuces. Dicen que los católicos están clavando guirnalda en los portales de las casas, para librarse de las hordas de Von Waldeck. Otras unidades para arrancarlas.

La ciudad está inmóvil, la plaza, iluminada por los fuegos, podría ser una isla en medio de un oscuro océano. Afuera, como animales aterrorizados, todos esperan encerrados a cal y canto en sus casas.

En sus casas.

En sus casas.

Hago un aparte con Gresbeck y Redeker. Deliberamos con urgencia.

Es posible hacerlo. Al menos intentarlo. Más en la mierda de lo que estamos...

La última consigna para Gresbeck:

–Estamos de acuerdo, entonces. Da aviso a Rothmann. Que se mueva, proporciónale los mejores hombres, apenas si tenemos el tiempo suficiente.

—Gert... —El ex mercenario me alarga sus pistolas sosteniéndolas por el cañón—. Toma estas. Son de precisión, un regalo de la campaña en Suiza.

Me las meto de través en el cinto:

—Nos veremos dentro de una hora.

Redeker me abre camino en la oscuridad casi total, con paso decidido. Doblamos dos o tres calles angostas, unos pocos pasos más y me señala el portón. En voz baja:

—Jürgen Blatt.

Cargo las pistolas. Tres fuertes puñetazos en la puerta:

—Capitán Jürgen Blatt, de la guardia municipal. Las tropas del obispo están entrando en la ciudad. El burgomaestre quiere que escoltemos a su señora y a sus hijas al monasterio. Rápido. ¡Abrid!

Pasos detrás del portón:

—¿Quién sois?

—He dicho que el capitán Blatt, abrid.

Contengo la respiración, ruido de cerrojos, apoyo el cañón en la rendija de la puerta. Apenas se abre un resquicio. Le hago saltar media cabeza.

Dentro. El de encima de las escaleras no tiene tiempo de apuntar con el arcabuz: lo agarro de una pierna, cae, grita, desenvaina un puñal, de dos brincos Redeker se planta en lo alto de la escalera y le da la puntilla con el cuchillo. Luego escupe.

Daga en mano, en el fondo del pasillo gritos de mujeres: una se para delante de mí:

—Llévame a donde está la señora.

Un gran dormitorio, baldaquino y adminículos varios. La señora Judefeldt, en un rincón, estrecha contra sí a las dos niñas, una sirvienta aterrorizada de rodillas, rezando.

Entre nosotros y ellos un pobre imbécil espada en mano, veinte años como mucho. Tiembla, no habla. No sabe qué hacer.

Redeker:

—Baja ese chisme, que podrías hacerte daño.

La miro fijamente:

—Señora, los acontecimientos convulsos de esta noche han hecho necesaria mi visita. No tengo ninguna intención de haceros daño, pero me veo obligado a pedirlos que me sigáis. Vuestras hijas se quedarán aquí con todos los demás.

Redeker sonríe maliciosamente:

—Echaré una ojeada a la casa, no sea que haya más criados celosos de su deber.

La mujer de Judefeldt es una mujer hermosa, de unos treinta años. Digna, contiene las lágrimas y levanta la vista hacia mí:

—Bellaco.

—Un bellaco que lucha por la libertad de Münster, señora. La ciudad está a punto de ser invadida por una horda de asesinos a sueldo del obispo. No perdamos más tiempo.

Doy un silbido a Redeker, que nos alcanza por las escaleras con un cofrecillo bajo el brazo. La expresión de mi cara no lo desalienta:

—Nos cargamos a sus criados, le robamos a la mujer. ¿Y los florines no?

En la salida, la vieja echa un abrigo de pieles sobre los hombros de su ama, mientras murmura un padrenuestro.

Escoltamos a la señora Judefeldt hasta la plaza del Mercado. Cuando la gente reconoce a la prisionera nos recibe una ovación que da renovado aliento a nuestro espíritu, las armas se alzan al cielo: ¡los baptistas están vivos aún!

Desde el otro lado Rothmann viene a nuestro encuentro, llevando del bracete a una distinguida dama, envuelta en un abrigo de marta cebellina, con una larga trenza negra que le cae por los hombros.

—Os presento a la señora Wördemann, mujer del consejero Wördemann. La señora es una hermana: yo mismo la he bautizado.

Redeker se acerca a mi oído:

—Al enterarse su marido por sus espías de este bautismo, quiso confirmarla en su fe a garrotazo limpio. La pobre ya se veía muerta: durante días no ha podido, no digo ya caminar, sino ni siquiera arrastrarse por los suelos.

La señora Wördemann, una belleza sobria, se encoge dentro del abrigo de pieles:

—Espero, señores, que dejéis que nos calentemos al fuego, después de habernos sacado por la fuerza en plena noche de nuestros aposentos.

—Por supuesto, pero antes me veo en la obligación de privaros de un objeto personal.

Saco los anillos de sus delgados dedos, dos piezas de oro con incrustaciones.

—¡Karl!

El muchacho llega a la carrera, cara de sueño y aturdimiento.

—Coge la bandera blanca y vete volando hasta Überwasser. El mensaje es para el burgomaestre Judefeldt: dile que dentro de media hora nos presentaremos en el monasterio, hemos de hablar. —Aprieto los anillos en el puño de Karl—. Entrégaselos. ¿Está todo claro?

—Sí, capitán.

—¡Vamos, ligero!

Karl se quita las botas demasiado grandes y se queda descalzo en la nieve. Cruza el campamento corriendo como una liebre, mientras yo hago una señal a los centinelas para que lo dejen salir.

—¿Quién de nosotros va? —pregunta Rothmann.

Kibbenbrock el Pelirrojo se adelanta, desciñéndose el cinto que sostiene la espada para entregársela a Gresbeck:

—Ya voy yo —nos dice. Me mira a mí y al predicador—. Si os ven a uno de vosotros podrían entrarles ganas de disparar. Yo represento a la guilda de los trabajadores del textil, no abrirán fuego contra mí.

Gresbeck interviene:

—Tiene razón, Gert, tú haces falta aquí.

Me saco las pistolas del cinto:

—Estas son tuyas. Está oscuro, no me reconocerán, utilizaré un nombre distinto.

—Te matarán.

El tono es ya de resignación.

Le sonrío:

—No tenemos nada que perder. Esa es nuestra fuerza. El mapa, rápido.

A Redeker:

—¿Conoces estos accesos por detrás del cementerio?

—Por supuesto, se llega a ellos cruzando por las pasarelas del Reine Closter.

—Probablemente habrán apostado centinelas aquí y allí. Forma grupos de tres o cuatro y llévalos a la otra orilla.

—¿Cuántos hombres en total?

—Por lo menos treinta.

—¿Y a los centinelas?

—Redúcelos, pero sin hacer ruido.

—¿Qué pretendes hacer? Nos quedaremos desguarnecidos.

Gresbeck sigue mi dedo sobre el pergamino.

—El monasterio es inexpugnable. Pero el cementerio no.

Gresbeck frunce el ceño:

—Es una plaza de armas, Gert, y hay también un cañón.

—Pero puede llegarse a él fácilmente y está fuera de tiro del monasterio. —De nuevo a Redeker—: Acercaos lo más posible; están atrincherados dentro y no vigilarán el muro exterior. Pero daos prisa, pues dentro de una hora como mucho amanecerá.

Un guiño de inteligencia con Kibbenbrock:

—Vamos.

Mientras nos encaminamos hacia el límite de la plaza, nos llega la voz de Rothmann a nuestras espaldas:

—¡Hermanos!

Recortado contra la luz de la antorcha, alto, muy pálido, el alieno que se pierde en medio del intenso frío nocturno: podría ser Aarón. O el mismo Moisés.

—Que el Padre acompañe vuestros pasos... y vele por todos vosotros.

Poco más allá de nuestra barricada nos cruzamos con Karl, que viene a la carrera, los pies congelados, con un jadeo que casi le impide hablar:

—¡Capitán! Dicen que podéis ir... que no abrirán fuego.

—¿Has entregado los anillos?

—Al burgomaestre en persona, capitán.

Una palmada en la espalda:

—Bien. Ahora corre a calentarte al fuego, por esta noche has cumplido con tu obligación.

Proseguimos. Überwasser se recorta como una negra fortaleza sobre el Aa. La iglesia de Nuestra Señora está junto al monasterio: nuestras rondas han oído durante una hora, provenientes de la torre del campanario, los tremendos alaridos de Knipperdolling, hasta que se ha quedado sin voz.

Ahora solo silencio y el leve discurrir del río.

Kibbenbrock y yo avanzamos uno al lado del otro, con una sábana blanca tendida en medio.

El crujir del portal que se entreabre y una voz alarmada:

—¡Alto ahí! ¿Quiénes sois?

—Kibbenbrock, representante del gremio de tejedores.

—¿Has venido a hacerle compañía a tu socio? ¿Quién es ese que está contigo?

—El herrero Swedartho, portavoz de los baptistas de Münster. Queremos hablar con el burgomaestre Judefeldt y con el consejero Wördemann, sus mujeres les mandan recuerdos.

Esperamos, el tiempo no pasa.

Luego otra voz:

—Soy Judefeldt, hablad.

—Sabemos que has dejado entrar en la ciudad a la avanzadilla del obispo. Tenemos que hablar. Salid tú y Wördemann, al cementerio.

—Ninguna inútil condescendencia—. Y recuerda que si no volvemos al campamento dentro de media hora, los trabajadores de San Gil poseerán a tu mujer, por delante y por detrás, ¡y así tal vez tu señora te dé por fin el varón que tanto deseas!

Un silencio glacial.

Luego:

—De acuerdo. En el cementerio. Los hombres no abrirán fuego contra vosotros.

Damos la vuelta al convento: el cementerio donde descansan por lo menos tres generaciones de monjas está rodeado por tres lados de agua y cerrado al fondo por un muro bajo de piedra; entre las cru-

ces de madera se levanta un campamento. Una veintena de caballos atados al muro que da frente al monasterio nos dicen que las rondas acaban de dar el parte. Hay un pequeño cañón que asoma detrás de un cúmulo de sacos terreros, defendido por tres luteranos, otros dos con los arcabuces están a la entrada y nos siguen con cautela. Los caballeros de Von Waldeck sacan brillo a sus espadas en su vivaque en torno a los fuegos, miradas asesinas y la superioridad pintada en el rostro: los asuntos de estos burgueses no nos incumben.

El burgomaestre y el hombre más rico de Münster vienen a nuestro encuentro, antorchas en mano, una docena de hombres armados a sus espaldas.

Lo pongo en guardia:

—Mantén a distancia a tus esbirros, Wördemann, o tu señora podría decidir que el pájaro de Rothmann es verdaderamente mejor que el tuyo...

El mercader, seco y de fiera mirada, sufre un sobresalto y me es cruta con cara de desagrado:

—Anabaptista, tu predicador no es más que un rebelde bufón.

Judefeldt le hace señas de que se calle:

—¿Qué es lo que queréis?

No lleva gorra, el pelo revuelto de la noche pasada en blanco, la mano que suda nerviosa sobre el estilete que lleva al cinto.

Dejo que sea Kibbenbrock quien hable:

—Estás a punto de cometer la estupidez de tu vida, Judefeldt. Una estupidez de la que te arrepentirás para el resto de tus días. No des un paso más mientras estés aún a tiempo. Al amanecer las tropas de Von Waldeck tomarán posesión de la ciudad, recobrará el dominio...

El burgomaestre lo interrumpe irritado:

—El obispo me ha asegurado que no tocará los privilegios municipales, tengo un documento escrito de su puño y letra...

—¡Tonterías! —le espeta Kibbenbrock—. ¡Cuando recobre el poder podrá limpiarse el trasero con tus privilegios municipales! ¿Quién podrá decirle nada cuando sea de nuevo dueño y señor de Münster? Razona, Judefeldt. Y también tú, Wördemann; haz si no tus cálculos: ¿qué provecho van a reportar a tus negocios las gabelas del obispo? La producción de los conventos volverá a desbancar a la tuya, y los franciscanos se enriquecerán mientras tú le pagas los tributos a Von Waldeck. Piénsalo. El obispo es un hijo de puta que se las sabe todas, prometer no le cuesta nada, los papistas estás acostumbrados a estos subterfugios mejor que yo.

Kibbenbrock ha levantado demasiado la voz. Un crujido de corazas y espuelas nos advierte del acercamiento de los caballeros, las antorchas

iluminan la cuidada barba y los guantes de cuero de Dietrich von Merfeld de Wolbeck, hermano de la abadesa de Überwasser, y brazo derecho del obispo. A su lado, Melchior von Büren: probablemente está aquí porque espera ajustar personalmente las cuentas con Re-deker.

Judefeldt se anticipa a toda pregunta:

—Señores, son baptistas, están aquí para parlamentar. Hemos prometido no hacerles ningún daño.

Dietrich Bigotesarriba sonríe burlonamente, asombrado:

—¿Qué sucede, Judefeldt, aún tratas con estos miserables? Dentro de una hora, no quedará de ellos más que un montón de huesos. Son muertos vivientes, no les hagas caso.

—El señor Von Merfeld no se equivoca —intervengo—. De todos los combatientes de esta noche, los únicos que no tienen nada que perder somos nosotros. La entrada del obispo en la ciudad solo puede significar para nosotros una muerte segura. Por tanto, no os quepa duda de que lucharemos y venderemos cara nuestra piel, la ciudad tendrá que ser tomada palmo a palmo.

Von Büren resopla:

—Sois unos conejos, no resistiréis ni lo que dura un bostezo de Su Señoría. Unos rateros y ladrones callejeros es lo que sois.

Kibbenbrock sonríe y sacude la cabeza para atraer la atención nerviosa de los dos mercaderes:

—Teméis tanto perder vuestro poder que habéis tomado a los vasallos de Von Waldeck en vuestra casa por miedo a nuestros cuatro arcabuces. ¿Sabes lo que te digo, Judefeldt? Que Von Waldeck sabía esto desde el principio. Sabía que podía aprovecharse de la desunión entre vosotros y nosotros, que podía dividir la ciudad en dos.

La frente alta del burgomaestre es un reproducirse de arrugas, los ojos se desplazan del rostro de Wördemann, más negro que nunca, a los míos y a los de Kibbenbrock, que no le da tregua:

—Todo esto no es más que un maldito lio, ¿no te das cuenta? Desde el principio el obispo ha hecho un doble juego, tranquilizándoos a vosotros para contar con apoyo dentro de la ciudad, alguien que le abriera las puertas en el momento preciso, y una vez dentro se acordará de pronto de que sois luteranos, rebeldes como nosotros a la autoridad del Papa. —Una pausa, el tiempo de que tomen conciencia de ello, luego añade—: Ya puedes olvidarte de tus libertades municipales: después de nosotros, os llegará el turno a vosotros en el patíbulo. Piénsalo, Judefeldt. Piénsalo bien.

Los dos burgueses están inmóviles, la mirada en Kibbenbrock y luego alrededor, buscando a un invisible consejero.

Von Merfeld, incrédulo:

—Judefeldt, ¿no querrás hacerles caso a estos dos miserables? ¿No ves que están tratando de salvar su vida, que están ya desesperados? Cuando Su Señoría haya llegado lo arreglaremos todo, existe un acuerdo entre nosotros, recuérdalo.

De nuevo silencio.

Escucho el latido del corazón, que marca el ritmo del transcurrir del tiempo.

Wördemann reza mentalmente el rosario de la contabilidad.

Judefeldt piensa en la mujer.

Judefeldt piensa en el ejército del obispo.

Judefeldt piensa en sus cuarenta hombres encerrados a cal y canto en el convento.

Piensa en los bigotes ridículos de Von Merfeld.

Piensa en la cerda de su hermana la abadesa, que sí, que siempre se ha sabido que era la espía del obispo en la ciudad.

Piensa en las guirnaldas en las casas de los católicos...

Alargo el brazo:

—Hemos venido desarmados. Interrumpamos nuestras hostilidades y defendamos juntos nuestra ciudad. ¿Qué coño tienen que ver en esto los nobles? Münster somos nosotros, no los papistas, ni los episcopales.

Von Merfeld espeta:

—¡Por Dios, no podéis dejaros convencer así por dos simples patanes sueltos de lengua!

Judefeldt suspira y tritura imaginariamente una serpiente en el puño:

—No son ellos los que vayan a convencerme, señor de Wolbeck. Vosotros no nos traéis más que promesas.

—¡La palabra de Su Señoría Franz von Waldeck!

—Pero estos... patanes, como los llamáis, ofrecen la paz sin necesidad de ningún ejército mercenario en la ciudad; es una propuesta que debo tener en cuenta.

Von Merfeld impreca:

—Pero ¿es que vais a creer a estas jetas de mierda?

—Yo soy aún el burgomaestre de esta ciudad. Tengo que pensar en el interés de sus habitantes. Sabemos que los católicos han recibido órdenes de colgar guirnaldas en las puertas de las casas. ¿Por qué, señor? ¿Podríais explicármelo? ¿Acaso es para que los mercenarios del obispo puedan reconocer qué casas librar del saqueo? No eran estos nuestros acuerdos...

Von Merfeld se queda de piedra, un matachín luterano le está acusando abiertamente, pero es Von Büren el primero en saltar:

—¡Si es así, conozco un modo de tratar a quienes vuelven la casaca!

Desenvaina la espada y la apunta a la garganta del burgomaestre.

Los luteranos reaccionan, pero basta una señal de Von Merfeld para que los caballeros se pongan en pie: veinte caballeros armados hasta los dientes y adiestrados para combatir contra una docena de burgueses atemorizados. En un choque directo no lo contarían.

Von Merfeld me dirige una sonrisa burlona de triunfo.

Un horrible alarido la apaga, como el chillido de un ave rapaz, desde la pared del fondo del cementerio; un grito que hiela la sangre y que eriza la piel de los brazos sube por el espinazo como una araña:

—¡Detente, cerdo!

Unas largas sombras de espectros avanzan por entre las tumbas, el ejército de los muertos que se despiertan. Alguien se deja caer de rodillas para rezar.

—¡Te hablo a ti, cerdo!

Macabro a través del campamento, surge de la noche, a la luz de las antorchas, el ejército de las sombras, treinta fantasmas apuntando con ballestas y arcabuces, con su capitán a la cabeza. Este se acerca, dos pistolas más grandes que él, las alas del ángel de la muerte:

—Von Büren, hijo de la gran puta. —Se para, escupe al suelo y bisbisea—: He venido para devorarte el corazón.

El caballero palidece, la espada vacila.

El ángel de las tinieblas Redeker avanza hasta escasos pasos de nosotros:

—¿Todo bien, Gert?

—Justo a tiempo. La situación puede decirse que se ha invertido, ahora os toca a vosotros decidir, señores. O resolvemos enseguida nuestras cuentas en el campo de batalla, o volvéis a montar a caballo y os vais por donde habéis venido.

Los bigotes permanecen atentos, Von Büren ha dado ya su voto bajando la espada, Judefeldt puede respirar por fin.

Somos el doble que ellos y encima más resueltos. No tenemos nada que perder, y Von Merfeld lo sabe.

Un chasquido y una imprecación en voz baja, una última mirada de desprecio al burgomaestre, se da media vuelta y se reúne con sus hombres con gran tintineo de espuelas.

Redeker apoya el cañón en el pecho de Von Büren, que cierra los ojos y espera petrificado el disparo. Una mano experta le desata la bolsa del cinturón:

—Lárgate, bastardo. Vuelve a lamerle el culo a tu obispo.

El sol asoma opaco por detrás de San Lamberto, mientras regresamos a la plaza del Mercado. Los caballeros están abandonando la ciudad escoltados por los hombres de Redeker y por los luteranos al mismo

tiempo: alguno jura haber visto a Von Büren llorar de rabia mientras cruzaba la puerta de la ciudad.

Las señoras de Judefeldt y de Wördemann se han reunido con sus maridos y Knipperdolling camina a nuestro lado junto con el consejero Palken y su hijo, un hilo de voz ronca, un ojo morado, pero de muy buen humor, como si pasara despreocupado en busca de una taberna.

En el campamento somos recibidos por un grito de exultación, los arcabuces disparan al aire, un bosque de manos se alza por encima de las cabezas, las mujeres nos besan, veo a gente que se desviste, Jan de Leiden es llevado en triunfo por un grupo de muchachas como si la sola fuerza de sus palabras hubiera sido capaz de derrotar al infortunio. La gente derriba las barricadas y se desparrama por las calles, esas mismas calles que durante una noche entera se han visto recorridas por la más grande amenaza. Las ventanas se abren, mujeres, niños y ancianos bajan a la calle, a pesar del intenso frío, a pesar de que el amanecer comienza apenas a disipar las tinieblas.

Knipperdolling pone cerveza para todos.

Rothmann viene a mi encuentro satisfecho, con cara de cansado pero sonriente:

—Nos hemos salido con la nuestra. Te había dicho que el Señor nos protegería.

—Sí, el Señor y los arcabuces —sonríó yo—. ¿Y ahora?

—¿Cómo?

—Y ahora ¿qué hacemos?

La respuesta en la voz de Gresbeck, ennegrecido por el humo de las antorchas, arrugado y sucio, la cicatriz blanca en una ceja parece haberse agigantado en medio de aquel rostro oscuro.

—Ahora démonos un respiro, capitán Gert del Pozo.

Me sonrío, le estrecho la mano al tiempo que le doy las gracias.

Knipperdolling está escuchando el parte de una de las rondas, con aire de preocupación, se inclina hacia nosotros:

—Gert, la que nos faltaba...

—¿Qué coño ha sucedido ahora?

—Von Waldeck ha lanzado contra nosotros a los campesinos de sus tierras. Vienen hacia aquí, tres mil, dicen; quieren arreglar las cosas en la ciudad de una vez por todas.

CAPÍTULO 30
Münster, Carnaval de 1534

El meadero de la guerra es la bodega.

Si la sangre de los hombres es la que riega su cuerpo corrupto, sin duda la orina que inunda su campo es la cerveza.

Cerveza que hincha el estómago de los varones guerreros, atenúa el miedo antes del combate, exalta la embriaguez después de la victoria. Meados que enriquecen de forma increíble a los cuidadores de la letrina. No menos importante que la sangre y el valor derrochados para decidir la suerte de una batalla.

Méate encima de tu enemigo antes de golpearlo, pues podría despertarse, aplacar su ira, disipar esa niebla que envuelve el ansia de sangre. Podría considerar absurda la suerte que está a punto de infligir, o tocarle. Y retirarse.

Han llegado rabiosos como perros y se han marchado borrachos perdidos.

Veinte barriles de cerveza, toda la reserva de la bodega municipal. Obsequio de la ciudadanía de Münster a los hermanos del condado, con mucha delegación en gran pompa para recibirlos en la Judefeldertor.

El rencor obtuso de los tres mil campesinos se ha disuelto al tiempo que la espuma.

El último peligro superado transforma los festejos en una bacanal, rica en momentos grotescos.

Acude a la plaza del Mercado un grupo de mujeres desmelenadas, medio desvestidas, o incluso desnudas. Se dejan caer en el suelo adoptando la forma de un crucifijo, se revuelcan en el fango, lloran, ríen y se dan golpes de pecho invocando al Padre celestial.

Ven chorrear la sangre del cielo.

Ven fuegos negros.

Ven a un hombre coronado de oro montado en un caballo blanco que empuña la espada destinada a los impíos galopar por el cielo.

Lllaman con grandes voces al rey de Sión, pero el único que podría contentarlas con su presencia en escena está quitándose la calentura en alguna taberna.

La gente ríe y se divierte, dejándose cautivar como por una actuación de Jan el leidiario. Pero no el herrero Adrianson, harto de tanto grito histérico, que empuña el arcabuz y de un disparo derriba la veleta del tejado de una casa. Caee con espantoso estrépito. La esce-

na se interrumpe al instante. Las mujeres vuelven en sí como despertadas de una pesadilla. Adrianson se gana los aplausos de los presentes.

En los días siguientes se hace cada vez más claro que Von Waldeck no va a conseguir volver a la ciudad.

Muchos católicos lían los bártulos.

La relación de fuerzas está totalmente a nuestro favor, y ni siquiera los luteranos pueden mostrarse hostiles con nosotros: el burgo-maestre Tilbeck, como buen oportunista que es, se ha hecho incluso bautizar por Rothmann, confiando acaso en ser reelegido. Judefeldt nos ha recibido en el Ayuntamiento y no ha podido sino tomar nota de nuestra decisión de hacer votar a todos los cabezas de familia en las próximas elecciones, sin distinción de riqueza. Era un plato indigesto para él, pero un rechazo por su parte lo hubiera hecho más todavía, la ciudadanía está totalmente con nosotros. Knipperdolling y Kibbenbrock son candidatos.

Está claro ahora que los ricos mercaderes ya no tendrán en un puño a la ciudad.

Muchos luteranos lían los bártulos.

Recogen sus objetos de oro, el dinero, las joyas, los objetos de plata de casa, hasta los embutidos más exquisitos. Pero hay que pasar la inspección del capellán Sündermann, incansable centinela de la plaza del Mercado en los días de nuestra victoria. Wördemann el Rico, atrapado en la Frauentor, es obligado pistola en la cabeza a cagar los cuatro anillos que se ha metido en el culo, mientras su guapa señora sufre un palpamiento indecoroso y sus servidores no consiguen contener las carcajadas.

Las protestas femeninas llevan a apartar a Sündermann de sus funciones: quien quiera marcharse puede hacerlo libremente. Y esta es precisamente la idea del noble Johann von der Recke, solo que su mujer y su hija son del parecer de que quien quiera quedarse puede hacerlo no menos libremente y corren volando a los brazos del gentil Rothmann, que las recibe en su casa. Cuando el necio carcamal va a buscarlas no recibe sino insultos: descubre que ya no es ni padre ni marido, que no puede hacer uso del bastón con las mujeres de su casa, ni dictar ley a su antojo y que más le vale olvidarse de que tiene mujer e hija e irse a tomar por culo lo más lejos posible. Mientras abandona la ciudad los comentarios sobre el papelón que ha hecho han corrido ya entre el mujerío de Münster: Von der Recke escapa bajo una lluvia de objetos de toda clase.

Adrianson descerraja la cerradura con los enseres del oficio. Entramos. Una gran sala, mobiliario lujoso y alfombras. Sus legítimos propietarios ni siquiera han apagado las brasas de la chimenea antes de irse. Uno de los hermanos Brundt reanima el rescoldo. La escalera lleva al piso superior. Una alcoba, una habitación más pequeña. En el centro una tina de madera, el aguamanil y el bacín en un rincón. Sales de baño y todo lo preciso para el cuidado personal de una richahembra.

Adrianson aparece en la puerta, con aire interrogativo.

Asiento:

—Me gusta. Pon a calentar agua.

Me desvisto, alejo de una patada la camisa y el jubón, un único fardo negro maloliente. Fuera primero las calzas. Quemarlas. En un gran armario encuentro ropa limpia, de elegante tela. Me sentará muy bien.

Adrianson vierte los dos primeros cubos humeantes en la tina, lanzándome una mirada insegura. Sale sacudiendo la cabeza.

Llega un coro de la calle.

Llegaron pavoneándose y victoriosos,
cuando se habían ido mustios y llorosos,
aquella noche dentro del cementerio
se encontraron con un fantasma negro.

Al burgomaestre la guapa mujer le birló,
al cerdo del obispo las ganas quitó,
esto pasa si a Gert del Pozo encuentras,
le pisas un pie, él te arregla las cuentas.

—Pero ¿los oyes? —Knipperdolling irrumpe carcajeándose—. ¡Te adoran! ¡Los has conquistado! Ven, ven a ver.

Me lleva a la ventana. Una treintena de fanáticos, que se muestran simultáneamente exultantes tan pronto como ponen los ojos en mí.

—Apareces ya en sus canciones. Todo Münster te aclama.

Se asoma, me pone una mano en el hombro. Grita a los de abajo:

—¡Viva el capitán Gert del Pozo!

—¡Viva!

—¡Viva el libertador de Münster!

Río y me echo atrás. Knipperdolling me retiene y exclama:

—¡Con vosotros hemos liberado Münster, y con vosotros haremos de ella el orgullo de la cristiandad! ¡Viva el capitán Gert del Pozo! ¡Toda la cerveza de la ciudad no será nunca suficiente para brindar a su salud!

Vocerío, gritos, lanzamiento de objetos, Knipperdolling, bardaje, izaremos tu panza en lo alto del Ayuntamiento, carcajadas, jarras alzadas al cielo...

Knipperdolling cierra la ventana saludando con grandes aspavientos.

—Ganaremos. Ganaremos las elecciones, basta con una palabra tuya y no tendremos rival.

Señalo la ciudad más allá del cristal:

—Es más fácil expulsar al tirano que estar a la altura de sus esperanzas. Tal vez lo difícil viene ahora.

Me mira perplejo, luego espeta:

—¡No seas malasombra! Cuando hayamos ganado las elecciones decidiremos cómo administrar esta ciudad. Ahora disfruta de la gloria.

—La gloria me espera en una tina de agua humeante.

CAPÍTULO 31
Münster, 24 de febrero de 1534

La marea ha subido hasta este día crucial. Ayer Redeker arengó al pueblo en la plaza del Ayuntamiento: como resultado veinticuatro de ellos han sido elegidos para el Consejo. Herreros, tejedores, carpinteros, obreros, hasta un panadero y un zapatero remendón. Los nuevos representantes de la ciudad cubren todo el espectro de oficios menores, la escoria humana en cuyas manos nunca se podía imaginar uno que fueran a poner la suerte de este mundo.

La noche ha pasado en medio de festejos y danzas carnalescas, y esta mañana han sido despachadas las últimas formalidades: Knipperdolling y Kibbenbrock son los nuevos burgomaestres. El Carnaval puede empezar.

Los primeros en comenzar son los mendigos de Münster, que entran en la catedral y como verdaderos últimos que son se toman un anticipo a cuenta de lo que ha de corresponderles en el reino de los cielos: desaparece todo el oro, los candelabros, los brocados de las estatuas y el óbolo para los pobres pasa directamente a las manos de los interesados, sin que los sacerdotes puedan sisar nada. Cuando Bernhard Mumme, hilandero y cardador, se encuentra frente al reloj que durante años ha marcado el tiempo de sus sudores, hacha en mano, no se lo piensa dos veces y hace saltar todos aquellos artilugios infernales. Entretanto sus colegas hacen sus necesidades en la biblioteca capitular, dejan recuerdos malolientes en los libracos litúrgicos del obispo, los retablos del altar son abatidos y, a fin de que puedan servir de estímulo a los estreñidos, se construye con ellos una letrina pública junto al Aa. El baptisterio es demolido a mazazos, juntamente con el órgano de tubos. La gente se entrega a una desenfrenada francachela bajo las bóvedas, se prepara un banquete sobre el altar, por fin se come hasta el hartazgo, por fin se jode, contra las columnas de la nave, en el suelo, el espíritu liberado de toda atadura, todos meándose sobre las losas sepulcrales de los señores de Münster, sobre aquellos nobilísimos esqueletos que yacen justo debajo del pavimento. Y después de haber abonado a voluntad aquellos restos mortales aristocráticos, todos a lavarse el culo en la pila bautismal.

Llorad, santos, mesaos las barbas, pues vuestro culto ha llegado a su fin. Llorad, señores de Münster, vosotros que con la devoción del oro rodeáis el pesebre de Cristo: vuestra época ha entra-

do en el ocaso. Nada de cuanto durante siglos ha representado el poder nefando de los curas y de los señores debe permanecer en pie.

Las demás iglesias sufren el mismo tipo de visitas, tropes de pobres miserables cargados de botín andan por los caminos, regalan las vestiduras de misa a las ramerías, prenden fuego a los documentos de propiedad que se han llevado de las parroquias.

Toda la ciudad está de fiesta, las procesiones carnavalescas recorren las calles en carros. Tile Bussenschute vestido de fraile atado a un arado. La puta más famosa de Münster llevada por todo el cementerio de Überwasser con acompañamiento de salmos, ondear de estandartes sagrados y repicar de campanas.

—¿Sois vos Gert Boekbinder? —Un asentimiento distraído—. Me manda Jan Matthys. Os informa de que estará en la ciudad antes de la puesta del sol.

Aparto los ojos del tablado. Un rostro joven.

—¿Eh?

—Jan Matthys. ¿No sois uno de sus apóstoles?

Busco en los ojos el brillo alegre de la broma, pero en vano:

—¿Cuándo has dicho que llegaría?

—Antes de que oscurezca. Hemos hecho noche a diez leguas de aquí. Yo he partido de madrugada.

Lo aferro por un hombro:

—Vamos.

Nos abrimos paso con los brazos entre el gentío. El espectáculo ha reunido a mucha gente: está en escena el mejor imitador de Von Waldeck de todo Münster. Cada plaza tiene su atracción en el día de hoy: música y danza, cerveza y lechón, juegos de destreza, parodias del mundo al revés, representaciones bíblicas.

Mi joven amigo se deja distraer por un par de tetas exhibidas con descaro en un rincón de la calle.

—Ven, ánimo. Te presentaré a otro de los apóstoles.

Ahora hay necesidad de él. Beuckelssen es el único que puede improvisar algo en un momento así. Si no recuerdo mal está actuando delante de la iglesia de San Pedro.

Un cortejo de Carnaval viene a nuestro encuentro y nos aplasta contra las paredes de las casas. Abren su marcha tres hombres con un asnillo a cuestas. Detrás viene un carro, tirado por una decena de reyes. En el centro figura un arbolito con las raíces en alto, en una tina un hombre desnudo se ensucia con barro. En una esquina el Papa ora en actitud de recogimiento.

—¡Muera Sansón con todos los filisteos!

La voz de Jan llega hasta nosotros de lejos, da lo mejor de sí mismo: se la oye como vibrando en el esfuerzo sobrehumano de demoler las columnas del templo de Tiro. El entusiasmo de los espectadores no es menor.

Subo al tablado al lado del Santo Rufián y el estallido de los aplausos se detiene casi de golpe. Una sensación de expectativa, un rebullir de voces que se aplacan.

Al oído:

—Matthys estará aquí antes de la puesta del sol. ¿Qué hacemos?

—¿Matthys?

Jan de Leiden no sabe hablar en voz baja. El nombre del profeta de Haarlem es como una piedra lanzada en el estanque vociferante que hay debajo de nosotros. Las ondas se van ensanchando rápidamente.

—Esta noche tenía que celebrarse el banquete de fiestas a cargo de los consejeros, el reparto de las pellizas y todo lo demás... —Una caricia en la barba—: Tranquilo, amigo Gert, ya pensaré yo en ello. Tú ve a avisar también a los demás, si es que aún no lo has hecho. Knipperdolling estará entusiasmado de poder conocer al gran Jan Matthys.

Asiento, de nuevo indeciso. Al dejarlo en el escenario, casi una súplica:

—Jan, por favor, nada de tonterías...

Por la noche se levanta un viento que dejaría helados a los mismos lobos. Las ráfagas llegan cargadas de una nevisca gélida y cortante. Las calles se blanquean.

El rumor de que Matthys está ya aquí ha llegado a todos los oídos de la ciudad. En torno al Aegiditor, por la calle que lleva a la catedral, algunos han ocupado ya sitio desde hace rato. Las antorchas se encienden a medida que la luz se disipa.

—¡Sí, es él! ¡Sí, Enoc!

Kibbenbrock y la mitad del Consejo, de un lado; Knipperdolling y la otra mitad, del otro, empujan por fuera los pesados batientes. El chirriar de los goznes es una señal. Los cuellos se alargan hacia la puerta. La escasa luz que ha quedado de este día penetra primero como una hoja, luego lentamente se expande hasta llenar la arcada entera.

Jan Matthys es una sombra oscura, erguida, el bastón en la mano. Avanza a paso lento, sin una mirada para la multitud. Los dos nuevos burgomaestres, junto con todo el Consejo, caminan detrás de él, a corta distancia, las antorchas en alto sobre la cabeza. Un canto quedo los acompaña.

Observo mejor: en la nieve que continúa posándose sobre el empedrado en copos cada vez más grandes, los pies del Profeta Panadero están descalzos, desnudos. En la mano no sostiene un simple bastón, sino un aventador: la pala usada por los campesinos para separar el grano de la paja.

Mientras Matthys avanza los dos bandos encendidos de entusiasmo de la calle se cierran tras él y el cortejo se engrosa. Jan de Haarlem se para, agarra el aventador con las dos manos, lo levanta apuntando al cielo. Los cantos cesan de golpe.

—¡Dios está a punto de barrer su era! —grita, primero solo y luego acompañado del rugido de centenares de voces. La larga pala agita la nieve con brazadas furiosas.

—¡Dios está a punto de barrer su era!

Le hace eco la voz de la multitud, que informa a los recién llegados:

—¡El profeta, el profeta está aquí!

—¡Ha llegado!

—¡Jan Matthys, el gran Jan Matthys está en Münster!

Avanza, la gente se agolpa hacia la plaza central. Todos quieren ver al mensajero de Dios, alto, enjuto, negro, barbudo, descalzo.

Ahí está.

He aquí a Enoc.

Se detiene, el asomo tal vez de una sonrisa, tal vez.

Beuckelssen se para delante de él con los brazos abiertos:

—Maestro. Hermano. Padre. Madre. Amigo. Un ángel me ha dicho que llegarías hoy. El ángel que he visto entrar a tu lado y que ahora revolotea sobre tu cabeza. Hoy, no ayer, ni mañana. Hoy, que la victoria es nuestra y los enemigos están derrotados. Ángel de Dios. Cuánto te amo.

Matthys se acerca a él y le suelta un puñetazo en una mejilla que lo manda al suelo. Todos se quedan helados. Se levanta de nuevo. Sonríe. Los dos Jan se abrazan estrechamente como si quisieran triturrarse, se quedan así en aquel doble apretón, tambaleándose un buen rato. Beuckelssen llora de alegría.

Me acerco, busco la mirada:

—Bienvenido a Münster, hermano Jan.

Me abraza también a mí, muy fuerte, me deja sin respiración. Le oigo murmurar conmovido:

—Mis apóstoles, mis hijos...

Los ojos son antorchas negras, los mismos que mil meses atrás me confiaron una misión. Pero hay algo, como un malestar extraño: no caigo en la cuenta hasta ahora de que no había vuelto a pensar en Matthys desde que llegamos aquí. Los acontecimientos me han tras-

tornado. La lucha y el peligro que esta gente ha vivido le son ajenos. Lo hemos hecho todo por nuestra cuenta, pero ahora él está aquí y recuerdo que vinimos en su nombre, con su palabra en la boca. Münster nos ha chupado las energías, nos ha hecho combatir, empuñar las armas, arriesgar la vida. ¿Cómo puedo explicártelo, Jan, cómo? Tú no estabas.

Me quedo callado. Lo miro subir al palco de los espectadores, levantado al amparo de la catedral. Los hachones dibujan su sombra alargada en la fachada de la iglesia, un demonio danzante que hace gestos de mofa a la gente allí reunida. La nieve intercepta la luz, remolinea sobre las cabezas: un escalofrío en el cuerpo.

Altísimo y flaco como no lo recordaba, pasa revista a los rostros, como si quisiera recordar los rasgos, uno por uno, los nombres.

Se ha hecho un silencio irreal. Las miradas dirigidas todas a él, desde debajo de los hachones, la respiración de cientos de hombres y mujeres, suspensa sobre la plaza, junto con las vidas también.

La voz es un gorgoteo profundo, que parece salir de una cavidad de la tierra.

—No a mí. No a mí. No me adoras a mí, progenie festiva de elegidos. No a mí. El fuego de esta noche arde en los altares, consume las estatuas, arde en el infierno con todo lo que existía. Y no existirá nunca más. El viejo mundo se consume cual pergamino en el fuego. El mundo, el cielo, la tierra, la noche. El tiempo. No existirá nunca más. No me elevas a mí a la gloria de la eternidad. No a mí. La palabra no conoce el pasado, el futuro. El Verbo es solo el ahora. Es carne viva. Todo lo que sabías, el conocimiento, el caduco buen sentido del mundo que existía. Todo. Es ceniza. No me conduzcas a la victoria. No me entregues a este día de gloria. No me defiendas con el puño apretado contra tu enemigo. No soy yo el caudillo de esta guerra. Ni tampoco esta boca, estos huesos corroídos por la pasión. No. Tu Señor. Al que desde siempre te han obligado a adorar en las iglesias, en los altares, postrado de hinojos delante de las estatuas. Está aquí. Dios es esta sangre, estas caras, esta noche. Su gloria no es flor de un día, no dura la fiesta de una estación, sino que quiere la eternidad. La hace suya mediante el hierro, tritura, hunde, aplasta. Allí fuera, allende las murallas, el mundo se ha acabado ya. He atravesado la nada para llegar hasta aquí. Y los campos se hundían tras los pasos, los ríos se secaban, los árboles caían y la nieve descendía como una lluvia de fuego. Y de sangre. Un mar discurría detrás. Un océano que subía, una oleada de ira. Cuatro caballeros galopaban a mi lado, caras de muerte, pestilencia, hambruna, guerra. Ciudad, castillos, aldeas, montañas. No queda ya nada. Dios se ha detenido solamente delante de estos muros, para pedirte el alma, el brazo y la vida. Y ahora te anun-

cia que la Escritura está muerta y que en tus carnes grabará la nueva palabra, escribirá el último testamento del mundo y lo quemará en el fuego. Tú, Babilonia de lodo y meretricio. Tú, la última en la tierra. Tú eres la primera. Todo comienza a partir de aquí. De estas torres. De esta plaza. Olvida tu nombre, a tu gente, a tus impíos mercaderes, a tus sacerdotes idólatras. Olvida. Pues el pasado es de los muertos. Hoy tienes un nombre nuevo y ese nombre es Jerusalén. Hoy eres conducida a la batalla por Aquel que te llama. Por medio de tu mano su hacha edificará el Reino, paso a paso, ladrillo a ladrillo, cabeza a cabeza. Hasta el cielo. Escoria de los humildes, de los despreciados de una era remota, combatirás sin temer ningún daño, milicia de Dios en el reino por venir. Pues tu caudillo es el Señor.

Tiemblo. Un instante detenido. Suspendidos en el tiempo, la noche borra el mundo más allá de la plaza, ya nada, solo nosotros, aquí, reunidos en un solo respirar. Compacto, en el terror de las palabras, el ejército de la Luz. Sus ojos recorren las filas, enrolándonos uno tras otro. Temor y orgullo, y también certeza, porque solo esas palabras pueden ahuyentar el miedo. Estar a la altura de su cometido.

Tiemblo. Queríamos la ciudad. Nos ha puesto delante el Reino. Queríamos el Carnaval de la libertad. Nos ha obsequiado con el Apocalipsis.

Dios mío, Jan. Dios mío...

CAPÍTULO 32
Münster, 27 de febrero de 1534

¿Son gélidas las llamas del infierno? ¿Hay que esperar semidesnudos, hambrientos, uno detrás de otro, mudos, la hora en que Cerbero nos arroje por la puerta al hielo eterno de la impiedad?

La era tiene que ser barrida.

¿Qué infamia, que no pueda ser borrada, estigmatiza a estos chiquillos bañados en lágrimas, estrechamente apretados a madres deshonradas, a viejos aterrorizados que se mean en sus propios harapos? ¿Quién les explicará por qué fueron arrojados del Edén?

Cabeza sobre cabeza, ha sentenciado Enoc. Cabezas apiladas en las torres, en las murallas para adornar las almenas, amontonadas ordenadamente, puestas bien visibles para el obispo y el caminante, la monja y el soldado, el pío y el ladrón, y sobre todo para el ejército de las tinieblas que pronto asediará a la Nueva Jerusalén, ha ordenado el profeta.

De manera que se diría un gesto de clemencia ese «¡Idos, hombres sin Dios! ¡Y no volváis nunca más, enemigos del Padre!» gritado por Matthys bajo la tormenta.

Pasa arrastrándose despacio por el blanco manto de nieve el éxodo de los viejos creyentes. Desnudos. La mirada en el suelo, contando los pasos que quedan antes de acabar congelados. Tal vez alguno pueda esperar alcanzar Telgte, o Anmarsch. Nadie podrá conseguirlo, tal vez los adultos más fuertes, de ir solos, pero no dejarán atrás a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres.

—No hay nada que esperar. Ahora el Padre quiere hacer justicia.

—¿Qué quieres decir?

—Deben morir.

Casi sereno mientras lo dice, seráfico, la mirada fija.

Pasan. Lloran. Sostienen barrigas embarazadas. Papistas, luteranos: el viejo mundo sepultado por la tempestad evocada por Jan Matthys. Puede leerse la señal: la voluntad de Dios.

—Está escrito, no hay nada más que saber, ¿es lo que quieres decir? Están condenados, deben morir. ¿Quieres cortarles la cabeza a todos?

—Este es el lugar elegido. Esta, la Nueva Jerusalén: no hay sitio para los no regenerados. Aún tienen la posibilidad de elegir, de con-

vertirse. Pero están a punto de sonar los últimos toques. Que no se duerman.

—¿Y si no lo hacen?

—Serán borrados de la faz de la tierra junto a todo lo que es decrepito.

—Entonces, mándalos lejos. Deja que al menos se vayan, que se reúnan con su jodido obispo, o sus malditos amigos luteranos.

Se consuma la rendición de cuentas ante nuestros propios ojos. Hemos vencido, por tanto. Pero ¿dónde está la indecible alegría, la risa vital, el deseo de unir los cuerpos, todos los cuerpos de las mujeres comunes y de los hombres en el abandono del abrazo y en el calor de la luz?

Nuestra tarea ha concluido: el tiempo ha tocado a su fin, ya pensará el omnipotente Dios en todo lo demás. El Apocalipsis, la revelación, llega desde lo alto, nos atrapa en una pantomima trágica y terrible a la que no es posible sustraerse, a menos que se quiera renunciar a todo aquello por lo que se ha luchado, perdiendo el sentido mismo de nuestro estar aquí, desafiando al mundo.

¿Hemos vencido? ¿Por qué invade mi boca este sabor acre? ¿Por qué evito como la peste la mirada de los hermanos?

«Que sirva de admonición, de admonición para todos.»

Me parecen obscenas las invectivas de los más exaltados. Crueles los escupitajos y los puntapiés a los derrotados. No son ya los enemigos del pueblo de Münster, ni aquellos que nos han vejado durante siglos, no son ya hombres, mujeres, niños, sino criaturas deformes, monstruosas, repulsivas. Únicamente su extinción puede darnos la vida, confirmar la palabra de Dios sobre el destino que nos espera.

¿Soy yo acaso el derrotado de todo tiempo, de toda lucha?

El Santo Juglar de Leiden recorre esa fila tocando apenas las cabezas con un pequeño bastón. La cuenta se detiene en un chiquillo, la mirada de Jan está en el cielo.

—¿Por qué? ¿Por qué un inocente? —Cae de rodillas llorando—. ¡Este no tiene culpa alguna! ¡El ángel de la luz revolotea sobre él! —Se da golpes de pecho, grita más fuerte, solloza—. ¿Por qué?

El pequeño hunde el rostro en el regazo de su madre. Ella bebe en el fondo de la desesperación, dobla las rodillas, lo abraza y lo levanta hasta el pecho entre lágrimas. Luego, en un gesto definitivo, la mujer lo aleja de sí y de su propio fin, e implora:

—Sálvalo. Tómallo contigo.

El apóstol de Matthys vuelve a levantarse, se mesa la barba y vuelve hacia el ángel anuncia:

–El Padre separa el grano de la paja. –Luego desciende la mirada sobre el chiquillo–: A partir de hoy tú serás Seariasub, «el resto que retorna», aquel que se convierte y escapa así del castigo. Ven.

Lo coge consigo, mientras la puerta engulle ya el éxodo de los condenados.

La tempestad oscurece mi vista como el más sombrío de los presagios.

El Carnaval ha terminado.

CAPÍTULO 33
Münster, 6 de marzo de 1534

Mal asunto. Ruecher, el herrero, atado a una gran rueda de carro con unas pesadas cadenas, probablemente forjadas por él mismo, está rodeado por cuatro soldados de la guardia improvisada, como todo lo demás en estos días, y espera.

La población, con los recién llegados que aumentan de día en día, es llamada a reunirse a segunda hora, por el sumo Profeta: airado, desilusionado, triste, hecho una furia por el comportamiento de sus santos súbditos.

Ruecher, el herrero, ese grandísimo pedazo de mierda, se ha atrevido a proferir duros comentarios de censura sobre el resultado de tres días de meditación, total abandono y descenso pleno de la luz del Altísimo al interior del cuerpo mortal del Gran Matthys, que habían producido importantes decisiones.

Qué coño va a ir todo bien, dijo el herrero haciéndose eco de lo que muchos pensaban, la abolición de toda propiedad, la plena comunión de todo lo que está disponible, riqueza de nadie y para todos, por supuesto, eso ya lo habíamos pensado nosotros, y antes incluso, el fondo para los pobres, que era sacrosanto, unas reglas nuevas, pero, coño, mira que ir a nombrar a siete diáconos para la administración y el reparto de todos los recursos, para la solución de cualquier conflicto o necesidad, sin que ni uno, ni siquiera uno, haya nacido y vivido en la ciudad que fue Münster, todos holandeses, todos discípulos suyos, y coño, ha dicho, hemos arriesgado nuestras vidas por las libertades municipales, poco ha faltado para que nuestras cabezas fueran a adornar las almenas de las murallas, coño, y luego llega uno, sí, un gran profeta, todo lo que quieras, iluminado por la palabra santa, es cierto, pero qué coño, no uno, sino todos holandeses, y además tampoco estaba cuando nosotros tomamos la ciudad, ¿así es como funciona esto?, llega uno, se lo encuentra todo hecho y a mandar, a mandar y a poner a los suyos a dar órdenes, se pone a mandar y a nosotros que nos den de nuevo por culo.

Arrestado de inmediato.

Hubert Ruecher. Herrero. Münsterita. Baptista. Héroe de las barricadas del 9 de febrero. Hubert Ruecher. Hijo de la causa. Forjador de proyectiles. Combatiente por la liberación de Münster de la tiranía del obispo.

Hubert Ruecher arrastrado cubierto de cadenas por la plaza del Mercado: un traidor, un infame, que ha planteado una duda, ha hablado en contra, ha dicho que Matthys estuvo rezando tres días para luego nombrar diáconos a sus más fieles. La comunión de todos los bienes, de acuerdo: recogerlos en esos almacenes grandes, uno por cada barrio, y repartirlos entre quienes tengan necesidad de ellos, sí, pero ¿por qué poner a la cabeza a siete holandeses? ¿Por qué? ¿Por qué excluir a los münsteritas? Una tontería, Jan, una tontería imperdonable. ¿Acaso tienes miedo? ¿Y de qué? ¿De quién? Somos todos santos, lo has dicho tú, hemos sido elegidos, somos hermanos. ¿Crees que concentrando todo el poder en tus manos vas a impedir que surja la duda en alguien? Alguien que ha luchado por liberar su ciudad y ahora, tras la elección de esos siete holandeses, puede pensar que lo ha hecho por nada, para no ser dueño siquiera de decidir en su propia casa.

Alguien como Hubert Ruecher.

Te lo han contado todo –¿acaso has mandado espías por la ciudad?–, has enviado a tus esbirros a apresarlos por la fuerza. Encadenado, ahora, echando espumarajos de rabia: una amonestación para todo el mundo. Te has vuelto loco, Jan, no es por esto por lo que han luchado.

Te veo, mientras subes imponente al tablado, ojos de hielo y barba más puntiaguda que nunca.

Te veo, mientras hablas de la falta de fe, agitando el aventador.

Te veo.

–El Señor está airado, porque alguien ha planteado la duda sobre la tarea de Su profeta.

Ese hombre ha luchado conmigo, ha obedecido mis órdenes, y ahora sé que está arrepentido de ello, que muy probablemente aborrece lo que hizo, me gustaría ver su mirada, para comprender: pero tal vez es mejor que no. Está allí, de pie y paralizado por las cadenas, aguardando que Dios le sugiera a Jan Matthys el Profeta cómo comportarse.

–El tiempo ha tocado a su fin. La elección ha sido llevada a cabo. Quien abandona la bandera del Señor revela que siempre ha estado inseguro, que ha seguido a los demás sin haber recibido en realidad la llamada interior a las armas santas: es un enemigo. Y hoy deja infiltrar su incertidumbre entre las filas de los santos para minar nuestra victoria. Pero esta es inevitable, porque nos guía el Señor.

Eres un loco, un panadero loco e inicuo, y también yo soy un loco, porque sí, he sido yo quien te ha proporcionado todo esto.

–Si no quitamos inmediatamente al pecador de en medio del pueblo de los santos, la ira del Señor caerá sobre todos.

Espada en mano, da vueltas en torno a Ruecher, el rostro amoratado y aterrado.

El leguleyo Von der Wieck, junto con otros tres notables, objeta que en Münster nadie ha sido ajusticiado nunca sin el debido proceso, hacen falta testigos, un abogado...

Matthys da vueltas y más vueltas en silencio, sopesa aquellas palabras, continúa dando vueltas, la tensión sube hasta más allá de las cabezas, llega hasta él. Se detiene.

—El debido proceso. Testigos, un abogado. Venid para acá, entonces.

Miradas titubeantes que se cruzan, con paso inseguro llegan al tablado.

¿Qué demonios haces, Jan? Me doy cuenta de que he empuñado la pistola. Pocas cabezas más allá, Gresbeck me mira, con cara inexpresiva, impassible, la cicatriz que vibra en el entrecejo, único signo de nerviosismo.

Cuidado, Jan, estos hombres han aprendido a combatir.

—Hoy sois testigos del más grande de los acontecimientos. Testigos del nacimiento de Jerusalén: Münster ya no existe, en la ciudad de Dios Su palabra es la única ley. Y Él habla y actúa por medio de Su profeta. Vosotros sois sus testigos.

La hoja voltea en lo alto y cae sobre la garganta de Ruecher, para cercenarla de un golpe.

Espanto.

Von der Wieck, manchado por el chorro de sangre, está anonadado en el centro de la plaza, Knipperdolling y Kibbenbrock miran al suelo, Rothmann mueve los labios en oración, Gresbeck inmóvil.

Un silencio que hiela hasta los tuétanos más que el frío invernal, roto tan solo por quedas invocaciones de la voluntad de Dios: alguien se postra de rodillas.

Beuckelssen se hace dueño de la escena:

—¡Qué inmenso privilegio ofrecer la sangre que purifica al pueblo de los santos de la vergüenza de la duda! —Coge un arcabuz, avanza, acaricia ligeramente la cara de Von der Wieck para recoger la sangre de Ruecher. Se la extiende por el rostro—: A este bastardo. A este gusarapo inmundo le ha tocado el más alto de los honores. ¿Por qué? ¿Por qué a él?

Dispara en el pecho del cadáver a bocajarro, moja las manos en las heridas y bendice a la multitud con amplias salpicaduras:

—¡Os bendigo en sangre y espíritu, santísimos hermanos míos!

Nadie se mueve.

Matthys abre los brazos para abarcar a todo el mundo:

—Grey de Dios, nos ha sido dada una gran lección por el Padre. Él ha desvelado la impureza, ha indagado a fondo el ansia de privilegio

y de posesión que pervive aún entre nosotros, y nos ha limpiado de ella. Todavía había quien pensaba que el espíritu podía encontrarse en los mezquinos privilegios municipales de una ciudad. No. La Nueva Jerusalén es hoy un faro para todo el pueblo de los santos, que llega hasta aquí de todas partes para compartir la gloria del Altísimo. Nosotros no combatimos por el privilegio de unos pocos, sino por el reino de Dios. Y en verdad he aquí el maravilloso anuncio: yo os digo que la Pascua de este año saludará un cielo y una tierra nuevos, y será el inicio del reino de los santos. El Padre llegará y barrerá cada palmo de tierra más allá de estas murallas. En el breve espacio de tiempo que queda, no yo, no seré yo quien guarde la grey de las tentaciones del viejo mundo. El Padre dice que está bien, que quien ha sido nombrado por los hombres para esta tarea la desempeñe también en su nombre –alarga la espada a Knipperdolling–. No vaciles, hermano, es la voluntad del Padre.

El burgomaestre la coge incómodo, incrédulo, luego busca ayuda en el rostro de Mattys, que no le deja escapatoria:

–No somos nada más que su instrumento.

El Profeta entona el salmo y poco a poco todos lo siguen...

Mostrose Yahvé; ha hecho justicia,
quedó preso el impío en la obra de sus manos.
¡Que se vuelvan los impíos al infierno,
todas las gentes que de Dios se olvidan!
Que no queda olvidado el indigente eternamente,
no se pierda por siempre la esperanza de los pobres.
Álzate, ¡oh Yahvé!, no triunfe el hombre;
sean juzgadas ante ti todas las gentes.

Golpes en la puerta. No me muevo. Estoy cansado, en la oscuridad. Golpes secos, repetidos.

–Gert, abre. Abre esta mierda de puerta.

Más golpes. Me levanto, lentamente. No se irá.

Abro.

Envuelto totalmente en una pesada capa oscura, de viaje, tengo a Redeker delante.

Va a partir.

Me arrellano en el sillón con la cabeza ladeada. Como poco antes de que entrara. Como en las últimas tres horas. ¿Qué tengo que decirte ahora? El cerebro no responde. Un susurro sin convicción:

–No creía que fuera a terminar así.

–¿Qué creías? Pero qué cojones dices, si lo trajisteis vosotros.

Balbuceo algo. La rabia de Redeker me corta las palabras.

—He creído en vuestro Dios, Gert, porque subía a las barricadas y se desfogaba en las tabernas, saqueaba las iglesias y espantaba a los caballeros. Creo aún, por si quieres saberlo. ¿Sabes por casualidad adónde se ha ido al salir de aquí?

El eco de las frases que resuenan en la cabeza desde la llegada de Jan de Haarlem.

—Matthys es un imbécil, Gert. Los jueces, los esbirros y el verdugo son los peores enemigos de los pobres que han luchado con nosotros. Ese hijo de perra habla del Dios de la canalla. Pero ¿quién es su Dios? También un juez, un esbirro, un verdugo.

Hace tres horas, en la plaza, la pistola apretada en la mano. Tragaba saliva y aire. Esperaba.

Eran los otros los que esperaban. A mí.

—Ese jodido loco lo ha arruinado todo. Me ha helado la sangre.

—¿Y por qué te quedas aquí parado? ¿Por qué no acabas con él, con ese hijo de puta? ¡Hazlo ahora, Gert del Pozo, a tomar por culo! Vosotros sois los santos, recuerda, yo el ladrón. He pillado lo mío. Cuando salga de aquí me largo.

Aprieto la empuñadura, las uñas clavadas en la palma de la mano. No tengo respuesta.

Una débil luz sobre un hombre que no parece de estas tierras, un ser de fiera mirada, canijo y nervioso, con unas polainas resistentes, sucias y ligeras, única protuberancia, en los pies. Intuyo el bulto de las pistolas y de la pequeña alforja, repleta, el pelo crespo y corto en su extraña barba, rala, esmerado marco hasta la perilla, afilada hoja negra que mira al suelo, los bigotes finos para dibujar el arco de unión con la barbilla, extraña geometría de mestizo, una puntiaguda arista que es mejor no encontrarse en las inseguras noches de estas landas.

CAPÍTULO 34
Münster, una hora después

Está envejecido. Sentado en el borde de la cama, la aureola del amable predicador extinguida. El rostro macilento, agrietado por el frío. Encorvado, abandona por un momento sus pensamientos, me concede una mirada vacía, vuelve a agachar la cabeza.

—¿Qué debemos hacer?

Bernhard Rothmann se pasa las manos por la cara, cierra los ojos:

—No lo echemos todo a perder. Las cosas no suceden tal como habíamos pensado, pero suceden.

—¿Qué sucede?

Un suspiro:

—Algo que no ha sucedido nunca antes: la abolición de la riqueza, la comunidad de bienes, la liberación de los últimos de este mundo...

—La sangre de Ruecher.

Sombrio, de nuevo las manos en el rostro.

—Ha acabado con la esperanza, Bernhard. Ninguna ley nueva la traerá de nuevo. Primero Dios luchaba a nuestro lado. Ahora ha vuelto a aterrorizarnos.

Rothmann continúa mirando fijamente al vacío, murmura:

—Estoy rezando, hermano Gert, estoy rezando mucho...

Lo dejo solo con su angustia que le hace doblar el espinazo mientras murmura invocaciones que no encontrarán quien las escuche.

Lo que tengo que hacer.

Me paro enfrente del suntuoso portal del palacio Wördemann, adornado con placas y bulbos de bronce, refinadas tallas en la madera secular, hasta lo más alto. Es aquí, en la morada del hombre más rico de la ciudad, donde el Profeta se ha instalado.

En cuanto entro, cuatro hombres armados: caras desconocidas, gente de fuera, holandeses probablemente.

—Tengo que cachearte, hermano.

Me mira de arriba abajo, tal vez me reconoce, pero ha recibido órdenes.

Una mirada terrible:

—Soy el capitán Gert del Pozo, ¿qué coño quieres?

Intuye:

—No puedo dejar subir a nadie sin antes haberlo cacheado.

El otro guardián asiente, el arcabuz al hombro, la cara de bobalicon.

Respondo en holandés:

—Sabe quién soy.

Se encoge de hombros, incómodo:

—Jan Matthys me ha dicho que no deje entrar a nadie armado.

¿Qué le voy a hacer?

Está bien, dejo la pistola y la daga. Una segunda ojeada basta para desanimarlo, no se atreve a tocarme.

Me acompaña escaleras arriba alumbrando los peldaños con la linterna.

Lo que debo hacer.

Al final del segundo tramo de escaleras, un pasillo, otra luz atrae la mirada, llega de una habitación lateral, la puerta se encuentra abierta: está sentada, se pasa el cepillo por la luminosa cabellera, casi hasta el suelo. El gesto repetido de arriba abajo. Se vuelve: una belleza terrible, la inocencia en la mirada.

—Muévete.

La voz del guardián.

—Divara. No sabía que se la hubiera traído aquí.

—Y en realidad no existe. No la has visto, es lo mejor para todos.

Me indica el camino hasta el salón. Una chimenea gigantesca alberga el fuego que da luz a todo el ambiente.

Está sentado en un sitio imponente, descompuesto, la mirada clavada en las llamas que devoran el trashoguero. El holandés me hace una seña de que entre, se da media vuelta y se va.

Solos. Lo que debo hacer.

Mis pasos resuenan como los repiques de una campana, lúgubres, pesados.

Me paro y busco el rostro, pero su mente está en otra parte, las sombras dibujan extrañas figuras en aquella cara pálida.

—Estaba esperándote, hermano mío.

Los atizadores destacan alineados en la pared de la chimenea, como picas de guerra.

Un candelabro macizo, sobre la larga mesa de nogal.

El cuchillo que ha servido para cortar la carne de la cena.

Mis manos. Fuertes.

Lo que debo hacer.

Apenas se vuelve: una mirada sin determinación, sin amenaza.

—Los corazones impávidos aman el corazón de la noche. Es el momento en que más difícil resulta mentir, todos somos más débiles, vulnerables. Y el rojo de la sangre desaparece junto con todos los colores.

Echa una pierna sobre el brazo del asiento y deja que oscile inerte.

—Hay cargas que no es fácil llevar. Elecciones difíciles, que la tosca mente de los hombres no puede comprender fácilmente. Nos esforzamos, luchamos cada día, para comprender. Y le pedimos a Dios que nos mande una señal, un signo de conformidad con nuestras mezquinas acciones. Esto es lo que pedimos. Queremos ser tomados de la mano y guiados en esta noche oscura, hasta la luz del día que está por venir. Queremos saber que no estamos solos, que no nos equivocamos cuando levantamos el cuchillo contra Isaac. Y así esperamos ver al ángel que debería venir a detener nuestra hoja y a tranquilizarnos sobre el bien de Dios. Queremos verdaderamente que nos sea confirmada la inutilidad de nuestros gestos, que no sea más que una ridícula pantomima, sin otra finalidad que la de sentir nuestra absoluta entrega a la voluntad del Señor. Pero no es así. Dios no nos pone a prueba para solazarse con estas miserables criaturas forjadas con arcilla, para poner a prueba la devoción, no. Dios nos hace sus testigos, quiere que nos sacrifiquemos nosotros mismos, nuestro orgullo mortal que nos hace amar el ser amados, incensados, enaltecidos como profetas, santos. Capitanes. El señor no sabe qué hacer con nuestra buena fe. Con nuestra bondad. Y nos transforma en homicidas, en unos hijos de puta carentes de escrúpulos, así como convierte a los homicidas y a los rufianes a su causa.

La voz de Matthys es un murmullo que asciende hasta el techo, tocando la cabeza de nuestras alargadas sombras. Es la voz de una enfermedad mortal, de una gangrena profunda: hay algo que deja helado en esas palabras, en ese cuerpo que ahora parece extenuado, algo que provoca escalofríos a escasos pasos del fuego. Es como si supiera para qué he venido. Como si un espejo devolviera la imagen de lo que tengo en mi interior.

—A veces el peso de esa elección se vuelve insoportable. Y te entran ganas de morir, de taparte los oídos y desertar de Dios. Porque el Reino, Gert, el que llevamos soñando desde que estábamos en Holanda, ¿recuerdas?, el Reino de Dios, es una presea que solo puedes conquistar si te ensucias las manos de lodo, de mierda y de sangre. Y eres tú quien debe hacerlo, no otro, pues sería fácil; no, tú. Representar tu papel en sus designios. —Sonríe forzosamente a los espectros—. Una vez un hombre me salvó la vida. Saltó fuera de un pozo y se enfrentó solo a aquellos que querían acabar conmigo. Cuando confié a aquel hombre una misión, venir aquí, a Münster, y preparar el advenimiento del Reino, sabía que no fracasaría. Porque este era su papel en el plan. Como el mío mantener el trono del Padre hasta el día fijado.

Lo que debo hacer.

El atizador.

El candelabro.

El cuchillo.

—¿Cuál es ese día, Jan?

He hablado, pero era otra voz, el pensamiento se ha formado dentro de mí y ha salido sin necesidad de los labios. Era la voz de mi mente.

No, se vuelve, sin dudarlo:

—Pascua. Ese es el día. —Asiente para sí mismo—. Y hasta entonces, Gert, hermano mío, te confío la defensa de nuestra ciudad de las tropas de las tinieblas que se están reuniendo allí fuera. Haz también esto. Protege al pueblo de Dios del último sobresalto del viejo mundo.

Sí, sabe lo que he venido a hacer. Lo ha sabido tan pronto como he entrado.

Nos miramos largamente, la promesa en los ojos: eres un profeta con los días contados, Jan de Haarlem.

CAPÍTULO 35
Münster, 16 de marzo de 1534

Estamos de inspección. Trazamos curvas que poco a poco se van ensanchando desde las murallas de la ciudad. Somos siete los que ponemos a prueba la solidez del cerco obispal. Nos movemos en silencio, distanciados, al alcance de una señal acústica o luminosa, al amparo a menudo de la oscuridad, por la desnuda piedra convertida en lasca por Maestro Invierno y redondeada por Artífice Viento. En cuanto divisamos las líneas mercenarias, nos ponemos a bordearlas, ocultos, hasta que encontramos una mayor vigilancia.

Paciente espera, de pelarse de frío, ligeros desplazamientos, incursiones furtivas, señales diseminadas y anotadas en mapas improvisados, que dejen constancia de los recorridos, los coladeros y las vías de escape vistos.

Por dos veces hemos evitado el cerco de Von Waldeck, lo conseguiremos de nuevo, hemos comprendido que este es deshilachado, poco eficaz, indolente.

Falta un camastro donde los valientes hermanos Mayer, héroes de las barricadas de febrero, puedan reposar los huesos; falta la taza en la que verter la infusión de hierbas generosamente tocada de aguar-diente para el herrero Adrianson; cerveza para el mayor de los hermanos Brundt, Pieter, simple y radiante como el mediodía.

Heinrich Gresbeck echa de menos, sin decirlo, la lámpara que alumbraba las incesantes lecturas nocturnas de este soldado impasible y preciso, cuya sed de conocimiento debe de haber nacido en épocas distintas a esta.

Está, por el contrario, Flecha, el halcón de caza al que Bart Boekbinder, joven y adoptivo sobrino, cría con cuidados paternales y resultados sorprendentes.

Por lo que a mí respecta, no sabría explicar muy bien mi estado de estos días: mi mente y mi cuerpo viajan por separado, sin chocar de forma ostensible, pero distantes. El pensamiento se escinde a su vez también, por decirlo así, de sí mismo, acumulándose, hoja sobre hoja, acción después de recuerdo, reflexión tras decisión, dejándome como una gran cebolla, capa sobre capa, en cuyo hondo corazón resuenan, desgarradoras y abisales, las palabras del Gran Matthys, el Dios Panadero.

Espoleamos a los caballos en cuanto trasponemos la Judefeldertor, hacia el noroeste, para rodear las posiciones de los episcopales.

Gresbeck cabalga a mi lado, junto con cinco de los mejores hombres. He elegido a gente que combatió a mis órdenes el 9 y 10 de febrero: los recién llegados de Holanda no me inspiran mucha confianza que digamos; es cierto que llevan armas, pero sobre todo mujeres y niños, bocas que alimentar en un crudo invierno; casi no saben quién es Von Waldeck ni tampoco cómo se inició todo esto: solo ven el faro de Jerusalén en la noche. Y el ardor del Profeta.

El obispo ha reclutado un ejército ridículo, un millar de hombres perfectamente armados, pero mal pagados, escasamente motivados para arriesgar el pellejo; apartado de la cathedra el cerdo purpurado ya no es nadie. Dicen que el landgrave de Hesse, Felipe, le ha mandado dos espingardas gigantescas, con los nombres impresionantes de «El diablo» y «Su madre», pero que se ha negado a enviar tropas. Estoy convencido de que Von Waldeck está tratando de convencer a todos los grandes señores de los contornos para que le echen una mano contra la peste anabaptista. Por ahora se ha limitado a levantar terraplenes con el fin de cortar las vías de salida en dirección a Anmarsch y a Telgte. Y dado que no es ningún estúpido está poniendo en guardia a todos los nobles señores de las tierras entre Holanda y Münster, a fin de que bloqueen la afluencia de herejes hacia aquí.

Galopamos hasta el interior del bosque de Wasserberger, prosiguiendo a lo largo del sendero que empalma con el camino hacia Telgte. Desmontamos en silencio, y llevamos los caballos hasta la orilla de la balsa, etapa obligada para todo aquel que venga del norte: los animales pueden beber allí, una vieja casa de labranza abandonada nos ofrece cobijo de la nieve y de la lluvia.

El frío intenso disuelve el aliento ante las mismas narices. Nos tumbamos sobre el húmedo musgo.

Contamos una docena de hombres, arcabuces, una fila de estandartes, un pequeño cañón.

—Mercenarios del obispo.

La cicatriz destaca más blanca que de costumbre.

—¿Conoces las insignias?

Gresbeck se encoge de hombros:

—Me parece que no. Tal vez sea el capitán Kempel... Pero ya te dije que hace una eternidad que no venía por estos pagos.

—Esta es gente que lucha por unos pocos dineros, chacales. Con lo que hemos requisado a los luteranos y a los papistas podríamos ofrecerles una paga más alta que la que les da Von Waldeck.

—Hum. Es una idea. Pero es mejor ser cautos, pues nuestra fuerza es la fraternidad.

—Se podrían imprimir hojas volantes y difundirlas por los campos.

—Münster no puede acoger infinitamente a la gente.

—En efecto. Habría que establecer contacto con los hermanos holandeses y alemanes. Münster puede ser el ejemplo. Hemos demostrado que puede hacerse. Pero ¿por qué no Amsterdam o Emden?

Volvemos a los caballos y nos ponemos de nuevo en marcha para acabar la inspección.

Decido decírselo. Tengo que saber con quién puedo contar.

—Matthys es peligroso, Heinrich. Podría arruinar todo lo que hemos hecho. Le bastaría con un solo día.

El ex mercenario me mira extrañado, algo lo corroe.

De nuevo:

—No quiero que acabe así. Conocí a Melchior Hofmann, también él estableció una fecha para el fin del mundo. Pasó el día y nada sucedió y su reputación se esfumó.

Cabalgamos por delante de los demás, no pueden oír nuestras palabras.

—Ese hombre tiene agallas, Gert: ha abolido el dinero y desde que estoy en este mundo nunca había pensado que se pudiera hacer algo por el estilo. En cambio, él lo ha hecho con un simple chasquear de dedos.

—Y haciendo callar a todo el que abre el pico.

—Habla claro. ¿Qué piensas hacer?

Debo decirlo.

—Quiero pararle los pies, Heinrich. Quiero impedirle que se convierta en el nuevo obispo de Münster, o que nos arrastre a todos a una sangrienta hecatombe. Y debo ser yo quien lo haga. Rothmann está enfermo, débil. Knipperdolling y Kibbenbrock no atacarían nunca la autoridad del Profeta, se cagan de miedo.

Nos quedamos callados, escuchando los cascos que pisotean el terreno, el bufar de los caballos.

Es él quien habla de nuevo:

—No sucederá nada el día de Pascua.

Tal vez más que una simple palabra de aviso.

—Ese es justamente el problema. Qué tiene intención de hacer Matthys ese día. Es un loco, Heinrich, un loco peligroso.

Parece increíble: hace poco más de un mes éramos los dueños y señores de Münster; hoy hablamos en voz baja, lejos de los oídos de todos, como si la duda fuera un delito mortal.

—Ha puesto un término, y en razón de ese término detenta la autoridad absoluta. Podemos acorralarlo.

—¿Desenmascararlo delante de todos?

Trago saliva:

—O bien matarlo.

Los huesos se hielan apenas pronunciadas las palabras, como si el invierno quisiera sellarlas con una gélida mordedura.

Unos pocos metros más en silencio. Parece que se advierta el rumor confuso de sus pensamientos.

La mirada permanece clavada en el fondo de la calle:

—Sería la guerra en la ciudad. Toda esa gente venida de fuera lo adora. Los münsteritas, tal vez ellos te siguieran, pero cada día que pasa se vuelven más una minoría.

—Tienes razón. Pero uno no puede quedarse mirando, mientras todo aquello por lo que se ha luchado se va al traste.

De nuevo el zumbido de sus pensamientos.

—Todo el que ha intentado enfrentarse a él ha dejado la sangre en el empedrado de la plaza.

Asiento:

—Precisamente. No es para esto para lo que yo usé tus pistolas contra los luteranos y los episcopales.

La ciudad parece desierta. Silencio, nadie por las calles. Nos miramos preocupados, como quien se huele en el aire una desgracia consumada; pero no hablamos, dejamos los caballos y nos encaminamos juntos, como atraídos por un imán hacia el teatro central, la gran plaza de la catedral. A cada paso crece el desasosiego de una amenaza desconocida, y sin embargo clara, presente, que se cierne sobre la ciudad para tragarla toda. ¿Adónde han ido a parar los habitantes? No hay ya nadie, ni un perro pulgoso. Apresuramos el paso a la vez.

La nube blancuzca corona la fila de construcciones que delimita la estrecha calle que lleva a la plaza.

Está llena.

Ruido de gente que se coloca, con deferencia y arrobo, en torno al centro, donde se alza la pira que deja escapar lenguas de fuego. Obsceno altar levantado al olvido, la palabra de Dios aplasta la de los hombres, vomita su triunfo sobre nuestras espaldas, sepulta nuestra mirada bajo un manto impenetrable; su aliento se deja sentir sobre nuestras cabezas; su ojo nos descubre implacable, nos da caza hasta donde no será posible ocultarnos, en lo más recóndito de nuestros pensamientos, en el deseo de poder ser, un día, más sabios. Matando toda curiosidad, y todo talento.

Lentamente asciende el humo de la hoguera de los libros. A brazadas recogen los volúmenes que son descargados sobre el empedrado desde los carros, y los arrojan a la hoguera, una columna de fuego tan alta que llega a lamer el cielo, para llamar a los ángeles con el humo de Pedro Lombardo, Agustín, Tácito, César, Aristóteles...

El Profeta, erguido en el tablado, aprieta una Biblia en la mano. Estoy seguro de que me ve. Simples sílabas que no superan el vocerío exaltado de la gente, ni tampoco el crepitar del fuego, sino que son pronunciadas para mí, por aquellos finos labios.

–Vanas palabras de hombres, no veréis el día del trueno. La Palabra, y solo ella, cantará el juicio del Padre.

La pila crece y se consume, se alza y se convierte en ceniza; descubro un ejemplar de Erasmo, demostrando que ese Dios no tiene necesidad ya de nuestra lengua, y no nos dejará en paz. El viejo mundo se consume cual pergamino en el fuego...

A mi lado, el rostro lívido de Gresbeck, feroz y decidido:

–Estoy contigo.

CAPÍTULO 36
Münster, Pascua de 1534

Un sobresalto de sudor frío por un sueño agitado, empapado a pesar de la lluvia que golpea furiosa contra los batientes, latido de miedo ancestral, libre el pecho con una respiración fatigosa, sorda, ronca. Abro los ojos inerme.

Relámpagos amarillos desgarran la penumbra de las primeras horas de la mañana.

Día de Resurrección.

Primer escenario: a la caída del sol la plaza está llena, están todos, nos espera un discurso del Profeta. Matthys sube al tablado, le habla a la multitud, expone algunas razones para explicar el fallido Apocalipsis, presumiblemente echándoles la culpa de ello a los elegidos no puros aún. El tablado está adosado al lado sur de la catedral. Veinte hombres, conmigo, entran por la fachada de poniente y salen por la ventana del transepto que da justamente detrás del Profeta. Los otros diez están en las primeras filas. No damos tiempo a los soldados de la guardia a reaccionar. Gresbeck agarra a Matthys por los hombros y le pone la hoja en la garganta. El capitán Gert explica por qué debe morir Enoc.

Segundo escenario: Enoc guía al pueblo de los santos a la batalla final. Dejar que lo haga. El maltrecho ejército de Von Waldeck, una vez recuperado, puede ser arrollado. Veinte de los míos en los puestos clave de la batalla. El resto forma en cuadro en torno al Profeta y no pierde de vista a su guardia personal. En medio de la confusión de la lucha aprovechar el momento propicio. La pistola del capitán Gert deja a Enoc por tierra.

La catedral abre sus fauces de par en par.

Cuatro escalones anchos y delgados, de un palmo cada uno, realzan las dos pilastras que sostienen el arco que precede y domina el portal; apuntado en la clave, festoneado en su borde inferior por trece denticulos de piedra cual afilados colmillos. Dos pasos más allá y otros cuatro escalones, estos más estrechos y pronunciados, hasta las dos puertas. En medio, a modo de galillo, una estatua que descansa sobre una fina columna. Tres hornacinas a cada lado de la segunda escalinata estrechan gradualmente la abertura. Por el arco de los labios y de los dientes hasta la oscura garganta, un gran hacinamiento

de estatuas, en especial en el paladar, como condenados tragados por el monstruo.

Dominan la entrada los enormes ojos de una vidriera de finos motivos, flanqueada por dos toscos ventanucos. Cierra el rostro el frontón triangular, sobre el que destacan tres pináculos: los cuernos.

La fachada está encerrada entre macizas torres cuadradas, perfiladas por dos filas de arcos colgantes, simples los primeros, dobles los segundos, y abiertos por dos filas de ajimeces de progresivo tamaño. Por una y otra parte, las dos alas del transepto son como patas pesadamente encogidas sobre el terreno.

Calado hasta los huesos, me dejo tragar.

Casi la mitad de la actual población de Münster está reunida desde vísperas del sábado entre estas tres imponentes naves. De rodillas, juntas las manos, aguardan cantando quedamente lo que el Profeta predijo para este día.

—Hoy haré desaparecer todo de la faz de la tierra, dice el Señor. Destruiré a hombres y bestias. Exterminaré a los pájaros del cielo y a los peces del mar, abatiré a los impíos. Exterminaré al hombre de la tierra. Como un diluvio es el día final. Nuestra ciudad es el arca construida con la madera de la penitencia y de la justicia. Flotará en las aguas de la venganza final.

»Dios no pidió a Noé que avisara al mundo de lo que estaba sucediendo. Y cuando las aguas se retiraron, prometió que nunca más castigaría a ningún ser vivo como en aquel día. Desde entonces, cada vez que el Señor alimenta algún propósito de destrucción, elige a un profeta para que les indique a sus semejantes el camino de la conversión. Jeremías le habló al rey de Judá, Jonás atravesó Nínive, Ezequiel fue mandado al pueblo de Israel, Amós recorrió el desierto.

»Si mando la espada contra un país y el pueblo de dicha tierra elige un centinela, y este, viendo que la espada está a punto de caer sobre el país, hace sonar la trompeta y da la alarma al pueblo; si este, oyendo el sonido de la trompeta, no siente preocupación y la espada llega y lo sorprende, solo a él deberá su propia ruina. En cambio, si el centinela ve llegar la espada y no hace sonar la trompeta, y llega la espada y sorprende a alguien, este se verá sorprendido por su iniquidad: de su muerte exigiré cuentas al centinela.

»No es un gozo para mí la muerte del impío, dice Dios Nuestro Señor, sino que el impío desista de su conducta y viva. Si Dios quisiera juzgar al mundo tal como es, no se serviría para ello de ningún profeta. Si Dios quisiera convertir a todos los impíos, les infundiría su Espíritu, pero no se serviría de ningún profeta.

»Jan Matthys de Haarlem fue llamado para difundir la palabra de Dios hasta donde su voz pudiera llegar. Más allá de dicho límite, el Señor habrá llamado a otros profetas: ante el Turco, en el Nuevo Mundo, en Catay.

»Fuera de estas murallas, donde la muerte afila su guadaña, hay hombres que no por propia distracción se han mostrado sordos a la trompeta. Los mercenarios a sueldo de los príncipes, los desesperados obligados por el hambre a luchar en guerras que les resultan ajenas, a quienes no les han contado sino patrañas sobre nosotros. ¿Cuántos de ellos entrarían en el arca si les dijera alguien que el dinero ha sido abolido, todos los bienes puestos en común, que la única verdadera sabiduría es la de la Biblia y la única ley la de Dios?

»Si el Profeta de la Nueva Jerusalén no les habla para apartarlos de una conducta infame, dictada solo por la miseria, entonces el Señor le exigirá cuentas de su ruina únicamente a él.

»Hay un tiempo y un lugar para que cada cosa tenga un principio y un fin. Sí, nuestro tiempo ha tocado a su fin. El Señor llega, y el profeta se convierte en nada. Las puertas del Reino están abiertas de par en par. Él llevará a cabo su mandato, tal como está escrito en su Plan.

Knipperdolling no consigue comprender. Con mirada incrédula sigue los pasos de Matthys hacia la salida. Trata de preguntar algo a Rothmann, pero no obtiene respuesta. El rostro enfermo del predicador no deja traslucir la menor emoción, los labios movidos por el tremolar de una oración. Es probable que el conocimiento de la Biblia y de sus profetas lo ayude a ser más perspicaz que yo y que Gresbeck acerca del comportamiento de Matthys. Heinrich, apoyado contra una pilastra, parece una estatua. A duras penas consigue girar el cuello para buscar mi mirada. Y ahora, ¿qué hacemos? Jan de Leiden hojea frenéticamente la Biblia en busca de respuestas que llevar a la escena. Alguien entona el Dies Irae. Una especie de procesión espontánea discurre a lo largo de la nave central. Empujo para llegar a la puerta, preparado para cualquier posible escena.

Un rayo de sol moribundo acompaña su andar majestuoso pero inseguro.

El profeta de Münster cruza la Ludgeritor y deja la ciudad tras de sí, escoltado por una docena de hombres. Nadie más ha podido seguirlo: cada uno tiene su papel en su Plan.

Nos hacíamos en las murallas.

El campamento del príncipe prelado resulta perfectamente visible, a escasa distancia, apenas desenfocado por los vapores que ascienden de la húmeda tierra.

Los vemos avanzar hacia el terraplén levantado por los mercenarios del obispo. Confusión en sus filas, apuntan los arcabuces.

Matthys hace señal a los suyos de detenerse.

Matthys prosigue solo.

Matthys está desarmado.

Atónitos. ¿Qué se propone?

Nadie respira.

Matthys levanta los brazos al cielo, altísimos, los cabellos negros revueltos por la lluvia.

Está fuera de tiro, pero basta con una breve carrera, unas pocas decenas de pasos.

Todos callados, como si el viento pudiera llevar sus palabras hasta los glaciares.

Miles de ojos concentrados en el único punto. El último instante.

El Plan.

Sigue avanzando. Sube a pie al primer muro bajo de las fortificaciones.

Dios mío, verdaderamente está a punto de hacerlo.

Hasta Pascua.

Un profeta con los días contados.

Parece oír algo, tal vez el eco de una palabra pronunciada más fuerte.

Un movimiento, un salto a espaldas del Profeta. Alguien aparece, el brillo de una espada. Caen hacia delante.

Un grupo de jinetes sale del campamento y avanza por el camino para impedir el paso al séquito de Matthys. Hombres y caballos en un solo revoltijo.

Los ojos de todos se congelan de horror, como hojas secas en el hielo.

Ni un grito, ni una respiración.

El grito exultante de los episcopales.

Una mano en el hombro.

—Ven, Gert.

Es Gresbeck, cara sombría:

—¿Qué coño hacemos ahora?

—Lo ha hecho realmente...

Los münsteritas están todos ahora en las murallas, en espera de que suceda algo, de que aquel cuerpo vuelva a levantarse y haga abrirse el cielo con una palabra de fuego.

—¿Qué coño hacemos, Gert?

Me sacude. Casi descargo la tensión con una sonrisa bobalicona:

—Ese bastardo ha conseguido arruinar todos nuestros planes...

—Lo importante es que se ha quitado de en medio. Y ahora, ¿qué?

Miramos a la gente refluir por las calles, mientras vamos en busca de los burgomaestres. Huecos, inertes fantasmas y sonámbulos que no consiguen tener siquiera miedo. Les han arrebatado el Apocalipsis, el Profeta ya no existe. Ni tampoco la sombra de Dios. Pero esta es de verdad la Última Pascua, con las tumbas abiertas y las almas de los difuntos vagando en espera del juicio. Alguien ha visto a los ángeles llevárselo al cielo; algún otro, arrastrado a los infiernos por un demonio. Atestan las calles, la plaza del Mercado, sin ganas ya de rezar, porque no saben para quién o para qué vale la pena hacerlo. Se forman por todas partes corrillos de personas que hablan en voz baja. Hay que tomar las riendas de la situación, encontrar a Knipperdolling y a Kibbenbrock antes de que el descorazonamiento se transforme en pánico.

Encontramos al segundo burgomaestre sentado en la escalinata de San Lamberto, cabizbajo.

—¿Dónde para Knipperdolling?

Confuso:

—Estaba conmigo en las murallas, luego ya no he vuelto a verlo.

—¿Estás seguro de que no está en la iglesia?

Sacude la cabeza:

—Por aquí no ha pasado.

Nos apresuramos hacia la plaza de la catedral. No necesito mirar a Gresbeck: respiramos los mismos presentimientos pesimistas.

Poco antes de que se haga de noche la macabra confirmación.

El cuerpo de Jan de Haarlem, en una cesta catapultada dentro de las murallas. Descuartizado, hecho pedazos.

Knipperdolling como enloquecido. A todo correr, en medio del estupor de la ciudad, invoca a voz en grito el nombre de Jan Beuckelssen, el nuevo David.

En el tablado al pie de la catedral se destaca la forma inconfundible del Leidiano Loco.

Escena primera: el sueño del Rey David (Knipperdolling en el papel de Matthys, Beuckelssen en el de sí mismo).

MATTHYS: Sí, sí. Eres un bastardo, Jan de Leiden. Un hijo de puta. El bastardo y el hijo de puta que me sucederá a la cabeza de las filas del Señor.

BEUCKELSEN: ¡No, no! ¡Soy un gusano viscoso y asqueroso, indigno, indigno!

MATTHYS: Jan, homónimo apóstol mío, sabes cuánto te amo. Y mi amor no es sino el reflejo del amor aún mayor del Padre por ti. No eres más que un gusano. Y yo te saqué del lodo de los burdeles para hacerte luchar en Münster a mi lado. Gusano. Regio gusano al que corresponderá la tarea de retomar mi espada e instaurar el Reino. Dentro de ocho días el Profeta deberá dejar el puesto al Señor. Y el Señor te elegirá a ti, para ser el guía de la Nueva Sión.

BEUCKELSEN (contiene las lágrimas, no ve ya a nadie, o tal vez lo tiene todo claro. Mucho más claro que yo y que Gresbeck): Ven para acá. Bernt.

Intermedio (Knipperdolling en el papel de sí mismo, avanza torpemente, con el espadón de la Justicia en la mano).

KNIPPERDOLLING: Es cierto. Hará unos ocho días Jan de Leiden me dijo que había sido visitado por Matthys en sueños y que había recibido de él la consigna de llevar a cabo el Plan.

Escena segunda: el cumplimiento del Plan (Beuckelssen en el papel de Dios y de David, Knipperdolling en el papel de sí mismo).

DIOS: Hombres y mujeres de Münster, ved a este homúnculo. Ved a David. Hombres y mujeres de la Nueva Jerusalén: ¡el Reino es vuestro! ¡Yo soy el que triunfa! Todo cuanto había sido prometido se ha visto cumplido. Vosotros sois los dueños del Reino. ¡Corred a lo alto de las murallas y reíos en la cara de vuestros enemigos, pedorread vuestra alegría en sus bestiales jetas! Ellos nada pueden, Matthys lo ha demostrado. Lo que él ha querido deciros es que esos impíos lamestolas ya pueden reducirlo a pedazos del tamaño de los mocos, que no harán ni un simple rasguño al Plan. ¡Y mi plan no es otro que vencer! ¡Vencer! ¡Una honda! ¡Una honda para David!

(Knipperdolling se apresura a pasarle una honda a Beuckelssen, de esas que los campesinos emplean para mantener alejados a los cuervos de su cosecha.)

DAVID: ¡Ciudadanos de la Nueva Jerusalén, yo soy el hombre que viene en el nombre del Padre: el nuevo David, el bastardo hermanastro de Cristo, el elegido! Admirad al Padre, que ha querido elegir a un mentecato, a un putañero, para hacer de él un apóstol, su caudillo. Y por boca del arcángel Matthys le ha anunciado su preñez. Sí, preñez del cumplimiento del Plan. ¡Jan Matthys no está muerto! Matthys el Grande me ha fecundado con la Palabra del Padre y vive en mí, vive en todos vosotros, porque estamos destinados a llegar hasta las últimas consecuencias, somos nosotros la fuerza de Dios, somos los mejores, los elegidos, los santos, los que han heredado la tierra y pueden hacer uso de ella como les plazca. ¡No existen ya límites para nosotros: el mundo se ha acabado, está a nuestros pies! (Suelta

el aliento, hace planear su mirada azul sobre la muchedumbre, que se ha engrosado hasta llenar la plaza.) ¡Hermanos y hermanas: el Edén es nuestro!

KNIPPERDOLLING (a su lado): ¡Viva Sión!

La respuesta es un impacto que dobla las piernas, una borrachera, un disparo, un puñetazo en pleno mentón. Es un viva gritado a voz en cuello por miles de personas, para borrar la desesperación, el descorazonamiento, la conciencia de haber seguido a un loco que ahora yace hecho pedazos en una cesta. Mejor creer en ello hasta sus últimas consecuencias, mejor continuar soñando antes que cobrar conciencia de la locura colectiva. Lo leo en sus ojos, en las expresiones trastornadas de esos rostros; mejor un rufián saltimbanqui, sí, sí, el hijo de Matthys, mejor él, pero devolvednos el Apocalipsis, devolvednos la fe. Devolvednos a Dios.

Me tambaleo mudo, veo a Beuckelssen levantado por un bosque de manos y llevado en triunfo por la plaza. Se ríe y manda besos a todos, sensuales, provocadores besos, tal vez tiene uno también para el compadre que en más de una ocasión lo ha sacado de apuros y lo ha acompañado hasta aquí. O tal vez el Santo Putañero no piensa ya en nada de todo esto. No abandonará ya nunca más este papel, la mejor interpretación de su vida. Jan, por fin has conseguido calzar el mundo como un guante a tu repertorio de actor. O al contrario, han sido tus personajes quienes han encontrado el escenario adecuado en el corazón de estos hombres y en los acontecimientos del mundo. Ahora eres Moisés, Juan, Elías y cualquier otro que te apetezca ser. Lo eres para siempre: no tienes la menor intención de echarte atrás. Está escrito en tu sonrisa y en el hecho de que no tenías ningún motivo para hacerlo.

Gran final: La multitud inunda la ciudad, ensalza al nuevo profeta de Münster en la Aegiditor; que los episcopales vean que la moral del pueblo de Sión está alta y que hay un nuevo caudillo. Pero un alarido de repulsión y de terror deja helado al cortejo triunfal. Las mujeres que han abierto de par en par la puerta señalan una de las dos grandes antas.

Una flecha mantiene clavado algo en la madera, como una bolsita sanguinolenta. Una broma macabra de los episcopales: deben de haber aprovechado la ausencia de los centinelas para acercarse a las murallas y luego escapar.

La multitud se abre y Jan de Leiden avanza, decidido, arranca la flecha y recoge sin pestañear el escroto de Jan Matthys, lo aprieta en la mano, asiente a los mismos ángeles. Levanta la voz y los testículos del Profeta, poniéndolos bien a la vista, a fin de que todos puedan verlos.

BEUCKELSEN: Sí. Aunque dejé una mujer legítima en Leiden para seguir al Gran Matthys, él me dijo que debería ser yo el marido de su esposa. Por tanto, tendré que casarme con la viuda del Profeta y hacer uso de sus cojones en su lugar. (Se mete en el bolsillo el coágulo sanguinolento y anuncia): ¡Traed a Divara! La esposa que me ha sido destinada.

Aplausos.

Fin.

CAPÍTULO 37
Münster, lunes de Pascua de 1534

—¡No me llames loco!

El puñetazo me da en pleno pómulo, voy a parar al suelo.

Jan es una máscara roja y rubia de furor.

Me dejo caer en un asiento:

—Lo único que de veras has demostrado con eso es que eres un miserable saltimbanqui.

Contiene la respiración, da algún paso masajeándose los repelados nudillos, agacha la cabeza, se tambalea. El estallido de rabia queda empañado enseguida de desesperación.

—Ayúdame, Gert, yo no sé qué hacer.

Lo miro abatido: un sastrecillo lloriqueante e infeliz.

—Ayúdame. No soy más que un gusano, ayúdame. Dime lo que debo hacer. Porque yo no lo sé, Gert...

Toma asiento en el sitio que fue de Matthys, mira al suelo.

—Ya has hecho bastante.

Asiente:

—Soy un necio, sí, un jodido necio. Pero querían una esperanza, ya los viste, querían que les dijera lo que dije. Me querían así y lo he hecho, les he hecho felices, fuertes de nuevo.

Me quedo callado, inerte, la cabeza late, el duro golpe, la confusión de la hora presente.

Parece recuperarse un poco:

—¡Ayer estaban perdidos, y hoy le plantarían cara a Von Waldeck con las manos desnudas! —Busca mi mirada—. Yo no soy Matthys. Podemos volver a comenzar desde el principio, podemos ponernos a follar, ¿eh?, darnos unos buenos festines, hacer todo cuanto nos plazca. Somos libres, Gert, libres y dueños del mundo.

No tengo ganas de hablar, no tiene sentido, pero las palabras salen por sí solas, para mí y para el hermanastro loco con el que he compartido el hedor de los establos: el nuevo profeta de Münster.

—¡Qué mundo, Jan! Von Waldeck no es necio, los poderosos no lo son nunca. El poderoso ayuda al poderoso, el príncipe apoya al príncipe: papistas, luteranos... eso no tiene ninguna importancia, cuando los que están debajo se rebelan, te los encuentras a todos unidos, con sus jinetes y las armaduras relucientes, formados para cargar. Este es el mundo de allí fuera. Y estate seguro de que no ha cambiado solo porque hayas obsequiado a esta gente con el hermoso sueño de Sión.

Lloriquea como un cachorro, con los dedos hundidos en los rizos rubios.

–Dímelo tú. Tú sabes lo que hay que hacer. Haré lo que me digas, pero no me dejes, Gert...

Me levanto asombrado:

–Te equivocas. Tampoco yo lo sé. No lo sé ya.

Gano la puerta en medio de sus infantiles gimoteos.

Ella está ahí detrás. Lo ha escuchado todo.

Sus cabellos son tan claros y luminosos que diríanse de platino.

Divara: un vestido desceñido, que deja entrever un cuerpo perfecto. En el rostro la inocencia de una niña, blanca reina niña, hija de un cervecero de Haarlem.

Un leve toque me levanta la mano y me desliza dentro de ella una pequeña hoja.

–Mátalo –murmura apenas, indiferente, como si se refiriera a una araña en la pared, o a un viejo perro moribundo al que conceder el descanso eterno.

La bata abierta sobre el pecho turgente, revelando la recompensa. Los ojos de un azul intenso que infunden terror hasta los tuétanos, los pelos en punta como agujas, el corazón como un bombo. Un montón de cadáveres, visión de lo que puede suceder, el abismo abierto de par en par por una muchacha de quince años. Tengo que agarrarme al pasamanos de la escalera, mientras me tambaleo hacia abajo, lejos de la Venus Dispensadora de Muerte.

Münster, 22 de abril de 1534

Embotamiento. De los miembros, de la mente. No reconozco a nadie, ni a la propia gente que ha derrotado a los episcopales y a los luteranos en una sola noche. Mis hombres, sí, ellos, me seguirían hasta el mismísimo infierno, pero no podré llevarlos lejos: alguien debe quedarse sin embargo, vigilar al Juglar, a la Reina Blanca y a su Corte de los Milagros.

Solo. Irse inmediatamente, buscar la salida de la cloaca antes de que sea demasiado tarde.

Los acontecimientos de estos días causan espanto. Y sin embargo la moral está por todo lo alto. En una salida he capturado a un destacamento de jinetes que trataba de atacar la Judefeldertor y ahora están negociando un intercambio de prisioneros. Hemos hecho también que se les pasaran las ganas a los episcopales de acercarse hasta el pie de las murallas, fuera del alcance de los arcabuces, para enseñar sus pálidos culos al grito de «¡Padre, dame por aquí, ansío tu carne!»,

costumbre que habían adquirido en las veladas de borrachera y cu-chipanda. Con un poco de buena balística ha bastado para darle a uno de ellos con un cañonazo entre las nalgas dejándolo reducido a pedazos para los perros.

Por espacio de una semana todos los hombres han meado y cagado en los bastiones dentro de una cuba, que luego se ha hecho rodar hasta el interior del campamento del obispo. Al abrirla, la fetidez ha llegado casi hasta aquí.

He organizado con Gresbeck ejercicios de tiro para todos, incluso para los chicos y las mujeres. Enseñamos a las muchachas a hervir la pez y a arrojar cal viva sobre la cabeza de los atacantes. Se hacen turnos de guardia en las murallas repartidos entre todos los ciudadanos, de ambos sexos, entre los dieciséis y los cincuenta años.

He hecho poner una campana en cada bastión, que deberá hacerse sonar en caso de incendio, para que se pueda saber adónde acudir con el agua.

Hemos descubierto que Matthys había inventariado los bienes secuestrados a los luteranos y a los papistas, aparte de las disponibilidades alimentarias de la ciudad. Lo había anotado todo, hasta la última gallina y el último huevo. Es posible resistir por lo menos un año. ¿Y luego? Mejor dicho: ¿y mientras tanto?

No basta, no puede bastar. Las fanfarronadas del Profeta Saltimbanqui no conducen a ningún lado.

Los Países Bajos, los hermanos. Contar qué sucede en Münster, organizarlos, escogerlos, tal vez también adiestrarlos para combatir. Buscar dinero, municiones.

No lo sé. No sé si es lo más adecuado que se debe hacer, nunca lo he sabido, siempre he elegido un camino distinto. Lo único que sientes es que no puedes continuar así, que las murallas, las paredes, comienzan a quedarse pequeñas y tu mente necesita aire fresco, tu cuerpo sentir que las leguas discurren bajo sus pies.

Sí. Todavía puedes hacer algo por esta ciudad, capitán Gert del Pozo.

Impedir que la libren solo a la locura de sus profetas.

Münster, 30 de abril de 1534

El equipaje es ligero. Dentro de la vieja alforja de cuero: galletas, queso y arenques, suficiente para algunos días: un mapa de los territorios desde aquí a los Países Bajos; el cuerno lleno de pólvora, para que no se moje; las dos pistolas que Gresbeck ha insistido en que me llevara conmigo; y tres viejas cartas descoloridas y pringosas, que

traicionaron a Thomas Müntzer. Reliquias inseparables estas últimas, único recuerdo tangible de lo que está muerto y sepultado bajo los escombros del fallido Apocalipsis.

—¿Estás seguro de querer irte?

La voz ronca del ex mercenario apunta a la puerta. No es el tono de quien tiene objeciones que hacer, sino de quien se pregunta por qué no me lo llevo conmigo.

—Calculamos mal, Heinrich.

—¿Te refieres a Matthys?

—Me refiero a esta gente. —Una ojeada fugaz, mientras ato las últimas correas—. Les gusta creer que son santos. Quieren que alguien les cuente que todo ha ido como la seda, que Münster es la Nueva Sión y que no hay nada ya que temer. —Compruebo el peso de la alforja, excelente—. Cuando, en cambio, deberíamos estar cagados. ¿Has echado un vistazo fuera de las murallas? Von Waldeck está levantando fortificaciones, y estoy seguro de haber visto talar árboles al nordeste. ¿Sabes qué significa eso? Pues máquinas de guerra, Heinrich, se preparan para un asedio. Tienen toda la intención de quedarse clavados aquí el mayor tiempo posible, por lo menos hasta que las últimas fanfarronadas del último profeta besado en la boca por Dios nos hayan estupidizado definitivamente. Las naves que transportaban aquí a los hermanos baptistas desde Holanda fueron interceptadas en el Ems. Había en ellas armas y víveres. Cierran las fronteras, los caminos. Todo esto son señales, pero nadie quiere darse cuenta. No han tenido una mala idea.

Gresbeck me lanza una torva mirada:

—¿Qué quieres decir?

—Un cerco que va para largo. Encerrarnos aquí dentro, estrechar el cerco, y esperar: el hambre, el próximo invierno, rebeliones intestinas, qué coño sé yo. El tiempo juega a su favor. Si yo fuera Von Waldeck haría exactamente esto: apuntaría los cañones y me quedaría de brazos cruzados.

La alforja está ya sobre el hombro, Adrian son debe de haber ensillado el caballo abajo. Estoy casi sereno.

—Necesitamos nuevos contactos con los hermanos holandeses. Necesitamos dinero con que comprar a los mercenarios de Von Waldeck y volverlos en su contra. Necesitamos descubrir pasadizos seguros para forzar el bloqueo. Y sobre todo, necesitamos comprender si fuera de aquí alguien está pensando en tomar las armas y seguirnos, o si de veras, tal como decía Matthys, no hay más que desierto. Hay que hacerlo pronto: cada día que pasa es un regalo a los buitres de ahí fuera.

—Y con Beuckelssen, ¿qué piensas hacer?

Me dan ganas de reír. Bajamos las escaleras: las yeguas están listas. El herrero aprieta la cincha de mi silla.

—Ellos lo eligieron, ¿qué podemos hacerle?

Salto a la grupa y tiro de las riendas para frenar el ardor del animal.

—Jan es un débil, un majadero. Razón por la que no te llevo conmigo. Quiero que no lo pierdas de vista, eres el único que puede hacerlo. Knipperdolling y Kibbenbrock se han vuelto unos blandos, Rothmann está enfermo. Elige bien a los hombres con los que vayas a contar y mantén firmes las defensas de la ciudad. Y sobre todo una cosa: Von Waldeck tratará de aprovechar el menor fallo, la menor distracción. Responde golpe por golpe, bombardea a sus mercenarios con hojas volantes, valen más a veces que los mismos cañonazos, recuérdalo. Pronto volveré.

Un fuerte apretón de manos: destinos de nuevo que se eligen. Gresbeck no deja traslucir ninguna emoción, no es su estilo. Tampoco es el mío, lo descubro ahora.

—Buena suerte, capitán. Y que no te falte nunca una buena pistola al cinto.

—Hasta pronto, compadre.

Adrianson me precede. Los talones golpean los ijares del caballo: no miro las casas, ni la gente, estoy ya en la Unserfrauentor, estoy ya fuera de la ciudad, estoy a poco más de tres leguas, en el camino que lleva a Arnhem.

Estoy de nuevo vivo.

CAPÍTULO 38

Costa holandesa, en las cercanías de Rotterdam, 20 de julio de 1534

El viento agita los matojos de hierba en las dunas bajas, como si fueran barbas, mentones de gigantes. La pequeña barraca que resguarda las barcas de los pescadores parece seguir en pie de puro milagro, corroída por la humedad salina y las borrascas.

El sol está a punto de salir, no es ya de noche ni tampoco de día, una luz rojiza que ilumina las gaviotas, mientras estas planean plácidas para disputarse con los cangrejos los peces muertos, escapados de las redes de la pesca nocturna. Resaca lenta, marea baja, una neblina oculta el confin de la playa al norte y al sur. Nadie.

Pequeños insectos corren a lo largo de un tronco traído hasta aquí de quién sabe dónde. Las manos aprietan la húmeda corteza. El guía que me han asignado los hermanos de Rotterdam ha dicho que el lugar era este. No ha querido esperar: Van Braght no es el tipo al que se encuentra fácilmente.

Tres sombras alargadas en la arena, en el extremo sur. Ahí están.

Las manos se deslizan a las pistolas, terciadas bajo la capa que me protege de la brisa del mar del Norte.

Se acercan lentos, juntos.

Caras sombrías e inexpresivas, barbas hirsutas, camisolos arrugadas y espadas en bandolera.

No me muevo.

Llegan al alcance de la voz:

—¿Eres el alemán?

Espero a que se acerquen más:

—¿Quién de vosotros es Van Braght?

Alto, corpulento, rostro comido por el sol y el mar, un corsario de pequeño cabotaje que afirma haber asaltado veinte bajeles españoles:

—Soy yo. ¿Has traído el dinero?

Hago tintinear la bolsa en el cinto.

—¿Dónde está la pólvora?

Asiente:

—Llegó ayer noche. Diez barriles, ¿no es eso?

—Dónde.

Tres pares de ojos sobre mí. Van Braght apenas si mueve la cabeza:

—Los imperiales baten la costa, no era seguro dejarla aquí. Está en el viejo dique, media milla más arriba.

—Vamos.

Nos encaminamos hacia allí, cuatro rastros paralelos en la arena.

—Tú eres Gerrit de los Boekbinder, ¿no es cierto? ¿El que llaman del Pozo?

No hay curiosidad, no hay énfasis, al preguntarlo.

—Soy el que compra.

El dique es una empalizada de madera podrida, el mar la ha horadado creando un pequeño canal que se adentra en tierra. En lo alto, se alza la casucha del guardián.

Los barriles están cubiertos por una vela estropeada sobre la que pasan las golondrinas. Cuando la levantan, una nube de moscas abandona el pescado apestoso amontonado en las cajas. Debajo: los barriles alineados. Uno de los tres me deja elegir: señalo el del medio, hace saltar la tapa y se hace a un lado.

El pirata quiere tranquilizarme:

—Viene de Inglaterra. La peste a pescado mantendrá alejados a los esbirros.

Hundo una mano en el polvo negro.

—Está riquísima, no te quepa duda.

—¿Cómo la transporto?

Su índice señala detrás de las dunas, donde vislumbro la cabeza de un caballo y las ruedas altas de un carro:

—Ve tú solo.

Desato la bolsa y se la tiro:

—Mientras los cuentas, los tuyos pueden cargar.

Le basta un gesto con la cabeza y los dos malasangres levantan los primeros barriles y se ponen torpemente en marcha hacia el sendero.

Una gaviota lanza un graznido sobre nuestras cabezas.

Los cangrejos se deslizan debajo de la quilla de una vieja barca.

El sol comienza a atenuar la brisa matinal.

Una paz absoluta.

Van Braght termina de contar:

—Son suficientes, compadre.

Aprieto fuerte las dos empuñaduras:

—No es cierto. Son menos de la mitad de lo pactado. —La indecisión de un momento, no puede ver las pistolas bajo la capa—. La recompensa por Gert del Pozo vale diez veces eso.

No le doy tiempo a moverse, el disparo le estalla en plena cara.

Vuelven atrás a la carrera, con las espadas desenvainadas. Dos contra uno, pongo pólvora en la pistola descargada, introduzco el proyectil, más pólvora, más deprisa, brazo tendido, respiro, sin temblar, miro a los miembros en movimiento: dos disparos, casi a la vez, el primero se desploma a mis pies, el otro cae, su pistola hace fuego, tal

vez estoy ya muerto, pero mi fantasma saca una daga corta y se la clava en el gaznate.

Un estertor.

Silencio.

Me quedo parado. Miro las gaviotas que vuelven a posarse sobre la playa.

Tengo que cargar los barriles solo.

Rotterdam, 21 de julio de 1534

—Y con estos hacen cincuenta.

Adrianson termina de asegurar las armas, luego me entrega la lista de la carga.

—Cincuenta arcabuces, diez barriles de pólvora, ocho barras de plomo. Y diez mil florines.

—Harian falta dos carros. ¿Te ha dado Reynard los salvoconductos?

—Aquí los tienes. Dice que son prácticamente auténticos: el sello es igual al que usan en La Haya.

—Servirán hasta la frontera. Luego habrá que pensar en otra cosa. Partamos cuanto antes. Todavía tenemos que hacer parada en Nimega y en Emmerich y no sé cuánto tiempo nos detendremos. Será un largo viaje, habrá que evitar los caminos más frecuentados.

El herrero me ofrece uno de los rollos de tabaco seco de las Indias, dice que ha aprendido a fumarlos de los mercaderes holandeses. Los españoles los llaman cigarros, huelen a otro mundo, a cabañas, cuero y pimienta verde. El sabor es aromático y deja un agradable regusto en la boca.

Nos echamos en los camastros que nos ofrece el hermano Magnus, predicador de la comunidad baptista de Rotterdam. Su mesa es frugal, pero su generosidad con la causa hace que se le perdone la falta de un buen ágape.

Dejamos que el humo envuelva nuestros pensamientos, para luego permanecer suspendido en medio de la habitación, ganada al desván de la casa.

Los hermanos de estos lugares son gente bonachona. Admiran Münster y a nosotros nos han dado todo tipo de facilidades. Pero no desafiarían a las autoridades con ninguna insurrección: se contentan con practicar la propia fe en secreto, en los lugares de encuentro nocturnos, en las lecturas en común. No he encontrado el espíritu combativo que buscaba; en cambio, derrochan generosidad y estima.

Resulta difícil censurarlos, pues en las grandes ciudades mercantiles las cosas no funcionan como en nuestra ciudad-estado alemana. Aquí se suman los españoles, tienen al Emperador en casa.

Sin embargo, he descubierto que existe un partido de los descontentos, unos pocos hermanos turbulentos que quisieran seguir nuestro ejemplo. Pocos e inexpertos, sin un verdadero jefe. Obbe Philips ha confesado su pasado de apóstol de Matthys y finge haber defendido siempre la vía moderada actual. Luego está el joven David Joris de Delft, brillante orador al que nuestro huésped nos ha ponderado como un guía prometedor. Parece que la suerte futura del movimiento depende en buena medida de él. Su madre fue una de las primeras mártires baptistas, decapitada en La Haya cuando David era un niño. Es buscado en toda Holanda como el criminal más peligroso, por lo que es difícil dar con su paradero. No tiene residencia fija, anda siempre de un lado para otro, llega y se va, a menudo usa nombres falsos hasta con los mismos hermanos por miedo a los infiltrados. Parece que no desdeña el saqueo de iglesias, pero lo mismo que Philips desaprueba también enérgicamente el asesinato.

La situación no es estable en absoluto, lo que no quiere decir que todo no pueda acabar en un montón de bonitas charlas.

Y mientras tanto, mañana estaremos de nuevo en marcha, de regreso, con nuestra preciosa carga que sustraer a los controles de los caminos y a los ojos de los indiscretos. Otras dos comunidades que visitar. Y dentro de un mes en Münster.

—Buenas noches, Peter.

—Buenas noches, capitán.

CAPÍTULO 39
Münster, 1 de septiembre de 1534

Aparece lúgubre tras la colina. El frío viento nos arroja a la cara la lluvia obligándonos a entornar los ojos: distingo la negra forma en la llanura, las represas del Aa, la línea de las murallas, los faroles de los centinelas, únicas estrellas en una noche de lobos.

Espoleo a las caballerías para el último esfuerzo, empapadas, extenuadas. Adrianson, con el otro carro, me sigue de cerca: lo hemos conseguido. Las ruedas levantan el lodazal del sendero, avanzamos lentamente, cada vez más cerca de la meta. Más al norte descubro una negra fila de fortificaciones: los terraplenes de Von Waldeck se han transformado en una barrera infranqueable que cierra los accesos y las vías de escape.

—Hay algo raro.

La voz del herrero se pierde en medio de la lluvia: tiene razón, una extraña angustia me atenaza el estómago, una sensación letal de desventura.

—Los campanarios, Gert... las torres. ¿Qué ha sido de ellos?

Sí, falta algo. La ciudad está aplanada. Y los cañones del obispo no pueden alcanzar tan lejos y a tal altura. ¿Qué ha sido de los campanarios?

No es el frío intenso de la noche lo que hace que me recorran por los miembros unos escalofríos, una mano invisible me oprime con fuerza las entrañas.

Nos damos a reconocer a los centinelas de la Ludgeritor. No conozco a ninguno de los miembros de guardia, o sí, tal vez a uno de ellos, diría que es el zapatero remendón Hansel, canijo, decrepito.

—Hansel, ¿eres tú?

Los ojos de mirada huidiza de un culpable:

—Bienvenido, capitán.

Una palmada en la espalda:

—¿Qué demonios les ha pasado a las torres de Münster?

Cara sombría, la mirada permanece gacha, ninguna respuesta. Le aprieto un brazo, mientras trato de contener el pánico que sube hasta mi garganta:

—Hansel, dime qué ha pasado.

Se libera del apretón, un ladrón delante del tribunal:

—No tendrías que haberte ido, capitán.

El aire de la noche habla de un crimen consumado, de algo horrible, impronunciable. Presa de la ansiedad nos adentramos por las

calles desiertas, hacia la casa de Adrianson. Nadie dice nada, no es necesario, nos apresuramos, calados hasta los huesos.

Lo veo llamar a la puerta, abrazar fuertemente a su mujer y a su pequeño. No hay alegría en esas miradas, son los gestos propios de alguien que comparte un infortunio.

La mujer nos ofrece una infusión caliente, delante de las brasas moribundas del hogar:

—Es todo cuanto puedo ofreceros. Desde que existe el racionamiento es difícil conseguir leche.

Flaca, los nervios tensos en el cuello, la fuerza de la angustia que la sostiene. La mirada cae sobre el hijo a cada frase, como si quisiera protegerlo de un oscuro peligro.

—¿Tan graves están las cosas?

—El obispo ha estrechado el cerco, y cada día resulta más difícil salir para conseguir comida. Y hemos de hacer cola todos los días para dar algo que comer a nuestros hijos. Los diáconos partidarios del racionamiento dan cada vez menos.

Adrianson ha conseguido reanimar el rescoldo, como si el volver a recuperar aquellos gestos sencillos, domésticos, pudiera aliviar la amenaza de la oscuridad.

—¿Qué les ha pasado a los campanarios, Greta?

Me mira sin temblar, resuelta; no comparte la cobardía de los hombres:

—No tendrías que haberte ido, capitán.

Es casi una acusación, ahora soy yo quien trato de rehuir aquella mirada.

Su marido no tarda en reprenderla:

—No debes tomarla con él, pues se ha jugado la vida por todos. En Holanda hemos conseguido dinero, plomo para los cañones, pólvora...

La mujer sacude la cabeza:

—No sabéis. No os habéis enterado de nada.

—¿De qué, Greta? ¿Qué ha pasado?

Adrianson no consigue refrenar el miedo y la rabia:

—Habla, mujer. ¿Qué les ha pasado a los campanarios?

Asiente, esa dura mirada es para mí:

—Mandó derribarlos. Nada debe alzarse que pueda desafiar al Altísimo. Nadie debe ser soberbio, tenemos que mirar al suelo cuando andamos por las calles, no podemos llevar ningún adorno, pues nos lo requisan. Ha nombrado a dos niñas y a un niño como jueces del pueblo. Te quitan de encima cualquier objeto superfluo, toda prenda de color. Todo el oro y la plata va a parar a las arcas de la corte.

Adrianson le coge las manos:

—¿Y tu anillo?

—Todo... para mayor gloria de Dios.

Respiro hondo, no tengo que perder la calma, tratar de comprender:

—¿Qué corte, Greta? ¿De qué estás hablando?

Es odio, una rabia profunda la que le hace pronunciar estas palabras:

—Se ha hecho nombrar rey. Rey de Münster, del pueblo elegido.

Un nudo en la garganta me impide hablar, pero ella continúa:

—Fue Dusentschnuer, el platero, ese maldito paticojo, con Knipperdolling. Una representación horrible: lo lisonjearon, le imploraron, para que aceptase la corona. Decían que Dios les había hablado en sueños, que debía ceñir la corona del Padre y guiarnos a la Tierra Prometida. Y ese asqueroso saltimbanqui menospreciándose a sí mismo, diciendo que él no era digno...

El herrero coge por los hombros a su mujer, protector y furioso:

—Cerdo asqueroso. Putaño de tres al cuarto.

Murmuro:

—Nadie le ha parado los pies... ¿Dónde estaban mis hombres...

Heinrich Gresbeck?

—No debes acusarlos, capitán, pues ya no están aquí. Dan escolta a los misioneros que fueron enviados a buscar refuerzos. El rey se rodea de hombres armados, a todo el que se atreve a abrir la boca en contra suya se lo llevan, desaparece, no se sabe dónde, en cualquier prisión subterránea, tal vez... para acabar luego en el fondo del canal.

He de preguntarlo, he de saber:

—¿Y Bernhard Rothmann?

El silencio anuncia un horror peor aún si cabe de lo que esperaba.

—Ha sido nombrado teólogo de la corte. Knipperdolling, Kibbenbrock y Krechting han recibido el título de condes. El rey dice que pronto guiará al pueblo elegido a través del Mar Rojo de los ejércitos enemigos y conquistará Alemania entera. Ha asignado ya los principados a sus más fieles.

La rabia y el temor van trocándose en un peso muerto que me arrastra con él. Estoy abatido, pero no es esto todo lo que leo en la expresión férrea, en esa belleza altiva y madura.

—Rothmann dijo que había que seguir las costumbres de los patriarcas de las Escrituras. Id y multiplicaos, dijo, que cada hombre tome todas las mujeres que se vea capaz de satisfacer, para aumentar el número de los elegidos. El rey tiene quince mujeres, todas ellas poco más que unas niñas. Rothmann, diez, y así todos los demás. Si

mi marido no hubiera vuelto dentro de un mes, también yo le habría tocado en suerte a alguno de ellos.

Las manos de Adrianson, blancas de la tensión, quieren hacer tri-
zas la repisa de la chimenea.

—Ah, gritamos, sí, gritamos que eso no era justo. Margharete von Osnabrück dijo que si el Señor quería la procreación, entonces tam-
bién las mujeres debían poder elegir a más de un marido.

Se traga la compasión con su suspiro contenido:

—Les escupió en la cara a los predicadores y se les meó encima a los que fueron a prenderla. Sabía lo que le esperaba, pero no quiso callarse. Gritó a toda la ciudad, mientras la llevaban a rastras, que las mujeres de Münster no habían luchado al lado de sus hombres para convertirse en vulgares concubinas.

Una nueva pausa, conteniendo las lágrimas de odio. Hay una dig-
nidad infinita en esas palabras, la dignidad de quien ha compartido el
gesto extremo de un hermano, de una hermana.

—Murió dirigiéndoles a su vez palabras asesinas. La siguieron mu-
chas que prefirieron morir insultando a los tiranos antes que aceptar
sus leyes. Elisabeth Hölscher, que se atrevió a abandonar a su marido.
Katharina Koekenbecker, que vivió con dos hombres bajo el mismo
techo. Barbara Butendieck, denunciada por el marido porque se
atrevió a llevarle la contraria. A ella no la han ajusticiado, no. Se ha
salvado porque estaba embarazada.

Solo el crepitar del fuego. El hondo respirar del pequeño Hans en
la camita. El batir de la lluvia en el tejado.

—¿No se ha rebelado nadie?

Asiente:

—El herrero Mollenhecke. Juntamente con otros doscientos.
Consiguieron encerrar al rey y a su séquito en el Ayuntamiento, pero
luego... ¿Qué podían hacer? ¿Abrirle las puertas al obispo? Ello sig-
nificaba condenar a la ciudad a muerte. No se veían con fuerzas. Al-
guien liberó al rey y dos horas después sus cabezas rodaban en la pla-
za pública.

Peter Adrianson recoge la vieja espada con la que luchó en las
barricadas en febrero. En la cara las arrugas del cansancio ahuyentado.

—Mándame que lo mate, capitán.

Me pongo en pie. Lo que queda por hacer.

—No. Tu mujer y tu hijo no sabrían qué hacer con un mártir.

—Tiene que pagarlo.

Me dirijo a Greta:

—Recoge vuestras cosas. Os iréis esta noche.

Adrianson aprieta la empuñadura, cegado:

—Nos ha jodido, no puede librarse de esta.

—Llévate a los tuyos lejos de aquí. Es mi última orden, Peter.
Querría llorar, mira a su alrededor: la casa, los objetos. A mí.

—Capitán...

Greta está lista, el hijo en brazos, envuelto en una manta. Quisiera que Adrianson tuviera fuerzas en estos momentos.

—Vamos. —Lo arrastro por un brazo, salimos bajo el diluvio, echo a andar. Vamos pegados a las paredes a lo largo del recorrido que parece interminable.

En una esquina, a la mujer de Adrianson le da un vuelco el corazón.

Por instinto la mano a la espada. Dos formas bajas encapuchadas.

Una sostiene un farol. Se acercan, pasos cortos en el barro.

La luz alzada hacia nuestros rostros. Entreveo unos ojos jóvenes, mejillas lampiñas. No más de diez años.

Un estremecimiento.

Una niña apunta con el índice el hato que Greta aprieta contra su pecho. Un dedo pequeño y blanco.

Terror en los ojos de la mujer. Aparta el borde de la manta y muestra a Hans, aterido de frío.

La otra no aparta la mirada de mi cara.

Ojos azules. Mechones rubios chorreando agua de lluvia.

La indiferencia altiva de un hada.

Puro horror.

El instinto de aplastarla. De matar.

El corazón como un bombo.

Siguen su camino.

En la Ludgeritor.

Han descargado nuestros carros, los animales han sido puestos a cobijo bajo un cobertizo.

—¡Alto ahí! ¿Quiénes sois?

—Capitán Gert del Pozo.

Me acerco, de manera que pueda reconocerme. Hansel, el rostro espectral del hambre.

—Vuelve a enganchar las caballerías a uno de los carros.

Dubitativo:

—Capitán, lo siento, nadie puede salir.

Señalo el hato que Greta aprieta contra su pecho.

—El pequeño tiene el cólera. ¿Acaso quieres hacer estallar una epidemia?

Aterrorizado, corre a llamar a sus compañeros. Son enganchadas las caballerías.

—¡Abrid la puerta, rápido!

Empujo a Adrianson sobre el carro, arrojándole las riendas en la mano.

–Vete lo más lejos que puedas.

Sus lágrimas se mezclan con la lluvia que chorrea de la capucha:

–Capitán, yo no te dejo aquí...

Le aprieto con fuerza el borde de la capa:

–No te niegues a ti mismo aquello por lo que has luchado, Peter. La derrota no vuelve injusta una causa. No lo olvides jamás. Ahora vete.

Doy un fuerte golpe en un anca del caballo.

No noto ya la lluvia. El aliento me precede por la calle que lleva a la plaza de la catedral. Nadie. Como si estuvieran todos muertos: un único cementerio mudo.

El tablado sigue al amparo de la iglesia, pero ahora destaca al fondo un pesado baldaquino que cubre el trono. Debajo, hay grabado en letras claras el nombre del lugar al que las mentes de esta gente han decidido emigrar: EL MONTE DE SIÓN.

Paso más allá, hasta que un ruido y una luz de fiesta me llegan desde lo alto, desde las ventanas de la casa que fue del señor Melchior von Büren.

He encontrado la corte del Rey Juglar.

Ciñe la corona.

Lleva un manto de terciopelo.

El cetro en la mano, una esfera rematada por una cruz y dos espaldas le cuelgan del cuello. Lleva un anillo en cada dedo, todos los rizos de la barba esmeradamente cuidados, las patillas enrojecidas, anti-naturales, como un cadáver embellecido.

Está sentado al centro de la gran mesa, puesta en forma de herradura, atestada de montones de huesos mondos y lironados, escudillas llenas de grasa de oca, vasos y jarras con restos de vino y de cerveza. El hocico inmóvil de un cochinillo en el asador destaca en medio de la sala. A la diestra del rey, la reina Divara, vestida de blanco, más hermosa de lo que puedo recordarla, una guirnalda de espigas como broche en el pelo. A la siniestra, un pequeñajo enfurruñado: el famoso Dusentschnuer seguramente. Las mujeres están sentadas al lado de los cortesanos y sirven el vino a sus amos y señores.

Al fondo de la sala, en el trono de David, está sentado con desparpajo un chiquillo, las piernas a horcajadas en los brazos del asiento. Juguetea aburrido con una moneda. El traje demasiado grande está recubierto de adornos de oro, las mangas arremangadas sobre los codos. A duras penas consigo reconocer a Seariasub, el favorito de

Beuckelssen, salvado del destino de los viejos creyentes en un día de invierno.

El rey se pone en pie apoyando las manos en la mesa. Levanta la cabeza en busca de miradas con las que cruzarse. Inquietud entre los comensales. Ojos bajos.

—¡Krechting!

El ministro se sobresalta. Todos los demás respiran. El rey urge:

—¡Para el ducado de Sajonia, Krechting!

Imitando marcadamente un acento aldeano:

—«¿Por qué, pues, tantos clamores? ¿No hay un rey en ti o te falta tu consejero, que te dueles como mujer en parto? Duélete y gime, hija de Sión, como mujer en parto, porque vas a salir ahora de la ciudad y morarás en los campos, y llegarás hasta Babilonia, pero allí serás librada, allí te redimirá Yahvé del poder de tus enemigos.» ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Krechting se ruboriza mientras mira la pierna de cordero descarnada que tiene delante de sus narices, le da con el codo al vecino en busca de una sugerencia.

El rey, disgustado:

—Es suficiente, no lo sabe...

La mirada escruta la gran mesa.

—¡Knipperdolling! ¡Para el electorado de Maguncia!

Con la punta del cetro hace tintinear la jarra. Luego la hace pedazos de un golpe seco. El agua se derrama sobre la mesa.

—«¿No está entre nosotros Yahvé?»

El burgomaestre se apresura a responder:

—¡Sí, sí!

—¡No, tienes que decirme quién soy, quién soy!

Envuelto en una hopalanda de brocado, probablemente hecha con la tapicería de casa de Von Büren, Knipperdolling se atusa nerviosamente la barba. La imponente panza de otrora cae ahora fláccida como la papada. El sombreruco negro le cae blandamente a los lados, como las orejas de un mastín. La mirada apagada, de perro apaleado. Un viejo animal chocho y cansado. Trata de lucirse con una respuesta:

—¿Isaías?

—¡Noooooo!

Está nervioso. Derriba la mesa:

—¡Palck! ¡Para Güeldres y Utrecht!

Se abalanza sobre la cabeza del cochinito y emprende una lucha desesperada con grandes rugidos y gritos hasta que la parte en dos. Deja caer los pedazos y se vuelve de golpe:

—¿Quién soy, quién soy?

El diácono está visiblemente ebrio, no consigue mantenerse en pie si no es tambaleándose y tiene que apoyarse en la mesa. Una sonrisa de complacencia:

—¡Sí, sí, esta es fácil: Simeón!

—Respuesta equivocada, imbécil.

Recoge una costilla de cerdo y se la tira. Suspira hondo y se vuelve hacia Rothmann, poco menos que escondido al fondo de la gran mesa.

—Bernhard...

Un viejo cuerpo agotado, embutido en el sucio traje, la muerte pintada en el rostro, los ojos diminutos. Parece haber pasado años desde que un afable predicador acogió a los discípulos de Matthys en Münster y otros tantos desde que el convento de Überwasser fue deshabitado por sus palabras.

—Miqueas, Moisés y Sansón.

El rey aplaude, inmediatamente seguido por todos los demás.

—Bien, bien. Y ahora, Divara, reina mía, haz de Salomé. ¡Vamos, vamos, Salomé! ¡Música, música!

Divara se sube a la mesa y comienza a hacer rápidas evoluciones y a moverse insinuante al son del laúd y de la flauta. El vestido resbala sobre sus hombros, las piernas quedan al descubierto. Azota el aire con los cabellos y junta las manos sobre la cabeza, la espalda enarcada.

La danza de Salomé para conseguir la cabeza de Juan.

De Jan Beuckelssen, sastre y rufián de Leiden, comediante, apóstol de Matthys, profeta y rey de Münster.

De Jan y de todos los demás.

Una pila de cadáveres. Ella lo sabe.

Contemplo a la muerte danzar, elegirlos uno a uno, hasta que decido salir de la sombra y dejar que reparen en mí.

Es la primera en detenerse, de golpe, como si hubiera visto un fantasma. Los comensales, de piedra, boquiabiertos y mirándome redivivo, viéndome por un instante a través de mis ojos: unos flojos, locos, condenadamente necios.

Y de nuevo ella, me obsequia con una leve sonrisa, como si estuviéramos nosotros dos solos.

Llévatelos, a todos.

**El ojo de Carafa
(1535)**

Carta enviada a Roma desde la ciudad de Münster, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 30 de junio de 1535.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Señor mío meritísimo:

Cuando tengáis en vuestras manos estas hojas, estoy seguro de que habrá llegado a oídos de Vuestra Señoría la noticia del final del Reino de Sión en la ciudad de Münster, ya que la atención de todos los estados sobre la suerte del cerco es enorme, y muy en particular la atención de Vuestra Señoría por los avatares que le afectan. Apelo, pues, a dicho interés, y a la natural curiosidad de un hombre cultísimo e instruido, a fin de que esta carta mía pueda ser de alguna utilidad, exponiendo algunos detalles que me han parecido significativos en estos últimos meses de silencio, y sin olvidar que Vuestra Señoría ha dado siempre muestras de apreciar grandemente las informaciones de primera mano, aun a sabiendas de que los acontecimientos más inquietantes son aquellos sujetos a verse enriquecidos con detalles inexistentes, falsas interpretaciones, superposiciones fabulosas.

Permítaseme dar comienzo al relato con una reflexión casi íntima, que servirá sin duda a Vuestra Señoría para leer en su justa luz cuanto vaya exponiendo, a saber, que nunca, en los treinta y seis años que Dios ha tenido a bien concederme, he vivido meses tan fatigosos para el cuerpo, ni tan postradores para la mente e inquietantes para el espíritu, como le sucede a un hombre en su sano juicio que debe hacerse el loco entre los locos. Ese hombre, por más rigurosamente que vigile las regiones de su espíritu, incubará a menudo la terrible sospecha de haber perdido irremediablemente su propia naturaleza y, asumiendo de forma espontánea las actitudes de las multitudes y estrechando amistad con personas enfermas, de acabar comprendiéndolas mejor que a las mismas personas cuerdas. Así pues, la vuelta a la normalidad no le será ni fácil ni inmediata.

En los meses decisivos de la caída de Münster he visto las reservas de alimento hacerse cada vez más magras, al mismo tiempo que los rostros de sus habitantes. Vi en una semana desaparecer todos los ratones de las calles de la ciudad y empecé a sospechar que no por una simple manía, sino por un cálculo lúcido, Jan Beuckelssen se puso a hacer ajusticiar a un número cada vez mayor de súbditos desobedientes: menos bocas que alimentar y más carne que comer.

Puedo decir que, en el caso de que el frente de los anabaptistas hubiera sido verdaderamente sólido, mi tarea habría resultado mucho menos pesada. Habría identificado fácilmente al pueblo atrincherado dentro de las murallas con la milicia de Satanás y a los mercenarios acampados fuera de ellas con las huestes del Señor. Pero teniendo en cuenta cómo anduvieron las cosas, se hizo cada vez más difícil en cambio no considerar al rey de Sión y a su corte como los únicos verdaderos enemigos, juzgando al resto de los sitiados como una grey inconsciente. La tremenda locura de Beuckelssen hacía menos horrible la locura anabaptista de todos los demás.

Así, en más de una ocasión, mientras le oía prometer a su gente que las piedras del empedrado se transformarían para ellos en pan y muslos de faisán, sentí un deseo irreprimible de matarlo, de hacerlo desaparecer de la faz de la tierra, para liberar a muchas pobres gentes de aquel yugo, soportado únicamente por la presencia de un peligro mayor fuera de las murallas.

Ello no obstante, precisamente quien esto escribe a Vuestra Señoría fue responsable en primera persona de la ruptura que se creó dentro de la ciudad. Desde la llegada de Jan Matthys comencé a ganarme las simpatías del primer predicador de la comunidad, Bernhard Rothmann, un hombre de fina inteligencia y gran cultura, al que ya me referí en mi última carta, hará ahora más de un año. Cuando vi el modo en que este era dejado de lado por el nuevo profeta Matthys, me di inmediatamente cuenta de que una sabiduría semejante podía volverse útil para mis planes. Habría podido echar leña al fuego de la insatisfacción del caudillo fracasado, del hombre de Biblia marginado por unos toscos alcahuetes y panaderos. Pero Rothmann enfermó de gravedad, y juntamente con la salud comenzaron a faltarle también las ganas de salir y de luchar. Acabó por contentarse con hacer de teólogo en la corte de Jan de Leiden. Y sin embargo, ninguna persona culta, y por si fuera poco débil y cansada, podía soportar por mucho tiempo el espectáculo del Reino de Sión.

No sé cómo se me ocurrió la idea de la poligamia, probablemente me inspiró la leyenda de que los anabaptistas, aparte de los bienes, tenían también en común a sus mujeres. Discutí largamente con Bernhard Rothmann acerca de las costumbres de las Sagradas Escrituras en materia de matrimonio, hasta que el predicador aconsejó a Beuckelssen dicho procedimiento, tan odioso como para poner al pueblo contra él. Desde entonces todo se vio sumergido en una marea de sangre, y Rothmann acabó por tomar catorce mujeres. Pero el espíritu de la ciudad sitiada, que había resistido hasta aquellos momentos compacta a los ataques del obispo Von Waldeck, no volvería a conocer ya la unidad en ningún otro momento.

Así, no hubiera hecho falta ningún traidor, con solo que las fuerzas sitiadoras hubieran estado mejor organizadas y menos atemorizadas por el fracaso. Y sin embargo, el cerco parecía destinado a no acabar nunca. Es cierto que la Nueva Sión estaba ya a punto de caer a causa del hambre, pero no lo es menos también que la mordaza estrechada por las tropas del obispo obtuvo éxito, al cabo de un año, resultando realmente eficaz, pero a la larga un ejército mercenario acostumbra a descomponerse y perder vigor con los repetidos retrasos en el cobro de la paga.

Llegué al campamento de los episcopales al amanecer del 24 de mayo, con los arcabuces de los mercenarios apuntándome a la cabeza y los gritos de los centinelas de la ciudad que me instaban a volver atrás. Vencí la desconfianza del capitán Wirich von Dhaun construyendo modelos de arcilla de las fortificaciones de Münster y describiendo pormenorizadamente los puntos flacos en el servicio de centinela. Tuve que confirmar la exactitud de cuanto decía trepando de noche a lo alto de los bastiones de la ciudad y saliendo ileso por una de sus puertas.

Un mes más tarde las tropas episcopales han hecho su entrada en Münster. De la batalla que se ha librado intramuros, no tengo detalles que ofrecer, por cuanto no me ha sido dado asistir a ella. Lo que ha sucedido a continuación, en cambio, es algo que ningún ojo humano querría ver nunca y boca alguna podrá describir jamás. Las persecuciones, los asesinatos, las matanzas se suceden todavía hoy. Todos son exterminados en el sitio. Tan solo Beuckelssen y sus hombres de más confianza, como Krechting y Knipperdolling, han sido capturados con el fin de someterlos a interrogatorio. En la hora fatal, al rey de los anabaptistas no se le ha visto combatir en la plaza junto con los denodados defensores de la ciudad, sino que ha sido descubierto en la sala del trono, escondido debajo de una mesa, implorando que no le hicieran ningún daño a un pobre sastre y miserable rufián. Respecto a Bernhard Rothmann, su suerte es materia para las más variadas conjeturas: no ha sido hecho prisionero y su cadáver no aparece por ningún lado, pero no falta quien dice haber visto a un húngaro clavarle una espada entre las paletillas y luego, reconociéndolo como a uno de aquellos que el obispo había ordenado apresar vivos, apañárselas para esconder el cuerpo.

En todos los callejones yacen cadáveres y la ciudad apesta de un hedor insoportable. En la plaza central se alza una pila de cuerpos blancos, desnudos y amontonados unos sobre otros.

La llegada del obispo Von Waldeck no puede decirse que haya contribuido mucho más a la salud de Münster. Todavía hoy las calles de la ciudad están vacías incluso a mediodía y los tenderetes de ven-

ta de hortalizas no han vuelto a comparecer bajo los pináculos del Ayuntamiento. Deberá pasar mucho tiempo antes de que vuelva a verse vida en Münster, aunque los trabajos de reconstrucción de la catedral han dado ya comienzo. Trato todavía de recuperar las fuerzas y la decisión perdidas en este carnaval de muerte, pero la danza macabra de esta ciudad nos arrastra a todos en su vertiginoso girar, como un contagio de peste, como si el olor a cadáver trocara también en cadáveres a los vivos.

Y así será para los anabaptistas de aquí y de los Países Bajos, ahora que el faro de su esperanza se ha apagado. Muchos defensores de Münster, mandados por Beuckelssen a instigar a las gentes de Holanda, están dando todavía vueltas actualmente por esas tierras, pero sus días están contados y cada vez son menos los locos que quieren prestarles oídos. He aquí por qué creo que la suerte de esta execrable heraja está ya marcada y el peligro extinguido.

Por igual motivo creo haber dado fin a la tarea que Vuestra Señoría me asignara, una tarea a la que he sacrificado todas las fuerzas tanto del cuerpo como de la mente, hasta haber sido puesto profundamente a prueba por la horrenda tragedia de la que he sido espectador y comparsa. Por consiguiente, no le será difícil a mi Señor comprender las razones que me impulsan a solicitar el ser apartado del nauseabundo y mortífero olor de estas tierras, y de continuar sirviéndole, si es que pueden volver a ser todavía alguna vez útiles mis servicios, en otros lugares y circunstancias.

Encomendándome a la benevolencia de Vuestra Señoría, beso humildemente sus manos.

Dado en Münster, el 30 de junio del año 1535,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

CAPÍTULO 40
Amberes, 28 de mayo de 1538

—No esperé al final. Abandoné Münster a principios de septiembre. No he vuelto a poner nunca más los pies allí.

Eloi me enciende un cigarro con una brasa del hogar. Las volutas se elevan amplias, mientras saboreo el gusto de la gran paz que desciende lenta por mis miembros. No me esperaba encontrar aquí este agradable producto de las Indias.

Las golondrinas vuelan bajas sobre los tejados jaspeados por el ocaso, señal de que lloverá. El chirrido regular de algún carro que pasa por la calle, voces, un ladrido lejano.

He pasado revista a los nombres, los rostros, las sensaciones, anidadas en los surcos de las cicatrices. Algo ha desaparecido, olvidado para siempre en el fondo del oscuro pozo.

La memoria. Una alforja llena de quincalla que se desborda por casualidad y termina por maravillarte, como si no hubieras sido tú quien la hubiera recogido y transformado en objetos preciosos.

Sonríó al tiempo, a las empresas trágicas, a los héroes casuales de otras épocas. Sonríó.

Eloi sabe conceder el tiempo necesario, no es fácil encontrar un hombre que sepa escuchar una historia contada al amor de la lumbre.

Rompe el silencio humoso que nos envuelve:

—¿Y luego?

—Me hundí. Sin conseguir pensar, sin preguntarme ya nada. Y como yo muchos otros, escapados a tiempo de la ciudad de los locos, a la desbandada, agotados. Llevábamos dentro el resquemor de aquella gran ocasión desperdiciada, una gangrena lenta que nos roía la mente. Ya no teníamos un lugar en el mundo.

En los Países Bajos había desórdenes, parecía que todo fuera a estallar de un momento a otro. Por eso nos encontramos todos allí, sin rumbo, reuniendo nuestros pedazos. En Holanda la discusión entre los hermanos hervía más que nunca: de un lado, los defensores de la vía pacífica, con Philips y Joris; de otro, los más resueltos, los irreducibles que hubieran querido empuñar las armas. Los reclutaban por la calle, jóvenes, dispuestos a todo.

Eloi me interrumpe con un golpe de tos:

—Te olvidas de nosotros. Joris me odiaba, todavía me odia. Espera, espera, ¿cómo me definió? «Un libertino dedicado a la coyunda y a la francachela.» ¡Yo no habría sabido decirlo mejor!

Sonríe, ahora puedo hablarle ya solamente de hechos que conoce bien.

—Luego en diciembre llegó Van Geelen, ese gran limburgués al que había conocido en Münster, adonde había llegado buscando una esperanza para los oprimidos y donde no encontró más que a un viejo Dios enloquecido devorador de hombres. La consigna de Beuckelssen era hacer nuevos prosélitos entre las comunidades de los hermanos holandeses, pero la Nueva Sión no iba a verlo morir como un ratón por hacer realidad las locuras de un comediante. No tenía ninguna intención de volver.

»Y así reanudé la lucha, pues no sabía hacer ya ninguna otra cosa, seguía combatiendo.

»En marzo del treinta y cinco estábamos en Bolsfard, tomando el monasterio de Oldeklooster. Nos quedamos atrincherados allí durante una semana. Van Geelen pensaba que desde una posición tan estratégica íbamos a poder dominar el golfo y mientras tanto hacer sublevarse a Frisia, donde los campesinos estaban ya rebelándose. Pero los campesinos se revelaron más difíciles de controlar de lo previsto.

»En mayo tomábamos el Ayuntamiento de Amsterdam. El plan de Van Geelen preveía que el pueblo se alzaría y se uniría a nosotros. Esto sería tarea mía, y mientras tanto él se atrincheraría en el palacio municipal y pondría en jaque a la guardia ciudadana.

»Fue un desastre absoluto, el último acto. Nadie nos siguió. Van Geelen estaba en un error: los humildes no tenían la menor intención de arriesgar sus vidas por nosotros, habíamos recorrido un camino demasiado largo, habíamos ido demasiado lejos, sin reparar entretanto en que las termitas del miedo y de la miseria iban minando los ánimos a fondo. Los ocupantes resistieron hasta el último golpe, y al final intentaron una salida con arma blanca. Los asesinaron a todos.

»No podía hacer nada, Van Geelen estaba muerto, tenía conmigo una treintena de hombres mal armados y una vieja barcaza de pesca. En esas circunstancias tomé la decisión de disolver la compañía: con un poco de suerte alguien se salvaría, pues si permanecíamos juntos no íbamos a tardar en ser identificados y apresados. Lo comprendieron, nadie hizo preguntas. Esa fue la última orden del capitán Gert del Pozo.

Eloi trata de sonreírme:

—¿Otro nombre?

—Ningún nombre. Ningún amigo. Los soldados batían minuciosamente la región, no había ningún lugar seguro, cualquier campesino podía traicionarte, cada caminante encontrado por el camino podía ser un cazador de recompensas que iba tras tus pasos.

»Caminaba durante días, dormía en los heniles, pedía limosna para poder comer. No tenía ya noticias de los hermanos, no sabía qué estaba sucediendo fuera del lugar concreto en el que me encontraba. También el sentido de la orientación comenzó a traicionarme, mi mente se nublaba. Lo único que sabía era que estaba caminando hacia el norte. Sin embargo, lo había perdido todo. Münster, mis hombres, Van Geelen, los hermanos que en Amsterdam habían creído en mí. Acabado. Después de cuatro días de ayuno las piernas comenzaron a no sostenerme ya, vi cosas que me anunciaban la locura inminente. Estaba muerto, un fantasma, daba igual tumbarse en el suelo y esperar. Ya no había razón para seguir forzándome a sobrevivir.

»Me encontraron allí en el barro, herido, exánime. Podía esperarme la cuchillada de algún bandido: casi lamenté no llevar nada encima que valiera la pena robar. No me hicieron el favor de darme la puntilla, me recogieron y me llevaron con ellos.

Dejo que el cigarro se apague sobre la chimenea, el recuerdo es confuso, diríanse acontecimientos vividos en el sueño:

–«Y vi delante de mí un flaco y derrengado caballo. Quien lo cabalgaba se llamaba Muerte y detrás venía el Infierno.»

Eloi está serio, acurrucado, un depredador nocturno hundido en el sillón. Le oigo murmurar aquel nombre:

–Jan Van Batenburg.

–Los Armados de la Espada. Una compañía harapienta de veteranos de la guerra, casi todos escapados de Münster, los supervivientes que caminan formando columna detrás del último jinete del Apocalipsis que ha quedado en pie. Nuestro tiempo había acabado, como había dicho Jan Matthys. Lo único que podíamos creer era que el misterio de la iniquidad se había extendido por la tierra, una cabeza tras otra, un hermano tras otro, para conducirnos finalmente a esa furia ciega. No quedaba más que consagrarse a la muerte del mundo y juramentarse para hacerlo saltar por los aires. Íbamos a terminar así, espada en mano y el culo apedazado, borrachos impávidos y grandiosos, mientras quedara aliento para combatir. No esperábamos ya nada, estábamos más allá del Apocalipsis, lejos de todo, puros y simples asesinos. La inocencia no podía existir ya, a nuestros ojos se transformaba en cobardía, condenación. Así escupíamos lo que quedaba de nuestras vidas a la cara de quien permanecía.

Eloi ha desaparecido en la sombra, al fondo del sillón, tengo la impresión casi de oírle estremecerse.

–No guardo un nítido recuerdo de aquel período, no es posible. Maté, torturé, aniquilé. Vi arder aldeas enteras, el terror de los campesinos que escapaban tan pronto como nos avistaban en el horizonte.

Vi empalar a frailes como si fueran cerdos en el asador, vi el espantajo del Caballero Pálido galopar por las laderas de las colinas, y nosotros detrás de él, por el borde de aquellos abismos, señalando los límites de la santidad. Después de Matthys y de Beuckelssen, el tercer Jan de mi vida: la tercera maldición. Cuando finalmente fue apresado, se rió en la misma cara de la tortura y de la muerte. Lanzó aún un grito de victoria desde el patíbulo: yo lo oí...

Me relajo en el sillón estirando las entumecidas piernas.

—Y esto es realmente todo, gloria y miseria.

Escucho el silencio. Estoy cansado.

Su voz sin rostro acuna el cansancio:

—Es la historia más grandiosa que haya oído jamás. Y tú eres sin duda la persona que andaba buscando.

Entorno los ojos, pero solo es una mancha más oscura tras el escritorio:

—Estoy cansado, Eloi. Demasiado cansado.

—Estás vivo. Y eso es lo que cuenta.

Estoy cansado.

El pasillo que me separa de la cama es larguísimo, la tenue luz de la vela apenas lo ilumina, mientras lo recorro a tientas.

Estoy cansado.

Y sin embargo presiento que no conseguiré conciliar el sueño. Las ganas de saber de Eloi han despertado también las mías. Münster cayó el 24 de junio de 1535. Gert del Pozo se había largado hacía nueve meses. ¿Y todos los demás?

A los golpes en la puerta responde una voz adormecida.

—¿Quién es?

—Soy Gert.

La luz de una vela se añade a la mía, escruto el rostro arrugado de Balthasar Merck. Sin preguntar nada, el viejo baptista señala una silla al lado de la cama.

—Siéntate, pero dudo de que pueda serte de alguna utilidad.

—Una cosa nada más: ¿quién se salvó?

Deposita la vela sobre la mesilla de noche y se sienta en el borde de la cama masajeándose el rostro.

—Lo único que puedo decirte es que nosotros éramos cinco: el joven de los Krechting, el molinero Skraup, Schmidt el armero, el grabador Kerbe y yo. Todos hombres de Krechting. A Kerbe lo apresaron en Nimega, al poco de habernos separado. Me enteré de que estaba preso allí. Supe que Schmidt y Skraup fueron ajusticiados en Deventer hace dos años. Krechting sé que anda por ahí y hay quien dice que también Rothmann: su cuerpo no estaba entre los cadáveres de Münster.

—¿Ninguno de los míos?

Sacude la cabeza:

—No tengo ni idea. Algunos de ellos ni siquiera estaban en la ciudad. Beuckelssen los había echado porque sentía verdadero temor de ti.

—Gresbeck, los hermanos Brundt...

Asiente con la cabeza:

—Ellos volvieron a tiempo para asistir al delirio final. Esperaban encontrarte, pero tú habías partido para no volver más.

—¿Por qué se quedaron?

—Gresbeck y los Brundt intentaron largarse, pero los episcopales les echaron el guante al salir de la ciudad. Un triste final.

Suspiro extenuado, sin fuerzas ya para imaginar, las preguntas salen automáticamente:

—¿Qué frente cedió?

—La Kreuztor y la Judefeldertor, el punto más desgarnecido de las murallas: alguien debía de haber informado a los episcopales. Una unidad penetró por la noche y al alba abrió las puertas al grueso del ejército. La carnicería duró días. Yo confié a mi mujer enferma a los cuidados de una beata, arrancándole la promesa de que no la denunciaría, y me escapé con los demás. Hace tres años que no tengo noticias suyas.

Me quedo en silencio, escuchando el borbotear remoto de los recuerdos, saboreando esa solidaridad amarga de quienes regresan de la guerra.

Me levanto, casi arrepentido:

—Perdóname.

—Capitán...

Me vuelvo: sus ojos están hinchados por el cansancio y las lágrimas.

—Dime que aquello por lo que nos batimos no era una equivocación.

Aprieto la mandíbula, los puños cerrados.

—Nunca lo he pensado, ni por un instante.

**El mar
(1538)**

CAPÍTULO 41
Amberes, 29 de mayo de 1538

Asono del alba. Cielo plumizo. Las preocupaciones penetran en el sueño y retiran las mantas.

Kathleen duerme, espectáculo increíble de cabellos, boca y tenue respiración.

Levantarse despacio, para no despertarla. Frío intenso de las primeras horas de la mañana que lo vuelve a uno jiboso, se apodera de las entrañas, nos hace envolvernos en una gran piel de carnero, mientras arrastras los pies en busca del bacín donde mear, de un poco de agua para frotarse los ojos y de un poco de leche caliente que te haga renacer. Han pasado los años, levantarse de la cama ya no es tan fácil como en otro tiempo: alguna vez el frío afecta a las articulaciones, reumas que cortan en seco el movimiento te indican que la cuerda ha permanecido tensa durante demasiado tiempo. Músculos y achaques hacen causa común, diciéndote que el quinto decenio de la vida deberías tomártelo con calma si no quieres quedarte en una cama doblado antes de que hayas perdido la razón. Un miserable final ese, terrible.

Y entonces quedarse. Quedarse aquí, demasiado viejo para aprender un oficio y demasiado cansado para reanudar la lucha. Tal vez el buril y el torno, pero no la espada, esa se la dejo a la herrumbre del canal donde la he arrojado.

Magda observa en silencio, los ojos abiertos de par en par por la curiosidad, mientras introduzco el último perno entre el brazo y el hombro de la marioneta articulable.

—¿Para quién es? —pregunta sacudiendo los rizos con instintiva coquetería.

—Es para vosotros, niños —respondo yo—. Pero tú serás su mamá, ¿te parece bien?

—¡Síiii! —Un sonido agudo que perfora los oídos y el chasquear de un beso en la hirsuta mejilla.

Ninguna niña me ha besado jamás.

Eloi mira y sonríe, mientras avanza entre las columnas del sopor-tal. No tiene tiempo de saludar, cuando ya Magda anda dando saltitos delante de él y agitando el títere de madera:

—¡Mira, mira! ¡Lo ha hecho Lot!

Eloi se arrodilla para mover los brazos de la marioneta:

—¿Es tuya?

—Es de todos los niños —responde Magda tal como le ha sido enseñado—. Pero la cuidaré yo. Lot ha hecho las cucharas y las escudillas para mamá, ¿lo sabías?

Eloi asiente, mientras la pequeña corre a enseñarles a todos el nuevo juguete.

Un pensamiento en voz alta y un gesto de los brazos:

—Esta es mi aventura. En los últimos diez años no he hecho otra cosa.

Irónico:

—No es poco...

—No sé si es poco o mucho. Lo cierto es que mi historia no está a la altura de la tuya.

Le tiendo la mano con una risa maliciosa:

—Si quieres cambiármela, cerramos el trato en un abrir y cerrar de ojos.

Me mira serio:

—No, no es tu pasado lo que quiero, sino comprender únicamente por qué extraña alquimia lo que tú has vivido no me ha implicado a mí, y viceversa.

—Bien. Y si lo consigues, trata también de explicarme a mí cómo es que nunca hay nada parecido a esto en mi pasado: Magda, Kathleen, este lugar...

—Hemos nacido y crecido en dos mundos distintos, Lot. Por una parte, los señores, los obispos, los príncipes, los duques y los campesinos. Por otra, los mercaderes, los ricos banqueros, los armadores y los asalariados. Amberes y Amsterdam no son Mühlhausen y tampoco Münster. Esta ciudad es el puerto más importante de Europa. No hay día que no sean cargadas naves enteras de lana, seda, sal, tapices, pieles y carbón. En treinta años los mercaderes han transformado sus tiendas en agencias comerciales, las casas en palacios, los bajeles en naves de gran cabotaje. Aquí no hay un orden antiguo e injusto que poner patas arriba y tampoco hay patanes a los que instalar en los tronos. No hay que llevar a cabo ningún apocalipsis, porque se ha hecho realidad desde hace un tiempo.

Lo interrumpo con un manotazo en la rodilla:

—¡Ya sé dónde oí hablar de ti por primera vez! Fue a Johannes Denck, en Mühlhausen, al referirse al modo en que seducías a los mercaderes de tu tierra. Los convenciste de que sin dinero, en la ciudad, es imposible hacer nada.

Eloi se saca una moneda y le da vueltas entre las manos, la lanza al aire y la recoge varias veces.

—¿Ves? Al dinero no le puedes dar la vuelta: lo vuelvas del lado que quieras siempre muestra una cara.

Entorna los ojos para disfrutar del rayo de sol que se filtra por entre las ramas, mientras trata de encontrar un orden, un punto de partida para su relato.

Sonríe:

–Al principio pensaba en algo por el estilo de las comunidades hutteritas...

–¿Esos locos de la región de Nikolsburg?

–Ellos exactamente, viven completamente aislados del resto del mundo y afirman bastarse a sí mismos.

Con gesto afectado vuelvo todo el busto hacia él, visiblemente sorprendido:

–Acerca del dinero ellos no dirían ciertamente las mismas cosas que tú acabas de defender. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

Busca las palabras, es difícil, comprende que deberá explicar muchas cosas, tal vez arriesgar a perderse en las circunvoluciones de un discurso demasiado extenso.

–El Apocalipsis no es un objetivo por alcanzar, lo tenemos entre nosotros. En los últimos veinte años he oído hacer tantos llamamientos al Apocalipsis, que si llegara hoy de verdad, haría falta Dios y ayuda para conseguir distinguirlo de la cotidiana suerte reservada a los mortales. El verdadero Reino de Dios comienza aquí –se pone el índice en el pecho–, y aquí –se toca la frente–. Ser puros no significa apartarse del mundo, condenarlo, para obedecer ciegamente a la ley de Dios: si quieres cambiar el mundo de los hombres debes vivirlo.

Me levanto para sacar agua del viejo pozo del centro del patio. Me duele toda la espalda, mientras tiro de la cuerda para alzar el cubo. Miro a Eloi: si no me hubiera dicho que tiene mi edad, lo habría creído mucho más joven.

–Si quieres convencerme de que Batenburg era un loco puedes ahorrarte la molestia, pues bien que lo sé. Pero quizá no tenía ideas muy distintas de las tuyas: creía que los elegidos eran ya puros, incapaces de pecar, creía estar ya en pleno Apocalipsis. Por esto mataba y cortaba el cuello sin pensárselo dos veces.

Bebe a sorbos el agua fresca:

–En todo aquel que exorciza en los demás el desprecio que siente por sí mismo, por las propias derrotas, en todo aquel que culpabiliza y juzga para no ser ni juzgado ni culpable, hay un cura que, por más que quiera disimularlo, grazna todavía entre los cuervos de la vieja fe. A todo aquel que muestra suficiente inteligencia como para comprender el mundo y demasiada poca para aprender a vivir no le cabe esperar otra cosa que el martirio. –Vuelve a sonreírme–. Yo no he hablado nunca de los elegidos. Lo único que he dicho es que cada uno puede descubrir en sí el espíritu de Dios, que es libre, aje-

no a cualquier código, incapaz de causar daño. He dicho que el pecado está en la mente del pecador.

Comienzo a comprender.

Continúa sereno:

—A los veinte años creía que Lutero nos había regalado una esperanza. No tardé mucho en comprender que se la había revendido enseguida a los poderosos. El viejo fraile nos ha desembarazado del Papa y de los obispos, pero nos ha condenado a expiar el pecado en soledad, en la soledad de la angustia interior, introduciendo un cura en nuestra alma, un tribunal en la conciencia que juzga cada gesto, que condena la libertad del espíritu en nombre de la inexpiable corrupción de la naturaleza humana. Lutero ha arrancado a los curas el hábito negro, únicamente para volver a coserlo en el corazón de todos los hombres.

Toma aliento, jugueteando con las virtudes de madera del suelo. Tiene verdaderas ganas de decírmelo todo, como si quisiera recompensarme por mi relato. Y yo tengo ganas de escucharlo.

—Quisiera que comprendieras que tú y yo hemos partido de la misma desilusión. Los mismos que quisieron reformar la fe y la Iglesia, han reformado también el viejo poder, le han proporcionado una nueva máscara. Las esperanzas de vuestros anabaptistas eran legítimas: desmentir a Lutero y proseguir a partir de allí donde él se había detenido. Pero vuestra visión de la lucha os hacía ver el mundo en blanco y negro, cristianos y anticristianos. —Sacude la cabeza—. Una visión de este tipo sirve para ganar una batalla justa, pero no para hacer realidad la libertad de espíritu. Muy al contrario, puede construir nuevas prisiones del alma, nuevas obligaciones morales, nuevos tribunales. El sentido de todo esto se halla contenido en la historia que me has contado: Matthys, Rothmann, Beuckelssen, Batenburg... La diferencia entre un papa y un profeta radica únicamente en el hecho de que se disputan el monopolio de la verdad, de la palabra de Dios. Yo creo que esa palabra cada uno debe poder encontrarla por sí mismo. Me he quedado al margen de la contienda y he trabajado para esto. —Hace un gesto para abarcar el patio que nos rodea—. No te vayas a creer que ha sido fácil. He estado muchas veces a punto de ser encarcelado y durante muchos años he tenido que llevar una vida clandestina.

—Kathleen me ha hablado de ello.

Asiente:

—También fui procesado, en un par de ocasiones. Por vilipendio de las leyes municipales y estafa contra un mercader de paños. Me las apañé: gracias al hecho de que mucha gente que andaba por Europa usó mi nombre, incluido el viejo Denck, que en gloria esté. Estuve

siempre en lugares distintos de aquellos en los que había tenido problemas con las autoridades. En esto tú y yo nos asemejamos mucho.

Pienso en cuántos he sido, hasta el momento presente, pero no consigo recordar el número exacto.

—Yo he sido muchos y muchos has sido tú. Sí, la diferencia es mínima.

Nos sentamos en los escalones uno al lado del otro, recojo casi instintivamente una maderita y me pongo a cortarla con el estilete. El olor intenso a musgo que crece por todas partes en el jardín es embriagador, me gusta, me recuerda los bosques de Alemania.

Me doy cuenta de que quiere seguir, decirme algo más, algo para lo que ha esperado mucho tiempo.

—Desde Amberes todo parece más claro. Hasta un modesto constructor de tejados como yo puede darse cuenta de un montón de cosas que en otra parte pasarían inadvertidas. He aprendido a leer y a escribir, he aprendido a hablar, frecuentando a los mercaderes de esta ciudad, seduciéndolos con una vida libre y feliz. Pero sobre todo, he aprendido cosas nuevas del mundo, los hombres y las religiones. Mira, por aquí pasan mercaderes de todos los países, llegan y vuelven a partir mercancías de todo género: el cobre polaco que se dirige a Inglaterra y a Portugal; las pieles suecas para la corte imperial, el oro del Nuevo Mundo que es trabajado por los artesanos locales; la lana inglesa, los minerales de las canteras bohemias. Toda esta actividad mercantil da trabajo a un número incalculable de personas: comerciantes, armadores, marineros, artesanos, mozos... y naturalmente soldados, para garantizar la seguridad de los caminos, para conquistar nuevas tierras, para sofocar las revueltas. La vida de países enteros y poblaciones gravita en torno al comercio. El Imperio de Carlos Quinto sin el comercio de los Países Bajos no podría mantenerse en pie. Los Países Bajos son el pulmón del Imperio: la mayor parte de los impuestos, Carlos los saca de estas tierras, mejor dicho, de estos comerciantes y artesanos.

—¿Y por esto la rebelión fiscal contra el Emperador?

—Exactamente: están cansados de financiar sus guerras y el fasto improductivo de su corte.

Saca de nuevo la moneda y la lanza al aire recuperándola al vuelo:

—Pagar a los obreros, transportar los productos, armar una nave, reclutar una tripulación, poner en pie un ejército que defienda las cargas de los actos de piratería... Todo esto únicamente puedes hacerlo con una cosa: el dinero.

No sé por qué, pero cuando pronuncia esa palabra me recorre como un estremecimiento, el que te produce una verdad obvia y sin embargo siempre aterradora.

—Todos dependen del dinero: tanto los mercaderes como el Emperador, tanto los príncipes como el Papa, el lujo, la guerra y el comercio.

Se detiene, como si hubiera tenido una idea repentina.

—Si has terminado de tallar marionetas, me gustaría enseñarte una cosa.

Con la mirada perpleja, se levanta, me hace una indicación de que lo siga:

—Ven, nos sentará bien estirar un poco las piernas.

—Este es el puerto en el que circula la mayor cantidad de mercancías de toda Europa.

Nos paramos delante de una gran nave mercante de tres mástiles: el ir y venir de estibadores por la pasarela es impresionante, sacos a hombros, para un esfuerzo que se diría sobrehumano. El muelle está atestado de hombres en intensas negociaciones, de marineros y reclutadores. Entreveo a distancia una patrulla de españoles y tengo un sobresalto.

—No, no, tranquilo. En medio de todo este marasmo no pueden reconocerte. No es gente que busque complicarse la vida. Vive y deja vivir es su lema. Tú tuviste mala suerte, fuiste a caer en medio de una represalia. Ven.

Eloi me lleva ante un pequeño local de mampostería con un letrero descolorido: no consigo leer, nunca he aprendido bien la lengua escrita de estas tierras.

—Es una agencia de cambio. Los mercaderes pueden cambiar sus monedas inglesas, suecas o de los principados alemanes en florines o en cualquier otra moneda corriente, según sea el país en el que han llevado a cabo sus negocios. La moneda cambia, pero el dinero es siempre el mismo: no importa qué perfil haya sido estampado en ella.

Nos desplazamos hacia un gran edificio de tres pisos, esta vez consigo leer el letrero: CASA DE LOS MERCADERES Y ARMADORES.

—Aquí los mercaderes deciden qué empresas emprender: cuáles pueden ser los negocios más convenientes.

Empleamos los codos para salir de aquel maremágnum, las lenguas y los dialectos de media Europa nos rodean como un único canto incomprensible, una Babel al revés, en la que todos parecen comprender a todos.

—¿Ves esos carros? Pues vienen de Lieja. Transportan paños de lana elaborados por los tejedores de la región de Condroz: son apilados en esas naves, que a su vez vuelven a importar a Inglaterra la lana que los mercaderes de Amberes adquirieron de los criadores ingleses.

—¡Pero es absurdo!

Eloi se ríe sonoramente:

—No. Es ganancia. Tal vez un día los ingleses caigan en la cuenta de que les resultaría más conveniente desarrollar los talleres textiles en su propia casa, pero por el momento la cosa funciona así.

Proseguimos, alejándonos por el canal hacia el interior de la ciudad, a través de estrechas callejuelas donde los rayos del sol no consiguen llegar.

—Todo el mecanismo es movido por el dinero. Sin el dinero no se movería una aguja en Amberes y tal vez en toda Europa. El dinero es el verdadero símbolo de la Bestia.

—¿Qué pretendes decir con eso?

Nos paramos cerca de un puesto de venta de coles y salchichas ahumadas, su olor penetrante nos envuelve.

—¿Cómo crees que consiguió Carlos Quinto que lo eligieran emperador en el diecinueve? Pues pagando. Compró a los Príncipes Electores, alguien puso a su disposición una cantidad de dinero mayor que la que había ofrecido Francisco de Francia. ¿Y la guerra contra los campesinos? Alguien prestó a los príncipes alemanes el dinero para pertrechar a las tropas que os derrotaron. ¿Y cómo crees que financia Carlos Quinto su guerra en Italia contra los franceses? ¿Y la expedición contra los piratas sarracenos? ¿Y la campaña contra el Turco en Hungría? ¿Acaso crees que los mercaderes de aquí cuentan con tan grandes sumas como para equipar sus expediciones comerciales? Ni soñarlo. Dinero, ríos de dinero que es prestado a cambio de un porcentaje de los beneficios. Así funciona, amigo mío.

Hace rato que está esperando la pregunta:

—¿Quién posee un patrimonio semejante?

Mira derecho delante de nosotros, luego dirige el índice hacia el edificio que tenemos enfrente y murmura:

—Los bancos.

—Ahora puedes comprender dónde anida el Anticristo contra el que has luchado toda tu vida.

—¿Allí dentro? —Señalo el edificio imponente que tenemos enfrente de nosotros.

—No. En las bolsas que pasan de mano en mano dando vueltas por el mundo. Has luchado contra los príncipes y los poderosos. Te estoy diciendo que sin el dinero aquellos no serían nada, los habríais derrotado hace tiempo. En cambio, siempre hay algún banquero que les echa una mano financiando sus iniciativas.

—Eso está bien para las empresas comerciales, pero ¿qué gana un banquero financiando una guerra contra los campesinos?

—¿Y tú me lo preguntas? Que vuelvan a trabajar los campos de sus señores, a excavar en sus minas. Desde ese momento, de todo cuanto se produzca los banqueros obtendrán una parte sustanciosa. Mira, Carlos Quinto y los príncipes son un tipo de parásitos que no producen nada, pero que tienen una necesidad enorme de despilfarrar dinero: guerras, cortes, concubinas, hijos, torneos, embajadas... El único modo que tienen de saldar las deudas que contraen con los banqueros es hacerles concesiones, dejarles el usufructo de minas, fábricas, tierras, regiones enteras. De este modo los banqueros son cada vez más ricos y los poderosos cada vez más dependientes de su dinero. Es un círculo vicioso.

La expresión burlona de Eloi no deja lugar a dudas sobre el hecho de que está divirtiéndose pintando el mundo desde su punto de vista. Compra una salchicha humeante y la sopla antes de hincarle el diente.

Señala el banco:

—Sin duda habrás oído mencionar a los Fugger de Augsburgo: los banqueros del Imperio. No hay un puerto en Europa donde no haya una filial suya. No hay comercio en el que no tengan alguna participación por mínima que sea. Nuestros mercaderes estarían perdidos sin el dinero que los Fugger ponen a su disposición para financiar sus viajes. Carlos Quinto no movería un solo soldado si no hubiera un crédito ilimitado en sus arcas. Por lo demás, el Emperador debe a los Fugger su corona, la guerra contra Francia, la cruzada contra los turcos y el mantenimiento de todas sus rameras. Los ha recompensado dándoles el usufructo de las minas húngaras y bohemias, la recaudación de los tributos en Cataluña, el monopolio de la extracción minera en el Nuevo Mundo, y quién sabe qué cosas más. —La salchicha apunta hacia el edificio que se alza allí delante—. Créeme, sin los Fugger y su dinero ese hombre estaría en la ruina desde hace tiempo. —Vuelve la cabeza en todas las direcciones—. Y tal vez todo esto no existiría.

Se mordisquea los dedos pringosos de la forma más natural del mundo.

Doy algunos pasos hacia el centro de la calle, escruto la construcción anónima, maciza, luego miro a mi alrededor un poco confuso, sentimientos encontrados se acumulan dentro, rabia, estupor, también ironía. Me paro y en voz alta desembucho todo:

—¿Por qué nunca nadie me ha hablado de los bancos?

CAPÍTULO 42
Amberes, 30 de mayo de 1538

—Tu relato, la increíble historia de Gert Arriba y Abajo del Pozo, me ha dejado sin aliento. No conseguía siquiera dormir después de despedirnos entrada la noche. Esta es la razón por la que me gustan los que saben contar una historia, con palabras, un pincel o una pluma. Has pintado un fresco de Münster con la maestría de un Bruegel, y ahora esa historia la he vivido también yo, y tú dos veces.

»Dos veces, Lot: una por la propia experiencia y la otra para librarte de ella. Como quiere el nombre que te hemos dado, mira adelante, derecho delante de ti, más allá de los navíos que a diario esperan zarpar, a lo largo del estuario que poco a poco se ensancha en leguas para desembocar a continuación en mar abierto. El mar, Lot. Allende ese mar no pasa día que no traiga noticias de tierras y gentes nuevas. Y nuevos crímenes también. Allende ese mar el Apocalipsis surge cada mañana, juntamente con el sol.

»No vuelvas la cabeza atrás, no te quedes prisionero de tu historia. Toma el mar, corta las amarras que te tienen clavado a tierra, mantén la mente a proa y zarpa. Zarpamos. Un mundo acaba, otro comienza, el Apocalipsis es este y nosotros nos encontramos en medio. Ayúdame a armar el bajel que habrá de desafiar a la tempestad.

Eloi se levanta y da algunos pasos entre el puesto de venta de salchichas y el gran edificio gris, luego vuelve a sentarse en los escalones.

—¿En qué piensas?

Mira la fachada desnuda, el portal de madera maciza.

—En golpear de muerte a la Bestia. Y hacer un montón de dinero.

A lo largo del muelle de tablas clavadas a los palos sumergidos en el agua estancada, en un extremo de ese infinito laberinto de pútridas aguas y madera, sigo la espalda de Eloi que abre el paso.

Es una pequeña nave mercante, panzuda y torpe: bodega con capacidad, dos mástiles muy altos, un pequeño camarote debajo del castillo de popa. El mascarón de proa es un fénix con las alas desplegadas y que da nombre a la nave: Phoenix.

—¡Lodewijck Pruystinck!

El hombre que saluda se ha asomado a la barandilla de cubierta: barba y pelo canosos, cara picada de viruelas, ojos diminutos y chispeantes.

—¡Polnitz, el mago de los números!

Eloi agarra el pasamanos de la pasarela y de un salto se planta a bordo. Yo detrás.

Se le dispara la sonrisa:

—Gotz, este es Lot que salió de un pozo. Un maestro en el arte de salir de los pozos.

—Venid, venid adentro.

He de agacharme para entrar en el camarote. Una mesa enganchada a la pared de enfrente, dos sillas a los lados, un banco clavado en el suelo. La única luz es la que penetra por la puerta de entrada, si exceptuamos una vela encendida encima de la mesa.

Eloi me deja la silla y se sienta en el banco de al lado, Polnitz de frente a mí. No tiene aire de marinero.

—Bien, señores. —Vuelto hacia Eloi—: Supongo que nuestro amigo necesita muchas explicaciones.

—Por supuesto. Pero si lo he traído aquí es porque es la persona que andábamos buscando.

Hago una medio mueca y espero.

Polnitz se acomoda en la silla:

—No perdamos tiempo, pues. ¿Tú sabes quiénes son los Fugger de Augsburgo?

La mirada permanece sobre mí.

—Unos banqueros.

—Los banqueros. —Los ojos escrutan atentos, sabe ya lo que quiere decirme—. Permíteme que te cuente una historia.

Eloi se enciende un cigarro, y se arrellana callado y burlón en medio de las volutas.

—Hará cosa de diez años el más poderoso de los banqueros de Amberes era un tal Ambrosius Höchstetter: un bellaco esculpido en piedra que desde hacía décadas dominaba la plaza. Cada florín gastado por el rey de Hungría Fernando provenía de su bolsa, a cambio de todo el mercurio bohemio y muchas más cosas aún. Para llegar a esta posición el viejo Ambrosius, muchos años antes, había demostrado tener una vista de lince. Aparte de la importancia de la amistad con los Habsburgo, comprendió que, si bien los príncipes podían concederle derechos de usufructo de minas y territorios, el cantante iba a parar sin embargo a otras manos, más sucias y más hábiles. Las de los mercaderes de Amberes. Así, comenzó a reunir sus ahorros: la totalidad de los negocios, de las manufacturas, y de todos los pequeños y grandes intercambios de los que este puerto es teatro. A quien depositaba también pequeñas sumas en sus bancos, le concedía un buen interés. Prestaba dinero a los mercaderes emergentes, financiaba sus actividades, tenía un poder tal sobre las fortunas de

quien emprendía algún tráfico comercial en Amberes, que nunca nadie habría podido imaginar desbancarlo de aquel trono.

Gotz von Polnitz no aparta la mirada de mí, para asegurarse de que no me pierdo ni una palabra de la historia.

—En mil quinientos veintiocho Höchstetter era aún el rey de Amberes, pero tenía problemas. Era viejo, estaba casi ciego y fuera de la ciudad eran muchos los que aspiraban a suplantarlo. En mil quinientos veintiocho Lazarus Tucher, un mercader de origen nurembergués, regentaba un discreto tráfico de intercambios entre Lyon y Amberes. Tucher era persona acomodada y despierta, pero que no gozaba de los favores de Höchstetter: sabía, pues, que no iba a poder crecer mucho más. Desde la primavera de aquel año, precisamente de Lyon comenzaron a llegar rumores sobre la disponibilidad monetaria real de Höchstetter: el viejo se había expuesto por todas partes con sumas considerables, prestaba dinero a los mercaderes, abastecía a los Habsburgo y la guerra por el monopolio del mercurio era muy costosa. Las sumas ahorradas de los pequeños mercaderes y de los gremios de Amberes estaban irremediablemente lejos, en las galeras rumbo al Nuevo Mundo, en la corte de Fernando y en las minas bohemias. Aunque parezca mentira, en poco tiempo una multitud le reclamaba la devolución de sus depósitos.

Gotz toma aliento, me deja imaginar la escena, luego prosigue:

—La bancarrota fue inevitable. Höchstetter no tenía en sus arcas dinero suficiente para satisfacer los reintegros, trató desesperadamente de salvarse pidiendo ayuda incluso a sus más feroces competidores, pero su destino estaba ya marcado. En mil quinientos veintinueve el joven y agresivo Anton Fugger, nieto del patriarca Jacob el Rico, hacía su entrada triunfal en la ciudad, dando garantías a la masa de acreedores y asumiendo de golpe las obligaciones, los almacenes y la entera actividad de Höchstetter. Acusado de haber engañado a los ahorradores, el viejo acabó sus días en la cárcel.

En realidad el joven Fugger venía a coronar una operación a la que había dado comienzo más de un año antes, al pilotar el descrédito de Höchstetter gracias a la destreza de su ambicioso agente: Lazarus Tucher. Amberes coronó a su nuevo rey.

La pregunta me sale sola:

—¿Qué fue de Tucher?

Palabras sopesadas:

—Eso no tiene importancia, ya no está en la ciudad. Lo que te enseña esta historia es la ley fundamental del crédito: quien quiera recoger el ahorro de muchos debe disfrutar de la confianza de muchos.

Una nueva pausa. Eloi es un oyente atento a mi lado, no mueve ni un músculo.

Gotz saca del jubón una hoja de papel no demasiado grande y la apoya en la mesa.

—No lo creerás, pero la mayor parte de los negocios que se desarrollan aquí se producen por medio de letras de cambio. Pedazos de papel como este.

Doy vueltas a la hoja entre las manos: una especie de carta de caligrafía elegante con dos sellos, y una firma al final.

—Anton Fugger o quien por él garantiza con la propia sigla la entidad de tu depósito en sus arcas. Cuando tú tienes en la mano un pedazo de papel como este, es exactamente como si tuvieras con él tu dinero, que, sin embargo, de hecho, está a buen recaudo en la caja de caudales de Fugger. Puedes embarcarte, puedes viajar, evitando el riesgo y la molestia de llevarlo contigo. Tan pronto como quieras recuperar tus monedas de oro y de plata, puedes dirigirte a cualquiera de las filiales de los Fugger repartidas por Europa y retirarlas simplemente mostrando tu letra de cambio. Pero la cuestión es que, precisamente en base a la ley del cambio, podrías no tener nunca necesidad de hacerlo.

Gotz se detiene ante mi ceño fruncido, junta las manos, busca las palabras adecuadas y prosigue:

—Suponte que yo soy un mercader de especias y que tú quieres comprarme mis mercancías y tienes una letra de cambio que garantiza tu crédito con los Fugger por dos mil florines. Puedes pagarme directamente con ella. —Señala la letra que tengo en la mano—. Para ello basta con que le des la vuelta y escribas en el reverso que me transfieres tu crédito. A partir de ese momento soy yo quien puede retirar dos mil florines de las arcas de los Fugger, porque es su firma, y no la tuya, la que me lo garantiza. ¿Comprendes? No estoy obligado a fiarme de ti, no eres tú quien prometes pagarme a mí, basta con que yo dé crédito a la palabra de Anton Fugger.

Le doy la vuelta al papel y veo una serie de cinco o seis anotaciones seguidas todas ellas de firmas distintas. Por seis veces, la letra que tengo en la mano ha sustituido al metal de las monedas sin que estas abandonasen la caja de caudales del banco.

—¿Hasta aquí está todo claro?

—Hay algo que no comprendo: ¿cuál es el interés del banco en todo esto?

Gotz asiente:

—Mientras la letra de cambio pasa de mano en mano, el dinero está de todas formas a su disposición. Recuerda al viejo Höchstetter: recogía el ahorro y lo reinvertía en negocios rentables. Esto es lo que hace el banquero. Tus dos mil florines, juntamente con los de otros muchos acreedores, sirven para financiar el equipamiento de flotas

mercantiles, el reclutamiento de ejércitos, la extracción minera, el mantenimiento de cortes principescas y otras muchas cosas, para luego volver redoblados a las arcas de Fugger. Fugger tiene el dinero en sus arcas, Fugger lo presta a príncipes y mercaderes, Fugger lo recupera con sus intereses. —Me concede el tiempo para que lo comprenda en todo su alcance—. El dinero genera dinero.

El silencio me advierte de que hemos llegado a un punto destacado de la exposición. Eloi ya no fuma, con los brazos cruzados, el aire meditabundo. Gotz continúa dirigiéndose a mí.

—Ahora puedes comprender por qué Fugger está dispuesto a aumentar tu pequeña suma ahorrada si se la dejas en depósito durante mucho tiempo.

—¿Que es como decir?

—Que también él te paga un interés, dado que a todos los efectos, al depositar una cierta suma en sus arcas, tú has puesto a su disposición un dinero que le permite aumentar el volumen de sus inversiones.

Trato de entender:

—¿Estás diciendo que si yo deposito mis dos mil florines en el banco y los dejo allí, un año después, se habrán convertido en dos mil cien?

Gotz se permite la primera sonrisa:

—Exactamente. De este modo los acreedores no estarán tentados de retirar con demasiada frecuencia sus depósitos, y no dejarán expuesto a Fugger a la eventualidad de una hemorragia monetaria de sus arcas. —Señala de nuevo la letra de crédito—. Desde este punto de vista, ese trozo de papel facilita el engrosarse de las sumas depositadas, ya que hasta que alguien no va a recuperarlas, aquellas van creciendo como la espuma en las manos de Fugger.

Tengo un poco de lío en la cabeza, pues aunque el mecanismo parece sencillo tal como Gotz lo explica, me domina la triste sensación de que algo se me escapa inevitablemente.

—Hum, vamos a ver si lo he comprendido. La letra de cambio vale dos mil florines. Puedo decidir cambiarla enseguida como si fuera dinero, o bien conservarla y esperar a que el depósito crezca con los intereses. —Gotz sigue el razonamiento con amplios cabeceos de asentimiento—. Bien, creo que la elección dependerá de la necesidad que tenga uno de usar ese dinero de forma inmediata.

—Muy bien.

—Es un mecanismo diabólico.

Eloi se ríe a carcajadas y finalmente habla:

—Dejemos al diablo al margen de este asunto. Que bastante complicado es ya.

Gotz atrae de nuevo mi atención:

—Todo el mecanismo se basa única y exclusivamente en la confianza que conceden todos a la firma de Anton Fugger. Es su palabra la que rige los intercambios.

—Sí. Esto está bastante claro.

—Bien. —Por primera vez busca con la mirada la conformidad de Eloi. Un pequeño gesto de cabeza del amigo y la cara picada de viruelas de Gotz se vuelve de nuevo hacia mí—. Vayamos entonces al grano. ¿Qué pensarías tú si te dijera que la letra de cambio que tienes en la mano es falsa?

Le doy la vuelta a la hoja amarillenta, observo bien las firmas, los sellos.

—Diría que eso es imposible.

Gotz deja traslucir su satisfacción. De la pequeña alforja que tiene a su lado saca una cajita negra, sin nombre ninguno, una hoja del mismo tamaño que la que tengo yo en la mano, un tintero y una larga pluma de oca.

Escribe lentamente, pendiente de no manchar la hoja, solo el rasguear de la pluma en medio del silencio de sus dos espectadores.

Con la llama de la vela disuelve dos gotas de una barrita de lacre bermellón, dejándolas caer sobre la hoja. Luego abre la cajita y extrae dos pequeños timbres de plomo, que empapa en el lacre caliente. Da la vuelta a la hoja y me la alarga sobre la mesa.

La escritura es idéntica, las mismas palabras, el mismo trazo. Los timbres son esos, también la firma de Anton Fugger destaca en la misma posición, las mismas leves rebabas de tinta en las consonantes, donde la mano ha apretado más.

Clavo la mirada en el lacre de Gotz, tratando de imaginar quién diablos es el tipo que tengo delante. Él no se inmuta en absoluto.

—Sí, son las dos falsas.

—¿Cómo has conseguido esos timbres?

Se detiene:

—Cada cosa a su debido tiempo, amigo mío. Ahora mira bien esas dos letras.

La mirada se desplaza de una a la otra un par de veces:

—Son idénticas.

—No exactamente.

Miro con más detenimiento:

—En una hay unos signos en el margen derecho, abajo, pero son casi invisibles.

—En efecto. Es un código secreto. El código con el que los agentes de cambio que trabajan para Fugger en las filiales repartidas por Europa se comunican entre sí. El primer signo indica la filial que ha

emitido la letra de cambio, que es como decir aquella en la que ha depositado el dinero. El garabato que ves, por ejemplo, dice que los dineros están depositados en Augsburgo. El segundo es la firma personal, también ella cifrada, del agente que ha redactado la letra, en este caso Anton Fugger en persona. El tercer signo indica el año de emisión.

—¿Cómo te las arreglas para conocer el código?

Gotz finge no haber oído la pregunta:

—Si te presentases con una letra carente de código en cualquiera de las agencias Fugger, te verías inmediatamente arrestado. Por más que sepas reproducir la firma de un agente de los Fugger, si no conoces el código no puedes falsificar una letra de cambio.

—¿Y cómo te las arreglas tú para conocerlo?

Silencio. Nos miramos fijamente.

Eloi lo anima:

—Díselo, Gotz.

Suspira:

—Trabajé siete años como agente de los Fugger en Colonia.

Los pensamientos se agolpan, confusión. Me dirijo a Eloi:

—¿Este es el negocio? ¿Falsificar letras de cambio y sacar dinero bajo cuerda de las arcas de los Fugger?

Eloi ríe:

—Más o menos. Pero no es tan fácil como parece.

Gotz retoma la palabra:

—Fugger y sus agentes conocen personalmente a sus mayores acreedores, son los mismos con quienes hacen los negocios más lucrativos. Además, tienen una idea bastante exacta del número de intercambios que pasa por los puertos entre el Báltico y Portugal: es su reino, no hay que olvidarlo. Amberes está exactamente en medio del tráfico comercial: su plaza fuerte. Si mañana un desconocido cualquiera con remiendos en el trasero entrara en el banco local con una letra que le acreditara cincuenta mil florines, difícilmente saldría sin problemas con dicha cifra. Hay que hilar fino. Ir paso a paso.

Gotz es bueno, si vendiera humo lo haría de la forma más simple del mundo. Sin embargo, ahora he de saber de qué estamos realmente hablando.

—¿Cuánto?

Sin titubear:

—Trescientos mil florines en cinco años.

Degluto la montaña de dinero que no consigo ni tan siquiera imaginar: el golpe a los banqueros más ricos de toda la cristiandad.

—¿De qué modo?

Asiente, sigo aún aquí, eso es una buena señal.

—Ahora te lo explico.

—Ante todo es necesario poner en pie toda una actividad de cobertura. ¿Qué sabes de cómo funciona el tráfico de mercancías?

—Le robé a un mercader en el camino de Augsburgo y liquidé a tres piratas cerca de Rotterdam. Probablemente es rentable, pero parece que es algo arriesgado.

Gotz está jubiloso:

—Excelente. Efectivamente, otra de las actividades de los banqueros es asegurar las cargas, pues con los tiempos que corren los mercaderes se cansan de asumir todos los riesgos ellos solos.

—Sigue.

—Imagina que eres un mercader que tiene la oportunidad de iniciar un importante intercambio de mercancías con Inglaterra. Compras azúcar de caña refinado de las manufacturas de Amberes y Ostende y lo revendes en las plazas de Londres e Ipswich. Resulta un comercio muy rentable y tu intención es desarrollarlo de la mejor manera posible. Has alquilado dos embarcaciones, pero el propietario te ha pedido que asumas tú todos los riesgos del transporte, naves incluidas. ¿Qué harías para cubrirte las espaldas?

Pienso en ello un segundo y comprendo cuál es la respuesta:

—Ir a la sede Fugger de Amberes a contar esta historia, para asegurar el cargamento y las naves.

Los ojos diminutos y negros de Gotz no se mueven:

—¿Te ves capaz de eso?

—¿Qué pasará con el cargamento y las naves?

Eloi se adelanta a la respuesta:

—El primer cargamento de azúcar llegará sin problemas a Londres. La segunda vez el cargamento destinado a Ipswich y las dos naves que lo transportan serán víctimas de una emboscada de piratas zelandeses.

Es Gotz quien continúa:

—Por tanto, tendrás derecho a cobrar los quince mil florines del seguro.

Pienso en ello con calma, hasta que todo queda claro:

—¿Y después?

—En vez de retirar el dinero, pides que te sea reembolsado en las correspondientes letras de cambio, confirmando tu intención de proseguir en la actividad y continuar siendo cliente de la agencia. Y, efectivamente, pedirás al agente de los Fugger que deposite tus letras a tres años, de modo que quien las cobre al vencimiento del depósito pueda hacerlo recibiendo un considerable interés, pero no antes.

—¿Tres años?

—Para tomarse tiempo. Cuanto más tarde sean cobradas nuestras letras, mejor para nosotros. Porque en esos tres años desarrollarás tus negocios con las letras de crédito que atestiguan tus ahorros en las arcas de los Fugger, pero mientras tanto comenzarás también a poner en circulación las falsas que yo te proporcionaré. Con todas las letras, verdaderas y falsas, adquiriremos mercancías en muchas plazas distintas y luego las revenderemos por dinero contante y sonante. Una parte será depositada de nuevo en el banco. Esto servirá para mantener viva la relación con la agencia y para demostrar que la actividad comercial prospera moderadamente. Todo el resto será el merecidísimo premio a nuestra astucia.

—¿Cómo estás seguro de que no nos descubrirán enseguida? —pregunto.

—Este es mi oficio. No es más que una cuestión de equilibrio entre los pagos realizados con las letras a las que corresponde dinero realmente depositado en la caja y los pagos realizados con las letras falsas. Haremos circular las falsas por la mayor parte de las plazas periféricas, y de este modo ganaremos más tiempo y más difíciles se harán las comprobaciones por parte de los Fugger.

—¿Cuánto durará el juego, si es que no nos pescan antes?

—Según mis cálculos, si procuramos difundir las letras falsas por distintas plazas, para descubrirnos se requerirán como mínimo cinco años. Y por lo demás, ese es el tiempo que nosotros necesitamos para asegurarnos la vejez. Cien mil florines por cabeza. ¿Digo bien, señores?

Se hace un silencio absoluto, incluso el chapaleo de la corriente sobre la panza de la nave parece cesar.

Miro a Eloi:

—¿Y tu papel?

Los ojos del amigo brillan, pero es Gotz quien responde:

—Será tu socio en la empresa. —Un carraspeo—. Una última cosa, pues no se trata de descuidar los detalles: tendrás que acostumbrarte a usar un nombre falso.

Mientras Eloi estalla a reír, respondo:

—Ningún problema.

Oigo el resonar de nuestros pasos mientras nos alejamos a lo largo del embarcadero. Gotz von Polnitz, el mago de los números, se ha despedido dándonos cita para pasado mañana.

Caminamos sumidos en los mismos pensamientos, tal vez Eloi se espera mi objeción:

—Hay algo que no me cuadra.

Asiente:

—Sé lo que estás pensando. Por qué nos necesita. Por qué no lo ha hecho él solo o no se dirige a gente ya metida en una actividad comercial.

—Lo has adivinado.

Sabe que es inútil andarse ya con secretos, pues de ahora en adelante seremos socios en los negocios.

—Por el mismo motivo por el que no puede mostrar su cara en Amberes. Polnitz es un nombre falso. Ese al que acabas de conocer es un hombre que está muerto desde hace tres años.

—¿Quién diablos es, entonces?

Sonríe:

—Aquel a quien los Fugger deben su dominio en Amberes. Su mejor agente: Lazarus Tucher.

Pongo unos ojos como platos. Eloi se ríe y se lleva el índice a la boca:

—Chiss. Tras haberle dado gato por liebre al viejo Höchstetter y haber allanado el camino para la ascensión de Anton Fugger en la ciudad, sus méritos le granjearon el puesto de primer agente en la filial de Colonia. Pero cuando en el treinta y cinco Fugger decidió armar una expedición para ir finalmente a hacerse con el oro de las minas del Nuevo Mundo, la gestión de una operación tan importante le fue confiada al diligente Lazarus. Solo que una tempestad mar adentro de las costas portuguesas hizo naufragar la flota entera apenas había zarpado. Esto es lo que cualquier marinero abajo en el puerto puede contarte: el mayor fracaso desde que Anton rige las actividades de la familia. Lo que no se sabe es que una nave se salvó, la capitana, y con ella todo el dinero que hubiera tenido que ir a financiar las excavaciones mineras en el Perú.

—Y Tucher iba en aquella nave.

El final puede uno imaginárselo, pero Eloi no dejaría nunca a medias una historia:

—Tomó rumbo a Irlanda y de allí pasó a Inglaterra, donde permaneció escondido durante tres años, haciendo negocios con los amigos de Enrique Octavo.

—Y ahora ha decidido dar un golpe a las arcas de sus ex amos.

—Exactamente.

Tomamos por la estrecha callecita que bordea este trecho del estuario, los campanarios de Amberes apuntan nebulosos en el horizonte, las gaviotas inspeccionan el agua desde lo alto, una cigüeña nos observa inmóvil desde su nido, sobre el mástil de una nave encallada.

Eloi mira al suelo, piensa en lo que quiere decirme.

Se detiene:

—No se trata únicamente de una estafa magistral.

Algunos pasos más adelante, espero que desembuche.

—No se trata solo de dinero.

—¿De qué, entonces?

—Del crédito. ¿Cómo crees que reaccionarían los comerciantes si se enteraran de que por todos los mercados de Europa circulan letras de cambio de los Fugger falsas?

—Creo que no aceptarían ya ningún trozo de papel que llevara la firma de Anton Fugger.

—Exactamente eso. ¿Existe algún banquero sin crédito? Es como un marinero sin nave. Si la gente no acepta ya su firma en garantía, porque piensa que podría ser falsa, está acabado, es hombre muerto. ¿Recuerdas la historia del viejo Höchstetter? Se la jugaron así: des-acreditándolo. La gente comienza a sacar los depósitos del banco, la desconfianza es un contagio que se transmite deprisa: ¿quién querrá ya hacer negocios con alguien que pierde clientes en vez de ganarlos?

—¿Estás diciendo que Tucher querría acabar también con los Fugger de Augsburgo: estafar a quienes estafan?

Sacude la cabeza:

—Lo que a él le interesa es el dinero. Y también a mí. Pero si conseguimos minar de veras el crédito de los Fugger, podrían irse a la ruina en pocos años.

El corazón late con fuerza en el fondo del estómago, se aflojan las tripas: Fernando, Carlos V, el Papa, los príncipes alemanes. Todos atados a la bolsa de Anton el Listo.

Le murmuro en voz baja, como si revelara una visión:

—Y junto con ellos las cortes de media Europa.

También Eloi baja la voz, aunque aparte de nosotros no hay nadie más al alcance de la vista:

—«Vi luego un nuevo cielo y una nueva tierra, porque el cielo y la tierra de antes habían desaparecido.»

CAPÍTULO 43
Amberes, 2 de junio de 1538

—¿Ha visto la carga?

—Sí.

—¿Las naves?

—Sí.

—¿Ha puesto alguna objeción?

—Alguna pregunta sobre las rutas que nos proponíamos seguir.

Lazarus Tucher el redivivo, Gotz von Polnitz el mago de los números, sacude la cabeza desconsolado:

—Deben de creerse omnipotentes. Están tan seguros de su fuerza que ni se les pasa por la cabeza que alguien puede tratar de jugársela. Grandes bastardos.

—Bueno, es una seguridad que nos conviene, ¿no?

Gotz no presta atención a la pregunta, siguiendo con sus reflexiones:

—¿Ha aceptado por quince mil florines?

—Ni ha pestañado. Ha pedido que depositara tres mil de ellos en garantía, que nos devolverá después de la primera expedición. He hecho como dijiste: se los he dado sin más historias, para que pensara que tenemos una considerable disponibilidad económica.

—Bien. Pero de haber estado yo en su lugar, las cosas no habrían resultado tan fáciles.

—Suerte, entonces, de que estés de este bando.

El ex agente de los Fugger me llena el vaso:

—Hay que brindar. Has estado muy bien. El primer paso está dado.

La gabarra en la que Lazarus Tucher esconde el secreto de su existencia se halla oculta en una ensenada del río. Dentro parece una casa normal, a no ser por los extraños objetos que cuelgan de las paredes, que penden de cada rincón: espadas, pistolas, instrumentos músicos, mapas, la concha reluciente de una tortuga.

Sé que haría mejor callándome, pero no siempre se encuentra uno a un personaje tan singular.

—Eloi me ha contado tu historia.

No parece sorprendido:

—Pues ha hecho mal. Si nos cogen, cuanto menos sepamos uno de otro, mucho mejor para todos.

Me acomodo en el sillón de cuero:

—¿Quieres decir que Eloi no te ha dicho nada de mí?

Gotz se encoge de hombros:

—Únicamente sé que estuve en Münster con los locos, y te digo con toda franqueza que si tus credenciales hubieran sido esas, no te habría dejado entrar en el negocio. Pero Eloi dijo que eras la persona adecuada y yo me fío de su olfato: alguien que ha logrado permanecer a flote durante veinte años en medio de los tiburones de esta ciudad sin dejar que lo jodan, tiene que saber valorar a los hombres.

Sonríó maliciosamente y apuro el licor:

—Tienes razón, eran unos locos. Pero conquistaron una ciudad. ¿Lo has hecho tú alguna vez?

Los ojos de Gotz son dos puntos oscuros hundidos entre las cicatrices. No tiene necesidad de responderme. Parece que el anabaptista y el mercader se entienden bien.

—Hay que ser unos fanáticos para intentar empresas de ese tipo.

—Solo hay que creer en ellas.

—¿Y tú creías de veras?

Una buena pregunta:

—Digamos que no era el dinero lo que me atraía entonces.

Sonríe y se llena un segundo vaso:

—¿Te gustaría oír una historia de veras interesante sobre Münster?

—¿Algo que ya no sepa?

—Algo que sabemos solo Anton Fugger, yo y tal vez el Papa.

—Suenan a secreto de Estado.

Asiente burlonamente mientras se alisa los bigotes. Las gaviotas chillan tras la pequeña ventana, el resto es silencio.

—A comienzos del treinta y cuatro estaba yo al cargo de los negocios de los Fugger en Colonia. Fue allí donde aprendí los trucos del oficio y todo cuanto es necesario para la operación. El hecho es que un buen día me entregan una carta en la que había escrito tan solo el importe de una suma. No había firma, nada más que un sello: una gran letra Q.

—¿Una Q?

—Impresa en el lacre. Pido explicaciones al contable de la agencia, uno que está al servicio de los Fugger desde hace más de diez años y lo que me dice es que, cuando se recibe una carta como aquella, lo que hay que hacer es preparar el dinero y esperar a que alguien se pase a retirarlo, mostrando el sello.

Lo interrumpo:

—No entiendo qué tiene eso que ver con Münster.

Gotz apenas si se inmuta:

—Déjame terminar. En ese punto pido saber más, ¿cómo le voy a dar un dinero en mano a un desconocido? El viejo contable me cuenta que, unos años antes, desde Roma se había abierto una cuen-

ta de crédito ilimitado en las arcas de los Fugger para un agente secreto activo en los territorios imperiales. «Micer Q.», lo llamaban los contables de las filiales alemanas.

—Un espía.

No interrumpe su historia:

—De modo que preparo una letra de cambio por la suma solicitada y me dispongo a recibirlo. ¿Y sabes quién se presenta? Un clérigo. Envuelto en una saya oscura, con la capucha calada sobre los ojos cubriéndole media cara. Me muestra el anillo con la Q, idéntico al impreso en la misiva. Sin embargo, cuando ve la letra de cambio me la rompe en mil pedazos en las mismas barbas y me dice que lo que él necesita es dinero contante y sonante. Yo le digo que resulta peligroso viajar con una cantidad semejante de dinero en la faltriquera, pero él insiste: quiere el oro. Tras lo cual me pregunta si puedo indicarle un lugar donde alquilen caballos que cubran la distancia hasta Münster. Lo mando a la caballeriza más grande de Colonia.

Se queda callado. La historia ha acabado. Un oscuro presentimiento me oprime la cabeza, pero no consigo articularlo. Apoyo el vaso sobre la mesa, ligero temblor de manos.

Gotz se espera una reacción:

—¿No es una bonita historia? Tal vez para conquistar una ciudad sirvan unos fanáticos que crean en ello, pero para infiltrar a un espía hace falta dinero. Hacen falta los Fugger. El dinero siempre anda de por medio.

Repara en mi malestar.

La línea más oscura del licor en la botella se balancea lentamente al tiempo que la gabarra.

La concha de tortuga manda reflejos color de ébano.

Una garza blanca corta el retazo de cielo enmarcado por la ventanilla.

El mapa de la costa inglesa, en la parte baja del ángulo de la izquierda, tiene una rosa de los vientos que desde aquí parece una flor blanca y negra.

Gotz, hundido en el sillón, no mueve un músculo.

Gotz. Lazarus. Nombres distintos, hombres distintos. La misma historia.

Gustav Metzger, Lucas Niemanson, Lienhard Jost, Gerrit Boekbinder.

Lot.

—Nadie es lo que parece.

No sé si he hablado yo o la voz de Gotz, o bien ha sido solo el pensamiento que resuena en mi cabeza.

Las preguntas salen por sí solas:

—¿Quién había abierto ese crédito?

—Nunca lo he sabido. Con toda probabilidad un pez gordo de Roma.

—Describeme a ese hombre, el que vino a retirar el dinero.

—Ya te he dicho que llevaba la cara tapada. Por la voz no parecía demasiado viejo, pero han pasado de ello cuatro años...

Me está secundando, ha comprendido, hace un esfuerzo:

—Recuerdo que me pregunté qué iba a hacer en Münster con una suma semejante, que no es que fuera desproporcionada, dos, tres mil florines me parece, pero ¿por qué emprender un viaje de ese tipo con la bolsa llena?

—Para no dejar huella. No despertar sospechas.

Lo miro. Ahora soy yo quien tiene que reflexionar en voz alta y modificar la historia.

—A comienzos del treinta y cuatro los baptistas de Münster recibieron las primeras donaciones importantes en metálico, contribuciones a la causa procedentes de varias comunidades y también de hermanos individuales.

—¿Estás diciendo que aquellos dineros habrían servido para ganarse la amistad de los baptistas?...

—¿Qué mejor salvoconducto para un espía?

De nuevo oímos el lento chapaleo de la corriente, el crujido de la madera.

Es él el primero en hablar, entre falsa modestia e incredulidad:

—No entiendo demasiado de cuestiones religiosas. Explicame qué necesidad tenía Roma de infiltrar a un agente en la comunidad baptista de una pequeña ciudad del norte.

La respuesta adquiere forma mientras la pronuncio:

—Tal vez esa pequeña ciudad del norte se estaba convirtiendo en el faro del anabaptismo. Tal vez porque esa comunidad había plantado cara a los señores y alzado al pueblo donde nadie lo había conseguido jamás. Tal vez porque alguien perspicaz, en la corte del Papa, se iba por la pata abajo.

Gotz sacude la cabeza:

—No, no encaja: los cardenales tienen otras cosas en las que pensar.

—Tienen que pensar en defender el poder.

—Y entonces, ¿por qué no romperles los cojones a los luteranos?

—Porque los luteranos pueden ser unos excelentes aliados contra la rebelión de las clases más humildes. ¿Quién aniquiló a los campesinos en Frankenhausen? Príncipes católicos y luteranos juntos. ¿Quién prestó los cañones al obispo de Münster para recuperar la ciudad? Felipe de Hesse, admirador de Lutero.

—No, no, no se sostiene. Lutero desbancó al Papa, lo echó fuera de Alemania a patadas en el culo, todos los bienes de la Iglesia confiscados por los príncipes alemanes...

—Gotz, para que se sostenga el arquitrabe hacen falta dos columnas.

El ex mercader piensa en ello, me mira de soslayo:

—Adversarios, pero aliados. ¿Es esto lo que quieres decir?

Asiento:

—Un agente secreto activo en los territorios imperiales. ¿Desde cuándo?

—Desde hace más de diez años, según me dijeron.

De nuevo ese presentimiento oscuro, una presión abrumadora detrás de los ojos.

Metzger, Niemanson, Jost, Boekbinder, Lot.

Muchos y uno. Esos fui.

Muchos y uno. Uno cualquiera.

El hombre de la multitud. Oculto en la comunidad. Uno de los nuestros.

—«Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea buena, sea mala.»

Gotz, perplejo:

—¿Qué quiere decir?

La presión se debilita, el presentimiento se esfuma:

—Es el final del libro de Qoèlet, el Eclasiastés.

El estuario se ensancha a ojos vistas, mientras la nave se desliza rauda hacia el mar que ya se entrevé en el horizonte. El alba proyecta sus rayos en el espejo de agua delante de nosotros y nos alumbra el camino.

El mar. Eloi tenía razón: da una sensación de libertad alejarse de una costa, dirigir la mirada a esa masa infinita de olas. No he navegado nunca por mar: una inquietud extraña, ebriedad, empañada tan solo por las preocupaciones de la noche pasada.

La tripulación está compuesta por un timonel y ocho marineros, a las órdenes del capitán Silas, todos ingleses que han trabajado ya con Gotz y de los que podemos fiarnos a ciegas. Hablan su extraña lengua, de la que ya consigo reconocer algunas de las expresiones más frecuentes: exclamaciones y blasfemias, creó.

Había llegado a Amberes con la idea de emigrar a Inglaterra y no volver más. Ahora estoy yendo a hacer negocios allí. Las cosas cambian de forma imprevisible: ayer era un harapiento buscado por los esbirros, hoy soy un respetable mercader de azúcar, con un seguro de quince mil florines sobre la carga y sobre las naves.

Echo una mirada atrás, la segunda embarcación nos sigue a un cuarto de milla. La pilota el segundo de Silas, un joven bucanero galés que ha navegado a las Indias.

El mercader Hans Grueb va a vender azúcar a Londres. Los llanos islotes de Zelanda, la tierra arrebatada al mar con uñas y dientes, desfilan por delante, atestados de gaviotas, y a medida que se vuelven más escasos, el mar del Norte lo recibe plácido con su azul intenso, sombrío como los pensamientos que se agolpan en su mente por la noche.

El relato increíble de Lazarus el resucitado me obliga a volver a los recuerdos de Münster, tal vez hoy más vívidos por habérselos contado a Eloi.

La pregunta es siempre quién. Quién era el espía. Quién trabajaba desde un principio para los papistas. Quién dio dinero para la causa, consiguiendo hacerse acoger entre los regenerados.

Quién.

Quién era el infame.

Paso revista a los rostros, lugares, ocasiones. Mi llegada a la ciudad, el recibimiento, las barricadas y luego el delirio, la locura. Quién trabajó para que todo terminase así. Ya se lo dije a Eloi. Están todos muertos. No sobrevivió nadie. Solo Balthasar Merck y sus amigos. ¿El joven de los Krechting? Ni por asomo.

Pero también este es un modo como otro cualquiera de ahuyentar el peor de los presentimientos.

Uno de nosotros. Un aliado. Capaz de ganarse la confianza. Y de mandarte a la carnicería en el momento adecuado.

Las cartas.

Las cartas a Magister Thomas.

Un espía activo desde antes del 24.

En Alemania.

Uno y nadie.

Frankenhausen. Münster.

La misma estrategia. Los mismos resultados.

La misma persona.

Qoèlet.